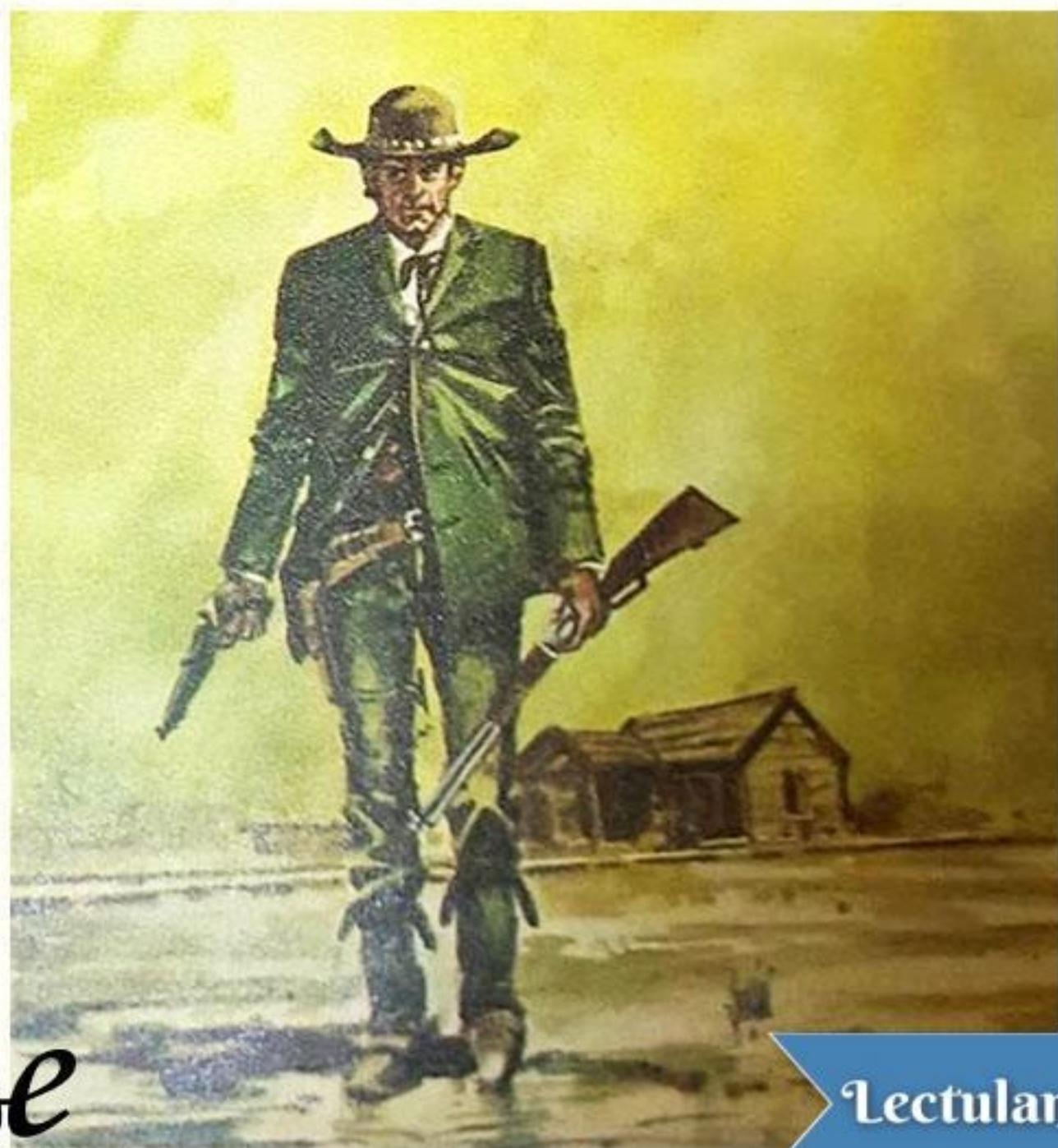


JAMIES O. CURWOOD

El antiguo camino



se

Lectulandia

Aquí James Oliver Curwood nos relata una historia romántica ambientada en las tierras salvajes de Canadá. El antiguo camino es, naturalmente, un río. En este libro, Curwood parte de sus escenas habituales del gran noroeste en favor de los grandes bosques de Quebec. La tala es una gran parte de la novela, como se puede esperar en una historia donde el progreso se encuentra con el río, el bosque y la empresa explotadora.

Hace tiempo que se cree muerto, el joven Clifton Brant regresa a su pequeña ciudad junto al río San Lorenzo en Canadá, después de viajar por el mundo. Él ha regresado para vengarse del millonario Ivan Hurd, quien ha engañado a su padre. Hurd, sin embargo, con estratagemas avisa a la policía con lo que Clifton tiene que fugarse a través del río. Se encuentra y se enamora de la bella Antoinette St. Ives, de quien Hurd también se ha aprovechado. Juntos, traman un plan mediante el cual ambos pueden vengarse...

El libro fue llevado a la pantalla en 1925. Dirigida por Irvin Willat y protagonizada por Jack Holt , Billie Dove , Montagu Love , Stanley Taylor, entre otros.

Lectulandia

James Oliver Curwood

El antiguo camino

ePub r1.0

Titivillus 24.04.2018

Título original: *The ancient highway*
James Oliver Curwood, 1925
Traducción: Editorial Juventud
Diseño portadilla V Aniversario: lvs008

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Proyecto Scriptorium

Titivillus



se
epublicre

5

Aniversario

Edición conmemorativa

Más libros, más libres

Preámbulo

A la memoria de

SIR VILLIAM PRICE

Sea ésta una prueba de gratitud para Sir William Price vecino de Kenagarni, por la amistad con que me honró y por el estímulo y la eficaz ayuda que me prestó para la realización de esta obra. Su trágico fin parece una reproducción exacta del dramático final de esta novela, estudiada y planeada en compañía de él.

Sir William Price, propietario de grandes fabricas de papel y de extensiones selváticas que ocupan cinco mil minas cuadradas de la provincia de Quebec, era el alma de la explotación forestal de aquellas regiones, donde tan sentidamente se lloró su muerte. La dulzura de su temperamento, su amor a la vida al aire libre, su gran simpatía, hicieron de él no sólo un gran defensor de los intereses del Canadá, sino el ciudadano mas querido de este pals.

A medida que yo iba escribiendo esta novela, iban pasando a sus manos las cuartillas, y poco después de darle fin aconteció la catástrofe. Sir William era un hombre valiente y justo, y no mandaba a ningún subordinado suyo a un sitio de peligro al que no pudiera ir él en persona. Hallábase dirigiendo a sus hombres, los cuales realizaban un trabajo peligroso, cuando, al investigar las causas, cayó al río Saguenay, cuya corriente tumultuosa y embravecida le arrolló, causándole la muerte.

El Canada sufrió con ello una pérdida irreparable.

Para mi es una satisfacción, amarga por la pena que me causó su muerte, la idea de que en la realización de esta obra representara Sir William Price un papel tan importante.

JAMES OLIVER CURWOOD

Owosso (Michigan), 11 de abril de 1925.

Capítulo I

CLIFTON BRANT se creía uno de los innumerables átomos de polvo humano en un mundo de locos. Y entre estos átomos tenía la certeza de que estaba fuera de lugar. Por esta razón recorría la ancha carretera que va desde la ciudad de Brantford, en Ontario, a la antigua ciudad de Quebec, a orillas del San Lorenzo, una distancia poco importante, de setecientas millas aproximadamente, sin contar las veces que atravesaría y volvería a atravesar la carretera durante su viaje.

Tal como se le aparecía la vida en aquel momento, el tiempo no tenía para él un valor determinado, y asimismo su objetivo tampoco estaba lejano ni cercano. Quienes le pasaban en la carretera, envolviéndolo en el polvo de sus treinta, cuarenta y cincuenta millas por hora, se preguntaban quién era. Había en él algo de pintoresco que llamaba la atención. Sin decirlo a voces, se le tomaba por un aventurero. Tal era la impresión que dejaba a los viajeros cuando le cegaban con la nube de polvo. Aun antes de que llegaran hasta él les llamaba la atención su traje color caqui, el balanceo de sus hombros bajo el peso de su destartada mochila, su paso fácil como si hubiera andado desde que empezó el mundo, y luego, al emparejar con él, la mirada viva y brillante de sus ojos grises, su familiar saludo con la mano, su sonrisa y su breve inclinación de cabeza. Se preguntaban: «¿Quién podrá ser ese hombre?».

—Un sin trabajo, que lo buscará en la ciudad próxima —contestaría alguno.

—Un exsoldado, por su marcha —diría otro.

—Tal vez uno de esos chiflados caminantes, en semana de vacaciones —añadiría — uno de esos maridos que saltan cuando su mujer hace alguna pregunta con respecto a otro hombre.

Y detrás de ellos, escupiendo el polvo, Clifton Brant se preguntaba qué sentido tendría la vida para aquellos que siempre la veían sobre cuatro ruedas, gozando su hermosura a la velocidad de una milla por minuto.

Ya estaba el dorado sol bastante escondido tras las cumbres de los montes de Brantford cuando Clifton Brant se apartó de la carretera para tomar un pequeño camino que se dirigía hacia el Sur. Era un modesto camino, algo inclinado, cubierto de un polvo suave y cercado con frescos arbolillos en los que entonaban los pájaros su canto al anochecer. Clifton sintió un nudo en la garganta y le latió el corazón con violencia al extender su mirada, pues por última vez hacía veinte años había recorrido aquel mismo camino. «Y el tiempo ha sido misericordioso con el caminito», pensó. El polvo suave era el mismo, de tal modo que Clifton se sorprendió a sí mismo buscando las huellas que sus pies descalzos dejaron entonces en la arena. Los árboles eran iguales que entonces, y no parecían haber crecido en aquellos veinte años. Los

arbustos que conoció en su juventud se le aparecían tino por uno con los trozos de roca entre ellos, aunque ahora las rocas parecían más pequeñas; las curvas se manifestaban menos pronunciadas, y los bosques, sin podar, tenían menos de aquél su antiguo misterio y parecían menos sombríos en la oscuridad creciente de la puesta del sol.

En el rostro de Clifton se dibujó una sonrisa y en esa sonrisa había algo de patético y de la triste alegría de todas las reminiscencias, de todos los recuerdos queridos de años ya borrosos que volvían a la vida.

Cerca ya de los cuarenta, la juventud de aquel hombre, sin embargo, parecía de ayer. Se censuró a sí mismo por dejar que los recuerdos le invadieran con tanta fuerza. Y creyó haber hecho mal al volver al pequeño camino y al sagrario de sus recuerdos. No creyó que aquello le doliera tanto ni que llegara a sentir una sensación tan absoluta e inmensa de soledad.

Como si hubiese tropezado con algún peligro, se pare vacilante en la cumbre de una pequeña cuesta que el niño le parecía un monte; se abrió camino entre una espesa mata y saltó por una verja de madera. Se alborotaron los pájaros a su alrededor. Una lechuza gruñó y un jilguero dio un grito o dos de alarma. Luego distinguió el reflejo de sus alas al emprender el vuelo del espacio por encima de la verja. Sintió un nudo en la garganta, Parecía que las mismas golondrinas, que tanto quiso de niño, estuviesen allí aún, batiendo el aire con sus alas en busca de su comida entre los insectos que se levantaban de la tierra al atardecer. Y allí, un poco más lejos, enfrente, estaba lo que en un tiempo fue su hogar.

Aunque conocía el fuego en el frente y había visto mucho de cuanto endurece el temple de los hombres, no le avergonzaban las lágrimas. No podía retenerlas, y nada hizo por disimularlas.

Su antiguo hogar era una ruina. El fuego le había destrozado y las paredes de piedras lisas, recogidas de las canteras de pizarra, se habían derrumbado. Una de ellas se conservaba triunfante sobre la general desolación, y era la pared en donde estuvo la chimenea de leña. Él había nacido en una fría noche de invierno, cuando la leña seguramente ardía en el lar. Y delante de él hablase entregado a sus primeros sueños de conquista y de venturas en un mundo maravilloso, sin límites.

Se acercó despacio a aquellas ruinas, fantasma de lo que fue su hogar. Le sorprendió su pequeñez. Siempre había conservado la idea de que su primero y único hogar era poco menos que un castillo, tres veces mayor de lo que ahora le parecía. Aunque no se sentía feliz, sonrió; los recuerdos de la niñez valía más apartarlos si no quería sentir verdadera tristeza. ¡Era tan poca cosa lo que quedaba de su casita!... ¡Ahora que podía medirlo con sus ojos de hombre!

Al lado de la reja oyó el roer de una ardilla, y el ruido le hizo volver la cabeza. Siempre había habido una ardilla colorada en el hueco del viejo roble pegado a la verja, y el animalito era un miembro de la familia. «El árbol ha cambiado mucho», pensó Clifton. Él lo había recordado como el árbol mayor que pudiera imaginarse, y

ahora lo veía como un vulgar roble, ni siquiera tan grande como alguno de los que se elevaban en la carretera. Su padre le había hecho un columpio en ese árbol, y su madre había jugado con él miles de veces bajo su sombra amparadora.

Apartó los ojos, y de pronto su corazón dio un salto. Tuvo la sensación de un golpe. A pocos pasos de él, cerca de un matorral, bajo el cual había brotado siempre un manantial de agua fresquísima, mirándole, había un niño. Un niño y un perro. Y este niño era tal y como Clifton se recordaba a sí mismo; el mismo niño que había jugado y bebido en aquella misma fuente hacía más de un cuarto de siglo. Era un niño pálido, escuálido, con unas piernas muy largas. Tenía el mismo sombrero viejo de paja, con un ala torcida y la copa rota, con unos pantalones demasiado cortos, como los de Clifton, y eran de la misma tela azul que Clifton recordaba todavía, como recordaba a Bim, su perro, que hubo de enterrar a la entrada del bosque. Le pareció a Clifton que tanto el niño como el perro eran apariciones del pasado, porque el perro, además, era un perro sin raza, tan leal como lo había sido el viejo. Bim, un perro amarillento, con orejas largas y caídas, la mandíbula grande, y un rabo en que cada hueso parecía un nudo.

Clifton vio todo esto y se acercó sonriente. El niño no se movió, pero se le quedó mirando con un plato en la mano, mientras que el escuálido perro se acercaba con aire protector. Ya más cerca, Clifton observó otras cosas. Las costillas del animal se señalaban tanto como los nudillos del rabo, y los ojos y toda la actitud del can daban la impresión del hambre. El chico también estaba más delgado de lo que debiera. Su traje estaba hecho jirones, tenía los ojos azules muy abiertos, francos, ojos de viejo, pero hermosos, en una carita muy blanca que tenía la misma expresión de miedo y de hambre que tenía la del perro.

—¡Hola, tú y el perro! —les dijo Clifton con una sonrisa acogedora—. ¡Aún corre el agua!

—¡Ya lo creo! —contestó el chico—. ¡Corre siempre! ¡De ello nos ocupamos yo y Bim!

—¿Tú... y quién?

—Bim, así se llama mi perro. Clifton empezó a deshacerse de su carga.

—Tú y Bim —repitió—. Y por casualidad no te llamarás Clifton, ¿eh? ¿Y tu mote no será «Skinny»?

El niño le miró sorprendido.

—No. Yo me llamo Joe. ¿Qué llevas en ese saco?

—¿Y dónde has encontrado ese nombre de Bim para tu perro? —le preguntó Clifton sin responderle.

—Aquí, en un árbol. Está escrito en la madera, con una navaja. Había también cifras, pero se han borrado. ¡Qué raro es ese saco que llevas! Clifton apartó la vista un momento. Podía ver el haya bajo cuyas ramas protectoras había dado tierra a su fiel Bim, y donde había pasado la tarde entera de un domingo grabando en la madera el epitafio de su camarada. Su madre le había ayudado y consolado cuando lloraba.

Tenía entonces diez años; de modo que de esto hacía ya veintiocho. «¡Dios mío, la vida no es sino un sueño!», se dijo a sí mismo.

El niño contemplaba la mochila.

—¿Qué llevas en ese saco? —volvió a preguntar—. Parece el saco de un soldado.

—Lo es —dijo Clifton.

El chico abrió más sus ojos azules.

—¿Eres soldado?

—Lo era.

—Y... ¿has matado gente?

—Me temo que sí, Joe.

Durante unos segundos el chico suspendió el aliento. Bim olfateaba al recién llegado. Clifton le acarició la cabeza.

—Hola, Bim, viejo camarada, ¿te alegras que haya vuelto?

El perro le lamía la mano y meneó su rabo nudoso.

—¿Qué quieres decir al decir que has vuelto? —preguntó el chiquillo—. ¿Has estado aquí antes?

—Ya lo creo —dijo Clifton—. Yo vivía en ese montón de piedras cuando era niño, Joe. Entonces era una casa. Yo nací en ella. Y tenía un perro que se llamaba Bim. Se murió, y yo lo enterré bajo aquel árbol que ves allí, y grabé su nombre en la madera. Esta fuente no es tuya, es mía.

Quiso reírse cuando se agachaba para beber, pero algo le sofocaba su corazón. Cuando se levantó, el chiquillo había tirado su sombrero y éste había caído al lado del saco. El muchacho tenía el pelo rojo y el pálido rostro lleno de pecas.

—¿Qué llevas en ese saco? —volvió a preguntar.

Clifton tuvo una inspiración.

—Tengo... cena —dijo al fin—. ¿Crees tú que tus padres te dirán algo si te quedas, con Bim, a comer conmigo?

Una mirada de sorpresa primero, y después de gozo, iluminó el rostro del chico.

—Nos quedaremos —contestó.

—Pero ¿y tus padres? Yo no quisiera que os regañaran, a ti y a Bim. Cuando yo era pequeño y no volvía a casa a la hora de cenar, mi padre hacía un palo con una de esas ramas de lilas que ves allí y...

—Yo no tengo padre —le interrumpió Joe, como si quisiera desde entonces apartar cualquier objeción que le hiciese el forastero—. De todos modos nos han de dar la paliza si está en casa Tooker —continuó el chico mirando a su perro.

Bim meneó el rabo afirmativamente, pero sus ojos hambrientos no se apartaban del paquete que Clifton abría en aquel momento.

—¿No tienes padres? —le preguntó Clifton con afecto—. ¿Por qué motivo?

—Murieron, supongo. El viejo Tooker dice que me encajaron a él. La señora Tooker no es tan mala, aunque lo es también. Los dos odian a Bim. El viejo Bim nunca va a casa y se queda en las cercanías del bosque, esperando. Yo le traigo lo que

puedo de mi comida y lo que falta lo buscamos. ¡Qué bonito equipo llevas!

Clifton sacaba su equipo campestre, de aluminio: cafetera, platos, tazas, cuchillos y tenedores. Un momento permaneció quieto, con un paquete de papel oscuro en la mano. Bim se enderezó y alargó el pescuezo, olfateando.

—¡Carne! —exclamó el chico Bim lo sabe. Huele la carne a un kilómetro de distancia. La carne y los pollos. ¡Ten cuidado, que lo va a lamer!

—¿Qué dices?

—¡Que andes con cuidado, que le gustan mucho a Bim la carne y el pollo!

Clifton sacó dos cebollas grandes, salchicha, medio pan cortado en rebanadas, untado con mantequilla, cuatro naranjas, un bote de mermelada y media libra de carne picada, que era lo que había calculado suficiente para su cena y almuerzo. La salchicha era para un caso de apuro.

Le sonrió a Joe, cuyos ojos se habían ido agrandando a medida que aparecían los artículos alimenticios. Tenía al perro firmemente cogido por el pescuezo.

—Cuidado con la carne, mira que Bim es un relámpago.

Clifton le dio una correa.

—¡Mejor será que lo ates hasta que esté todo listo! —le aconsejó—. Esta salchicha es especial para Bim, pero le haremos esperar y comerá con nosotros como un caballero. Ahora búscame leña, Joe. ¡Nos vamos a dar un banquete!

Se levantó Clifton y siguió con la vista a Joe mientras éste arrastraba al recalcitrante Bim para atarlo a un árbol próximo. Y en este momento tuvo conciencia de que sentía un sorprendente cambio en sí mismo. La soledad que le había invadido aquel día, dedicado al regreso a su hogar, había desaparecido. Unos minutos antes, la tristeza y el dolor le habían abrumado al contemplar la ruina de lo que fue su casa, altar siempre iluminado con la presencia del padre, de la madre, del perro y toda su adolescencia. En esos momentos había sentido y visto solamente los melancólicos fantasmas del desastre y la muerte, de los sueños rotos, de la tristeza y del vacío de su vida.

Ahora, en la extraña y rápida reacción que se operaba en él, vio a su alrededor una dulce y maravillosa belleza. La oscuridad había desaparecido, y su corazón no estaba ya aplastado por un peso sofocante. Los pájaros cantaban sus alabanzas a la gloriosa puesta de sol en el horizonte. En el viejo roble, la ardilla encarnada y su compañera jugaban. En el bosque había un murmullo silencioso de vida. Un jilguero escondido en un arbusto cercano a la verja dio a los aires su incomparable melodía, y Clifton sintió alegría al oír el gorjeo de las golondrinas que revoloteaban sobre su cabeza. El corazón le latió más aprisa. Levantó la cabeza y aspiró con avidez el aire fresco de la noche; y sintió que la grande y gloriosa Naturaleza, que era su dios, se había apoderado de su alma posándose en ella.

Al mirar de nuevo al chico y al perro, comprendió «que ellos habían obrado el milagro».

Empezó a silbar mientras recogía los pedazos de leña. El chico vino presuroso

para ayudarlo, con los ojos brillantes y con una voz que le temblaba de emoción ante tamaña aventura, mientras que Bim, recostado sobre sus patas traseras, lanzando tristes gemidos, se disponía a esperar como un héroe.

Una columna de humo se levantó en el aire. En aquella nueva camaradería el chico se tornó inquisidor:

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Clifton Brant. Me puedes llamar Tío Clif.

—¿Tenías un perro?

—Sí. Tú robaste el nombre del mío, de modo que yo soy propietario a medias de tu Bim.

Pelaron y cortaron las cebollas. Hirvió el agua en la cafetera. Se calentó la sartén y los pedazos de carne se rizaron al caer en la dorada manteca.

—¿No tienes aquí a nadie?

—Me pasa lo que a ti, Joe, No tengo a nadie en ninguna parte.

—¿Qué haces?

—¿Yo? Nada. Pasearme. Soy lo que llaman un aventurero.

—¿Y eso qué es?

—¿Tú sabes leer, Joe?

—Estoy en el sexto grado. Obligaron al viejo Tooker a mandarme a la escuela.

—¿Has leído alguna vez una historia de piratas?

—¡Ya lo creo!

—Bueno, pues... un pirata es un aventurero.

El chico se quedó atónito.

—¡Caramba! ¿Es usted un pirata?

—Una especie de pirata —le contestó Clifton sonriendo.

—¿Y matas a las personas?

—No todos los aventureros matan a las personas, Joe. A algunas casi las matan, pero luego las sueltan.

No entendió el muchacho, ni comprendió, el reflejo de dureza que cruzó por los ojos de Clifton.

—¿Se va usted a quedar aquí? —le preguntó con un respeto que rayaba en adoración.

—No, mañana me marcho.

Cantó un grajo azul en el roble. Bim aulló de nuevo. Hubo un momento en que el chico ya no olió el delicioso aroma de la carne y las cebollas fritas.

—¿Por qué no se queda usted? —preguntó—. ¿Por qué continúa el camino?

Clifton lanzó una carcajada. Agachándose, cogió entre sus manos la carita pálida del niño. Aunque se reía, no había desaparecido del todo la mirada de acero que centelleaba en sus ojos.

—Sigo mi camino para recoger una deuda de un millón de dólares, Joe —dijo—. Hace tiempo que emprendí la caminata, ¿sabes?, y ahora casi he llegado al término.

Por eso no puedo dejarlo, ¿comprendes?

—Creo que sí —contestó el muchacho—. ¿Me permites que acerque a Bim?

Capítulo II

AL oeste de la ciudad de Brantford caía el sol tras los montes cubiertos de arces, mientras Clifton y su nuevo amigo cenaban.

Clifton tenía hambre, pero refrenaba su apetito al contemplar al niño y al perro, aunque parecía no fijarse en ellos. Joe tenía el apetito de un hambriento, y el perro tragaba los trozos de salchicha con un ruido que parecía salir de lo más profundo de su ser. Joe contó a Clifton que él siempre guardaba a Bim algo de la comida que le diera el viejo Tooker.

—Cuando me dan sopas de leche, Bim se queda con hambre, el pobre, pues eso no me lo puedo echar al bolsillo —añadió.

—¿Quién es Tooker, y qué hace? —preguntó Clifton.

—Es Tooker, nada más, y yo nunca le he visto trabajar en nada. El chico de Riley me dijo en una ocasión que su padre decía que Tooker vendía licor a los indios. Al preguntárselo a Tooker, me dio una gran paliza y me dijo que si no pegaba al chico de Riley volvería a pegarme. Probé de hacerlo, pero Slippy Riley me venció. Y entonces el viejo Tooker me propinó tal paliza que creo hubiera muerto a no ser por Bim, que me salvó haciendo presa en la rodilla del viejo. Mira, Bajando la cabeza y levantando su chaqueta, el niño dejó al descubierto la espalda, llena de las señales violáceas de un látigo.

—Esto me lo hizo anteayer, porque Bim y yo le encontramos en la zona pantanosa de Bumble's Hollow haciendo cocer algo en una cacerola muy rara.

—¡Canalla! —murmuró Clifton. Cambió de conversación, y al cabo de un rato el muchacho, inclinándose y con las manos en el estómago, le dijo:

—¡Estoy lleno, y creó que Bim también! ¿Quiere usted que le ayude a fregar? —Inclinándose sobre el pequeño charco de agua lavaron los platos con arena y los pusieron a secar al aire. El último reflejo escarlata del atardecer desaparecía en el cielo, cuando saltando la pequeña verja pusieron, pie en el polvo blanco, de la carretera. El rostro del muchacho reflejaba una gran ansiedad.

—¿Adónde va usted esta noche? —preguntó a Clifton.

—A la pequeña iglesia y al cementerio.

—¿La antigua iglesia india?

—La misma.

—Yo voy hasta allí cerca. La casa de Tooker es la segunda después de pasar la iglesia. Vaciló un momento, al cabo del cual tocó el brazo de Clifton con timidez.

—¿Tiene usted allí a alguien, es decir, algún muerto?

—Mi madre, Joe.

—¿Pero usted no es indio?

—Algo. La abuela de mi madre era una princesa *Mohawk*. También está allí enterrada. Hubo un silencio. Se oían los pies descalzos del niño en el polvo espeso. Detrás de ellos venía Bim; y al mirar hacia atrás Clifton vio una huella que era muy parecida a la que él dejó sobre la misma tierra muchos años antes...

Salían ya las estrellas, las sombras envolvían los arbustos, y una oscuridad suave se posaba sobre todas las cosas de su alrededor. Era aquélla la hora de la noche que Clifton deseaba más, aunque su paz y quietud constituyesen para él una soledad muy triste. Esa tristeza parecía reflejarse en el niño. La manita de éste se agarró sobre la mano de Clifton. No hablaban. Una pareja de halcones lanzó su grito musical por, encima de las cabezas de los caminantes, y éstos oyeron a lo lejos el repiqueteo suave de unas campanas. Luego un conejo salió de su escondite y cruzó la carretera con la rapidez de un torpedo. Con un ladrido de sorpresa, Bim se echó tras él.

Los dedos del niño le apretaron de nuevo. Delante de ellos un resplandor nocturno crecía en el crepúsculo, donde un bosquecillo de arces y siemprevivas indicaba el cementerio.

—Siento que se vaya usted mañana —dijo Joe con una vocecita cansada y triste Yo quisiera irme con usted y con Bim.

—Yo también lo quisiera —le contestó Clifton.

Llegaron a la pequeña colina donde estaba la iglesia y crecían los helechos. Y al pie del pequeño sendero, que subía hasta la verja antigua, Clifton se paró.

—¿Pero se va usted a quedar aquí ahora? —murmuró Joe, cuyos ojos brillaron en la oscuridad ¡Es de noche!

—Los aventureros no tienen miedo a la noche dijo Clifton riéndose Ni a las tumbas. Voy a dormir en el cementerio. Los cementerios son muy hermosos, Joe. Allí todos son amigos.

—¡Oh! —dijo el chiquillo estremeciéndose—. ¡Bim, Bim!, ¿dónde vas?

El perro se había alejado algo, pero volvió en seguida, refregándose con las piernas de su amito.

—Más vale que te des prisa —le dijo Clifton—. Es posible que mañana te vea. Buenas noches.

—Buenas noches.

Se alejó el niño, y le pareció a Clifton que algo de él se apartaba para acompañar a la infeliz y desvalida criatura en el camino. Media docena de veces antes de desaparecer en la oscuridad, Joe volvió la mirada... Cuando la última sombra cubrió al niño y al perro, Clifton subió despacio por el pequeño sendero y pasó la verja abierta.

Se preguntó lo que pensaría el mundo de él si supiera lo que hacía aquella noche. ¿Le tomarían por loco? ¿Le tratarían de bobo sentimental en una época en que había

desaparecido todo sentimentalismo? De cualquier modo no comprenderían nunca que un hombre completamente normal se dispusiera a dormir entre los muertos. Faltaban unos minutos para que la oscuridad cerrase por completo y Clifton podía todavía otear el pequeño cementerio, con sus piedras grises en ruina y su iglesia antiquísima de madera. No advertía cambio alguno. Aquel sitio no cambiaba nunca. No había cambiado desde hacía unos doscientos años. Ya delante de la fachada de la iglesia miró hacia arriba. Borrosa, en la oscuridad, estaba la inscripción hecha en una tabla de madera, y cuyas palabras había aprendido de memoria durante su niñez. Decía la leyenda que aquélla era la primera iglesia construida en Ontario, erigida por Su Majestad el Rey Jorge III, para sus «hijos» de la raza iroquesa. Entonces la iglesia era india y lo seguía siendo. En el pequeño terreno a su alrededor descansaban los restos de millares de seres.

Se quitó la mochila y la colgó en un saliente de hierro que había en una pared de la iglesia. Tenía ésta una pequeña campana de bronce, y en ella estaba inscrita la misma fecha que en la tabla de madera. ¡Cuántas veces había jugado, haciéndola sonar con unas estacas!

Ahora le dio con los nudillos y le encontró la misma melodía. Se sentó y esperó la aparición de la luna. Y le pareció que su madre se acercaba a él en aquella quietud augusta y se sentaba a su lado, cerca de la antigua campana.

Salió la luna. Apareció por un claro del bosque. Antaño su madre y él se entretenían mucho con la pálida luz de la luna. Por sus diferentes formas le habían asignado nombres distintos. A veces les parecía un caballero muy respetable, con un cuello muy tieso y una barbilla de punta. Otras era una persona socarrona, con aire pícaro. Cuando más gracia les hacía era cuando parecía que tenía erisipela. Y en esta noche así era la luna. Aparecía con un carrillo hinchado, como si hubiese recibido la coza de una mula. Y cuando tenía erisipela también asomaba una sonrisa que le cogía toda la cara, rechoncha y guiñando graciosamente un ojo.

«Cuando estés enfermo o no te vayan bien las cosas, debes acordarte de la luna, con erisipela —le había dicho su madre—. Entonces se ríe de nosotros y guiña el ojo. Por eso la luna es valiente, y como ella deben ser los hombres».

Clifton recordó. Recordó con tanta vivacidad que se estremeció al contemplar la transformación que la luna operaba en la noche y en las sombras. Las cosas tomaron forma, y los árboles se espaciaron. La luz tocó en la campana y se difundió por la vieja iglesia. Después cayó sobre la verja de hierro y la piedra de la tumba de Thayendanega (José Brant), el *Mohawk*, el más grande de los *iroqueses*. Vio como la tierra tomaba nuevas formas a su alrededor y se levantaban pequeños montículos. En algunos de ellos hasta el polvo de la piedra había sido comido por los siglos. Aquí estaba el drama, el romanticismo, la aventura y la inmensa tragedia. Aquí, en este sitio, yacía lo mejor, la más grande y más noble de la nobleza de la tribu «Six Nations», en un refugio que les ofreció el rey británico cuando su imperio se perdía al sur del Canadá.

Y eran la gente de su madre y... de él. De ellos se sintió siempre orgulloso, y le vino a la memoria otra noche idéntica a aquélla, en que su madre y él habían contemplado la luna cuando iluminaba el mismo sitio de ahora. «Sus muertos», les podía llamar a los que allí reposaban. Su madre conocía la trágica historia de todos y sus leyendas que databan de cientos de años atrás. Una vez le dijo que allí reposaban tantos que dormían unos encima de otros, enterrados aun antes de que el rey Jorge construyera la pequeña iglesia, y antes también de que hubiese pisado aquella tierra la planta del hombre blanco.

Clifton se paseó entre las tumbas y sintió que se apoderaba de él una extraña sensación de paz y de olvido, como si hubiese llegado a su hogar al cabo de un largo y penoso viaje. No sintió ya la opresión que le ahogaba la garganta ni la violencia de la sangre en su corazón, cuando al fin se paró delante de la tumba de su madre. Su emoción era más bien exaltación y alegría. Le había costado muchos años hasta que llegara aquel momento, y le sorprendía la tranquilidad que le dominaba.

Al cabo de un rato extendió su manta y se sentó. Encendió la pipa. Lo extraño de aquello no le llamó la atención. Puesto que había dormido y fumado entre aquellos seres cuando aún vivían, no era incongruente que volviera a hacerlo cuando sus cuerpos formaban parte de la tierra.

A pesar suyo le dominó el deseo de tumbarse del todo y apoyar la cabeza sobre su almohada de aire. Su quijotismo repugnaba de este hecho egoísta, pero estaba cansado y era muy suave la alfombra de hojarasca que se le ofrecía. A ratos entornaba los ojos al contemplar el cielo. Las estrellas le recordaron los sapos y la falsedad de su profecía. Y se preguntó si Joe habría recibido una paliza más, y si el viejo Tooker estaría en Bumble's Hollow cocinando algo en una cacerola muy rara. Mañana se ocuparía de ello, pues conocía con exactitud el sitio donde Tooker probablemente se escondería, en Bumble's Hollow.

Luego —proyectó medio en sueños— continuaría su viaje para recoger su millón de dólares.

Sonrió y sus ojos se hicieron más pesados. En aquella aventura seguramente iría con él el espíritu de Molly Brant. Ella había esperado lo mismo que él, y recogerían la deuda juntos. Y cuando concluyera...

La inteligente lechuza que le miraba desde lo alto de un árbol supo que se había quedado dormido, y voló suavemente hacia el terreno abierto. La noche se hacía más fresca y el aroma de la tierra más fuerte a medida que pasaban las horas. La luna subió más y más hasta empezar su descenso hacia el Oeste. Volvió la lechuza y chilló en la torre. La oscuridad completa sustituyó a la luz de la luna, y por el Este se asomó la aurora.

Y Clifton soñó. Estaba con su madre en aquel mismo cementerio. Volvió a ser niño. Y Molly Brant se hallaba, como tantas veces la vio, al lado de su padre, con los ojos llenos de cariño y de alegría y con su larga trenza cayéndole por la espalda. Estaban solos, mano en mano, y de pronto, a su alrededor, la tierra se abrió y los

muertos salieron.

Levantáronse primero los jefes de tribu, y luego los guerreros surgieron tan rápidamente que no pudo contarlos. Vestían sus trajes de guerra con plumas, listos para la batalla, y detrás, en un inmenso grupo, niños y mujeres. Y en su sueño, Clifton vio a su madre y a él mismo en el centro de aquel grupo. La madre tenía levantada la mano por encima de su cabeza, como si fuese la princesa de todos.

Los jefes se adelantaron uno por uno. Él los reconocía según se acercaban. Eran «Blusa Roja», el joven y elocuente Séneca con su eterna súplica de paz con los hombres blancos; luego *Cornplanter*, el terror de las colonias de los *Mohawk*, fiero e implacable, y Peter Martín, el Oneida... Detrás de ellos, alto, calmoso y magnífico en su poder, José Brant, el *Mohawk*, el jefe de toda la nación iroquesa. Y todos inclinábanse ante su madre.

Y entonces Thayendanagea empezó a hablar.

—Mañana buscaréis la venganza —dijo.

—Está bien. Los *iroqueses* irán con vosotros.

—Hallaréis la muerte, la destrucción y la desgracia —arguyó el pacífico Séneca —. El hacha está enmohecida. Que continúe descansando.

—Solamente los cobardes como los Oneidas temen esas tres cosas —contestó el *Mohawk* con una voz que parecía el sordo ruido de un tambor.

—Los Sénecas no son cobardes. Sin embargo, yo temo.

—Yo soy un Oneida, y no temo dijo Peter Martín.

En su sueño, Clifton vio que se abría un hueco en el grupo de guerreros, y que éstos daban paso a una joven que corrió y cayó a los pies de su madre. Parecía venir de muy lejos, pues apenas podía hablar ni levantar sus brazos desnudos. Su madre se agachó para recoger las palabras de la joven, y Clifton creyó oír su propio nombre. Luego su madre se enderezó e hizo frente a los guerreros.

—Mañana nos vamos dijo.

Y un murmullo de aprobación salió del pecho de todos, menos del de Séneca, que se agachó con pena para recoger un puñado de arena y tirarlo hacia el Oeste por encima de su hombro.

Algo le cayó a Clifton en el rostro. Era suave y caliente. En aquel momento vio cómo se operaba una extraña y sorprendente mutación en la joven, que se arrodillaba al lado de su madre. Era ya una muchacha blanca que le miraba frente a frente, con la sonrisa en los labios y en los ojos. Se sintió intranquilo y quiso quitarse el polvillo de arena que le había caído en la cara, pero no lo conseguía, y a cada uno de sus esfuerzos la muchacha reía más y más.

Se enfureció y se volvió hacia «Blusa Roja», que había desaparecido. Su madre también. No quedaban allí más que la joven y él, y le pareció que aquella impertinente criatura se desfiguraba el lindo rostro a fuerza de muecas mientras desaparecía, como los demás, en el misterio de la nada.

El roce de un puñado de arena suave en la mejilla despertó a Clifton. Se encontró

tendido de espaldas, con los ojos muy abiertos y contemplando las cúpulas de los árboles entre cuyas ramas se asomaban los primeros rayos del sol. Un pájaro cantaba.

Entonces apareció una grotesca faz que se interpuso entre él y la luz. Bim se le abalanzó acariciándole con la lengua amistosamente. Se levantó.

—El diablo me lleve si no era éste un sueño precioso —dijo. Y añadió—: ¡Buenos días, Bim!

Capítulo III

CLIFTON se levantó, desperezándose, mientras Bim meneaba el rabo y contorcía su cuerpo huesudo, saludándole. Se había despertado una hora más tarde que de costumbre. El sol subía sobre el horizonte; los pájaros cantaban. Oyó el rechinar de unas ruedas en la carretera, y una voz distante que llamaba al ganado. Sintióse satisfecho al posar una mano acariciadora sobre la simpática cabeza de Bim y de mirar a su alrededor. No podía recordar una noche más descansada o más interesante, y sentía gratitud hacia el perro por su visita tan temprana. Así eran los perros, no olvidaban nunca tina cortesía. Y por eso los quería más que a los hombres y los respetaba más que a la mayoría de ellos.

«Cosas extrañas son los sueños», se dijo a sí mismo, mientras el sol hacía camino entre los árboles. Allí, a poca distancia —tan seguro estaba de ello como de que vivía—, había aparecido la joven india que tornóse en muchacha blanca y se había arrodillado a los pies de su madre, retirándose por aquel sendero que conducía a la verja, haciéndole burla. Hubo un momento en que creyó ver las huellas que «Blusa Roja» había dejado en el polvo al agacharse para coger un puñado de arena.

No llegó más allá su imaginación. Al pie de un árbol sus ojos tropezaron con un cuerpo encogido. Reconoció a Joe en el acto. El chico se había dormido con la espalda apoyada en el árbol, y se había inclinado hasta que su cabeza descansara entre las rodillas. Su sombrero roto hallábase a alguna distancia de él, y sus manitas pálidas y delgadas apretujaban hojarasca que sin duda había recogido en el momento de quedarse dormido. Había algo trágicamente patético y triste en el chiquillo, en la caída de sus hombros, los harapos que cubrían su cuerpo esquelético, la piel quemada de sus pantorrillas, la manera en que el pelo, espeso y rubio, le cubría el rostro.

Desapareció la sonrisa de los labios de Clifton y el buen humor que se reflejaba antes en sus ojos. Acercándose al muchacho, lo examinó. Sobre el cuello desnudo vio un cardenal violáceo. Una de las mangas de la americana estaba rota hasta el hombro. Clifton no pudo reprimir un suspiro de indignación. Luego vio otra cosa: poco detrás del chico, algo escondido por el árbol, un bulto. Era un paquete hecho de trapos atados con bramante y sujeto con un palo. Al lado del bulto yacía la más antigua y extraña ruina de fusil que Clifton pudiera imaginar, y eso que de estas ruinas de armas había visto muchas en la guerra. Clifton lo recogió, y el instrumento de muerte tembló en sus manos. Recogió también un frasco que contenía perdigones, y otro con pólvora.

Clifton volvió a sonreír. Bim gruñó.

—No te lo voy a robar, vieja momia. ¡Cállate!

Volvió a colocar el fusil en tierra. Joe empezó a despertar. Poco a poco fue incorporándose. Abrió los ojos y se los frotó con los puños sucios. En el primer momento del despertar su carita tenía el aspecto aún más marcado de cansancio y frágil salud. Parecía que la vida, y no la alegría de vivir, volvía a su cuerpecito.

Vio a Clifton que le contemplaba.

Levantóse rápidamente, y su cara iluminóse repentinamente con la sonrisa afectuosa de la noche anterior.

—¡Buenos días!

—Buenos días, Joe. ¿Cuándo viniste?

—No lo sé. Aún no era de día; Bim le encontró a usted. Nos vamos con usted.

—¿Qué dices, muchacho?

—Que nos vamos con usted —repitió Joe confiadamente—. Se lo dijimos a Tooker anoche, y menuda paliza nos dio, ¿verdad, Bim?

—También te pellizcó en el cuello, ¿eh?

Joe asintió.

—Mejor será que nos demos prisa —dijo—. Si Tooker nos encontrara aquí...

—Quizá sea aquel que viene por la carretera —dijo Clifton—. ¿Es él?

Joe enmudeció, como si de pronto su corazón hubiese cesado de latir. Miró a Clifton, y en sus ojos azules éste vio un terror tal que sus puños se cerraron aunque conservara la sonrisa en los labios.

—¡Él es, Tooker! ¡Y nos busca a mí y a Bim!

Hizo un gesto para recoger el fusil; pero la mano de Clifton se lo impidió.

—Tú, espérate aquí, Joe —mandó—. Ponte bien delante, para que Tooker no pueda menos que verte.

—¡Pero si ya nos ha visto, viene hacia la verja! —murmuró Joe.

—Pues aquí estoy yo para recibirle —dijo Clifton para tranquilizar al muchacho—. Tú quédate aquí.

Aún tuvo tiempo para observar a Tooker mientras éste avanzaba por la carretera. Había visto hombres feos, pero Tooker era el ser más repulsivo que habían contemplado sus ojos. En primer lugar estaba sucísimo, y a Clifton le repugnaba la gente sucia. Una barba de varios días le cubría la cara y tenía una mejilla hinchada por una bola de andullo. Su cuerpo era ancho, pesado y rastroso. Sus ojos no eran mayores que los de un cerdo. En una mano llevaba un pesado bastón, brillante con el uso y muy a propósito para un asalto criminal en la noche.

Clifton estaba asombrado. ¿De qué argumento sociológico hablase valido la gente del pueblo para permitir que una bestia humana semejante cuidase de un niño como Joe?

Cuando Clifton sentía deseos de matar, sonreía como lo hacía en aquel momento. Sacó un cigarro de su bolsillo y se lo ofreció al hombre.

—¿Es usted Tooker, según creo?

—Sí, soy Tooker. —El hombre aceptó el cigarro, lo miró y lo tiró al suelo—.

¿Quién demonios es usted, y qué hace usted con ese mamarracho?

—Vamos, vamos, Tooker —dijo Clifton—. No soy más que un oficial de la ley en busca de contrabandistas. Por cierto que mi nombre es Brant, y ayer en la ciudad de Brantford volví a comprar el caserío de Brant, que incluye en sus dominios buena parte de la zona pantanosa que se llama Bumble's Hollow, y como volveré aquí a vivir, deseo que mi propiedad tenga buena reputación. Y si no fuera por Joe, mi sobrino...

—¿Su... qué?

—Mi sobrino, sí, señor. Si no fuera por él y la vergüenza que significaría para la familia, ahora mismo iba usted a presidio, amigo.

Por la mandíbula inanimada de Tooker resbalaba el jugo del tabaco que estaba mascando.

—¿Qué, ha cantado, diciéndole a usted mentiras?

—Nada de eso. Nos hemos encontrado por casualidad. Esta mañana, precisamente, iba a hablar con usted respecto al niño. Porque sepa usted que anoche me constituí en su tío, y hoy me lo llevo a Montreal y más lejos todavía.

Ya no sonreía Clifton, y al avanzar un paso hacia Tooker, éste se echó atrás. Clifton había metido la mano en el bolsillo, y al sacarla, en lugar de algo más peligroso, sacó un bolso.

—Voy a darle a usted dos cosas —dijo—. Primero los doscientos dólares más limpios que hayan tocado sus manos sucias. Aquí los tiene. Diez piezas de veinte, tan nuevas que las oíría sonar si tuviera las orejas limpias. Esto por haber cuidado a Joe con tanto esmero.

Tooker tenía el dinero en la mano. Pasó un relámpago de codicia por sus ojos. Agachándose, recogió el cigarro del suelo.

—Bien hecho, es bueno dijo Clifton.

Había juzgado bien a su hombre. Tooker era un miserable avaro, un cobarde, fácil de dominar. Era, a inicio de Clifton, la especie de reptil humano cuyos ojos brillan más en la oscuridad.

—Y otra cosa que le voy a regalar es un consejo, que es tan bueno como el licor de contrabando que fabrica usted. Yo haré la denuncia en Brantford, pero les diré que tengan un poco de indulgencia con usted esta vez, en nombre de Joe y Bim. Le aconsejo que compre dos o tres vacas con el dinero que tiene. Y ahora le dejamos. Creo que volveremos dentro de un año, y si para entonces no ha tomado la costumbre de lavarse y de vivir como un hombre decente, entonces... ¡que Dios le proteja, Tooker!

Y al volverse hacia Joe y ponerse los dos a doblar la manta, Clifton cantaba.

El camino volvía a llamarles. Esta vez la gloria del sol naciente reflejándose en sus ojos.

Permanecieron algún tiempo sin hablar. Joe Hilaba el bulto sobre los hombros, y en la mano la ruina de fusil. En sus ojos también había una luz nueva.

Cuando por la curva de la carretera perdieron de vista el cementerio, Joe preguntó a Clifton, con una voz llena de respeto y admiración:

—¿Cómo sabía usted todo eso?

—¿El qué, Joe?

—Lo de Tooker.

Clifton se echó a reír. En sus ojos también había una luz nueva.

—Lo supuse nada más, por lo que tú me dijiste, de Bumble's Hollow. ¡Por Dios, si más probable es que yo mismo vaya a la cárcel que no el viejo Tooker!

—¿Por llevarme a mí?

—No, por eso no, Pero recuerda que soy tu tío, Joe. Tooker se atenderá a esa historia, pues no querrá confesar que te ha vendido y estima mucho el dinero que le he dado para decir la verdad. Porque esta historia de ser tu tío te salva de ser un desgraciado y yo un «roba chiquillos». Sea como sea, yo necesito una familia, y ahora os tengo a ti y a Bim. Me siento un personaje. ¿A ver lo que llevas en el bulto?

Se detuvieron y Joe deshizo el bulto, exponiendo su contenido junto al borde de la carretera. Algunas prendas de vestir, manchadas y rotas, un viejo par de zapatos, media cámara de aire de automóvil, un martillo, una llave inglesa y unos clavos. Completaba tal equipo una lechuga disecada.

Clifton contempló los objetos con seriedad.

—La cámara, ¿para qué es?

—Pues por si hace falta para algo.

—¿Y la llave inglesa?

—Eso y el martillo son herramientas.

—¿Y la lechuga?

—Esa trae buena suerte. Si lleva una lechuga disecada podrá ver en la oscuridad.

—¡Ah, ya!

Clifton miró a su alrededor.

—Emprenderemos una gran aventura, Joe, y estas cosas de nada nos sirven. Debemos esconderlas en algún sitio. Detrás de aquel tronco de árbol, por ejemplo.

Joe recogió su fusil y lo apretó con fuerza entre sus manos.

—¡Esto no!

Pronto volvieron a emprender el camino hacia el Este.

—Comprenderás, Joe —dijo Clifton al muchacho—, que ya no eres un niño. Eres un hombre. Un aventurero, y debes equiparte como tal. ¿Funciona esa escopeta?

—¿Quieres decir que si le sale el tiro?

—Sí.

—Pues sí, a veces. Algo despacio funciona, y me echa la pólvora a la cara, pero no importa. ¿Quiere probarla?

—No, ahora no.

Clifton se dirigía a la ciudad. Se desayunaron en una posada llena de los aromas del café, de chuletas y patatas fritas. A Bim no le faltó su parte en la cocina. Después

Joe se vio vestido con un traje caqui, zapatos, un sombrero de *boy-scout* y una mochila, pañuelos, camisa y corbata. Luego Clifton escribió una carta a Tooker, y cuando la hubo terminado y echado al correo, buscó a un viejo pastor de la ciudad y sostuvo con él larga conferencia. Cuando hubo terminado sabía más respecto al niño de doce años José Hood, que el mismo Joe sabía acerca de su personita.

Una vez más pasaron el pequeño sendero que conducía a la iglesia india y al campamento. Joe miró a Clifton con curiosidad.

—¿También era un cuento eso de haber comprado Bumble's Hollow? —preguntó.

—No, eso es verdad. Todo es nuestro, Joe, con sus ochenta áreas, el manantial, la vieja casa, los bosques, todo, Algún día volveremos y construiremos otra casa cerca de la vieja.

—¿Y dejaremos la vieja chimenea para las golondrinas?

—Todas las piedras de ella.

Durante el primer día Joe se portó como un veterano en el arte de andar. Le parecía que miles de automóviles les pasaban, silbando, a cada hora. Con frecuencia ofrecieron los pasantes un asiento a Clifton, pues el hombre alto, el niño pequeño y el perro esquelético formaban un grupo poco visto en la carretera.

Era ya avanzada la tarde; la ciudad de Hamilton habíase quedado atrás a bastante distancia, cuando un «sedan», lujoso y silencioso, los adelantó en la carretera. Al pasar, un personaje que se hallaba en el asiento de atrás lanzó una exclamación y volvió la cabeza. Una nube de polvo borró su visión, y con una palabra de excusa volvióse hacia los demás ocupantes del coche.

—Si no fuera absurdo diría que yo conozco a ese hombre —dijo—. Su parecido con una persona que conocí hace tiempo es sorprendente.

—Tiene una cara simpática y nos sonrió al pasar. ¿Por qué es sorprendente el parecido? —le pregunto una muchacha sentada a su lado—. Porque juraría que le vi por última vez hace dos años en el Yangtse Kiang, donde estaba encargado por el gobierno chino de un proyecto de repoblación forestal. Tenía que hacer una plantación de veinticinco millones de árboles. Seis meses después lo mataron los indígenas, al norte de Haipoong, en la Indochina. He visto, por tanto, un hombre difunto; un hombre por quien sentí gran afecto.

—Mande usted parar el coche —propuso la muchacha.

El rostro del viajero reflejó una viva inquietud.

—No, déjelo —dijo—. Es completamente absurdo todo eso. El hombre en quien pienso sirvió conmigo en el regimiento de la princesa Patricia y abandonamos juntos Bélgica. Éramos ambos aficionados a divertirnos, pero, terminada la guerra, a él le dio por vagabundear. Supe de él de vez en cuando. Me dijo que le pasaba algo extraño, que algo había cambiado en él aunque no era posible definirlo, y que tampoco podía volver a su antigua ocupación forestal. Él mismo se llamaba «aventurero», y yo le bautice con el nombre pintoresco de «El hombre que anda». Pero ha muerto... Se quedó allí para siempre, vi su papeleta de defunción en

Haipoong. Algo extraña fue la razón que dio para no volver a su tierra.

El coche se había detenido. Tras él una nube de polvo desapareció impelida por el viento.

—¿Qué razón era? —preguntó la joven.

—Temía matar a un hombre, si llegaba a volver.

—Ahora —dijo la muchacha, mientras avizoraba en la lejanía— han salido de la carretera y van a campo traviesa.

—Es natural —respondió el caballero—. Sin duda se trata de un granjero y su hijo. Sigamos. Y perdone esta interrupción tan intempestiva.

Y el coche prosiguió su camino.

—¿Tienen los granjeros esos ojos tan simpáticos? —insinuó la joven—. Coronel Denis: ¿cómo se llamaba aquel hombre que usted conocía?

—Brant, Clifton Brant —contestó el caballero—. Estaba en los bosques del Quebec Alto cuando estalló la guerra. Tenía excelentes condiciones para la repoblación forestal y estaba designado para desempeñar un importante puesto en el gobierno. Creo que su padre tenía allí grandes concesiones.

La muchacha se quedó silenciosa un momento. Luego añadió en voz baja:

—Esa terrible guerra parece que fue ayer, y, sin embargo, han transcurrido ya diez años. Yo era entonces una niña y besaba a los hombres que se dirigían al frente.

—En efecto, así parece, y, sin embargo, en alguno de nosotros la impresión no se borrara nunca —contestó el coronel.

Clifton había seguido un pequeño torrente que conducía al campo abierto, apartado de la carretera. Encontró una pequeña laguna de la que brotaba agua fresca, que se rizaba en una serie de ligeras ondas con un sonido musical delicioso.

—Aquí tenemos cena y baño —dijo—. Primero el baño Joe. Desnúdate mientras yo saco toallas y jabón, y ya que estás en ello, baña a Bim también. Está tan sucio como el viejo Tooker.

Hizo la guardia Clifton mientras Joe permanecía en el agua. Cambiaron luego y, refrescados y libres del polvo y del calor, empezaron los preparativos de la cena. Tenían carne tierna, según le había asegurado el carnicero. Clifton, acabada la cena, se apoyó, satisfecho, contra un árbol, y observó que este primer día había contribuido a desvanecer la palidez del rostro de Joe y la mirada hambrienta y asustada de sus ojos.

—Buen sitio para dormir —dijo, alegre—. Nada hay como el aire libre para la salud y la inteligencia, Joe. Acuérdate de esto siempre. Si así lo haces, y al mismo tiempo cultivas el sentido del humorismo, morirás feliz. Tienes que buscar siempre la parte cómica de las cosas, y si no lo haces, no servirás para nada. Dios, al hacer mundo, tuvo sus chanzas. Amó la risa, de modo que es preciso reír. Tú eres gracioso, Joe, y Bim, y yo, y todo, el mundo.

Joe, sentado con las piernas cruzadas, miró a Clifton con ojos llenos de curiosidad. Bim a su lado parecía escuchar también. Clifton encendió la pipa y

enseñó a Joe un periódico que acababa de comprar en la ciudad.

—Aquí tienes, en la primera página —dijo— ese humorismo de la vida de que to hablaba. Esta chica tiene sus piernas que valen un millón de dólares. Las mujeres son las más cómicas, Joe. Todas lo son, menos nuestras madres. Las madres nunca son cómicas y no lo olvides, Joe. Si nuestra madre se corta el pelo, hará bien, pues siempre estará hermosa. Si nuestra madre quiere ponerse pendientes de metal, hará bien también. Nunca la encontrarás rara, nunca veras en ella nada que no sea hermoso. Volvamos la hoja. ¡Otra vez! Si no me dieran nauseas me reiría mucho. He aquí una Venus de pelo cortado que hace el millón entre aquellas que se titulan: «La joven más bonita de América».

—¿Y que es una Venus? —le interrumpió Joe.

—Una mujer.

—¿Con pelo corto?

—Con pelo corto o largo. Pero si es una Venus con pelo corto, huye de ella, sobre todo cuando seas más viejo. Mira, Joe, si no hubiese en la tierra más que una mujer y tuviese el pelo cortado, no me casaría con ella. No me casaría de ninguna manera, pero desde luego el pelo cortado me lo impediría definitivamente.

—Eso debe de ser muy feo dijo Joe.

—Lo es. Lo mismo el pelo cortado que las piernas que valen un millón, son cosas feas. Ahora volvamos otra vez a la primera página.

Y Joe, que miraba profundamente a Clifton, vió como se operaba un cambio extraño en la fisonomía del aventurero. Sus facciones se endurecieron y una mirada de acero sustituyó la alegría de sus ojos. Se olvidó de Joe y de Bim, mientras arrugaba el periódico hasta convertirlo en una informe masa de papel.

Se levantó y Joe hizo lo propio, asustado.

Clifton se fijó de nuevo en el chiquillo, pero esta vez la sonrisa que acudió a sus labios era terrible y dura, como hasta entonces no la había visto Joe.

—Y a veces hay cosas que no son tan cómicas —dijo entre dientes—. Por ejemplo, acabo de saber que el hombre que me debe el millón de dólares se embarca en Montreal para Europa el próximo jueves. Y estamos en martes. No podemos dormir aquí hoy, Joe. No hay tiempo que perder.

A Joe le aturdió la rápida sucesión de acontecimientos en los días que siguieron. Por vez primera Clifton detuvo un automóvil y pidió a sus ocupantes que lo llevaran. En Hamilton alquiló otro auto y salieron para Toronto. Un poco más tarde, el ruido, la luz deslumbradora y el barullo de la gran ciudad los envolvían. Joe apretaba con fuerza su escopeta y la cuerda que sujetaba a Bim, con tanta energía que llevaba ya una marca en la mano. Estaba fascinado, y tan sorprendido que no podía hablar ni casi moverse. Clifton, para tranquilizarle, le puso un brazo sobre los hombros. Hasta entonces Brantford había sido para Joe un centro de actividad y de excitación. Toronto, con sus cientos de miles de almas era un monstruo de vida y ruido que a veces le quitaba el aliento.

Llegaron a un edificio enorme, a cuyo alrededor cientos de automóviles se movían como abejas inquietas.

Ellos también se acercaron, y Clifton hizo bajar al niño del auto, llevándole tan de prisa que tenía que ir al trote. Pararonse en una ventanilla, llegaron a una verja, y apenas la habían franqueado cuando se subieron a un tren. Bim tenía hipo y sus ojos parecían saltar de sus orbitas. Por un billete de cinco dólares quedó al cuidado de un empleado.

Aquella noche, con su ruido infernal y su traqueteo dentro del tren, fue para Joe una pesadilla. Al día siguiente llegaron a Montreal.

Clifton pidió en la estación papel de escribir. En esto se ocupó durante media hora, mientras Joe permanecía a su lado, sujetando a Bim. Luego Clifton fue al teléfono y preguntó si estaba en la ciudad Benedito Aldous. El ama de llaves de éste le contestó afirmativamente, y Clifton, con un alfiler, sujetó en el bolsillo de Joe la carta que acababa de escribir.

—Vas a ir —dijo al chico— a casa de un amigo mío, a quien debes entregar, en seguida, esta carta. Te cuidara mucho, y a Bim también. Yo te veré esta noche o mañana. Quizás esta misma noche. Mis maletas irán contigo. ¿No tienes miedo, verdad, Joe?

—No, no creo. ¿Y usted, por qué no viene conmigo ahora?

—Porque tengo que hacer.

—¿Por el millón de dólares?

—Justamente, Joe. El millón de dólares.

Clifton paró un taxi y después de acomodar en él al chico y al perro, dio al chófer una orden escrita.

—¡Adiós!

Mientras pudo siguió al coche con la vista, y vio la carita pálida de Joe pegada al cristal de la ventanilla trasera.

Por vez primera, en muchas horas, Clifton dio un suspiro de satisfacción. Suciedera lo que sucediera Joe estaba libre de una responsabilidad que le abrumaba, y volvió a encontrar su buen humor al imaginarse la cara de asombro que pondría su amigo cuando se le presentara aquel chico con la carta.

Clifton se preguntó si Aldous seguiría tan raro, delgado y simpático como lo era en aquellos días en que ambos recorrieron la India y el Turkestan. Seguramente estaría igual; cambiarle era cosa muy difícil. Desde luego habría de experimentar una agradable sorpresa cuando supiera que su antiguo compañero y es mas, el salvador de su alma y de su libertad en las montañas de Simla, estaba vivo y se hallaba en la población.

Y Clifton recordó a la vampiresa y rubia viudita que casi había «pescado» a Benedito durante la convalecencia de unas fiebres. Quizás aún le odiara por haberse cruzado su camino, llevándose a Benedito casi a la fuerza. Tal vez la viuda se había vuelto a casar, o quizás había muerto. De cualquier modo, Aldous siempre debía

agradecerle el salvamento. ¡Qué extraño es el mundo, y que extrañas en él las cosas y las personas! Sobre todo las personas, monumentos de egoísmo erigidos sobre dos piernas. Nunca se cansaban de representar sus comedietas, triviales o trágicas, y siempre con la convicción absurda de su importancia.

Él también se encontraba en un plan idéntico. Precisamente aquella misma noche pensaba representar un papel. Era posible que lo convirtiese en una tragicomedia, en vez de una larga y pavorosa tragedia. Debía haber algo de cómico, aun en la muerte de un hombre como Ivan Hurd, presidente y accionista principal de la «Hurd-Foy Paper and Pulp Company». Por lo menos algo habría para excitar la risa.

Eran las cuatro cuando llegó a la esquina de la calle donde la Compañía tenía instaladas sus oficinas antes de la guerra. Un edificio nuevo había reemplazado al antiguo. Su tamaño y grandeza hablaban de riqueza y de poder. Grabadas en la piedra sobre la puerta principal se leían las palabras: «Hurd-Foy Building». Clifton sonrió. Aquí había humorismo, si a él le daba por mirar las cosas de esa manera.

Entró en un ascensor que le subió al piso ocupado por las oficinas de la Hurd-Foy. Eran las cuatro y cuarto. Sonó gratamente en sus oídos el retintín metálico de las máquinas de escribir. Había un verdadero ejército de empleados. Pasó entre ellos lentamente. Le interesaba la suntuosidad del edificio. Se miró en un espejo al pasar y se preguntó si Ivan Hurd le reconocería. La guerra le había cambiado mucho. A ello se unían los diez años transcurridos.

Eran las cuatro y media cuando preguntó si Ivan Hurd estaba en su despacho.

—Sí, pero está ocupado. ¿Quiere usted esperar?

—No —dijo Clifton, y escribió unas líneas en un bloque—. Llévelo usted esto. Es cosa urgente.

La joven regresó al cabo de un momento. En la pared había un reloj, y al seguir a la señorita que le conducía al despacho de Ivan Hurd, Clifton observó que eran las cinco menos veinticinco minutos. La joven caminaba con una sonrisa en los labios. Algo había visto en los ojos de Clifton que le llamaba la atención.

Clifton penetró en el despacho y cerró la puerta tras de sí con llave. Lo hizo con la mayor calma, con una tranquilidad extraordinaria y sin ocultar su intención. Sabía que el hombre que estaba sentado ante la gran mesa, al otro lado de la habitación, le seguía fijamente con los ojos, y en su imaginación, antes de girar para enfrentarse con él, veía la sorpresa reflejada en su rostro. Con una rápida mirada inspeccionó la estancia. Era muy grande, decorada con frisos de caoba, con una alfombra muy espesa en el suelo. En el extremo más distante había una puerta, entreabierta lo bastante para que Clifton pudiese ver un pequeño salón, vacío, que por las trazas debía ser el cuarto de descanso de Hurd.

Volvióse y quedó frente a frente a su visitante. Hurd era un hombre fuerte. Las manos agarrotadas sobre brazos del sillón eran grandes y gruesas. Tenía la cabeza y la cara redondas, pesadas, inmensas, incontestables pruebas de su origen salón. Sus ojos eran azules, con una mirada a la cual la ira y el asombro daban una dureza de acero.

Clifton tiro su sombrero sobre la mesa, cerca de un centro lleno de rosas. Hurd tenía un cigarro en la boca. La mandíbula parecía de granito. La edad de aquel hombre no excedería en un año o en dos a la de Clifton.

—¿Qué ha hecho usted con la puerta? —pregunto.

—Cerrarla —contestó Clifton.

Éste se sentó. La gran mesa de despacho separaba a los dos hombres. Clifton sacó una pistola automática y con ella, tranquilamente, apuntó al pecho de su interlocutor.

—No se levante usted, ni haga un solo ruido que, pueda oírse fuera de esa puerta aconsejó. Tu única posibilidad de vivir media hora más depende de la completa soledad de los dos. He viajado veinte mil millas para no tener que matarte, y ahora que las circunstancias se imponen, no voy a enredar las cosas matándote durante las horas de trabajo.

En los ojos de Clifton brillaba una luz siniestra. Hablaba en voz baja, pero temblorosa, como si mordiera las palabras.

—¿Pero quién es usted, y que es lo que quiere, en nombre del cielo?

Ivan Hurd no era cobarde, pero estaba pálido.

Su actitud exigía una respuesta.

—¿No me conoce usted?

—No.

—¿No me ha visto nunca?

—No.

El instante en que los ojos de Clifton se clavaron en los ojos de Ivan Hurd le pareció a éste el más largo de su vida.

—Debe usted creer que no me conoce —dijo Clifton—, porque de lo contrario su rostro no estaría como ahora, pálido sino lleno de sudor.

Esperó un momento, y luego añadió:

—Soy el hombre muerto de Haipoong, resucitado. Soy Clifton Brant.

Capítulo IV

SOBRE la mesa del rey de la madera había un pequeño reloj de marfil. Clifton oyó su leve tictac. Llegaba a sus oídos el ruido exterior de vida y actividad. Oyó unos pasos, la risa de una mujer, la puerta del ascensor al cerrarse. Creyó oír también un leve ruido procedente del salón de descanso. Pero en esto tenía la seguridad de haberse equivocado.

Ivan Hurd permanecía inmóvil. Fijó su mirada en Clifton, y al hacerlo, un cambio sorprendente se operó en su rostro. Las manos que agarraban los brazos del sillón los soltaron, inermes. Rodearon la mandíbula profundos surcos causados por el miedo. La ira de sus ojos azules desapareció para dar paso al terror. Había reconocido al hombre muerto en Haipoong... Hizo un esfuerzo por hablar, pero solamente pudo balbucear algo con voz ronca, mientras sus ojos pasaban de la pistola al rostro del hombre que la apuntaba, en el que se dibujaba una extraña sonrisa. Creyó ver una ráfaga de locura en los ojos de Clifton. Sólo un loco podía sonreír de aquella manera.

—¿Y qué es lo que busca usted por aquí?

—A usted contestó Clifton.

Con su mano libre sacó su reloj de bolsillo, dejándolo sobre la mesa. Llevaba dos minutos de atraso sobre el reloj del despacho.

—Dentro de dieciocho minutos cerraran las oficinas —continuo—. ¿Se quedara alguien después?

—Mi secretaria.

—¿Y el portero?

—Viene a las siete. Clifton señaló el teléfono.

—Llama a tu secretaria, dile que se marche a las cinco en punto y que nadie se quede después de esa hora. Y si en algo te equivocas, si tu voz tiembla lo más mínimo, o si haces por crear la menor sospecha al otro lado del hilo ¡te mataré!

Con la mano en el teléfono, Ivan Hurd vaciló. Clifton le veía tragar saliva. Acabo Hurd por coger el aparato y dar aquellas órdenes a su secretaria, con voz tranquila y sosegada.

Cuando hubo terminado, Clifton hizo un gesto de satisfacción.

—Me das una sorpresa muy agradable —dijo— creí que uno de tu raza y tipo volveríase completamente amarillo en un momento como éste. No me agrada matar a un cobarde, me da sensación de pisar un sapo en la, oscuridad.

Hurd, haciendo un esfuerzo sobrehumano para enderezarse, encendió su cigarro. Se humedeció los labios.

—Ahora podemos hablar de negocios —dijo—. No seremos interrumpidos.

—¿Qué negocios?

—Dinero, naturalmente. Esto es lo que vienes buscando. ¿Cuánto quieres?

En los ojos de Clifton se asomó la risa. Miraba a Hurd con una expresión que era casi de afabilidad.

—Ya sabía yo que algo cómico sucedería —dijo—. Siempre sucede. Lo que prueba una vez más que la comedia y la tragedia caminan juntas y se dan la mano. Mira, Hurd, una vez vi dos burros, un carro y un hombre, en Flandes, completamente destrozados por una bomba y casi me desmaye de horror, pero cuando se disipó la nube de humo no pude menos de reírme, pues mientras los burros y el carro hablan desaparecido para siempre, allí estaba el buen hombre, mas negro que un tizón, pero sin un arañazo. Aquello fue cómico, pero esto lo es más. No quiero tu dinero. Ni este edificio ni nada de lo que en él hay bastarían para saldar tu deuda conmigo. A ti es a quien busco. Imagínate a ti mismo tal y como voy a dejarte, Hurd. ¡Cómo se reirán tus amigos! ¡Estás demasiado gordo, y amortajado dará risa verte! ¿Cuánto pesas?

—Estás completamente loco.

—Es posible. ¿No se puede asesinar a un hombre allá en Haipoong, dejarle que resucite, y creer que esté completamente sano, verdad? Tú, ¿cuánto calculas que me debes?

Esperó. Un sudor frío cubría la frente de Ivan Hurd. Clifton comprendió la tortura de su alma.

—Por ejemplo —continuó Clifton—, ¿en cuánto estimas tu propia vida? No por lo que valga ante los ojos del mundo, sino ante los tuyos propios. Porque el mundo se quedaría más ancha sin ella. Contéstame. Vale más que todo el dinero que tienes, ¿verdad?

El rey de la madera asintió con la cabeza. Veía la muerte en la boca de la pistola que le amenazaba, implacable.

—Claro está —continuo Clifton—, la vida de uno es lo más precioso que uno tiene. Mi padre tenía su vida en gran estima, y para mí era un tesoro inapreciable. Mataste a mi padre, y yo soy su heredero. Lo mataste mientras yo ayudaba a ganar las batallas que te permitieron ganar una fortuna de más de veinte millones. Engordaste con el dinero, mientras yo perdía cuanto tenía en el mundo.

»Ahora he venido a cobrar. Temías que viniese algún día. Te dije que vendría, cuando llegó a mis oídos la noticia de la ruina de mi padre y su muerte. ¿Recibiste las tarjetas que te mande? Una cada seis meses, y eso durante años. Claro que las recibirías, aquellas tarjetas no tenían más que dos palabras, las clásicas de tu nación en ruina: «*der Tag*^[1]. Sabías que eras un asesino y un ladrón, aunque ninguna ley pudiese castigarte, y tenías miedo.

»Por ello, cuando tus agentes que trataban con el Gobierno chino supieron que yo estaba ocupado en el Yangtse Kiang y luego en Haipoong, hiciste lo posible para quitarme de en medio. Creíste que lo conseguirías. Era un sitio aquel muy apartado, y muy a propósito para exterminar por completo lo que quedaba de la familia Brant.

Después nada volviste a saber de mí. Tus agentes recogieron su dinero. ¡Tengo entendido que los asesinos de Haipoong recibieron ochocientos dólares en dinero americano, y tu agente Gottleib habrá sacado buena parte! Pero ya estoy aquí, Hurd, y faltan cinco minutos para las cinco. ¿Cuánto crees tú que me debes?».

Clifton se apoyó más sobre la mesa. A Hurd le pareció que el dedo de su enemigo apretaba más el gatillo. Hizo un esfuerzo por hablar. Tenía la cara del color de la cera, la frente empapada en sudor y los labios blancos. Profundas arrugas surcaban sus mejillas. Sus manos y todo su cuerpo temblaban nerviosamente.

El relojito de marfil dio las cinco con un timbre claro y limpio.

A lo lejos se cerró una puerta. El silencio absoluto de la estancia no era interrumpido por ningún ruido de la vida exterior.

Clifton empezó a contar.

—Una, dos...

—¡Por Dios! ¡No tires!

—El precio, ¿qué me debes?

—¡Lo que sea, lo que me pidas te daré!

—¡De rodillas, Hurd, de rodillas!

El hombre corpulento resbaló del sillón hacia el suelo.

—Te doy cinco minutos todavía. ¡Contesta! Quiero saber la verdad de tus propios labios. Si mientes, te mataré como a un perro. Por medios criminales e injustos, aunque siempre dentro de la ley, robaste a mi padre las concesiones madereras mientras yo estaba en el frente. ¿Es verdad, o no?

Los labios gruesos se movieron. «Si».

—¿Y fuiste el causante de la muerte de mi padre?

—Indirectamente... sí.

—¿Pagaste asesinos para que me mataran en Haipoong?

La cabeza de Hurd cayó sobre su pecho cual si hubiera perdido toda fuerza. Una queja sorda salió de sus labios, y sus manos cubrieron su rostro. Era una verdadera confesión.

Si en aquel momento Clifton hubiese mirado más allá del hombre arrodillado, mejor dicho, desplomado, que tenía delante hubiese visto en el salón de descanso algo que se movía. Pero sus ojos no se apartaban de Ivan Hurd. Al fin tenía la venganza en sus manos. Al fin podía tomarse justicia plena. En cada rasgo del hombre temblón que tenía a sus pies adivinaba la desesperación y la tortura. Con el estoicismo de la raza que le había dada su sangre durante dos generaciones, esperaba resignado el final. Estaba cogido, y como todos los de su especie en trances análogos, como no conocía la indulgencia, tampoco la esperaba. Era un montón de carne humana temblorosa, con la cabeza caída en actitud humilde, aquel hombre rodeado de millones, potencia del mundo financiero y político. Aquel hombre temblaba de miedo ante la boca negra de la pistola automática.

Y en aquel momento Clifton se echó a reír. Era una risa franca y alegre, llena de

triunfo y excitación. Ivan Hurd levantó la cabeza. Con su cara lívida, en la que no había una gota de sangre, miró a Clifton. Y vio que sus dedos movían el cargador de la pistola. Salto el cargador. Cruzó el aire suavemente, para abatirse a poco ante el hombre prosternado. Hurd, con dedos nerviosos y torpes, lo recogió. No pesaba nada. Estaba vacío.

La pistola automática no había sido cargada.

Hurd se levantó tambaleándose, y cayó de nuevo sobre la silla. Su respiración parecía un sollozo.

La risa de Clifton se había convertido en una sonrisa llena de humorismo. Dejó la pistola sobre la mesa.

—¿Te asusté, Ivan?

—¡Caramba! —murmuró el otro pasándose las manos por la cara.

De su rostro desapareció la palidez mortal, para dejar paso a una ola de sangre. Aparecieron en su cara unas manchas violáceas. Se calmó el temblor que le sacudía.

Clifton se quitaba el abrigo.

—Lo que os pasa a vosotros, los bandidos dijo es que carecéis del sentimiento artístico, y sucede así porque nunca os hacéis cargo del lado cómico de las cosas. Sois demasiado bruscos en vuestros procedimientos, y no tenéis ni idea del final conveniente. Yo vengo a recoger una deuda de un millón de dólares, y quiero enseñarte cómo puedo hacerlo de una manera decorosa. No quiero el dinero en metálico porque, genéricamente, odio el dinero. Pero voy a recoger lo que para mí vale tanto como un millón de dólares. Vengo por mi satisfacción. Matar mano a mano tiene algún mérito, ¿no es verdad? ¿Estás listo?

Dio la vuelta a la mesa. Hurd le miraba fijamente, agarrando con nerviosidad los brazos del sillón. Clifton le cruzó la cara de una bofetada. Hurd lanzó un juramento y se levantó. Volvió a encenderse en él la sangre de los sajones. Ya no se enfrentaba con la muerte. Le había aterrorizado y humillado, y ahora le pegaban. Y todo esto porque un hombre se le había impuesto con una pistola descargada; un hombre más pequeño que él, más débil, que parecía un niño a su lado.

Comprendió lo ridículo de su situación. Rugía como una fiera encadenada. Reaccionó. A Clifton le pareció aquella transformación algo cómica, pero muy repugnante. Vio un buey, manso, que se metía en el cuerpo de un león.

Hurd se quitó la americana y tiro los puños. La cadena del reloj se agitaba sobre el chaleco. Para un hombre de su corpulencia, aquella actividad era extraordinaria. En el avance que hizo hacia Clifton había algo de demonio. Al paso cogió un florero y se lo arrojó a Clifton. Rozó el hombro de éste y se hizo trizas contra la pared. Luego Hurd lanzó un quejido de dolor al recibir de Clifton un tremendo puñetazo en el estómago.

Se agarraron. Eso era lo que Clifton buscaba. La ciencia pugilística no entraba en sus intenciones. Deseaba que Hurd pudiese sentir el tigre de cerca, apreciar, por propio contacto, la furia que durante años y años se había en él acumulado hasta llegar

al momento preciso. De querer, todo lo hubiese terminado con un puñetazo en su punto, pero Hurd, insensible o muerto, ya no servía para el castigo. Lo quería vivo, agonizante, maldiciente, sintiéndose morir de minuto en minuto, viendo llegar lentamente la oscuridad eterna. Sólo así podría pagar su deuda.

Se golpearon contra la mesa, y en aquel primer encuentro le extrañó a Clifton la resistencia de su adversario. Los brazos y los hombros de Hurd parecían de granito. Aquel hombre, con un mes de permanencia en los bosques, se hubiese convertido en gigante.

Pero él tenía una fuerza adquirida en el ejercicio al aire libre y en las largas caminatas, y era como una energía movедiza y flexible, que se ajustaba con rapidez a todas las situaciones, por inesperadas que fueran. Comprendió su equivocación sobre la fuerza de Hurd, y volvió a pegarle. Oyó el crujir de la mandíbula. Cayeron al suelo y rodaron bajo la mesa. Aun en aquel supremo instante acudió a Clifton la sensación de lo cómico. ¡Dos hombres como ellos rodando sobre una alfombra debajo de una mesa! Aquella escena debía estar rodeada de mayor dignidad. El mueble cayó de un lado, cogiéndoles bajo su peso como si fueran dos insectos bajo una astilla.

La lucha siguió. Los dedos de Clifton se cerraron sobre la garganta de Hurd. Como pudieron, salieron de debajo de la mesa, y Clifton asestó infinidad de puñetazos a la cabeza redonda, pelada y maciza de su adversario. Se le ocurrió una idea diabólica. Pensó que su enemigo estaría muy bien en paños menores. Desgarró las ropas de Hurd, y el cuerpo enorme de éste quedó al descubierto desde la cintura hacia arriba. Cuando se levantó, el cuello y la corbata le colgaban del hombro. El chaleco estaba hecho jirones. El reloj pendía de la cadena por un milagro de equilibrio. El colgante de su cadena y el alfiler de corbata montado en diamantes yacían en el suelo a distancia...

Clifton, con el cabello en desorden y una señal en la frente, se reía con flema.

El gruñido que salió de la garganta de Hurd fue parecido al croar de la rana.

Tenía los ojos ensangrentados, y por la boca entreabierta aspiraba el aire con ansia.

Avanzó otra vez había Clifton con los brazos extendidos y los dedos agarrotados. Clifton acudió al truco de los niños. Se agachó en el suelo ante las piernas de su adversario. Éste tropezó y cayó de bruces sobre la alfombra, con un ruido que hizo temblar la habitación. Clifton se levantó rápidamente y vió como las piernas de Hurd se agitaban en el aire. De una de ellas pendía una liga rota, blanca y roja. Clifton se lanzó sobre él, arrancándole la ropa de cuajo, y aplastando de un puñetazo la enorme cabeza cada vez que Hurd intentaba levantarla.

El mismo demonio le había inspirado, porque Hurd, más que a la derrota física, temía a la humillación. El instinto imperial moraba en este hombre americanizado mucho más de lo que Clifton creía. Pegarle, desnudarle, convertirle en un ser débil y despreciable ante sus propios ojos, hacerle apurar la copa de la humillación, sería peor para aquel hombre que la misma muerte, pues todo aquello abriría en su alma

una herida que le consumiría mientras viviera.

Pensarlo y hacerlo, todo fue uno. Por un momento Clifton se olvidó de todas las reglas al luchar con el hombre que odiaba. Ahora, de haberse fijado Clifton, hubiese visto la puerta del salón completamente abierta. Pero estaba ciego. Poseído de una fuerza endemoniada, se lanzó otra vez sobre Hurd. Los cuerpos de ambos tropezaban en los muebles de la habitación, derribaban las sillas, y una de ellas, bajo el terrible peso, quedó hecha añicos. Por dos veces cayeron ambos ante la puerta del salón de descanso. Hurd tenía la boca abierta y ensangrentada. Sus ropas eran verdaderos harapos. Tenía los brazos desnudos y al aire el pecho velludo y el vientre voluminoso.

Clifton reaccionó de pronto poniéndose de pie. Hurd hizo lo mismo tambaleándose, pero un puñetazo de Clifton lo abatió de nuevo. Nunca creyó Brant que una cabeza humana pudiera resistir la serie de golpes que sucedieron al anterior puñetazo. «Es una calabaza de hierro», pensó.

Por fin terminó la lucha, Hurd no había perdido el conocimiento, pero estaba deshecho. Sus ojos, abultados y enrojecidos, miraban a Clifton con aire de idiotez. Clifton, de pie, mirándole fijamente, recordó el día en que había salvado la vida de un cerdo enorme que se ahogaba en el cieno de un hoyo abierto por una bomba, allá en Bélgica. Hurd se ahogaba y aspiraba el aire lo mismo que aquel cerdo. Clifton levantó el sillón y arrastro hasta él a su adversario. Necesitó de todas sus fuerzas para conseguir levantar aquel cuerpo enorme y colocarlo sobre el asiento. El esfuerzo fue grande, pero el efecto conseguido era mejor todavía. Clifton, al contemplar su obra, volvió a reír alegremente.

Hurd era un montón de carne humana, sin forma alguna. No veía en él Clifton una figura trágica. Por el contrario, le parecía aquella forma grotesca hasta el extremo. Había algo raro, cómico, en los ojos vidriosos de Hurd que miraban fijamente a su enemigo. Parecía un bufón. Lo sublime de la situación para Clifton era que Hurd tenía plena conciencia de lo sucedido, de su humillación, de su figura monstruosamente ridícula, de su incapacidad física para mover hasta sus manazas.

Clifton se estremeció de alegría y satisfacción. ¡Qué estúpido fue si alguna vez pensó en matar a su enemigo! Aquello era mucho más sabroso. La memoria de aquella hora terrible le duraría a Hurd mientras viviese, como un tajo sangriento que le cruzase de través la cara. Era como el aniquilamiento del diablo. Vivir y sufrir. No darle el olvido con la muerte.

Clifton sintió de pronto un desvanecimiento. Hurd le había golpeado en la cabeza con el palo de una silla y hasta entonces Clifton no había sentido los efectos. Se acercó a su enemigo y se inclinó sobre él. En la cara de Hurd no se movía un musculo. Sólo los ojos vidriosos se movían desenfrenadamente. Una travesura se le ocurrió a Clifton. Colocó una pluma en la oreja de Hurd, un libro abierto sobre las rodillas y un enorme puro en su boca entreabierta. El cigarro se quedó fijo entre los dientes de Hurd.

Clifton cogió la pistola y el cargador y enderezóse ante el espejo. Volvió a mirar a

su enemigo. Otra vez sintió el mareo y no pudo articular las palabras que pensaba dirigirle al pelele antes de retirarse. Sin embargo, se le ocurrió un último detalle. Cogió un sombrero de la percha y lo colocó sobre un chichón protuberante de la cabeza de Hurd. Se dirigió, a la puerta. Al dar la vuelta a la llave se dio cuenta de que sus dedos obedecían torpemente. Consiguió abrirla y la cerró por fuera. En el corredor había sillas y se sentó en una de ellas y esperó que le pasara el aturdimiento. Oyó la campana de un reloj y quiso cerciorarse de la hora, pero no pudo. Por una ventana distante entraba un rayo de sol, pero ni aun así distinguía las mesas y las sillas, que eran para él un montón confuso y borroso. Se cubrió los ojos con las manos y esperó. Oía el tictac monótono de un gran reloj de pared. Pasaba el tiempo, y entonces sucedió algo anormal y alarmante que le sobresaltó. Fue una carcajada suave, de mujer, o mejor de jovencita. Tenía una nota musical y dulce. Clifton se puso en pie. Le pareció muy extraño que aquella risa saliera del salón donde estaba Ivan Hurd. Clifton suspendió el aliento. Oía de nuevo la risa clara, diáfana, cristalina. Y distinguió unas palabras que decían:

—¡Oh, oh, señor Hurd, está usted graciosísimo!

Capítulo V

UN grito de mujer hubiera sorprendido, sin duda, a Clifton, pero no hubiese llegado más allá de lo que él llamaba irónicamente «su emoción secundaria». Un grito de mujer no hubiera sido nunca cosa extraña. Las mujeres chillan sin ton ni son, si en una rata, una chinche o si una gota de agua les mancha el vestido. Desde luego cualquiera de ellas hubiese gritado al ver a Hurd en aquella postura tan excepcional.

Pero... ¡reírse!

Clifton se dirigió hacia la puerta preguntándose si el desvanecimiento que sentía había tenido parte en la que acababa de oír. Su primer impulso fue el abrir la puerta y mirar hacia dentro. Pero se contuvo. Notaba el movimiento de una persona en la habitación. Quizá fuera el mismo Hurd haciendo esfuerzos para levantarse; pero la risa se dejó oír de nuevo, clara y cristalina. Era una risa dulce, con una nota de sinceridad que semejava la fluidez de un chorro limpio de agua.

Clifton respiró a plena pulmón.

Era, en verdad, una situación inesperada y extraña. Había observado que el despacho particular de Hurd ocupaba un extremo del edificio. No tenía otra entrada que la puerta principal, a menos de que se entrara por la ventana, escalando una altura de siete pisos. No quedaba, por tanto, más que una solución, y al darse cuenta de ella, Clifton inició la retirada. En el salón alguien había permanecido mientras él y Hurd luchaban. Debía ser, a juzgar por la voz, una persona joven. Tenía que estar en el salón cuando la secretaria le entregó a Hurd el mensaje que Clifton escribiera diciéndole que traía un recado de una gran casa de Toronto. Indudablemente Hurd habría dicho a su visitante que esperase en el salón próximos breves minutos, y desde allí debió presenciar toda la escena, desde su principio melodramático hasta su bufonesco final. Ahora debía contemplar a la víctima, y en lugar de sentir horror o miedo, le inspiraba risa la figura grotesca de Hurd.

Clifton iba meditabundo hacia el corredor principal. En un hombre, aquella risa no le hubiera sorprendido. La figura de Hurd tenía necesariamente que provocarla, con el cuerpo hinchado, casi sin vida, con sus ojillos de cerdo a media abrir, la pluma sobre la oreja, el cigarro en la boca, el sombrero colgado de un chichón, componía una figura inolvidable desde el punto de vista masculino, pero en una mujer o en una muchacha...

En fin, el mundo sufría un cambio rapidísimo. Mucha había visto Clifton en los últimos diez años, pero sobre todo las mujeres eran bien distintas. No hacían honor a su sexo. Fumaban, peleábanse en los sitios públicos, figuraban en política y no cesaban de cortarse el pelo. Lo mismo podían dar de puñetazos a un hombre, coma

fundirse en lágrimas. Lloraban menos, eso sí, y luchaban más; y las lágrimas, cuando las había, eran un ardid inteligente que no significaba en modo alguno debilidad.

Indudablemente se desarrollaba en ellas un nuevo sentido humorístico, debido a su mayor intimidad con el sexo contrario y con sus procedimientos.

Por eso aquella joven se había reído de Hurd. Clifton lo comprendía mientras apretaba el botón del ascensor. Al fin y al cabo, mirando la vida tal como era, el mundo no perdería su equilibrio porque Iván Hurd, por un momento, perdiese su poderío. Admiró la sangre fría de aquella joven. La juzgó de pronto como una persona muy valiente y pensó, no sabía por qué, que debía ser pequeña de estatura... No podía asociar la idea de un cuerpo de gran tamaño con aquella risa suave y dulce.

Mientras bajaba en el ascensor, sintió un nuevo mareo. Todos los objetos se duplicaron. No pudo quitar la vista de la cabeza de aquella mujer encargada del ascensor, que se le aparecía oscilante. Tenía el pelo cortado. Exactamente como todas las demás. Aquella cabeza era terriblemente común y ofensiva a la vista de todo hombre amante de la estética. ¿Por qué no se pondría aretes en la nariz y se arrancaba los pocos pelos que le quedaban en las cejas? Tuvo la intuición de que la joven cuya risa le había sorprendido no había entrado por la moda ridícula de la amputación del pelo. Ninguna mujer de «melena» podía tener aquella risa.

La encargada del ascensor observó la poca seguridad de los pasos de Clifton al salir éste del aparato. La cara de Clifton tenía una palidez de cera. En la frente llevaba gruesas gotas de sudor. Y a pesar de su melena, la muchacha le siguió con la vista, llenos sus ojos de simpatía y curiosidad.

—Ese muchacho está enfermo —dijo a alguien.

Clifton aspiró con deleite el aire fresco de la calle. Era un tónico y se sintió mejor. Durante unos minutos se apoyó en el quicio del portal, se quitó el sombrero y se pasó la mano por la cabeza. Notó un bulto allí donde recibió el golpe que le dio Hurd con el palo de la silla. Un poco más y Hurd le hubiera dejado muerto.

Se alejó del edificio y se dirigió calle arriba. Eran las seis cuando entró en un café de pobre apariencia, y pidió una taza de té muy cargada.

Después de eso pasó por el barrio de Sherbrooke, en dirección a Mount Royal. Se sentía mejor y notaba que le acudía de nuevo su antiguo optimismo, con una sensación de libertad y satisfacción. Había temido durante mucho tiempo este encuentro con Iván Hurd, no por él mismo, sino por lo que le sucediera a su rival. Ya había pasado todo, y el éxito le correspondía. Su imaginación no pudo concebir un castigo más adecuado para Hurd. Había dañado el alma de su enemigo, sin quitarle la vida, y Hurd moriría con la vergüenza en el corazón. Al pasar por debajo de la tupida bóveda de árboles, que convertía el camino en un fresco y delicioso corredor, meditaba sobre la llegada de Joe a casa de Benedito y de lo que allí habría pasado. Había de ser una gran sorpresa su llegada al hogar de su amigo, como un recién salido de la tumba. Con su imaginación contemplaba a su amigo Benedito interrogando al chico minuciosamente, dudando de que el hombre muerto de

Haipoong hubiese resucitado. ¡Qué viejo y buen camarada era Benedito! ¡Qué afectuoso, distraído, desastrado e intrépido! Como a él, tampoco interesaban a Benedito las aventuras amorosas. Su enredo con la pequeña viuda de Simia fue la única caída que Clifton le conocía; y Clifton se preguntaba por qué razón, de cuando en cuando, recordaba este incidente. Ahora se le aparecía la viuda tal como la viera hacía seis años, con su cabeza de rizos rubios, sus ojos azules, su boca pequeña, redondeada en una expresión de asombro o de entusiasmo, con aquella estatura que apenas alcanzaba el brazo de Benedito cuando éste lo ponía derecho, separado del cuerpo. Un día la vio en una actitud infantil bajo el brazo extendido de Benedito, tomándose la medida. Era bonita. En eso, Benedito había demostrado buen gusto. Tenía, y los representaba, 26 años. Los afganos habían fusilado a su marido, subalterno, cuando ella solamente contaba veintiuna primaveras y llevaba seis meses de casada. Era natural que quisiera pescar otro marido, y le echó la vista encima a Benedito. Seguramente le hubiera conquistado, a no ser por la intervención estratégica de Clifton. Es posible que aquella intervención hubiese sido injusta, pero la mujer era viuda, tenía el pelo cortado, y su conciencia nunca le remordió por ello. Luego se le ocurrió a Clifton que en la voz de aquella viuda había un timbre parecido al que emanó, en una carcajada, del salón de Hurd. Recordó como hecho curioso que la risa de la viuda, una vez, le había hecho tender el cuello por encima de una tapia, para ver de quién procedía. Timbres como aquéllos eran peligrosos, y podían esconder enorme cantidad de malicia. Al oír la carcajada en el despacho de Hurd, su primer impulso fue el de abrir la puerta para sorprender a quien la había lanzado. ¿Y qué hubiera visto? Seguramente alguna invitada de Hurd. Él era así, y debió llevarse un disgusto, pues poco motivo de risa debía encontrar en lo que allí había sucedido. No hizo ningún esfuerzo mental para desentrañar aquel misterio; ni se dio prisa tampoco por llegar al viejo y triste casón de piedra, rodeado de un inmenso jardín, en el que vivía su amigo Aldous. La casa era antiquísima, pues un Aldous aventurero, asociado con la Hudson Bay Company, venido de Londres, la había construido hacía 160 años, y desde esa fecha no había dejado de pertenecer a sus descendientes. Clifton recordó cómo la viuda de Simia había desvariado sobre el caserón, sus supuestos duendes e inverosímiles leyendas, y de qué manera tan prosaica Benedito, lleno de satisfacción, se había puesto colorado oyéndola hablar. ¡Cuánto le hubiera gustado a la viuda el antiguo caserón!

Por fin llegó a la casa, escondida en la sombra de los centenarios árboles cuyas ramas cobijaron en otro tiempo los conciliábulos de los indios con los aventureros blancos que iban a explorar el interior. La casa estaba llena de luz, tal como Clifton la había visto hacía diez años, pero con una luz tenue, como si estuviera iluminada con velas. Las ventanas pequeñas, en particular, daban claramente esa sensación.

A Clifton le latió el corazón más de prisa al llegar a la puerta de entrada y ver el antiguo aldabón de bronce. ¡Volver del mundo de los muertos era una aventura extraordinaria, sin duda! Resonó el golpe del aldabón, y oyó pasos que se dirigían a la

puerta. Los hubiera conocido entre ciento; Eran los pasos largos, firmes, de Benedito, nunca apresurados aunque se hundiese el mundo. Se abrió la puerta, y en su umbral apareció la figura alta y delgada de Benedito. No había cambiado, y Clifton tampoco esperaba el cambio. Era el mismo escaso pelo rubio, la misma sombra de bigote sobre el labio, el mismo nudo mal hecho de la corbata, hasta la misma ceniza en la americana... Sus brazos eran, como siempre, demasiado largos para las mangas.

Se miraron.

—¡Dios me libre, si es el mismo Clifton! —exclamó Benedito.

Clifton sabía que el recibimiento debía ser así. Un saludo sin emoción. Se cogieron las manos. Brillaban sus ojos. La emoción tembló sobre los labios sin voz. Eran dos hombres que morirían el uno por el otro. Durante dos minutos ninguno se acordó de hablar ni de cerrar la puerta. En los azules ojos de Benedito había una nube húmeda. Clifton sintió que en los suyos sucedía lo propio.

De pronto Clifton se echó a reír con una sonrisa nerviosa.

—¿Cómo está el señor «Huesos»?

Éste era el apodo que dio a Benedito la primera vez que lo vio desnudo, al observar la delgadez que ponía a la vista buen número de huesos.

Benedito cerró la puerta. Rodeó con sus brazos los hombros de Clifton y lo llevó por un largo pasillo a una gran habitación adornada de una manera pintoresca. Cogió una petaca, en la que se veía una abolladura debida a una bala perdida, y, tendiéndola hacia Clifton, ofrecióle un cigarrillo.

Las lágrimas habían asomado triunfalmente a los ojos de Benedito, y Clifton, al encender el cigarro, se pasó disimuladamente la mano por los suyos.

—Gracias. No he fumado cigarrillos desde nuestra última cacería de tigres en Darjeeling.

Aquella fue la semana en que se separaron. Benedito regresó a Inglaterra para evacuar un asunto importante, y Clifton preparó su viaje a la China.

Ninguno de los dos se dio cuenta de cómo pasó aquella primera hora ni cómo la segunda. Hablaron de cuanto tenían que hablar sin que nadie ni nada les interrumpiera. Joe estaba acostado; Bim, en el garaje, y el caserón se hallaba en pleno silencio. En aquella primera hora de camaradería renovada, poco hablaron de la historia antigua. Clifton contó a Benedito el suceso de Haipoong, y los ojos de su interlocutor se animaron con un brillo especial cuando oyó el episodio de la salvación y las razones del secreto. Se animaron aún más sus ojos, iluminados de una gran alegría, cuando Clifton le contó la venganza que había tomado de Hurd. La risa apagada de Benedito era más expresiva que todas las palabras. Una risa difícil de olvidar, con una vibración espontánea.

—Y ahora me encuentro mucho mejor —agregó Clifton—. Durante largo tiempo fui algo cobarde, porque temía matar a Hurd. Ya ha saldado su deuda, y mejor de lo que yo pensaba. Ya puedo descansar.

Hablaron de Joe y de cuanto les había sucedido desde que salieron de Darjeeling.

Clifton había continuado su vida errante, visitando gran parte de Asia. Benedito confesó que él se había retirado a la vida tranquila, y que estaba engordando. Vagabundeó un año por Inglaterra, luego fue a Egipto, y al fin regresó al antiguo caserón sobre la montaña que dominaba a Montreal. Le gustaba mucho Montreal. De todas las ciudades del mundo, ella y Quebec eran las más tranquilas y a propósito para añorar lo pasado. Claro que si hubiese sabido que Clifton vivía y estaba en China o en Tombuctú, o en cualquier sitio de los antípodas... Encogió los angulosos hombros.

—¡Yo te hubiera buscado, amigo mío! —agregó.

Hacía muchos años que Clifton no se había sentido tan feliz. Se lo dijo así a Benedito, francamente. Mucho se alegraba de haber vuelto a su tierra y no pensaba irse a menos que Benedito así lo quisiera.

Cogió la petaca de plata. En sus ojos hubo una luz de reminiscencia.

—¿Te acuerdas de la viuda de Simia? —preguntó sonriente a su amigo.

Benedito enrojeció. Quiso reír, pero no pudo. Clifton se regocijaba.

—¿Te acuerdas de aquel día en que quiso que le regalaras la petaca? —continuó—. Yo la oí escondido tras de la tapia.

—¡Cállate, cállate! Fuiste un indiscreto.

—¡Nunca la vi tan coquetona como aquel día, amigo «Huesos»! ¡Qué bonitos rizos tenía, iluminados por el sol! Te dijo que como la petaca te había salvado la vida al recibir la bala del enemigo, quería conservarla como un tesoro, si eras tan amable que se la ofrecieras. Si no es por mí, que irrumpí a tiempo en la escena, se la regalas. ¡Vaya si se la regalas! ¡Te salvaste por un pelo, amigo mío!

—Cierto —asintió Benedito.

—¿Qué habrá sido de ella? Era una coqueta, y apostarí a cualquier cosa a que pescó marido.

Benedito escondió el rostro en una nube de humo.

—No lo dudes, amigo —balbuceó—. No era de las que soltaban la presa.

—Te habrás alegrado muchas veces de que yo te salvara, ¿verdad?

—He sido cada día más feliz.

—Me lo figuro. Eres de los que se resisten al matrimonio.

—No me casaría con la mujer más buena del mundo contestó Benedito, mientras su cara aparecía por entre las espirales del humo.

—Ni yo.

Benedito se hizo una mezcla de *whisky* y soda.

—Admitirás que era bonita —insinuó.

—¿Quién? ¿La viuda?

—Claro, la viuda.

—Un diablillo con pelo rubio, cortado, con los ojos azules y boca de bebé. ¡Pobre de ti, si llega a cogerte! Hubiera sido preferible mi tumba en Haipoong, que enfrentarse con una viuda semejante, amigo «Huesos».

Esta vez la risa de Benedito llenó la estancia.

—¿Y ahora qué piensas hacer, saldada tu cuenta con Hurd? ¿Comprar una hacienda?

Clifton se puso serio. Se levantó y paseó a grandes zancadas por la habitación.

—He venido para empezar —dijo parándose frente a su amigo—. Cuando hace diez años abandoné los bosques de Quebec, tenía ambición y esperanza, pero la guerra destrozó mis sueños. La ruina y la muerte se cebaron en los míos, mientras yo, en el campo de batalla, luchaba por los autores de la catástrofe. Quería matar a un hombre como fuera. Fue una verdadera obsesión, y la guerra me enseñó a odiar, no tanto a los hombres que eran mis enemigos, como a los de mi propia nación, a los que cobardemente se emboscaron, a los tiranos del dinero. Por todas partes vi estafa, inmoralidad, hipocresía y mentira. Fui un bobo, lo reconozco. Tres años contigo me sirvieron de mucho. Desde entonces soy otro hombre. Ahora que he vuelto, gracias a Dios, no pienso volver a marchar.

—¡Bravo! —aplaudió Benedito.

Clifton tenía la cara radiante.

—Quiero paz y tranquilidad, pero para siempre. Vuelvo al único afecto que tengo, los bosques. Primero pasaré por el Quebec francés, donde la gente vive con la misma tranquilidad de hace doscientos años. Desde hoy no quiero más emociones. La última fue la lucha con Hurd. Deseo la quietud de Peribonka, el valle lleno de paz y sol y la tranquilidad del lago, donde las mujeres aún cuecen el pan al aire libre y los hombres montan a caballo en lugar de manejar el volante. Quiero volver a los bosques, y ansío llegar a aquella antigua calle de Chicoutimo, con su olor de madera vieja y el repiqueteo de sus campanas. Te digo, Benedito, que para siempre estoy harto de cambios, emociones, sorpresas y sustos. Quiero paz y tranquilidad...

Benedito se había levantado. Algo especial había en su mirada. Interrumpió a Clifton:

—Clifton, viejo amigo, perdóname...

Clifton, con la boca abierta, giró sobre sus talones.

Benedito, al decir esto, le cogió de un brazo, como para darle ánimos, mientras reía con una risa extraña e inexplicable.

—Mi mujer...

En la puerta, sonriendo, vió Clifton una visión de blanco y oro.

¡Era la viuda de Simia!

Capítulo VI

ALLÍ estaba, como hacía seis años, con el mismo pelo rubio, con sus mismos ojos, la misma redondez de la boca pequeña, el mismo traje blanco, la misma esbeltez de estatua, la misma expresión inexplicable, aquel algo que la proclamaba ladrona de corazones masculinos. ¡Era ella!

Le sonreía con los ojos brillantes, con su boca alegre contraída en una perfecta O. Muy seductora, muy engañosa, muy impertinente, pero indiscutiblemente muy bonita.

¡La mujer de Benedito! Clifton continuaba mirándola fijamente. Poco a poco sus fuerzas le abandonaban. No; no era engaño. Era la misma persona, la única en el mundo que le inspiraba miedo, la que había querido robarle a su amigo Benedito, y la que por fin lo había conseguido. Ni el golpe que Hurd le diera con el palo de la silla le había causado atolondramiento semejante. Tragó saliva y quiso hablar. Y no le salieron más que tres palabras.

—Que me ahorquen...

La esposa de Benedito soltó una carcajada. Siempre había jurado Clifton que su boquita de niña y sus dientes blancos eran la causa del reblandecimiento del cerebro de Benedito durante algún tiempo. Continuaba siendo la misma, con idéntico perfume, un perfume casi imperceptible, pero muy penetrante, que invadía los sentidos por escondidos caminos, como un ladrón...

Y luego, antes de que pudiera recobrar la serenidad, ocurrió algo extraño. La viuda de Simia —no podía llamarla de otro modo— estaba a su lado. Todo sucedió en un instante. Los brazos de la viuda rodearon el cuello de Clifton, se levantó sobre la punta de los pies, y sus labios dieron un beso en la boca al viejo amigo.

Ese beso fue como una explosión que destrozara cuanto había en él de fortaleza, recogida durante tantos años. No fue un beso furtivo, platónico e inexpresivo. Fue un beso lleno de calor y de amistad. El contacto de aquella boca fresca fue para Clifton la cosa más extraña del mundo. Miró a su alrededor con expresión de locura. Vio una silla y cayó sobre ella.

—¡Dios nos libre! —murmuró, mientras miraba a la pareja mano en mano, la una tan pequeña y bonita, y el otro tan alto y anguloso. Y la cara de Benedito estaba radiante de felicidad.

—¡Oh, cuánto me alegro de que no haya muerto usted! —exclamó la viuda. Y se llevó las manos al pecho, en expresión de éxtasis—. Cuando me dijeron que lo habían matado los chinos, pasé una semana llorando. ¿Verdad, querido? —añadió mirando con adoración a su marido. Benedito hizo un gesto de asentimiento.

—Hace dos años, tres meses y diecisiete días que nos casamos, contando hasta las diez de esta mañana —continuó—. ¡Cuánto sentíamos Benedito y yo que no conociera usted nuestra felicidad antes de morirse!

Los ojos azules de la viuda de Simia parecían los de un niño, llenos de sinceridad, sin el menor asomo de coquetería. Ésta era la mirada que Clifton temía en los días de su lucha por salvar a Benedito.

Luego observó que ya no tenía el pelo en melena ni en rizos. Era una hermosa mata de pelo rubio que adornaba su cabeza, de una sencillez sorprendente. Ella se dio cuenta de su admiración.

—Empecé a dejarme crecer el pelo hace tres años; por causa de usted, pues me dijo Benedito que por ese motivo no aprobaba nuestro casamiento, ¿verdad, marido?

Una vez más Benedito asintió; «como un niño grande», pensó Clifton.

Clifton se levantó despacio. Se sorprendió de no encontrarse ni estólido ni turbado. Más bien tenía la sensación de haber envejecido de pronto. Solamente comprendía una cosa, y era que antes de cesar de ser un idiota tendría canas.

La viuda de Simia le había vencido. Le tendió las manos.

—Y ahora que todo ha pasado, me alegro —dijo Clifton—. Al fin y al cabo, «Huesos» necesitaba de alguien que le cuidara. Ya no soy enemigo de usted.

Es más, ahora que les veo a ustedes, después de dos años y pico de casados, tan entusiasmados, casi la quiero a usted tanto como a «Huesos».

Llamaron al teléfono.

—Yo contestaré —dijo la viuda, y dejólos solos.

—¿Cómo demonios —preguntó Clifton— ha sucedido esto? ¿Cómo no me lo dijiste?

—No me dejó ella —balbuceó el amigo, contestando a la segunda pregunta—. No me dejó. Cuando Joe me dijo que vivías, y que llegarías esta noche, insistió en que te diéramos la sorpresa; una sorpresa muy agradable, según ella, y mandó los niños a la cama.

—¿Los qué...? —preguntó Clifton, con el colmo del asombro en su semblante.

—Los niños —repitió Benedito—. Tenemos dos nuestros, la niña, Clara, como su madre, y Benedito, segundo, un travieso como su padre, y contando a loe, eran tres que tenían que acostarse.

—¡Dios mío! —suspiró Clifton.

Volvió a aparecer su mujer.

—Queremos tener dos más —dijo Benedito— y luego renunciaremos. ¿Qué te parece?

—Benedito, te llama una señora al teléfono, ¡a esta hora! ¿Quién será?

—Dos ya, dos ya —murmuraba Clifton—, dos, dos...

—¿Qué dice usted, Clifton?

Era la primera vez que le llamaba por su nombre, y lo hacía con una franqueza tal que parecía ser su hermana, y él no pudo menos que sonreír.

—Me decía Benedito que tenían ustedes dos hijos. ¿Es verdad?

—Ciertamente.

—¿Un niño y una niña?

La esposa de Benedito asintió. Oían la voz de Benedito en el teléfono.

—El niño, Benedito como su padre, cumple los cuatro meses pasado mañana, a las nueve y cuarto de la mañana, y se parece extraordinariamente a su padre —explicó.

—¡Oh!

Clifton sonrió.

—¿Cómo sucedió? —preguntó—. Benedito estaba a punto de decírmelo cuando llamaron al teléfono. ¡Creí haberles curado a los dos allá en los montes de Simia!

La mujer de Benedito bajó los ojos como un niño interrogado. Sus dedos jugaron nerviosamente, como en busca de una contestación. ¿Qué de extraño tenía que el pobre Benedito hubiese sucumbido a su encanto?

—Pues verá usted. Yo le seguí a Inglaterra —dijo.

—¡Pero hizo usted eso!

—Sí, señor. Pero cuando llegué allí ya se había marchado; y le seguí hasta Egipto.

—No alzaba los ojos, pero Clifton tragó saliva, y ella oyó el ruido que hizo su garganta.

—Allí tampoco lo encontré —continuó, con un tono de voz que era casi de lastimosa penitencia— y tuve que volverme, y como sabía que no podía ser feliz sin él, le seguí al Canadá. Nos casamos en seguida. Clifton volvió a caer en el ancho sillón de Benedito dando un gemido.

—¡Y yo que he vuelto al Canadá para sustraerme a las emociones, sorpresas y sustos! —murmuró para sí—. Vengo en busca de tranquilidad... y encuentro...

Benedito le interrumpió. Estaba en la puerta. Su cara tenía una mirada que recordaba a Clifton los días en que habían escuchado juntos la explosión de las bombas alemanas.

—¡Sabrás que te persigue la policía!

—¿La policía?

—Eso dijo la joven en el teléfono. No quiso darme su nombre, pero parece saber mucho de lo sucedido en casa de Hurd. Nada me dijiste de ella.

—No —repuso Clifton levantándose—. ¿Tenía una voz muy dulce?

—Mucho. Insiste en que Hurd sabe que estás aquí, dice que ha salido en tu busca con los policías. Dice que tienes cinco minutos para escapar, y añadió que te diera las gracias por lo que hiciste a aquel canalla. Que lo mejor que puedes hacer es poner pies en polvorosa. Así lo dijo.

—Puede que tenga razón —asintió Clifton—. No creí que Hurd acudiese a la policía.

Benedito y su mujer le rodearon. Había en los ojos de ella una ira contenida de la que no la hubiese creído capaz.

—Es... un animal —exclamó—. ¿Por qué no le mató usted en lugar de dejarle sentado en el sillón, como un cerdo cebado? Yo le hubiera ahogado con el cigarro, en lugar de dejárselo en la boca. Yo...

—¿Qué sabe usted de Hurd? —preguntó Clifton, sorprendido No habrá usted...

—Sí, precisamente, escuché —interrumpió la mujer de Benedito—. No pude resistir a la tentación de oír lo que usted diría cuando le dijera Benedito que yo era su mujer. Y oí todo lo que usted contó sobre Hurd. Le detesto, y si se atreve a venir aquí...

Benedito se había acercado a la ventana.

—Veo las luces de un coche por entre los árboles anunció en voz baja Está parado delante de la casa. Si quieres pasearte por el Quebec francés, te aconsejo, amigo, que desaparezcas algún tiempo, hasta que se olvide el asunto. ¡Mala influencia tiene Iván Hurd con la policía!

Clifton frunció las cejas y sus puños se cerraron.

—Creí que habíamos terminado —dijo—. Tenía la seguridad de que Hurd consideraría saldada su deuda a poco precio con la paliza que le propiné. Pero si se empeña en seguir...

—Debo advertirte —dijo Benedito, hablando muy de prisa y con agitación— que Hurd es miembro del Parlamento Provincial y está a la cabeza del partido reaccionario más poderoso que existe en el Quebec. Ha robado millones, y su poderío e influencia son enormes. En el Congreso le llaman «El Toro». No tiene piedad para los que se hacen sus enemigos, así es que pocos se atreven a oponérsele. En estos momentos, y sobre todo en lo que a ti te concierne, es el hombre más peligroso del Canadá.

—Y, sin embargo, no hace dos horas aún vi en él el hombre más cobarde de la tierra dijo Clifton.

—Hombres de su tipo son siempre cobardes cuando les llega la hora. Por eso Hurd te matará si tiene ocasión de hacerlo o puede hacerlo sin perjudicarse, porque eres el único hombre que ha conseguido revelarle tal como es. ¡Si aún hubieseis estado solos! Pero no lo estabais. Allí, presenciando aquella lucha, había una mujer, y cuando se le desnuda a un hombre hasta el alma ante quien más vergüenza puede darle... —Benedito hizo una pausa y tuvo un expresivo movimiento de hombros.

—¡Escuchad! —dijo en voz baja la mujer de Benedito.

—Suben por el sendero dijo Benedito.

Su voz había recobrado su tranquilidad acostumbrada. Encendió un cigarrillo.

—¿Tienes algún testigo del asunto Haipoong?

—Lo perdí —contestó Clifton secamente—. Creo que lo mataron. Por lo menos desapareció un mes antes de que saliera de Indochina.

Benedito movió la cabeza.

—¿Recuerdas aquel día que escapamos de la cabañas de barro junto al río Irawadi? —le preguntó—. No es que tuviéramos miedo: era prudencia nada más.

—Adiós, «Huesos», me marcho —dijo Clifton sonriendo—. Pronto tendrás noticias mías. ¿Te dará permiso la señora aquí presente para venir a pasar una temporada conmigo allá?

—Si se da usted prisa ahora, sí —interrumpióle ella, con un temblor en la voz—. Vaya rápido. Ya empiezan a subir las escaleras. ¡No les dejes entrar, Benedito! Saldremos por la puerta del subterráneo.

Clifton, cogido de una mano, se dejó llevar por el pasillo. Pasaron una puerta y bajaron una escalera estrecha que conducía a una habitación. Estaba a oscuras, pero no tardó en iluminarla una bombilla eléctrica. Con un dedo en el interruptor, la mujer de Benedito señaló su mochila. En cuanto Clifton la recogió, quedaron de nuevo en la oscuridad. A tientas abrió la estrecha puerta. La luz plateada de la luna y las estrellas iluminaron el traje blanco y el pelo dorado de la mujer de Benedito.

A la blanca luz de la noche, los ojos de ella tenían un extraño brillo. Oíanse vagas voces. Benedito hacía imposibles por ganar tiempo. Clifton sintió en aquel momento una extraña sensación de humillación y de vergüenza.

—Perdone —murmuró—. No pido más, y no puedo esperar más, a cambio del mal que he pretendido hacerle. Pero no comprendía, y me guiaba el afecto que sentía por Benedito. Además, creía que usted... que usted...

—Comprendo —interrumpió la viuda de Simia, mientras su mano apretaba suavemente la de Clifton—. Comprendo. Usted creyó que no le haría feliz. Cuando eso suceda, querré morir.

—¿Y usted se encargará de Joe por algún tiempo?

—Esta casa es de Joe y de usted, si se digna volver a ella.

Clifton ajustó la mochila sobre sus hombros.

Parecía la viuda de Simia más alta al despedirse. Sus ojos tenían una mirada franca y noble. Le pareció a Clifton que aun en aquellos momentos de incertidumbre y ansiedad, una sonrisa le temblaba en los labios.

Con la puerta casi cerrada ya, la mujer de Benedito le hablaba aún, despidiéndole, con una nota de triunfo en la voz.

—Le perdono y le compadezco —murmuró—. Usted necesita una mujer tanto como el pobre Benedito me necesitaba a mí. Las mujeres hoy día somos distintas, no nos conformamos con llorar pidiendo lo que se nos antoja. Lo perseguimos, sobre todo las de pelo corto. Y sucederá que algún día otra viuda de Simia se enamorará de usted, Clifton, y se casará usted con ella... y ruego a Dios que tenga el pelo a la romana.

Al cerrarse la puerta tras él, creyó oír una leve carcajada. Y en la noche iluminada salió al campo y atravesó las sombras de los espesos árboles que se erguían entre él y el camino libre.

Capítulo VII

AL llegar al camino ancho, Clifton se detuvo. La libertad no le atraía. La risa de Clara Aldous sonaba aún en sus oídos. Sentíase cobarde, le parecía huir de una humillación tan grande como la que había hecho sufrir a Iván Hurd. Sabía que aquella risa le había salido del corazón, y que su gran sinceridad no tenía malicia ni exaltación. Había Venido triunfante, se iba implacablemente castigado, y sabía que lo merecía.

Se escondió en la maleza de unos arbustos, frente al castillo. Estaba abierta la puerta y oía voces. Un poco más allá discernía las luces de un automóvil. Un hombre paseaba delante y la luna descubrió otros dos dentro del coche. Imaginó que uno de ellos era Hurd.

Oyó la voz ronca de Benedito. Un momento después se estremecía al oír la de Clara. Era como una espina que se le clavara en lo más hondo de su ser. Clara protegía su fuga, y dirigía las baterías de su belleza y de su ingenuidad sobre los policías para que él pudiera escapar.

Los vio salir al jardín, Clara Aldous hablaba tanto que su marido permanecía silencioso. Sus pies nacían crujir la arena blanca del jardín. Los rayos lunares jugueteaban con el pelo de Clara. Benedito encendió un cigarrillo, y seguía con la vista a los policías mientras bajaban por el sendero en busca del coche. Luego cerróse la puerta del castillo con un golpe desafiador e impertinente.

Todo había concluido. Clara le había defendido, en lugar de castigarle como se merecía. Volvió a recuperar su buen humor acostumbrado. Dio gracias a Dios de que fuera así aquella mujer. Una como ella merecía el excelente Benedito. ¡Pero qué estúpido fue allá, en Simia!

Oyó una voz furiosa dentro del coche. Era Hurd. Si guió una consulta que duró varios minutos. Pusieron el motor en marcha, pero no sin que antes salieran dos hombres: uno se dirigió a la finca, y el otro desapareció entre los árboles de la carretera. Hurd, receloso, mandaba vigilar aquellos contornos.

A pesar de eso, Clifton tenía la seguridad de poder entrar de nuevo en la casa sin ser visto. Pero aunque sintiera vivos deseos de hacerlo, no dio un paso en ese sentido. Creía acertar quitándose de en medio. Decidió, pues, dirigirse hacia el Este, protegido por las sombras de los árboles, con la misma cautela con que él y Benedito habían abandonado las cabañas del Irawadi en sus días de aventura.

Anduvo mucho tiempo, sin percatarse de la distancia. Se esforzaba en no salir de las sombras. No tenía ningún proyecto fijo, ni objeto determinado. Andaba sin orientación alguna, y sólo por la costumbre adquirida en los últimos días de su viaje,

dirigíase hacia el Este. No recordaba, en su vida aventurera, una complejidad de sucesos como los de esta noche, y aún sentíase atolondrado por la sorpresa que le habían causado y aún más por las, emociones, a su juicio inexplicables, que le agitaban. Desde las cinco de aquella tarde, el mundo había cambiado para él.

Al principio no pensó mucho en Hurd ni en los riesgos que corría en su huida. Estaba acostumbrado a calcular los problemas del peligro y ya formaban parte de su existencia. No temía a Hurd, ni se alarmaba ante la actividad desplegada por la policía, y la idea del presidio, para él, tenía casi un delicioso sabor humorístico.

Sólo él y Benedito podían comprender esta manera de mirar las cosas. Recordó el día en que un magistrado de la secta Behar había encerrado a Benedito por haber entrado en un templo tabú, y cómo él, Clifton, no pudo contener la risa al ver a su amigo, de una estatura de seis pies, metido en una jaula de madera que no tenía más de cinco pies cuadrados. Todo sería que le tocara a Benedito reírse de él, si llegasen a prenderle. ¡Lástima que su amigo le dejase escapar, qué ocasión de reírse un rato perdía!

No, no le asustaba Hurd, ni la lucha, ni lo que pudiera ocurrir. Era, más que nada, el recuerdo de aquella personita misteriosa que había permanecido escondida en el aposento de Hurd, y el beso que la mujer de Benedito había impreso en sus labios.

Tuvo que confesárselo. La sorpresa, en el primer instante, había vencido a la emoción. Pero ahora la sentía, latente, circulando por sus venas como una oleada de calor inextinguible. Era una sensación con la que nunca había estado en verdadero contacto. Y no era que su temperamento fuese tan frío que no hubiese besado nunca a una mujer, sino que este beso había dejado una huella que no podía borrar ni rechazar. Había destrozado sus ideas de platonismo. Había, pues, mujeres merecedoras de ser llevadas al altar, y entre ellas, la mujer de Benedito. Se preguntó si en verdad le había perdonado, o si aquel beso era un ardid de paz ofrecido por el deseo de agradar a Benedito.

Y continuaba haciéndose preguntas sobre aquella mujer que tanto le había intrigado, y que estaba en el aposento de Hurd. Era ella, sin duda, la que había dado parte al castillo, pues ¿quién podía, si no, haberse enterado de su pelea con Hurd, ni de que éste hubiese avisado a la policía? Además, había encargado a Benedito que le diera las gracias por haber propinado tan soberana paliza a aquel canalla.

Hizo esfuerzos por apartar esta obsesión de su cerebro, pero sin lograrlo. ¿Quién era? ¿Cómo había podido permanecer escondida, presenciando una lucha entre dos hombres, que pudo haber llegado a las dimensiones de una tragedia? Y, sin embargo, su risa, una vez que Clifton hubo terminado con su víctima, demostraba que ni había sentido emoción alguna ni temor. Esto no podía explicárselo. Reconoció que era completamente contrario a todos los convencionalismos. Seguramente aquella mujer no temía a Hurd, o no se hubiese reído de él.

Y luego se preguntó qué clase de mujer o joven sería aquella que intimara con un hombre como Hurd, escondiéndose en su salón privado. Llegado a este punto, su conciencia reaccionó. Su caballerosidad puesta en guardia se negó a continuar el interrogatorio. La voz de aquella mujer, como el beso de Clara Aldous, eran inolvidables. Las mujeres malas no podían reírse de aquel modo, ni mucho menos podían asomarse las lágrimas a sus ojos como las que había visto, de cuando en cuando, en los ojos azules de la mujer de su amigo.

Eran valientes, tanto Clara Aldous como la mujer que se había reído de Hurd y que le puso después en guardia. Las defendería, a cualquiera de las dos, si hubiese necesidad de ello. Llegado a esta conclusión, se sintió más tranquilo.

Sorprendióse al llegar a las puertas de la ciudad. Había pasado el tiempo rápidamente, había andado mucho. Reposaba la tierra en la oscuridad de la noche, suavizada por la luz blanca de las estrellas. La luna escondíase tras las arboladas cumbres de Mount Royal y la tranquilidad de la noche canadiense envolvía los hogares.

Clifton, contemplando el firmamento cubierto de estrellas, aspiró con avidez el aire puro de la noche. Aquéllas eran sus horas felices, con la tierra libre bajo sus pies y el mundo entero ante él. Andaba por un sendero ablandado por el barro, que prefirió a la carretera empedrada que corría más al Sur.

Dejó de hacerse preguntas y desapareció su intranquilidad. En su lugar diose a meditar sobre lo que para él constituía una serie de extraños sucesos. Admitía la posibilidad de sorprendentes acontecimientos espirituales, y pocas veces viajaba solo, aunque en apariencia estuviese en la soledad más absoluta. En tales instantes, la vida y la amistad de los hombres se acercaban más a él y se sentía invadido de un sentimiento de fraternidad tan grande que abarcaba otros universos además del suyo.

Creía que todo era concebible para el alma humana, una vez ésta llegaba a comprender la significación del espacio, y que más allá, entre el billón de otros mundos y sistemas solares, iniciábase la mayor perfección de las almas. Y por eso, en parte debido a la influencia de los bosques, que había dejado huella indeleble en su alma, y en parte a causa de una facultad de comprensión más clara que la de la mayoría de los hombres, no se reía de los milagros y sueños, pero tampoco los aceptaba como mensajeros que hubiese de traducir y obedecer. Era su misterio lo que le interesaba. Y según iba caminando a la luz de las estrellas, sus pensamientos retornaron al antiguo cementerio indio en Brantford y a las visiones que allí había tenido.

Se le ocurrió que el fantasma del joven Séneca, amante de la paz, quizá tuviese razón, y que mejor hubiese hecho de enterrar el hacha de la guerra que volver a recordar, sus rencores con Hurd. Pero tanto su propia madre, como Brant y todos los guerreros, le habían impulsado hacia la decisión que tomara. Se esforzaba por no pensar en la joven que también había tomado parte en aquel sueño. Mas apareció a pesar de todo, y Clifton sonrió al confesarse su propia debilidad, y al advertir que, si

había recordado las visiones del cementerio, era precisamente por ella.

Mucho de aquella mujer aparecida en sueños le recordaba la otra, la escondida en el salón privado de Hurd. Aquélla se había reído, se había alejado de él, y se había comportado de un modo evasivo y misterioso. Y así había resultado ser la muchacha que le avisara el peligro. Las dos le parecían un misterio. Una persona supersticiosa hubiérase trastornado a fuerza de conjeturas, sobre todo al recordar que una de aquellas mujeres, la del sueño, se había arrodillado a los pies de su madre, y la otra, la real, le había salvado de sus enemigos. Pero él, en pleno juicio, preciándose de poseer aquel temperamento tan flemático:

—¡No! ¡No tengo ni lo uno ni lo otro! —acabó por interrumpirse hablando en voz alta—. ¡Soy un perfecto idiota, y siempre lo he sido!

Hecha esta confesión, que le alivió, irguió el cuerpo, anduvo más de prisa, y empezó a silbar una canción.

En la frescura de la noche, con un camino suave bajo los pies, sentíase incansable. Tras él dejaba horas y leguas, y la luz de Montreal borrábase poco a poco hasta convertirse en un nimbo tenue, casi perdido en la claridad de las estrellas. Entonces, en la hora de milagro y de paz que precede a la aurora, con la ciudad a quince millas de distancia, advirtió que había penetrado en el corazón de la región de L'Assomption, de habla francesa. Sabía que penetraba en una tierra que vivía aún del mismo modo que tres siglos antes. Contaba con ansiedad los días y la distancia que le harían entrar más adentro en aquella región amada, para gozar de su libertad y de su espacio sin límites, su romanticismo y sus tragedias y, sobre todo, de la inefable bondad de unas gentes humildes a las que no llegara a conmover en doce generaciones el loco progreso de la civilización que las rodeaba. Era aquélla la Nueva Francia, que se asimilaba, en lugar de rendirse a los pasos gigantescos de la invasión, tan fiel a sus principios como en los tiempos en que Cartier, Champlain y Frontenac pusieron allí sus plantas por vez primera, tierra que para Clifton era el paraíso escondido en un rincón del mundo.

Sabía que solamente había traspuesto la primera puerta de la antigua Quebec, mas, a pesar de que tras él hallábase aún a poca distancia una de las mayores capitales del mundo, ya sentía la calurosa bienvenida de la tierra amada. Pasó las casas, ya a oscuras, de los campesinos, cercanas a la carretera. Aparecían ante sus ojos aquí una cruz, allá un retablo, en la claridad de la noche. El rostro venerado de Cristo, con su corona de espinas, contemplábase al pasar. Las iglesias rurales, con las puertas jamás cerradas, alegrábanle con el resplandor de la luz mortecina de los cirios, y le invitaban a entrar y reposar si lo necesitaba. Las aldeas soñolientas alzábanse como sombras en el camino y sobre él parecían flotar los restos de los bosques de los primeros colonizadores, bosques de robles tan altos que debieron de contemplar los primeros caballeros y señores que siguieron las huellas de los padres jesuitas, y de

ramas tan anchas que se extendían sobre la carretera, formando largos y verdosos túneles de espesa sombra. Paróse en la cumbre de una colina y contempló el antiguo camino. A lo lejos aún podía distinguir las luces de Montreal. Habían pasado muchos años desde que contemplara, lo mismo que ahora, el camino desde lo alto de aquella colina. Y un día, el viejo cura de San Lin se había puesto a su lado y evocado los días en que aquéllos, las arboladas cumbres y los verdosos campos, habían sido testigos de la primera y la más terrible de todas las páginas sangrientas escritas en el libro de un mundo nuevo. Jamás había olvidado al Padre Arnaud, el anciano cura de San Lin. Aquel sacerdote hubiese preferido morir mártir como Chaumonot y De Brébeuf, que vivir en aquellos días de paz. Y las visiones y los recuerdos volvieron a su memoria, al contemplar el lejano resplandor de la ciudad. Creyó oír, como oyera al Padre Arnaud, en su extraña e inquieta imaginación hasta el día de su muerte, los pasos y voces de aquellos que siglos atrás llegaron para conquistar o morir.

En aquel polvo del camino y en aquellos verdes campos habían dejado sus huellas Cartier, Champlain, Joliet y Frontenac. Pedro Radisson, el más grande aventurero de todos ellos, había oteado la región desde aquella cumbre, cuyo inmenso roble tal vez había dado sombra a Tonty y La Salle. Era allí, según le dijera el cura de San Lin, donde los iroqueses habían torturado a los padres Brébeuf y Lallemant, destrozándoles los dedos y arrancándoles las uñas y la lengua, y poniendo fin a su tortura, al cabo de dos días, con agua hirviente vertida, sobre ellos en cruel imitación del sagrado bautismo.

Y como éstos, otros sacerdotes habían muerto en aquel anfiteatro, en cuyo centro brillaba ahora el resplandor de una gran ciudad. Aquí los jesuitas habían ofrecido sus cuerpos en el altar del martirio, lo mismo que hubiese hecho el Padre Arnaud, de haber vivido en aquella época. Allí el Padre Daniel había sonreído en señal de perdón cuando los iroqueses le mataron con sus flechas, y el Padre José Bressani soportó un mes de tortura. Los padres Garnier, Chabanel y Joques murieron en el palo, y otros muchos más habían dado sus vidas en horribles torturas para que la moderna ciudad de Montreal conociese a su verdadero Dios.

Clifton, en su soledad, tuvo la visión de aquellos días de majestuosidad y tragedia, y por un momento las luces agonizantes de la lejana ciudad le parecieron el resplandor de las casas de Lachine incendiadas por los indios. Y creyó que aguzando el oído podía percibir los gritos de triunfo que los *Mohawks*, los *Oneidas* y los *Sénekas* profirieron al convertir el valle en un mar de sangre y de llamas. De pronto le despertó de su letargo el ladrido de un perro. Empezó la bajada de la cuesta y advirtió en el Este la aurora del nuevo día.

Aquél era, al fin, el principio de su regreso a lo que consideraba su verdadera patria, porque de aquellos sitios guardaba recuerdos menos dolorosos que los de su infancia en Brantford Town. Allí podía entregarse más a la esperanza. Animábale, además, la emocionante proximidad del «País de Dios», el que tanto le atrajera en su juventud. Un poco más allá estaba la antigua ciudad de Quebec, y después, la

inmensidad de los bosques de Laurentania, y los grandes ríos que brotaban, con rugidos de león, de la misteriosa Tierra Alta, y los numerosos lagos encerrados en sus paredes de grandeza primitiva, habitados por gentes que consideraban a los de habla inglesa como extranjeros.

Allí volvería a hallar las huellas de su padre y las suyas, y le pareció que desde entonces había pasarle medio siglo. Sintióse de pronto invadido por el alegre espíritu de aventura que debió haber inspirado a los guerreros de antaño, cuando el camino que ahora pisaba no era sino un sendero borroso en la región selvática. Y se rió de sí mismo al considerarse aventurero en una tierra antiquísima, aun sabiendo que precisamente por su antigüedad y los fantasmas que la poblaban sentía aquella emoción que nunca moriría, mientras viviera, y que la producían aquellas visiones bajo la luz apagada de las estrellas.

Llegó a un río, el Achigan, y, dejando el camino, se dirigió al borde de un espeso bosque, donde los álamos y los robles centenarios alzaban sus copas en un dosel que tapaba lo que quedara de luz estelar. Allí tendió la manta y se dispuso a dormir. La fragancia de las flores invadía el bosque, y la frescura de la tierra y del verde césped esparcían un delicioso aroma en el aire. Clifton, adormilado, pensó en Hurd, en los policías que vigilaban el castillo. Se preguntó si Benedito y su mujer dormirían tan profundamente como él pensaba hacerlo, y si la muchacha misteriosa que le diera el aviso se hallaba ya acostada como correspondía a una hora tan avanzada.

En buen lío se había metido —pensó—, pero ya había pasado, y recordó con regocijo sus pasadas peripecias. Al día siguiente escribiría una carta a Benedito y a su mujer, y otra a Joe. Echaba de menos a éste y también al perro. Más adelante los llamaría a su lado. El chico y el perro eran lo último que recordó al quedarse dormido.

No tardó la tierra en despertar, poco después. En las casitas pintadas de verde, de rojo y de amarillo, brillaron las lámparas de petróleo antes de que saliera el día, multiplicándose sus reflejos sobre los suelos blancos como la nieve, sobre las barras de níquel y los espejos limpiísimos de las hornillas de último modelo, supremo lujo de aquellos habitantes. Oyóse el ladrido de un perro, al que siguió otro más lejano... Los pájaros despertáronse en las ramas, y con los primeros rayos de la aurora los cuervos chillaron en los campos de heno.

Aunque tan cerca de la ciudad que los silbatos de sus fábricas podían oírse débilmente en los días de calma, no interrumpía, sin embargo, la paz de los campos ninguna bocina de automóvil; ni nublaban la carretera las columnas de polvo levantadas por ellos. Una fresca y deliciosa humedad flotaba en el aire, esperando el sol; cubría la tierra con un manto de plata el rocío que caía, semejando pendientes, de los pétalos de las flores y de las hebras de la hierba verde. Los golpes de un hacha lanzaban notas de antiguas melodías. Oíanse voces en lontananza que saludaban unos a otros en el idioma dulce de la Nueva Francia. Alguien cantó; era un hombre que encendía una hoguera en un horno al aire libre, cuyos ladrillos habían sido moldeados

por las manos de su abuelo, cien años antes. Y el sol de la mañana iluminó todo, con un ligero tinte rosa primero, después como con inmensa llamarada, de la cual brotó la gloria del día en su plenitud.

En el bosque donde Clifton dormía, dos ardillas protestaron contra el monstruo que descansaba al pie del roble en el que habían formado su nido estival, y un grajo parecía querer ayudarles con su ronca voz. Mas por encima de todo elevábase la dulce melodía que, como un canto de gracias, surgía por todas partes del bosque para saludar al astro rey. Era una melodía llena de gloria, que Clifton no oyó porque dormía. La sentía, sin embargo, a través de su somnolencia, hasta que el calor del mediodía cayera pesadamente sobre el bosque.

Abrió los ojos y vio las ramas del árbol que le protegían del sol. Oyó el zumbido de las abejas que revoloteaban sobre las flores silvestres y vio el brillo de sus alas en los rayos filtrados del sol. La mano de Clifton, al incorporarse, se apoyó en una masa de violetas que él aplastara durante el sueño. El aire estaba cargado del perfume de anémonas y lirios, y la flor amarilla, más dulce que la miel, para saludarle desde lo alto de sus esbeltos tallos.

Allí, entre el blanco muguete, el lirio del valle, el diente de león, y aquel paraje selvático, la paz había de ser eterna. Así lo pensó al levantarse para contemplar el sol. Allí no existían los Hurd, ni la policía, ni luchas, ni maldad alguna para interrumpir la dulce sinfonía de la vida. En un sitio como aquél hubiese querido vivir siempre.

De pronto, un ruido extraño le sobresaltó. Sus ojos quisieron escudriñar las espesuras del bosque. Dirigióse hacia lo que creía el punto de procedencia del ruido, dejando su mochila en el suelo, y, al avanzar, lo percibió con más claridad. Se subió a un otero, y desde allí vio que cuatro hombres salían precipitadamente de entre la maleza y que, al parecer, sostenían la más encarnizada: lucha. Tan cerca estaba Clifton, que podía oír sus respiraciones entrecortadas. De pronto uno de ellos dio un grito que más bien semejaba el mugido de un toro, al cual contestó una voz chillona y estridente, que casi surgía a los pies de Clifton.

Oculto entre la maleza, Clifton contempló ávidamente la extraña escena, y lo que vio de pronto, al alcance de su mano, le hizo echarse atrás en un gesto de sorpresa. Era un rostro cadavérico debajo de un cráneo modulado como el de una calavera. Era un fraile. En cada mano tenía un palito, y los agitaba como un director de orquesta, llevando el compás de los episodios de la lucha. Y con su voz chillona decía palabras en latín, mientras sus talones imprimían hoyos en la tierra.

A Clifton se le heló la sangre en las venas. Si nunca había presenciado un asesinato, allí lo estaba viendo. El hombre que luchaba solo era un gigantón de cara ancha como una luna llena, y sus brazos agitaban el aire como enormes remos. Cada uno de sus tres asaltantes era más pequeño que él, pero los tres se abalanzaban sobre él en poderoso asalto. Cayeron los cuatro a tierra en una masa informe de cuerpos, piernas y brazos, y otra vez oyóse aquel mugido, al que contestó de nuevo la voz del fraile que se hallaba sentado en la sombra de la maleza. Al darse cuenta de lo que en

realidad sucedía, Clifton reaccionó. Sabía que entre los habitantes de aquella tierra no existía la lucha reglamentada, ni el pugilismo moderno. Luchaban como buenamente lo entendían, mordiéndose, pisoteándose, rompiéndose costillas... y con tres brutos contra uno en semejante lucha...

Un grito de triunfo del hombre de rostro cadavérico, al ver surgir de pronto, de aquella masa de cuerpos, el del gigantón, cuyo brazo rodeaba el cuello de uno de sus enemigos, llamó la atención de Clifton. Comprendió entonces que éste era el hombre cuya voz parecíase a los mugidos del toro, pues su grito tuvo un eco en el bosque.

Pero aquel grito guerrero fue interrumpido por el renovado ataque de los otros dos. Volvieron a caer a tierra, y esta vez veíanse tan sólo los talones de los luchadores salir sobre la informe masa de los cuerpos. El que parecía ser un fraile agitó los palillos y lanzó un grito de batalla al que siguieron varios juramentos en francés, que aumentaban según los luchadores se mordían con saña unos a otros. Una alondra cantaba alegre en las ramas de un árbol, presenciando la batalla.

Un momento después, Clifton, saliendo de su escondite, se acercaba a los combatientes. Vio la tierra removida como si la hubiesen pisoteado cerdos, y por todas partes veíanse trozos de tela arrancada. Pisó un puñado de pelo rojizo. La lucha seguía y era cada vez más encarnizada, y a su juicio terminaría pronto. Las piernas del hombre con cara de luna agitábanse en el aire. Clifton adivinó su voz por los gruñidos sordos que daba y que parecían salir del fondo de la tierra, pero antes de estas manifestaciones de vida, parecía agotado. Uno de los franceses, surgiendo de entre la masa de los cuerpos en lucha, agarróle de pronto las dos piernas y, sujetándolas con ambos brazos, hincó los dientes con rabia en un trozo de carne que dejara al descubierto la tela desgarrada del pantalón.

Clifton le asestó un puñetazo. El francés soltó su víctima. Se puso en pie, extrañado del golpe, para recibir en seguida otro tan fuerte que esta vez cayó sin sentido al suelo. Luego la mano de Clifton agarró una densa mata de pelo rojo, tiró de ella y arrancó a otro hombre, y dióle de puñetazos hasta que lo puso también fuera de combate. Ya no quedaba más que un asaltante. Durante unos minutos Clifton tuvo que luchar desesperadamente. Un nuevo puñetazo asestado en el estómago del hombre pelirrojo envió a éste al suelo. El individuo de la cara redonda, con el rostro lleno de barro y de sangre, permanecía en tierra, al lado del tercer asaltante, con los dedos sobre su garganta, dispuesto a ahogarle al menor gesto. En aquella actitud miró, sorprendido, a Clifton.

La figura tétrica del fraile se puso en pie y se acercó cojeando, al lugar de la lucha.

—¡Por San Pedro bendito! ¡Qué intervención más acertada! —dijo alegremente en francés—. David contra Goliat, un brazo fuerte entre los filisteos...

—¡Cállate! —interrumpió el gigantón, tragando saliva—. ¿Quieres insinuar que no hubiese yo vencido a esos tres con mis propias manos, sin ayuda de Dios ni de hombre, si este intruso no se hubiera entrometido en mis cosas, precisamente cuando

empezaban a salir bien? ¿Qué puede importarle a Gaspard St. Ives que sean tres o veinte? Tengo unas ganas de romperle los huesos...

—¡Tate! —interrumpió el hombrecito, dejando caer sus palillos y frotándose las manos con delectación—. Tan cierto como estoy vivo, Gaspard, que esta vez no volvías a chistar a no ser por la intervención de este caballero. Dale las gracias, Gaspard. Levántate como una persona bien educada y dale las gracias.

—¡Que te calles, he dicho!

—¡Un minuto más, y no te quedan orejas, amigo Gaspard!

—¡Yo los hubiera vencido!

—Te estaban comiendo vivo. Dale las gracias a este señor, Gaspard, antes de que crea que eres un imbécil y un desgraciado. ¡Solamente la gracia de Dios me impide hacerlo en tu lugar, pues las palabras deben salir de tu propia boca!

Con un gruñido, el gigante se levantó. Estaba desnudo hasta la cintura, y su corpachón tenía manchas de sangre y de suciedad en todas partes. Una de sus orejas tenía la huella de un mordisco. Su cuello estaba magullado, y uno de sus ojos medio cerrado.

—Soy Gaspard St. Ives, hermano de Antoinette, y si usted me hizo un favor, lo que aún pongo en duda, le doy las gracias —dijo en un francés tan excelente como sólo lo había oído Clifton en la provincia de Quebec—. Y este montoncillo de huesos —continuó— con la cabeza calva es el fraile Alfonso, un fraile de la Orden de los Trapenses, del Monasterio de Mistassini, en el Lago Saint John. Si dijo que yo no puedo vencer a esos tres, u otros tres, sean quienes sean, todos juntos y a un tiempo...

—Siento haber intervenido —interrumpió Clifton, sonriendo y alargándole la mano—. Veo ahora que están medio muertos y tengo la seguridad de que usted hubiese acabado con ellos.

El gigante frunció el entrecejo.

—¿Lo dice usted de veras? —preguntó en tono de duda—. ¿Cree usted que podía con ellos, aunque el uno hacía presa en mi garganta, el otro me mordía la oreja, y el otro la pantorrilla, como si fuese un perro? ¿Estaban acaso agotados cuando usted les pegó?

—Débiles como niños estaban —contestó Clifton.

—¡Miente usted como un hombre sin conciencia! —interrumpió el fraile, con voz baja y ronca.

Y de pronto, sin previo aviso, St. Ives, poniéndose en jarras y echándose hacia atrás, rompió en una carcajada estridente. Luego cogió la mano de Clifton y se la apretó hasta casi romperle los huesos.

—Ningún hermano le tendrá a usted más afecto que yo —exclamó—. Es usted un hombre de honor capaz de mentir por una buena causa, y ¿qué puede haber mejor que eso? Yo me eduqué para el sacerdocio, pero siendo muy libre de ideas y de ánimo batallador, me dediqué a la vida que ahora llevo. Ya sé muy bien que a no ser por usted mi querida hermana no me hubiese reconocido en una semana a causa de mi

derrota, y en cuanto a Ángeles Fanchon, la mujer más bonita de Quebec, después de mi hermana, y la que no quiere casarse conmigo porque no me gustan los cerdos, ni las vacas, ni las casas de campo, sí me llega a ver en esta guisa... ¡me rechazaría para siempre! Batan, gracias, señor, gracias una vez más.

Siguió hablando en un francés melodioso. Clifton sintió de pronto una gran simpatía por aquel hombre.

Los otros tres hacían esfuerzos por ponerse en pie, mientras Gaspard se sacudía el polvo y arreglaba su ropa. Dos de ellos pudieron incorporarse al fin. Clifton, sonriéndoles con afabilidad, vio en ellos huellas que no dejaban en duda la fuerza de Gaspard. Sus enemigos estaban deshechos. Tenían las caras llenas de sangre y heridas. La nariz de uno chorreaba aún sangre, y lo mismo le sucedía al otro en una oreja, que había sido presa de los dientes de Gaspard. El otro tenía los ojos casi cerrados. No podían luchar más, y no dijeron palabra cuando Saint Ives les llevó a todos hacia el río cuyas márgenes habían servido de cama a Clifton. Éste explicó la presencia de su mochila, y de cómo le había despertado el ruido de la batalla.

—¿Lo oyó usted? —preguntó Gaspard, con un dejo de orgullo en la voz, mientras iba despojándose de sus ropas, para zambullirse en el río—. ¿Tanto ruido metíamos?

—Era tu voz de buey atormentado lo que se oía —rióse el fraile Alfonso Nunca oí un grito como el tuyo cuando el pelirrojo del demonio te hincó el diente en la oreja.

—¿Y cuál fue la causa de la pelea? —preguntó Clifton, cargando su pipa.

—Mujeres bonitas y un embustero, amigo —gruñó Gaspard—. El embustero es este demonio de Alfonso, que cuenta cuentos que le valdrán su perdición. Para mantener mi dignidad mientras viajo en su compañía, tengo que pelearme con los que le llaman embustero e hipócrita, lo que es de verdad. Él perjura, levanta falsos testimonios, y yo cargo con las consecuencias.

—Pues mi cuento era cierto —aseguró el fraile, frotándose las manos como para calentarlas—. Verdad que dije que la gallina incubó los cuarenta huevos de tortuga, y que las tortugas salieron, y que la gallina se volvió loca; y también aquel otro cuento es verdad; aquél de que los lobos me sitiaron en un árbol y removieron la tierra hasta destrozarse las raíces y derrumbarlo, y que yo de un árbol me salté a otro, y que así se llevaron los lobos toda la noche derrumbando árboles, hasta que tuve sitio libre para hacerme una cabaña, sin más trabajo que saltar de un árbol a otro. Y en cuanto al otro cuento...

—¡Cállate! —le interrumpió Gaspard, hundiendo su enorme cuerpo en el agua.

—Más que de mis cuentos, tratábase de mujeres, se lo aseguro a usted —díjole confidencialmente el fraile a Clifton—. En cualquier tertulia que tenemos, nunca le falta ocasión de decir que las dos mujeres más hermosas del mundo son las tuyas, su hermana y la novia que no quiere casarse con él hasta que siente su mala cabeza y se haga ranchero. Yo viajo con él porque le quiero y algún día espero salvar su alma.

«Su hermana y su novia y no los cuentos verídicos que yo de vez en cuando relato son la causa de la pelea que hubo en el baile de anoche, pues otros, bajo la influencia

de la cerveza, se atrevieron a contradecirle. Y así fue como se ofreció a pelear con los tres hombres más fuertes de L'Assomption, y como insistía en querer agarrar a las chicas por la cintura, se llegó a la pelea de esta mañana. Cierto que alguien me llamó embustero, pero ésa no fue la causa de la pelea».

Quedóse silencioso un momento. Luego miró a su amigo Saint Ives mientras éste daba zambullidas en el agua como un tiburón.

—Y el caso es que, en verdad, es la chica más bonita y más buena de toda Quebec —continuó el fraile—. En eso tiene razón. Me refiero a su hermana Antoinette St. Ives. ¡Y cómo le adora a este hijo de Satanás, que anda por el mundo más hueco que un gallo en busca de conquista! Clifton, inclinado sobre su mochila, quiso disimular la sonrisa que se asomaba a sus labios, pero las siguientes palabras del monje le hicieron enmudecer, cambiando el curso de sus pensamientos.

—Cuando empezó todo esto, acabábamos de emprender el camino hacia casa, desde aquella monstruosa ciudad donde mora el demonio en toda su gloria, y donde Antoinette St. Ives, que tiene en sus venas la sangre de los Martín y Herbert y Marrolet, y de todos aquellos que tienen su nombre grabado en el monumento de piedra de la ciudad de Quebec, ha ido a entrevistarse con ese mismo demonio, y que no es otro sino el canalla de Iván Hurd. Le digo a usted, amigo... aún no sé su gracia de usted...

—Esa muchacha tiene una voz... —balbuceó Clifton, sin poder contenerse...

—Naturalmente que tiene una voz, amigo, ¿cómo podría ser de otro modo? Es más, y le aseguro a usted que canta como un ruiseñor. Pero mire usted a ese cerdo saliendo del agua. ¿Usted cree posible que nadie le quiera, y mucho menos una mujer?

—Usted mismo dijo hace un momento que le tenía un gran afecto.

—Y se lo tengo.

—¿Y entonces por qué no le ayudó usted en la lucha?

—¡Ayudarlo en la lucha! Pero hombre; ¡si es usted el primero que lo haya hecho sin tener que sentirlo después! Gaspard no admite ayuda en el combate, aunque sucumba. Le ayudé una vez, dos, tres, y por eso tengo ahora tan pocos huesos sanos. De modo que me conformo con hacer de simple espectador, y llamo a todos los santos del cielo y confundo a sus enemigos con mi latín, y rezo mi rosario y siempre ha sido nuestra la victoria, en lucha contra uno o varios adversarios. Lo de hoy era un verdadero crimen, pero yo no intervengo otra vez, ¡quíá!

Saint Ives había salido del agua; su cuerpo goteaba. Nunca había visto Clifton una musculatura más perfecta. La apariencia de este hombre, con la cara ancha como una luna llena, los ojos muy separados y el cutis sonrosado como el de una muchacha, tenía algo de infantil. Clifton le hubiese juzgado más bien inclinado hacia la paz que hacia la guerra.

—Tengo una toalla en mi mochila, ¿la quiere usted? —le preguntó.

—Se lo agradeceré, señor. Y tú, Alfonso, ve y prepara tus cosas mientras yo me

visto.

El fraile desapareció en el sendero del bosque. Gaspard se frotó el cuerpo con la toalla de Clifton.

—No debe usted hacer caso de lo que le cuente Alfonso —explicó, interrumpiéndose en su labor, como para dar más fuerza a sus palabras—. Durante muchos años fue fraile cisterciense, o sea trapense. Y un día le cayó un árbol sobre la cabeza con tan mala fortuna que ha quedado algo resentido en su mentalidad. Desde entonces viaja por esas tierras libres, y habla todo lo que puede para resarcirse de tantos años perdidos.

«Me acompaña porque, a pesar de su maldita charla, me interesa, y porque la pequeña *jiba* que tiene la debe a una caída entre las rocas, hace de eso algunos años, allá en el Mistassini, cuando salvó la vida a mi hermana, que se ahogaba. De modo que puede mentir cuanto quiera, que yo saldré en su defensa y romperé las narices del que diga la verdad, esto es, que es un embustero de primer orden. Y porque sus cuentos y sus palabras son las mentiras más grandes del mundo, yo siempre tengo que habérmelas con alguien, como usted verá, señor...».

—Brant, Clifton Brant —dijo Clifton, al observar que el otro deseaba conocer su nombre—. Estoy de paso hacia mis tierras, las del Lago St. John, y de los demás grandes ríos del Norte.

Gaspard hizo una pausa y miró a Clifton. Luego le tendió ambas manos, estrechando las suyas efusivamente.

—Me lo figuraba —exclamó con alegría—. Me lo figuraba por la manera que tiene usted de hablar el francés, amigo. No hay otro acento semejante al que se habla en Lago St. John. Le acompañaré, pues a Dios gracias yo también soy de allá. ¡*Sacré!*, ¡qué suerte haberle encontrado!

Apartáronse del río y encontraron a Alfonso con un enorme paquete donde éste y Gaspard habían dormido en el bosque, no lejos del sitio que Clifton había escogido para descansar. Atravesaron una verde pradera que les condujo a la carretera principal.

Desde que el fraile, con su charla indiscreta, había mencionado la hermana de Gaspard e Iván Hurd, Clifton había prestado muy poca atención a cuanto habían hablado entre ellos.

Al revisar en su imaginación los distintos episodios y todo lo que le había sucedido, le pareció que la fatalidad guiaba sus pasos por un sendero extraño y complicado. Su primer pensamiento fue que la misteriosa mujer escondida en el aposento de Hurd era la hermana de Gaspard. Algo había en el nombre de Antoinette Saint Ives que le impresionó al instante, sobre todo habiendo podido apreciar el temperamento de su hermano. Si Saint Ives tenía empuje para atreverse con tres hombres a la vez, no podía extrañar que su hermana se atreviera a reírse de Iván Hurd.

Pero contuvo la pregunta que varias veces le vino a la boca. Su curiosidad, se

dijo, no debía vencer a su sentido común. Sin embargo, no pudo menos de preguntar, como por casualidad, mientras andaba entre Gaspard y el fraile:

—Es extraño que su hermana visite a Iván Hurd en Montreal, Saint Ives. Está muy lejos de la región de St. John, hasta de la misma ciudad de Quebec.

Alfonso dio un chasquido con la lengua, deseoso de entablar conversación. St. Ives le agarró un brazo por detrás de Clifton y se lo apretó de tal forma que el hombre no se atrevió a hablar. Clifton sorprendió un cambio súbito en la fisonomía del gigante. Su rostro se endureció un instante, y una llamarada de sus ojos puso en guardia a Alfonso.

Luego lanzó una carcajada y su rostro recobró su aspecto normal.

—Es verdad, señor, que ésta es una perra vida, eso de tener una hermana en Montreal y una prometida en ese paraíso que se llama St. Felicien, donde debería yo criar cerdos y ganado si no fuera un tonto. No sé a cuál de las dos quiero más. Si viera usted a mi hermana, y después a Ángeles, ya sabría lo que quiere decir eso de estar entre la espada y la pared.

—Ya lo sé contestó Clifton con una risa de indiferencia, como si no hubiese observado el cambio que antes se había operado en su compañero.

—¿Acaso se trata de un asunto de amor, *mon ami*?

El fraile intervino con una risa que era medio sarcástica y medio burlona, al tiempo que se apartaba un poco de St. Ives para estar a salvo del furor de éste.

—¡Pero qué bobos son los hombres en cuanto hay faldas por medio! —exclamó—. ¿Por qué no le dices a tu amigo la verdad, que Ángeles, la de los ojos negros, a la que llamas tu prometida, ha convertido tu corazón en una jalea, ha vertido agua hirviendo sobre tu alma y te ha echado a la carretera como un loco, y no porque no quieras ser rancharo precisamente, sino porque no le quita el ojo uno que es más fuerte que tú, que se llama Ajax Trappier, y que posee setecientas fanegas de tierra, mil cabezas de ganado, los caballos más veloces de St. Felicien y un par de piernas, un cuerpo y unos dientes que creo te dan un miedo mortal? ¡Dile todo eso, Gaspard, y le dirás la verdad!

Gaspard habíase puesto lívido.

—Verdad es que ese Ajax Trappier quiere comprarla con su oro —dijo con amargura— ¡pero cuando me venga en gana, verás si no le aplasto como una cáscara de huevo por su canallada!

Se detuvo en el camino para aflojar una correa de su mochila. Alfonso aprovechó la ocasión para murmurar al oído de Clifton:

—Ése es su punto débil, ahí le pincho para conseguir algo. Es la única manera de que vuelva a su Ángeles, que le quiere, y que se vale de ese imbécil de Trappier como muñeco para alcanzar sus fines. Si este St. Ives quisiera volver y darle una paliza a Ajax, y sentar cabeza, y convertirse en un rancharo tranquilo y amante de Dios, como quiere Ángeles que sea, ¡por Santa Margarita!, ¡qué felicidad y cuánta prole vendría!

Siguieron caminando varias leguas en silencio. Clifton observó que cuando el

fraile estaba taciturno y andaba detrás de ellos con la cabeza inclinada, St. Ives contenía sus deseos de hablar y nada hacía por interrumpir la meditación de su amigo.

Eran las doce cuando llegaron a una aldea, donde hicieron pausa para combinar el desayuno con la comida. Cuando terminaron, Saint Ives, con una excusa se separó de ellos, diciendo que volvería dentro de media hora.

El alimento y la bebida habían puesto a Alfonso de buen humor, y su rostro enjuto se iluminó con una sonrisa al seguir con los ojos a su amigo Gaspard hasta que desapareció en el horizonte.

—Siempre que encuentre un teléfono y tenga diez céntimos en el bolsillo, llamaré a su hermana —dijo, con una nota de ternura en la voz que Clifton aún no conocía—. Son los dos únicos supervivientes de su familia, que antes era grande y poderosa en la Nueva Francia, Dos novios no pueden quererse tanto como ellos. Abraham Martín, uno de los primeros colonos que se instalaron en Quebec, cuyo nombre consta en el gran monumento de la plaza y se perpetuó además en las Llanuras de Abraham, fue su antecesor. En sus venas corre la sangre de los Marrolet y los Pivert, y si estuviéramos doscientos años atrás, Gaspard St. Ives llevaría encaje fino en las mangas y espada al cinto en lugar de una mochila en la espalda, y su hermana sería la señorita más bonita y distinguida del país.

»Aún queda en ellos el espíritu de aquellos días. Y como dos niños que se aferran a sus sueños, siguen habitando la casa solariega, poblada de fantasmas, sita en la calle de Notre Dame, bajo los muros roqueños de la ciudadela, la que es de su familia, sin cambio de dueño, desde que la poseyeron los Marrolet y los Saint bes Crepin Marrolet la construyó en 1672, cuando las más lindas muchachas del mundo paseábanse al pie de los muros de la fortaleza, en lugar de encima de ellos, como ahora.

»Si pudiera usted ver a Antoinette St. Ives, a quien Dios me dio la gracia de poder servir hace algún tiempo, diría que es digna de llevar zapato de santa o de reina en sus diminutos pies. Si Santa Genoveva, cuyo esposo fue a la guerra, no me hubiese endurecido el corazón como lo ha hecho, hace tiempo que yo mismo hubiese muerto de amor por la linda doncella. Y ella no quiere mirar a ningún hombre más que a su hermano».

Calló de nuevo, y al cabo de un momento levantóse de la mesa y buscó un rincón tranquilo donde esperar el regreso de St. Ives.

Clifton, sólo meditó con profundo interés acerca del carácter un tanto extraño de sus nuevos amigos. Aunque hacía pocas horas que había trabado conocimiento con ellos, comprendía que le consideraban como miembro de la hermandad, y a medida que pensaba, sentía crecer en sí un interés que no hizo esfuerzos por disimular. Por primera vez desde su aventura en Montreal, admitía sin reserva que no se apartaba de su imaginación la figura de una mujer, sensación que, fuerza era confesarlo, no era desagradable. No dudaba de que la joven del aposento de Hurd y la hermana de Gaspard fuesen una y la misma persona, y ansiaba conocer a aquella descendiente de

la antigua Quebec, Antoinette St. Ives. El nombre mismo le fascinaba, y acoplado a aquella pareja de espíritus aventureros e incansables que constituían Gaspard y el fraile, su atracción era tan poderosa que era imposible sustraerse a ella.

Salió a la calle en espera de su amigo, y su primitivo aspecto le hizo recordar una canción de sus antepasados. Estaba la aldea apartada del núcleo principal de las ciudades y sus habitantes hablaban el francés puro que tanto le encantaba. Los niños movían la cabeza cuando Clifton les decía algo en inglés, y sus labios desplegaron en una sonrisa cuando les habló en el idioma de sus madres. Se preguntó, de pronto, si Antoinette St. Ives hablaría el inglés con la misma perfección que él dominaba el francés. Esperaba vagamente que así no fuese, pues tenía veneración por el idioma de Francia, sobre todo aquel lenguaje suavizado durante tres siglos por la melodía de aquellos inmensos bosques y arroyos que no existían en ninguna otra parte del mundo. Y de pronto a su imaginación acudió una pregunta: ¿llevaría Antoinette el pelo a la romana?

Nerviosamente mordisqueó su cigarro y se echó a reír cuando apareció su amigo St. Ives. No parecía percatarse de las miradas tiernas con que le favorecía una linda muchacha que se hallaba asomada a un historiado y diminuto balcón.

Saludó a Clifton secamente. En su rostro había una dureza que Clifton ya había observado antes. Apenas habló mientras salieron de la población, con el fraile tras ellos.

Llevaban una media legua de camino cuando llegaron a una cruz, erigida en el borde de la carretera. Al pie de la tosca cruz, de tamaño natural, y ante la figura venerada del Cristo ensangrentado, St. Ives hizo una pausa y se persignó.

Luego se volvió hacia Alfonso y, sin cubrirse aún, le miró. Al cruzar sus miradas, los dos amigos se entendieron. El gigante y el pequeño fraile cayeron de rodillas en la sombra amparadora de la cruz, y con una voz que era de orgullo y de amargura a la vez, Saint Ives dijo:

—¡Reza, amigo Alfonso, reza con toda tu alma por la gloria de Antoinette St. Ives y el eterno castigo de Iván Hurd!

Capítulo VIII

LA oración que siguió fue para Clifton una sorpresa aún mayor que la que le causara la orden de St. Ives y el oír el nombre de Iván Hurd en aquel lugar.

El fraile empezó a rezar, casi en silencio al principio, mas, poco a poco, su voz fue aumentando hasta convertirse en un clamor extraño, lleno de intensidad y de pasión, clamor que hubiese hecho vibrar las paredes de una catedral. Clifton, sobrecogido, miraba fijamente a los dos hombres arrodillados. Las palabras de maldición caían de los labios del fraile como gotas de hierro candente, mientras sus manos juntas alzaban su plegaria al Cristo crucificado. Pidió para Hurd todas las plagas y los demonios de la tierra y del infierno. Con rapidez sorprendente invocaba a todos los santos, suplicándoles que castigasen al culpable sin misericordia, que lo dejasen sordo y mudo, que lo matasen de un rayo, que lo quemasen en aceite hirviendo y que le arrancasen los ojos para delectación de los cuervos.

Saint Ives movía su rubia cabeza y alzaba los ojos al cielo. El rostro enjuto del fraile cubrióse de un sudor frío cuando el sol dio de pleno sobre los que tan ensimismados se hallaban en la oración. Luego el fraile dio un chasquido con la lengua, como si fuese un punto final, y los dos se pusieron en pie.

Para mayor sorpresa aún de Clifton, había desaparecido la expresión de dureza del rostro de St. Ives, y Alfonso se frotaba las manos y le miraba.

—¿He estado bien, amigo Gaspard?

—Muy bien, amigo Alfonso.

—¿Pedí bastantes maldiciones?

—No pudiste pedir más.

—Si quieres que volvamos a rezar, podemos arrodillarnos a la sombra de aquel árbol.

—No, basta ya.

Clifton dijo al fraile:

—Quisiera saber qué motivos tiene usted para rezar de ese modo.

—También yo lo quisiera, señor. Pero sé de todo esto tan poco como usted; a excepción de que mi amigo Gaspard me suplicó que pidiera a Dios la perdición de cierto individuo a quien, por lo visto, no tiene mucha simpatía. ¡Por San Pedro, que se me ha olvidado una oración por la gloria de Antoinette!

—Ya se pasará sin ella —dijo St. Ives.

Se acercó a Clifton y echaron a andar de nuevo.

—Me siento como un hombre nuevo dijo Cuando el diablo se apodera de mí, le encargo las oraciones a Alfonso, y éste me saca de apuros. ¿Ha oído usted nada

parecido? Yo tardaría una semana en aprenderme todos los juramentos que él ha dicho en menos de cinco minutos.

Pero Clifton comprendía que en el fondo de aquel hombre extraño ardía la llama de un secreto que no revelaba a nadie. Mirando al monje, vio que apretaba sus puños y que tenía la cara pálida y pensativa. Comprendió que aquellos hombres no querían hacerle objeto de sus confidencias, ni le dejarían leer en sus pensamientos. Aunque eran pródigos en su afabilidad y cortesía, había algo más en el fondo de sus almas que la sencilla afición a la vida aventurera y vagabunda y a la libertad del camino.

En el fraile había vislumbrada una astucia y una profundidad de pensamientos porque, de cuando en cuando, lo dejaba traslucir. En el gallardo continente de Gaspard St. Ives y en la franqueza de su mirada revelábase un carácter más firme de lo que Clifton al principio hubiese juzgado. Su interés crecía a medida que iba pasando el tiempo. Observó que el mismo Alfonso sentía un gran amor a la vida y era capaz de descubrir en ella un sentido humorístico, aunque el rostro cadavérico de él pareciese, a veces, el de un misántropo.

A medida que iban internándose en el país de habla francesa, operábase un cambio extraño en St. Ives. Hablaba de los antiguos señores como si hubiesen vivido ayer, e hizo a Clifton el elogio de sus bellos modales y de su cultura, como si él hubiese conversado con ellos. Y al oírle hablar de las nobles y alegres familias de Taschereau y de Lotbinière, Baby y Casgrain, Bouchère, Le Moyne, De Salaberry y otros muchos que mencionaba casualmente, sin omitir los hijos de unos y las hijas de otros, y contaba cómo los Caballeros de San Sulpicio hiciéronse dueños y señores de la isla de Montreal, parecía efectivamente que hubiese sido compañero íntimo de todos ellos.

Era evidente que su corazón y todas sus simpatías estaban con aquella aristocracia feudal del Antiguo Mundo trasplantada a la Nueva Francia. Hablaba con sentimiento del Acto de 1854, con el que el Parlamento Unido de las Provincias del Alto y Bajo Canadá deshicieron el poderío de los señores de la Antigua Quebec, y les arrebataron sus vastos dominios. Tan sorprendente era su conocimiento de la historia que Clifton tuvo la impresión de que cada episodio y cada acto de aquella gran tragedia, escrita en sangre y aventura en la región de las ciudades de Montreal y Quebec, tenían en St. Ives el más acertado historiador.

Pero en su interesante relato no había asomo de orgullo, ni podía ponerse en duda la sinceridad de su cortesía y educación cuando, a cambio de los interesantes datos que daba sobre su persona y su país, no le hizo a Clifton la menor pregunta ni demostró curiosidad alguna por saber de dónde venía, ni por averiguar el objeto de su viaje en dirección al Norte.

Que estaba en compañía de los dos tipos más extraños que hubiese conocido en su vida, Clifton lo creía. A su juicio, Gaspard Saint Ives tenía tanto de caballero como de luchador y aventurero de carreteras, mientras que en la encorvada y enjuta figura del religioso adivinaba el fiero y eterno espíritu de un jesuita martirizado, resucitado

a la vida para marchar otra vez sobre sus huellas, a la luz de modernos días.

El deseo de conocer más a fondo las relaciones que existían entre estos dos hombres y la hermana de St. Ives le tuvo inquieto toda la tarde. Su curiosidad le llevó a arriesgar una observación sobre la casualidad que le hacía conocer personalmente a Iván Hurd, y considerarle como un enemigo. Siguió un momento de embarazoso silencio, en el cual las facciones de St. Ives se contrajeron y la mirada del monje se hizo fría y distraída, como si nada hubiese oído. Tampoco le hicieron pregunta alguna, como Clifton esperaba, ni diéronle lugar a entender, por gesto o palabra, que habían oído algo que les interesaba.

Poco después Clifton notó una transición en sus amigos. Parecían sospechar de algo. En varias ocasiones sorprendió los ojos del monje fijos en él, como si quisiera arrancarle cualquier secreto que guardase en el alma.

La tensión no había cedido cuando se detuvieron en una aldea para cenar ni cuando se acostaron al aire libre, después que las espesas sombras de la noche habían sucedido a los fulgores del crepúsculo. St. Ives dio las buenas noches con un tono frío y formal. El religioso se envolvió en su manta y se sentó con las rodillas bajo la barbilla, sin volver a pronunciar palabra. Al principio Clifton achacó la culpa de este mal humor al cansancio del día, aunque, en un hombre como St. Ives, no le pareciese probable. El cambio había sobrevenido, sin duda alguna, por haber pronunciado el nombre de Hurd, y tras aquel cambio, si no se equivocaba, había nacido una sospecha sobre los motivos que tuviera para acompañarlos. Le venció el sueño sin haber resuelto el problema.

A la mañana siguiente optó por pedirles una explicación, pero la actitud que asumieron, no solamente hacia él, sino entre sí, le hizo desistir. Sin duda eran tan amigos como siempre, pero observó en ellos el deseo de dominarse sin demostrarlo, cuidando de que su lengua no les hiciera cometer una indiscreción.

Saint Ives volvió a hablar del país y de Quebec, así como de sus hazañas gloriosas de lejanas centurias, y una o dos veces pareció olvidarse de sí mismo, musitando una típica canción. Pero Clifton se compenetraba todavía de la misteriosa reserva que asumían sus amigos... hasta que llegaron a Grande Rivière du Loup.

Aquí ellos hicieron alto y se albergaron en una posada para pasar la noche. St. Ives y el monje se retiraron inmediatamente al terminar la cena. Clifton los saludó fríamente, decidido a seguir solo el viaje al día siguiente, aunque para ello tuviera que esperar mientras ellos se alejaran un tanto. Escribió una carta a Benedito y su mujer, y otra a Joe. Luego fue al bar y se sentó ante un jarro de espumosa cerveza.

Se encontraba sentado junto a una pequeña mesa, algo apartada de las demás, cuando de pronto la puerta se abrió de par en par y entraron St. Ives y el monje. En un instante Gaspard se puso a su lado y le cogió la mano.

—Perdóneme, ami —le dijo en voz baja No debí haberme alejado sin darle una explicación. Es poca cortesía hacia quien tan noblemente me defendió contra aquellos tres demonios de L'Assomption. Pero he hablado con mi hermana en Montreal y

puedo decir otra vez que soy un hombre feliz, pues a más de prometer estar en Quebec cuando yo llegue, se pertrechará de los más exquisitos salchichones del mercado para tenerme preparada una soberbia mesa.

—No faltarán moras del monte ni truchas de los criaderos de Montmorency, por no hablar de las anguilas tan gruesas como la mitad de tu pierna —añadió Fray Alfonso.

—Ni las uvas que nos vienen en esta estación de la isla de Orleáns —dijo Gaspard—. Todo esto nos estará esperando si usted, amigo, quiere honrar mi humilde casita bajo los muros de la fortaleza que llamamos «nuestro castillo».

—Desde anoche, noto que su humor ha cambiado algo —indicó Clifton.

—Sí, es verdad —contestó St. Ives—. Y le pido perdón por mis malos modos y mis malos pensamientos.

—Fue la pelea —dijo Fray Alfonso, acudiendo en ayuda de su amigo, lo que prueba que poco le faltó a Gaspard para caer. Los golpes que recibió le hicieron perder la chaveta.

Clifton sonrió sin esconder la cara. Resultaba una extraña pareja.

—No les molestaré más con preguntas indiscretas dijo casi hablando solo.

—Y se lo agradeceremos muchísimo —contestó St. Ives, sin apartar la vista de él un momento.

—Había pensado terminar el viaje solo.

—Eso es imposible. Tiene usted que permitirnos hacer penitencia por nuestro mal humor de hoy.

—Y de ayer —añadió el fraile.

—Sí... y de ayer.

—¡Juro por San Rafael, el buen ángel de los caminantes, que fue la bilis causada por los dientes venenosos de aquellos canallas de L'Assomption! —exclamó Fray Alfonso.

—O quizá por tener los estómagos vacíos —indicó Clifton.

—También, sí, señor.

—O por no tener las moras del monte para el desayuno, ni las anguilas para cenar, ni un Iván Hurd para víctima de sus manos en lugar de sus oraciones.

Saint Ives rióse en voz baja.

—Es usted severo con un hombre vencido, señor. ¿Nos dará usted la ocasión de hacer penitencia? ¿Continuará el viaje a Quebec con nosotros?

—Con mucho gusto.

Más de una hora estuvo Clifton sin poder conciliar el sueño, meditando sobre los motivos que le impelían a permanecer en compañía de St. Ives. Seguramente no era por causa de Hurd, pues él ya había satisfecho su venganza, y la figura del presidente de la Hurd-Foy no entraba para nada en sus proyectos para el porvenir. Lo probable era que nunca más volviese a ver a Iván Hurd, y que aquel empedernido canalla se hubiese arrepentido de haber puesto la policía sobre su pista. Tampoco podía

explicarse por qué razón el odio que tanto Saint Ives como el monje parecían profesar a Iván Hurd le causaba aquella emoción. Sin duda alguna ese hombre tenía muchos enemigos, y nada tenía de extraño que en su camino tropezase con dos de/ellos. Acabó por deducir de todo que el factor primordial que le impulsaba a aquella aventura era la figura de una mujer, llena de misterio y de fascinación aquella que presencié su lucha con Hurd, la hermana de St. Ives.

Había planeado llegar hasta la Rivière Sainte Anne y pasar un día entre San Alban y Santa Cristina, donde él y su padre habían pasado su última semana juntos. Pero el hecho de que seguía hacia Quebec con St. Ives y el monje le convenció de que una nueva y extraña enfermedad circulaba por sus venas.

Había dejado a Fray Alfonso relatando uno de sus inverosímiles cuentos de fantasmas a los demás huéspedes de la posada, mientras St. Ives saboreaba su cerveza. Cuando le venció el sueño oía la voz de trueno de Gaspard cantando: *A la claire fontaine*. Pensó, ya medio adormecido, en la hermana de este extraño muchacho, hoy un fanfarrón en la posada, mañana un estudiante de Historia y folklore, batallador religioso y vagabundo... ¡Si Antoinette St. Ives se pareciera a él!

...

Sonrió. Si Antoinette se pareciera algo a su hermano, ella y la viuda de Simia habrían hecho una buena pareja, y juntas, con un poco de suerte, podían haber dominado el mundo.

Muy de mañana, los nudillos de St. Ives sobre su puerta le despertaron. Caminaron tres horas antes del desayuno, a un paso tal que el monje casi trotaba a su lado. Parecía incansable, tanto para andar como para sostener una charla continua.

—¿Por qué se apura usted? —preguntó Clifton a Saint Ives—. Si tanta prisa le corre llegar a Quebec, ¿cómo no usa usted otros medios de locomoción más rápidos?

Rióse St. Ives mientras aspiraba a pleno pulmón el aire fresco de la mañana.

—Porque soy uno de esos tontos que aún aman lo carritos de caballos y las piernas más que los automóviles y los trenes y porque mi hermana renegaría de mí si no fuese aficionado a andar.

Clifton oyó esto con alegría.

—¿Le gusta andar a la señorita Antoinette?

—Ha recorrido todos los caminos y todos los senderos del Alto y del Bajo Quebec —contestó Gaspard con orgullo—. Tres veces ha andado desde la calle de Notre Dame, de Quebec, hasta los altos tributarios del Lago Saint John. Es cosa sabida en nuestra familia que siempre que tengamos tiempo para ello hagamos el camino a pie.

—A Dios gracias que queda alguien que tenga ese modo de pensar. Yo he andado durante los últimos nueve años, y por las mismas razones. —Los hospitales y las tumbas están llenos de aquellos que nunca supieron andar, señor.

—Y el infierno está poblado con sus almas —terció entonces el monje. De pronto St. Ives miró a Clifton con aire de desafío.

—¿Luego se considera usted un buen andarín?

—No hay otro igual en estos contornos ni más allá contestó Clifton con aplomo.

—¿Anda usted derecho, sin trampas ni pasos torcidos?

—Fray Alfonso juzgará, si puede seguirnos, y el primero que haga trampa perderá la apuesta.

—¿El desayuno y una pinta de cerveza en la próxima posada?

—Hecho. ¿Está usted?

Saint Ives echó a andar con grandes zancadas. Clifton le seguía con pasos más cortos pero más ligeros. Casi rozándose con los hombros, levantaron una columna de polvo en la carretera. De cuatro millas por hora llegaron a cinco, de cinco a seis, y su velocidad iba en aumento, pero sin que ninguno de los dos cediera. A los dos o tres minutos, St. Ives miró de soslayo a su amigo, sorprendido. No había tropezado aún con un hombre que pudiese andar de aquel modo. Pasaron cinco minutos, luego diez, y con algo de sospecha en la voz, pero sin interrumpir la marcha, preguntó al monje, que jadeaba detrás de ellos:

—¿Cómo anda, Alfonso? ¿No trampea todavía?

—Anda tan bien y con tanta corrección como jamás el diablo haya cabalgado sobre una escoba —contestó el monje.

Un cuarto de hora después Gaspard sudaba, aunque el sol no había aparecido todavía tras los montes del Este. El polvo se mezcló con su sudor.

Se quitó el sombrero para que el aire refrescase su cabeza y vio a Clifton ¡cargando la pipa!

—Pero dime, Alfonso, ¿me engañas, o quieres que me venzan una vez más?

—¡Por Santa Ana que anda tan derecho como al principio! —medio sollozó el monje.

—Y no hemos hecho más que empezar —dijo Clifton—. Vamos, St. Ives, ¡a ver si andamos como los hombres! ¡Esto es juego de niños!

—*Sacrée Vierge!* —exclamó St. Ives, al ver a su amigo adelantarle paso a paso, hasta llevarle una delantera dé dos o tres metros, siguiendo su marcha con firmeza.

El monje quedó rezagado, falto de respiración, y se sentó a la sombra de un árbol. Ahora veía St. Ives por sus propios ojos que Clifton no cometía trampa. Cinco minutos más tarde llamaba al vencedor.

Cuando Clifton volvió sobre sus pasos, los ojos de Gaspard casi se le salían de las órbitas.

—¡Si Antoinette viera esto! —exclamó—. No lo creerá cuando se lo diga, señor. Y a Alfonso ¡tendré que matarlo si no quiero que mi vida sea un martirio de hoy en adelante!

Esperaron al monje, pero estaba tan agotado que no podía pronunciar palabra. Llegada la hora del desayuno y terminada la colación, habló como si su alma estuviese llena de amargura por la derrota de su amigo.

—Por él no me importa dijo Está demasiado engreído con sus propios méritos y

necesitaba esto. Es que pienso en su hermana y en Ángeles Fanchon, cuyos oídos, desde que eran niños, están llenos de sus alabanzas... Aunque tengo mis dudas sobre si le importará o no a Ángeles Fanchon lo sucedido, pues presiento que en llegando el otoño será la mujer de Ajax Trappier.

—Pues no tardará en ser viuda —gruñó St. Ives.

—Su hermana —continuó Fray Alfonso, como si nada hubiera oído— lo ha colocado en un pedestal tan alto que no quedarán ni trozos de él al caer. Ya ha caído. Vencido primero por unos majaderos, luego por un compañero de camino, conocido casualmente. ¡Será lo bastante para hacer sollozar de pena a las dos mujeres cuando lo sepan!

—Quizá no lleguen a saberlo —insinuó Clifton.

—Sí lo sabrán, en cuanto nuestro amigo aquí presente tenga ocasión de decírselo declaró St. Ives ¡Y para quitarle ese gusto se lo diré yo mismo!

—Si tuviera tanta valía como dice que tiene, señor, saldría para Saint Felicien antes de terminar el mes, daría una buena paliza a ese Ajax Trappier y se casaría con Ángeles Fanchon. ¡Si usted la viera, con aquellos ojos de terciopelo y un pelo tan negro que sus reflejos deslumbran al mismo sol, y una boca más roja que una rosa silvestre, y un aire tan gentil, tan alegre! ¡Que me confundan San Pedro y San Pablo si un hombre que tenga una miaja de corazón no da su vida por ella!

—Pero ¿por qué batirse? —preguntó Clifton.

—Porque ese Ajax es el hombre más fuerte que hay entre Saint Felicien y los grandes ríos, y ha hecho correr el rumor de que le romperá las costillas a Gaspard Saint Ives si alguna vez se encuentran. Y a Gaspard no le llega la camisa al cuerpo.

Saint Ives, haciendo caso omiso de la perorata del monje, se inclinó sobre la mesa y preguntó a Clifton:

—¿Usted se ha batido, ha estado en la guerra?

—Sí.

—¿Ha presenciado usted alguna batalla?

—Varias.

—Y usted se dirige hacia el Norte. ¿Va usted allá?

—Sí, muy pronto.

—Entonces, si no es causarle molestia, ¿quiere usted hacerme el honor de presenciar la más terrible lucha que haya tenido lugar en todo el país del Lago St. John? Me refiero a la lucha entre Ajax Trappier y yo, concertada para una fecha del mes entrante.

Hablaba seriamente. Tenía los puños cerrados y los labios apretados con expresión de firmeza.

—¡Si estuviéramos cien años atrás, señor, le hubiese matado por lo que dijo de mí allá en Saint Felicien!

Clifton recordó los años en los cuales había meditado su venganza sobre Hurd. Y pensó que el caso de Saint Ives, aunque de un período más corto, era idéntico al suyo.

—Con mucho gusto le ayudaré en cuanto pueda, Saint Ives —contestó.

Y por primera vez Clifton creyó ver una expresión feliz en los ojos del monje cuando emprendieron de nuevo el camino hacia Quebec.

En la tarde del tercer día, hallándose Quebec ya a pocas millas de distancia, apoderóse de St. Ives una excitación casi infantil. Tenía la cara arrebatada y los ojos brillantes. Por centésima vez aseguró a Clifton que desde que Crepin Marrolet había traído su novia a la casa de la calle Notre Dame (hacía de esto dos siglos y medio), nunca acogieron a huésped alguno como le acogerían a él aquella noche. Aunque su hermana no hubiese llegado aún de Montreal, lo pasarían bien, derrochando el vino añejo, la cerveza espumosa y el salchichón del país. Tenía la seguridad de que aquella antigua casa con sus leyendas, la cual había pasado a su familia a través de muchas generaciones, le interesaría a Clifton, aunque aquel barrio había sido invadido por el populacho y sus calles se hubiesen poblado de niños mendigos. El recuerdo de su pasado esplendor los retenía, quiso significar St. Ives a Clifton. Aquel lugar estaba lleno de fantasmas. Su mampostería de roble brillaba por los años, y el pasamano de la antigua escalera se había gastado por el roce de las cultas bellezas de dos centurias y media. Crepin, joven y valeroso espadachín de aquellos tiempos, había llevado allí a la más linda mujer de Quebec como su desposada, en los días en que cayera su favor en la corte de Francia. Y la hermana de St. Ives, Antoinette, sin duda alguna la muchacha más linda de aquellos contornos, dormía en la alcoba donde Adelaide Marrolet descansara por vez primera al lado de su esposo.

En aquella misma estancia, la dulce Adelaide había muerto al tercer año de casada, una semana después de contemplar el cuerpo de su esposo, muerto en duelo. Antoinette aseguraba que conversaba con frecuencia con el espíritu de Adelaide, y que tenía la certeza de que ésta se había envenenado. Otros muchos también habían muerto en la casa, tantos, que le era imposible a Saint Ives recordarlos, con sus diferentes leyendas. Pero la casa estaba invadida por los ecos y perfumes, de antiguos romances y tragedias, como si la felicidad, las truncadas vidas de las históricas escenas se hubiesen embalsamado y sepultado entre sus paredes. Decíase, y databa la leyenda desde el año mil seiscientos y pico, que se construyó la casa sobre los huesos perdidos de Champlain. Todo esto se lo contaría Antoinette. Repitió que probablemente aún no habría llegado, pero que de todos modos pasarían juntos un buen rato.

Su charla animó a Clifton, pareciéndole que una nueva vida se apoderaba de él, alentándole con la expectación de los acontecimientos próximos a desarrollarse; con una alegría que jamás había sentido. Había dado con un hombre cuyo espíritu había buscado con frecuencia en su imaginación, un hombre cuyas ideas no iban al paso del modernismo, un soñador como él, cuyos pensamientos traían al presente algo del antiguo idealismo y de la gloria de los días pasados, un hombre capaz de vivir entre

un montón de piedras por la asociación de recuerdos que con ellas tuviera. ¡Y existía sobre la faz de la tierra una mujer como él, su hermana!

Se acercaron a la ciudad por la carretera de Sainte Foy, atravesando la llanura de Wolfe y el campo de batalla de Sainte Foy y las Llanuras de Abraham en dirección a la fortaleza que contemplaba, con sus murallas en ruina y sus prehistóricos cañones, la ciudad hundida a sus pies. Luego recorrieron la terraza y por primera vez en muchos años Clifton vio de nuevo en el anchísimo camino desde el cual podía contemplar el reflejo de mil luces a lo largo del río, entre los viejos muros de la hundida ciudad.

Detrás de él erguía el gigantesco y muy iluminado castillo de Frontenac, como una inmensa fortaleza construida para morada de miles de guerreros; a sus pies yacía buena parte de la historia del Nuevo Mundo.

Recordó el día en que, pasando de su temprana juventud a la edad de las románticas aventuras, su padre le había acompañado a aquel vertiginoso ángulo de la terraza Dufferín, y desde allí le había señalado el sitio donde Champlain había desembarcado, y donde Montcalm había vivido, relatándole episodios de hacía dos y trescientos años, los cuales habían enaltecido a aquel pueblo de estrechas y tortuosas calles, tejados desiguales y típicas chimeneas.

Con vívidos colores, evocó también la historia que le contara su padre sobre la pequeña historia de Notre Dame des Victoires, de remotísima edad, pues Champlain mismo había designado el lugar en el cual había primeramente construido una casa. El tañido de su campana rasgó el silencio y llegó suavemente a sus oídos. Vio a Saint Ives hacer la señal de la cruz, mirando hacia abajo el sitio donde, de día, hubiese podido contemplar el inclinado tejado del edificio y su torre ennegrecida por el tiempo, que se erguía como baluarte de gloriosa inspiración en aquellas horas de lucha sangrienta y desesperada situación porque atravesara la Nueva Francia.

—Es la iglesia de mi hermana —dijo simplemente Saint Ives—. Le gusta mucho rezar allí.

Clifton, sin pensar en lo que preguntaba, dijo:

—¿Es católica la señorita St. Ives?

—Lo es del todo —contestó St. Ives—. Es católica, sí, y hay en ella un inmenso amor a Dios. Si existiesen más seres como mi hermana, no habría tanta disputa entre sectas y parroquias, y todos mirarían a Dios con los mismos ojos. Los protestantes no sospecharían de, los católicos, ni el Papa de la Iglesia libre, ni los creyentes en Cristo de aquellos que creen solamente en la, Unidad. Para Antoinette St. Ives, señor, todas las Iglesias y todas las religiones son santas.

Había orgullo y algo de desafío en su voz, como si sospechara que Clifton mismo estuviese contagiado de la estrecha mentalidad del sectarismo.

Llegaron al funicular que, como enorme cucaracha, subía y bajaba por las rocas de la terraza, salvando distancias entre Mountain Hill y Break-Neck Stairs. Unos minutos después se hallaban en la ciudad baja, y no tardaron en llegar a la calle de

Notre Dame.

Aquí Fray Alfonso se despidió de sus amigos.

—Tiene muchas amistades entre los sacerdotes y los monjes, y está deseando verlos —explicó St. Ives cuando se hubo alejado—. Es tanto de los unos como de los otros, aunque su verdadero puesto es el de monje encapuchado, si hubiese sabido retenerlo.

Bajaban por una calle tan estrecha que con los brazos abiertos podían tocar las casas, iluminada por algunas luces que traslucían de las estrechas ventanas. Gaspard Saint Ives servía de guía. De pronto, delante de ellos, resplandeció la luz amarillenta de una linterna de metal antiguo, cuyos brazos se hundían en las piedras de la pared.

Saint Ives paróse debajo de ella, con la mano sobre el aldabón de una puerta muy entrada en dicho muro.

—¡Por aquí, señor!

Abrieron la puerta y entraron en un pequeño recibidor, que no tendría más de cuatro pies en cuadro, con una segunda puerta de vidrios emplomados, tras la cual la luz de una lámpara hacía resaltar las cortinas de fino encaje. St. Ives abrió esta puerta, y un momento después Clifton se hallaba en un recinto que era como un pedazo del corazón de la Antigua Quebec y la Nueva Francia.

La habitación era grande y baja de techo. Los muros, de madera labrada, revelaban la mano de un experto artífice. Con las puntas de los dedos, Clifton podía alcanzar el techo y, sin embargo, no sentía agobio ninguno en la estancia. Le rodeaba una atmósfera indescriptible de paz y de bienestar. Era como si de pronto hubiesen llegado del mundo a un lugar donde la agitación y el tumulto no podían penetrar, y del cual se apartaban las tormentas y vicisitudes de la vida.

Le hacía el efecto de hallarse en un santuario. Pasase lo que pasara en el exterior, allí estaba a salvo. No se fijó en nada de lo que constituía su mobiliario, pues todos los objetos formaban parte del cuadro que le, cautivaba poderosamente. Él sentía que todo revelaba la presencia de los tiempos remotos; las paredes, la escalera de espiral, estrecha, y la chimenea con sus pesados caballetes de hierro. Su mirada lo abarcó todo, incluso dos puertas pesadas de roble que daban acceso a otras habitaciones... Luego miró a su compañero.

Saint Ives estaba en pie, con la cabeza inclinada ante el marfileño crucifijo de una pequeña capilla hundida en la pared. Permanecieron silenciosos un momento. Cuando St. Ives levantó la cabeza, dijo a Clifton:

—Perdóneme usted, señor. Nunca olvido este pequeño deber, más bien en nombre de mi hermana que del mío. Esta imagen de Cristo ha contemplado toda la felicidad, toda la tragedia, cuantas risas y cuantas lágrimas ha habido en esta casa desde que Crepin Marrolet la construyó hace dos siglos y medio. Al pie de este crucifijo, con los brazos tendidos hacia él, fue encontrada muerta Adelaide Marrolet.

Apenas había acabado de hablar cuando un ruido leve les sobresaltó. Ambos levantaron la vista hacia la escalera. En aquel momento Clifton sintió como si su

corazón cesara de latir. En un tenue nimbo de luz apareció la delicada figura de una mujer, de una niña, y por su radiante expresión de bienvenida comprendió que era Antoinette Saint Ives.

Agradeció que la mirada de ella se posara sobre su hermano. Comprendía que algo extraño ocurría en él, y temía que su rostro le traicionara, tal como en otra hora semejante aquel mismo misterio y aquella misma revelación habían transformado el rostro de su amigo Benedito Aldous, cuando contempló por primera vez la blanca y dorada belleza de la viuda de Simia.

Saint Ives subió las escaleras de tres en tres, y desde arriba llegó a él la feliz, argentina y emocionante risa de la muchacha, saludando. Clifton se enderezó y tragó la saliva que le había obstruido la garganta. Conocía aquella risa, era la misma que había oído en el cuarto de Hurd. Era Antoinette St. Ives la que había permanecido escondida durante la lucha. Era ella la que se había reído ante la ridícula figura de Hurd. ¡Y ella era —la hermana de St. Ives— la que le había avisado por teléfono y que ahora bajaba la escalera para darle la bienvenida a este pequeño rincón de viejo mundo en que vivía!

Capítulo IX

MÁS de una emoción sintió Clifton en los pocos instantes que tardaron St. Ives y su hermana en bajar la escalera. Antoinette representaba para él una revelación de hermosura, formada de todo el romanticismo y toda la belleza que encerraban aquellas viejas paredes. Saint Ives la había calificado como la mujer más bonita de Quebec y en esta peregrina hora en que, por primera vez en su vida una mujer se apoderaba de su alma, Clifton la vio como la más bella del mundo. Y, sin embargo, si se hubiera visto envuelto por una súbita oscuridad no hubiese podido detallarla, excepto que su cabeza apenas alcanzaba el hombro de su hermano, que unos bucles trigueños acariciaban su cuello y sus mejillas y que erguía la cabeza como una reina mientras bajaba la escalera, mirándole.

Y poco después se miró en sus ojos, grandes, grises, que derrumbaban todas sus pirámides de firmeza con su adorable ingenuidad y (pensó) un tanto desdeñosos al iluminarse el lindo rostro en una sonrisa.

—¡Mi hermana, señor Clifton Brant!

La hermosa cabeza de aterciopelados rizos inclinóse un poco. Clifton sudaba. La lengua se le había pegado al paladar. Las palabras que siempre habían acudido a sus labios, en esta ocasión se negaban a ser pronunciadas. Ante una princesa o una reina hubiese contestado con la arrogancia que le permitía su sangre de americano libre y superior, pero ante Antoinette St. Ives se sentía pequeño y mudo. Tuvo la mano de ella entre la suya, y su calor y pequeñez hicieron vibrar todas las fibras de su emoción. Sintió una oleada de sangre por su cuello y mejillas, y se detestó a sí mismo por semejante debilidad.

—¡Cuánto me alegro de que haya usted venido, señor Brant! —le dijo en el más puro francés—. Le he esperado impaciente desde la mañana. Sea usted bienvenido a nuestro modesto nido, pomposamente llamado «el castillo de St. Ives».

—¿Me esperaba usted?... —preguntó él, pudiendo al fin articular palabra, y mientras ella retiraba su mano—. Yo creí...

Saint Ives le interrumpió con una de sus risas sonoras.

—Antoinette se encargará de conseguirme su perdón dijo aunque me dice Fray Alfonso que una mentira por la buena causa es acto cristiano. ¿Y qué mejor causa que complacer a mi hermana, quién me contó todo lo de usted por teléfono, allá en la Grande Rivière du Loup, y me encargó que le trajera a usted vivo o muerto, y que no le dijera una palabra que le hiciera sospechar que le tendíamos una trampa? Y...

—¡Gaspard!

—Es verdad, Antoinette, y preciso es que me sanee el alma antes de sanearme el

cuerpo.

—No hablé de trampa alguna.

—No en palabras, pero supe leer tus pensamientos, y tenían algo de brujería, hermana.

Las mejillas de Antoinette se colorearon de un delicioso rubor. Su barbilla se alzó, altanera, mientras miraba a Clifton. Él veía en sus ojos mil reflejos que brillaban como puros diamantes.

—¿Nada le dijo mi hermano, señor Brant, ni le pasó a usted mi invitación?

—Lo único que he sabido de usted, señorita, fue por el teléfono cuando tuvo la bondad de ponerme en guardia contra la policía, y este recado lo recibí mi amigo Benedito Aldous. Se lo he agradecido con toda mi alma.

—¿No le dijo a usted otras cosas, entre ellas que era de suma importancia que le viera a usted aquí dentro de una semana?

—Si se lo digo, Antoinette, se empeña en valerse del medio de locomoción más rápido, como son el tren o el automóvil, y ¡adiós mi caminata, que tanto me gusta! —interrumpió St. Ives.

Antoinette agitó la cabeza, y hubo un revuelo de rizos airados y luminosos.

—Para castigarte —le dijo—, no te daré una carta que tengo para ti de Ángeles Fanchon.

Saint Ives levantó las manos con desesperado ademán.

—¿De Ángeles, dices? Te suplico, Antoinette...

—No te la daré, por lo menos hasta que te hayas bañado y hayas padecido un poco. Con tus bromas, Gaspard, algún día provocarás una tragedia. ¿Por qué no dijiste al señor Brant que yo solicitaba su visita? —Porque usando de mi buen juicio masculino quise juzgarle de hombre a hombre, sin que se le levantaran los cascos pensando en mi hermosa hermana. Y el juicio de un hombre, Antoinette...

Antoinette le interrumpió encogiéndose de hombros y volviéndose hacia Clifton. Él la estaba mirando fijamente, y en la contemplación de su hermosura no había escuchado la conversación de su hermano.

—Lo siento, señor Brant —dijo, cambiando repentinamente de idioma—. Gaspard debió habérselo dicho a usted. Vi a la señora de Aldous unas horas después de usted marcharse, y cuando mi hermano me dijo por teléfono que viajaba en compañía de un tal. Clifton Brant, sentí como si dejara de latirme el corazón; era a usted a quien necesitaba ver lo más pronto posible, pues creí haber perdido su pista para siempre. Rogué a mi hermano le dijera que yo estaba en el aposento de Iván Hurd cuando usted... le molestó de aquella manera.

En sus ojos había un destello de malicia al recordar el incidente. Aquella mirada devolvió a Clifton su valor y restableció su equilibrio mental. Aún se reía Antoinette de la figura grotesca de Hurd, mientras se arrellanaba en su asiento. Clifton comprendió que había perdido su serenidad por una personita poco más importante que la viuda de Simia, la cual parecía tener unas pulgadas más de altura. Podía

levantarla en sus brazos hasta tocar el techo de una habitación dos veces más alta que aquélla. Era exquisitamente femenina y, sin embargo, Clifton vio al instante la diferencia entre Antoinette y la mujer de Benedito. La viuda de Simia llegaría a la victoria a fuerza de minutos y lágrimas, mientras que Antoinette St. Ives vencería o moriría con la cabeza erguida en el mismo gesto altanero, y con ojos que, aunque llenos de lágrimas, no perderían nunca la determinación fija en su profundidad llena de fulgores grises. Esto último era lo que más agradaba a Clifton.

—Oí su voz —dijo—, y hubiese retrocedido a no ser por un golpe en la cabeza que me tenía aturdido. Oír su voz en aquella habitación fue una sorpresa para mí tan grande, como lo es el placer que tengo en conocerla ahora.

—Me sorprende, señor Brant. Temía que fuese para usted más bien un fastidio que un placer. Tiene usted tal fama de antifeminista...

—¿Eso le dijo a usted Clara Aldous?

—Sí. Y que odia usted a las mujeres con cabello corto, pero el mío no lo es, le advierto, y además me lo ha rizado la naturaleza...

—¿Le dijo eso?...

—Sí, y muchas otras cosas, tantas que ya no me es usted desconocido.

—¡Pues se lo agradezco a Clara; ha venido en mi ayuda! —exclamó Clifton.

—Sean cuales sean sus demás características, señor Brant, es usted un luchador —continuó Antoinette—. De ello he tenido una demostración inolvidable. Si no fuera así, tengo la seguridad de que no me hubiese interesado por usted.

Saint Ives tocó en el hombro a su hermana.

—Si me das la carta de Ángeles Fanchon...

—No te la daré hasta que te bañes y hayas cenado.

—Es que puede ser importante.

—Creo que lo es, Gaspard.

—¿Y no me la quieres dar?

—No.

—Pues entonces, vámonos en busca de agua y jabón, amigo Clifton. Esta preciosa hermana mía es tan testaruda como el diablo cuando toma una determinación.

Diciendo esto, St. Ives inclinóse y besó como un novio la cabeza de su hermana. Casi instantáneamente, Antoinette metióse una mano en el pecho y sacó la carta que tenía para él.

—Ese beso perdona mil pecados, Gaspard —dijo con ternura Te deseo mucha felicidad— añadió, alargándole la carta.

El corazón de Clifton latió con violencia al ver la mirada de ternura con que Antoinette envolvió a su hermano. ¡Una mirada como aquélla debía llenar el alma de un hombre con la gloria de vivir!

Saint Ives condujo a su amigo a una pequeña habitación, de techo inclinado, uno de cuyos extremos casi tocaba el suelo. Allí escogió alguna ropa, y luego lo condujo a otra habitación, en cuyo centro había una bañera de porcelana. St. Ives, con la carta

de Ángeles en la mano, le hizo un saludo ceremonioso.

—Aquí tiene usted, amigo, el lujo mayor del castillo de Saint Ives, nuestro cuarto de baño, que Antoinette se empeña en llamar el *vaporarium*. El grifo de la derecha da agua caliente, y fría el de la izquierda. El baño mide cuatro pies por tres, de modo que hará bien en tomar sus precauciones antes de zambullirse. Le ruego perdone que le deje un momento, pues voy a leer la carta de Ángeles...

—Vaya sin reparo. No quisiera privarle de ese placer un momento más —contestó Clifton—. Deseo, como su hermana, que le traiga felicidad.

Apenas había terminado de bañarse, cuando se abrió la puerta y St. Ives entró con violencia. Estaba sofocado y traía la carta arrugada en la mano.

—¿Felicidad? —exclamó—. Esto no puede traer felicidad alguna. Figúrese: dos páginas llenas de impertinencia, falsedad, hipocresía de mujer para molestar a un hombre bueno...

—¿Qué dice la carta? —preguntó Clifton.

—¿Que qué dice? De mí, nada. ¡No habla más que de Ajax Trappier, lo buenos que son sus caballos, qué hombre más guapo es, que ayuda al sostenimiento de la iglesia, como un santo, y cómo la lleva a caballo todos los domingos! Esto es un insulto, señor, y ardo en deseo de beber la sangre del culpable. ¿Qué necesidad tiene de hacerme las alabanzas de ese granuja que se excusó de ir a la guerra, ese reptil que es capaz de vender su alma al demonio con tal de conseguirla, ese...?

—¿Me permite usted que lea la carta, amigo Gaspard? —le interrumpió Clifton.

Saint Ives desarrugó la carta y se la entregó. Clifton, al leerla, no pudo disimular una sonrisa, pero el rostro de Gaspard estaba cada vez más negro de ira.

—Está bien claro —dijo, al fin, Clifton—. Creo que en muchas cosas Fray Alonso tiene razón, y sobre todo en este caso. ¡Qué poca penetración tiene usted, St. Ives! Ángeles Fanchon ha escrito esta carta porque se muere por usted, y acude a medios muy femeninos para traerle a buen camino. ¿Ha tenido usted algún disgusto con ella últimamente?

—Sí, una pequeña disputa; sosteníamos cada uno distintos puntos de vista. Ella cree que soy un vago y un inútil porque me gustan más los bosques y los grandes ríos que las casas de campo, los caballos y los cerdos.

—¿Pero usted la ama?

—Arrancarías las estrellas del firmamento y se las daría, si pudiera.

—¿Y, sin embargo, no quiere usted sentar la cabeza para complacerla?

—No quiero dejarme dominar por una mujer y por aquel cura de Saint Felicien, que le aconseja que se case con Ajax Trappier y tenga veinte chiquillos.

—¿Y qué piensa usted hacer?

Saint Ives aspiró el aire con fuerza.

—¡Voy a romperle a Ajax Trappier todos los huesos del cuerpo!

—¡Bien! —asintió Clifton, devolviéndole la carta—. Es menester hacerlo pronto. Creo que Ángeles verterá muchas lágrimas si sabe que usted va a meterse en ese

peligro, pero desde luego se solucionará el asunto, gane quien gane.

—¿Usted cree que ella me quiere?

—Estoy segurísimo de eso.

Gaspard emprendió de nuevo la lectura de la carta mientras Clifton se secaba.

—Si eso es cierto —dijo con voz más tranquila—, ¡juro por Santa Ana que no volveré a cantar en una taberna! Y no me importará tener una hacienda si no tengo que sembrarla yo mismo y si está además cerca de los grandes ríos, y si ese imbécil de Ajax Trappier, que Dios confunda, va a vivir lejos de aquí.

—¿Le ha dicho usted que quiere casarse con ella?

—¿Cómo podía decírselo sin hacerle la promesa de convertirme en ranchero? Pero ya sabe que la quiero. Eso sí se lo he dicho.

—Me gustaría saber por qué ella se muestra tan insistente en la cuestión de la hacienda musitó Clifton, mas sus palabras no eran dichas en son de interrogación.

Saint Ives permaneció silencioso un momento; luego rió suavemente.

—Si no fuese por ese maldito Ajax Trappier, comprendería los gustos de ella —dijo. Los tiene de herencia. Su tatarabuelo se estableció en la región de Saint Felicien, hace de ello ciento sesenta años, y los Fanchon han seguido viviendo en la misma tierra desde entonces. Ángeles tiene orgullo de ello, y lleva la cabeza muy alta. Son grandes propietarios, y ella es una princesa en sus dominios. Y yo —St. Ives encogióse de hombros con gesto de desesperación—. Hoy sabrá usted por qué soy casi un desheredado. Un St. Ives tiene demasiado orgullo para aceptar una Fanchon con dote. Si Ángeles Fanchon se casa con un St. Ives, ha de ir con él allá donde pueda construirle un hogar con sus propias manos. —Volvióse hacia la puerta—. ¿Quiere hacerme el obsequio de bajar cuando esté listo, señor Clifton?

Cuando se hubo marchado, Clifton se afeitó y terminó de vestirse. Durante más de un cuarto de hora las mismas preguntas no cesaron de rebullir en su cerebro, sin que hallara la solución que buscaba, hasta que su imaginación exaltada le hizo sospechar que para él empezaba la más grande aventura de su vida y que, probablemente, Antoinette fuese en ella la principal figura, lo que le llenó el alma de emoción.

Antoinette le esperaba abajo. Su hermano había desaparecido. Ella estaba leyendo, y al contemplarla así, el color de su cabello le recordó los ricos tintes de un castaño pulido por las heladas. Sus ojos se llenaron de admiración, porque en él no cabía el fingimiento.

—Ya viene el guerrero —fue su exclamación de bienvenida—. Mi hermano me ha contado su intervención en la pelea de L'Assomption, y que además usted le ha vencido en la carrera pedestre. Sin embargo, su aspecto no es tan terrible; si yo no lo hubiese visto con mis propios ojos, hubiera puesto un poco en duda el relato de mi hermano.

En la alusión a la lucha que sostuviera con Hurd, Clifton creyó adivinar un dejo de ironía. Por algún motivo desconocido, ella se reía de él. De pronto Clifton se

encolerizó, pues sospechaba que acaso la viuda de Simia hubiese dicho a Antoinette de él cosas poco agradables.

—¿No quiere sentarse?

Accedió a la amable invitación.

—Estoy a sus órdenes —dijo.

Ella inclinó la cabeza, de modo que la luz de la lámpara prestó a sus cabellos reflejos de oro. Veía Clifton sus largas pestañas, de color algo más oscuras que el pelo, el delicado tinte rosa de sus mejillas y de sus labios, y... sintió que algo le ahogaba.

—Le ruego que se ahorre sus cumplidos —le dijo ella suplicante—. Yo comprendo que tenga usted de mí una opinión mala y, a mi vez, le seré franca diciéndole que no me es usted simpático. Estos asuntos tan nimios, sin embargo, no deben preocuparnos por ahora. Por lo menos hasta que sepa usted la razón importantísima por la que he querido verle en el castillo de Sr. Ives.

—¿Y por qué cree usted que yo la tengo en tan mala opinión?

—Porque estaba escondida en el cuarto de Hurd. Las señoritas bien educadas no se encuentran nunca en situación tan comprometida, ¿verdad?

—¿Y por qué no le soy a usted simpático?

—Porque no tiene usted corazón, ni alma, ni ideal alguno.

Clifton se levantó de pronto en actitud de protesta.

—Clara Aldous ha hablado con usted, ¿verdad? Le ha dicho muchas cosas, ¿no es eso? Y usted no ha vacilado en decírmelo, sin darme tiempo siquiera a secarme después de salir del *vaporarium*. Porque la verdad es que me he vestido sin entretenerme en secarme. ¿Y por qué? ¿Por qué tenía yo tanta prisa? Yo también voy a serle franco. Seguramente se escandalizará usted de mi franqueza. ¡Lo hice por usted! Lo hice porque tenía prisa para verla de nuevo. Quería decirle que, desde que supe que había usted visitado a Iván Hurd, algo me dijo que era usted la muchacha cuya risa me sedujo aquel día. Pero nunca soñé que la buena fortuna me obligara, por defensa propia, a decirle lo que sentí cuando la vi por vez primera en lo alto de aquella escalera. Usted, sin embargo, me fuerza a ello, al decirme que tengo una mala opinión de usted. Me obliga a confesarle que mi corazón le pertenece por completo, y que en toda la historia del mundo (¡y no tengo corazón, ni alma, ni ideal!) no ha habido un hombre más dispuesto a dar su vida por una mujer. Así, repito: ¡estoy a sus órdenes!

Se detuvo para tomar aliento.

—¡A usted le toca, señorita! —añadió.

Antoinette St. Ives le miraba. De sus mejillas, coloreadas al principio de un vivo rubor, el carmín había desaparecido. Él la miraba, al parecer, de un modo burlón, aunque su boca estaba contraída en un rictus de firmeza. Había algo más que burla en sus ojos, se dijo ella. Clara Aldous le había dicho que Clifton era un hombre notabilísimo, y así era, en efecto. Antoinette se levantó de la silla y se acercó a

Clifton. Nunca había visto éste nada tan frío y hermoso como aquellos ojos que se miraban francamente en los suyos.

—Exceptuando una, ésta es la mayor insolencia que he oído en mi vida —dijo la muchacha con sereno desdén.

—¿Y la otra, cuál fue? —preguntó Clifton sin desanimarse.

—Sólo hay una persona en el mundo que sea capaz de insultarme. La dijo Iván Hurd.

—Por lo cual me será muy grato matarlo en cuanto se presente la ocasión —declaró Clifton inclinándose ante Antoinette, como si ésta fuera una princesa—. Soy su esclavo, señorita: Y para ser perfecto, un esclavo ha de amar a su dueña.

Los ojos de ella no pestañearon. Parecían querer penetrar en el alma de Clifton. A éste le entraron vehementes deseos de tocarla, de posar su mano sobre aquellos cabellos de oro. De pronto Antoinette pareció penetrar en el pensamiento de su interlocutor, y su mentón se alzó un poco. Era un gesto que ponía un abismo entre ella y cualquier hombre. A Clifton le agradó aunque le penetrara en el alma como una espada.

La tensión de aquel momento fue interrumpida por el ruido que produjo al abrirse la puerta de la calle. Oyeron en el vestíbulo la voz de Gaspard, contestada por otra, y la mirada de placer que cubrió el rostro de Antoinette penetró en el alma de Clifton mucho más que el gesto de desdén de la bella joven. Por vez primera en su vida tuvo celos, que le llenaron el alma con la rapidez del rayo. En aquel instante de infierno, cuando los ojos de Antoinette se llenaron de alegría al escuchar la voz de otro hombre, Clifton comprendió la profundidad de su caída.

Procuró dominarse. Se decía que era un estúpido, y además un estúpido cargado de años. Frisaba los cuarenta, y Antoinette no podía tener más de veinte. Se fijó en el compañero de Gaspard. Era un hombre alto, pálido, con el pelo canoso en las sienes. Le miró fijamente. Gaspard iba detrás de él, sonriente. Antoinette los miraba a ambos con los ojos brillantes.

Y en aquel mismo instante los dos hombres avanzaron el uno hacia el otro con las manos tendidas.

—¡Denis, coronel John Denis!

—¡Capitán Brant!

Capítulo X

PARA CLIFTON era una sorpresa aquel encuentro con un viejo amigo, a cuyo lado estuvo luchando en las trincheras de Flandes. El coronel Denis le había salvado la vida, arrastrándolo, medio muerto, fuera de un campo que, cinco minutos después, quedó convertido en informe masa de tierra debido a las explosiones de granadas. Entre ellos había surgido una amistad que ni los años ni la distancia podían borrar, y Clifton había pensado visitar a su amigo al llegar a Quebec. Si se lo hubiera encontrado en la calle, la sorpresa no hubiera sido tan grande. Mas aquí, como nuevo factor en la misteriosa aventura que le envolvía, y viendo cómo los ojos de Antoinette Saint Ives se iluminaban, la sorpresa llegó hasta lo in concebible.

El encuentro, sin embargo, no era casual. Denis conocía la llegada de su amigo, y había venido a aquella casa con el propósito de verle. Este hecho quedó patente en su manera de saludarle. En su bienvenida no había nada de la agitación que causa la sorpresa, pero sus dedos ciñeron las manos de Clifton como si fueran bandas de acero y su voz temblaba con la sinceridad de la emoción, Era más que el encuentro de dos amigos, era un encuentro de camaradas, de hermanos casi. En los ojos relucientes de Antoinette había una lágrima da emoción ante el hermoso espectáculo.

Luego Clifton se fijó en el cambio operado en su amigo, que en los días de lucha tuvo fama de bravo y galante. Estaba muy envejecido. Tenía los hombros inclinados. Alguna tragedia se escondía tras aquellos ojos profundos, y al verlo, se le creería preso de una excitación que trataba de disimular con todas sus fuerzas.

Mas algo de ella se traslució en sus palabras:

—¡Gracias a Dios, Clifton! De todos los hombres, eras tú el único que yo deseaba ver en este momento.

Eran estas palabras extrañas idénticas a las que expresaba Antoinette St. Ives. Clifton se volvió hacia ella y sorprendió una mirada que hizo estremecer su corazón. Antoinette, al sentirse descubierta, alzó de nuevo su mentón con su gesto característico.

Poco después la joven abandonó la habitación con una excusa, y Gaspard hizo lo mismo con el pretexto de bañarse.

—Es extraño, Clifton —dijo— todo cuanto ha sucedido en esta última semana. No quiero estropear la velada que nos prepara Antoinette entrando en detalles poco agradables. Además, siempre es mejor oír esto después de comer, ¿no es verdad? Pero han ocurrido cosas que indudablemente te interesarán, y te las contaré mientras esperamos la cena. En primer lugar: ¿recuerdas el día en que ibas por la carretera de Brantford en compañía de un chico y un perro? Te cruzaste con un automóvil.

Clifton asintió, diciendo:

—¡No uno, muchos, John!

—Pero en ese coche de que hablo, íbamos Antoinette Saint Ives y yo. Te vi. Y tanto me sorprendió tu parecido con el hombre que había muerto en Haipoong, que no pude disimular mi emoción. Antoinette mandó detener el coche, pero cuando se evaporó la nube de polvo, tú, el perro y el chico habíais cortado a campo traviesa y os dirigíais a un bosque. Seguimos el camino y Antoinette me rogó que le contara la historia del hombre cuyo fantasma creí haber visto. Y se la conté. Tú sabes cómo los amigos nos echamos flores una vez muertos, ¿verdad? Pues eso hice yo. Te pinté a la señorita St. Ives como el mejor, más valiente y pundonoroso soldado del mundo. Le dije también que odiabas totalmente a las mujeres...

—¡Al demonio se le ocurre...!

—¿Qué dices?

—Nada, sigue.

—Y después, conociéndote tanto por mi descripción, puedes imaginarte su sorpresa cuando te vio en la oficina de Iván Hurd, cuando le revelaste a éste tu personalidad y le hiciste confesarse criminal a tus pies, y luego le castigaste de aquel modo. Estaba Antoinette escondida en el salón de Hurd y todo lo presenció.

—Lo sé —dijo Clifton—. Y siento verdadera curiosidad por saber por qué no hizo acto de presencia cuando pensó que iba a matar a Hurd y por qué no dio gritos ni se desmayó como la mayoría de las mujeres hubieran hecho. ¡Lo menos era preciso que se desmayara!

—Naturalmente, algo en este sentido le dije cuando me narró lo sucedido, una vez repuesto de la alegría y de la sorpresa que me causó la noticia de saberte vivo y sano. Pero Antoinette juró por este crucifijo que ves (y Antoinette es de las que prefieren morir a jurar en falso) que desde el principio comprendió que no matarías a Hurd. Y, además, quería saber la verdad sobre la muerte y la ruina de tu padre, oyéndola de tus propios labios. Y así oyó la confesión de Hurd, al que tenías a tus pies.

«Mira a tu alrededor —continuó el coronel Denis—. Todo tiene algo de suyo. Es la más bella, la más dulce, la más pura de las mujeres de Quebec, pero se vuelve un tigre, llevada de una determinación irreductible, cuando se trata de enderezar un entuerto o vengar un agravio. Es de la raza de los que crearon la Nueva Francia, hace doscientos años, y la sangre de aquellos guerreros, su cultura y sus ideales del honor corren por sus venas. De modo que no tuvo miedo cuando te vio pegarle a Hurd y, además, tenía la intuición de que no lo matarías. Me ha confesado que rezó por ti en su escondite, segura de que Dios te protegería. Por eso no gritó ni se desmayó».

John Denis terminó con un ademán en que había tanta esperanza como desesperación:

—Y la misma seguridad tiene de que su fe y tú nos salvarán de la ruina que nos amenaza. Tiene una fe inquebrantable en Clifton Brant. ¿No te lo ha dicho?

—Muy al contrario —contestó Clifton—. Cuando tú entraste, me estaba tratando

despiadadamente.

Por primera vez desapareció la tensión nerviosa del rostro del coronel Denis, y en su lugar floreció una sonrisa.

—Me lo figuré por la alegría que demostró al verme entrar. ¿De qué estabais hablando? ¿Qué hiciste tú?

—Nada. Me había bañado sin protestar en su *vaporarium*.

—¿Y qué más?

—Le estaba diciendo que mi corazón había dado un vuelco cuando la vi por primera vez, y que era muy hermosa.

—¡Por Dios santo!

—Y entonces empezó a insultarme. Yo le dije que la amaba desde el momento en que oí su voz en casa de Hurd. ¡Yo no puedo disimular, necesito decir lo que siento!

—¿Y Antoinette lo toleró?

—No, John, no lo toleró. Creo que es mi enemiga para toda la vida, pero seguiré los preceptos del Señor, y continuaré amando a esa personita que me odia. A menos que tú...

El coronel hizo un gesto negativo.

—No, Clifton. Yo ya no me ocupo de mujeres. Mi corazón, en materia amorosa, está muerto.

—Así lo he creído también, aunque sea una tontería. Además, cuando un hombre cree hacer un descubrimiento, suele hacer el ridículo. Pero aún no me has dicho qué es lo que queréis de mí. ¿Qué ruina es esa que os amenaza? ¿Por qué os amenaza a los dos? ¿Qué hay de esa lucha que parece esperar mi llegada? Ya he prometido a Gaspard ayudarle en su asunto amoroso con Ángeles Fanchon. También he jurado morir por Antoinette St. Ives, cuando ella necesite tan trivial sacrificio. Iván Hurd ha puesto la policía sobre mi pista, lo que significa otro enredo, puesto que me gusta vivir libre. ¡Y aún me espera lo más gordo! Dime lo que es, ¡pronto!

—Espérate hasta después de cenar. Antoinette me ha hecho prometer que no te diría nada.

—Y el coronel Denis siempre guarda una promesa cuando la hace —interrumpió la voz dulce de Antoinette a su espalda—. Perdonen ustedes que haya oído sus últimas palabras. La cena está servida y Gaspard ha bajado con un hambre terrible. Capitán Brant, ¿quiere usted humillarse hasta el punto de darme su brazo? Prometo no tocarlo más que con la punta de los dedos.

—¡Ojalá pudiera llevarla toda! —murmuró Clifton a su oído, mientras se dirigían al comedor. Clifton, yendo al lado de Antoinette, podía contemplarla a su gusto. No había soñado nunca en nada más bello que su cabeza y su pelo. Hubiera dado media vida por ver caer de pronto aquellos rizos sobre los hombros suaves como la seda más delicada, pues era así como debía estar más deliciosa. Pero ella, sintiendo sus miradas de admiración, había acudido a su acostumbrado gesto de defensa.

El comedor, al igual que la primera habitación en la que habían entrado, le

pareció a Clifton como la reliquia de una edad olvidada. Era pequeño, tenía enormes vigas en el techo y las paredes estaban adornadas con zócalos de pesado roble. El hogar ostentaba los clásicos morillos de hierro. La mesa en el centro era de tamaño reducido, pero de construcción maciza y labrada a mano, lo mismo: que las sillas. Sobre la mesa, e iluminándola con una luz tenue, había un candelabro de tan antiguo y raro dibujo que los ojos de Clifton se fijaron involuntariamente en él.

Antoinette observó su interés, mientras agitaba una campanilla de plata en la mano.

—Es usted curioso, señor Brant —dijo con una seriedad que impresionó a Clifton—. Estamos orgullosos de nuestra casa, y tengo la seguridad de que algunos de sus cuentos y reliquias le han de interesar a usted.

Al contemplarla cual hermosa princesa presidiendo la mesa de sus invitados, se hubiera mordido la lengua por el atrevimiento y la impertinencia que había mostrado antes. ¿Qué pensaría de él? Naturalmente se diría que era un osado, y sobre todo un estúpido. Y, sin embargo, bien sabía Dios que no era su deseo parecer ni lo uno ni lo otro, y menos aún ante los ojos de ella que ante la opinión de todo el resto del mundo.

Le contestó en voz baja:

—Toda mi vida he deseado vivir en la época de la que esta casa es una evocación —dijo—; así comprenderá usted la emoción que siento, señorita. Por eso soy, sin duda, un descarriado, pues siento el deseo de algo que no logro alcanzar, lo que resulta ser una triste herencia en esta época moderna. Usted es afortunada poseyendo esta casa; si fuese mía, no la cambiaría por el majestuoso castillo de Prontenac, que la está contemplando desde sus alturas.

El rostro de Antoinette se coloreó con el rubor del placer.

—Algo de eso comprendo, señor Brant. Sin esa clase de aficiones no hubiese usted dormido en el cementerio indio cerca de la ciudad de Brantford, sobre la tumba de sus bisabuelos. Me lo dijo el pequeño Joe. También me contó cómo le había llevado a Montreal. En la capilla de las Ursulinas hay una lámpara que María de Repentigny regaló a la capilla en el año 1717, y a pesar de las vicisitudes de tantos siglos y de las balas que agujerearon las paredes del convento durante largos sitios, esa lámpara no ha dejado de arder en la capilla un solo día. Usted habrá visto la lámpara, que es un recuerdo de una de las mayores tragedias de la Nueva Francia, la época en que Amalia de Repentigny, la más buena de las mujeres, se cortó el pelo y se hizo monja porque su hermano, en un momento de embriaguez, mató al padre de su prometido. En 1719, el año en que Amalia murió de pena tras los muros del convento, este candelabro que usted ve aquí fue regalado a un Marrolet por la madre de Amalia y desde entonces está en nuestra familia. Muchas almas de aquel tiempo pueblan esta casa. Aquí fue donde Amalia vio a su prometido por primera vez. ¿Le extraña a usted que la ame?

—La admiro —contestó Clifton, sabiendo que la adoraba.

Clifton creyó que en la hora de la cena se aclararía algo el misterio de la situación

que le rodeaba. Mas si sobre ellos se cernía la ruina y la tragedia, ningún indicio dejaron traslucir ni por gesto ni por palabra.

El coronel Denis se hallaba más tranquilo. El mismo Gaspard parecía otro hombre. Sonreía y decía galanterías a su hermana, como si no mordiera en su corazón la amargura de un asunto amoroso. Reunidos en la mesa familiar, parecían haber desechado todas las preocupaciones. Antoinette, con la cabeza inclinada, había pronunciado con su voz suave y melodiosa las palabras: «Siéntate a nuestra mesa, Señor, sé por todos eternamente adorado, danos tu bendición y permita que festejemos contigo el Cielo». Y parecía que, desde entonces, un espíritu de paz y de serenidad amenizaba el ambiente. Cuando de los labios de Antoinette brotó aquella plegaria, Clifton pensó que era un ángel, y su mirada dejó traslucir su pensamiento, que el coronel Denis pudo leer: «Si oraciones como la suya no son oídas, Dios no escucha».

Después de esto, las leyendas y episodios románticos de la antigua casa cayeron de los labios de Antoinette como trozos de la más exquisita poesía. Gaspard también habló de la época de esplendor de la Nueva Francia, cuando lo mejor de la ciudad se recreaba al pie de los muros de la ciudadela, cuando las mujeres hermosas y sus galantes admiradores acudían al templo de Notre Dame des Victoires. Y en todas aquellas calles convertidas en avenidas, en ruina ahora, estaban las moradas de bellas y alegres doncellas. Donde antes había ricos encajes, perfumes y amores, sólo quedaban mendigos que fastidiaban al viajero y al turista venidos a contemplar las ruinas de un pasado glorioso. Clifton creyó ver una nube húmeda en los ojos de Antoinette cuando dijo:

—Es un sacrilegio permitir que desaparezca la antigua ciudad entre ruina y miseria. ¿Acaso nos importa tan poco el honor de nuestros antepasados, tan poco aquellos hombres y aquellas mujeres cuyo valor y fe en Dios nos dieron una nación y un mundo nuevo? Dondequiera que estén esas estrechas calles, en esta misma casa, hay un trozo de nuestra historia, y en esta misma mesa representamos algo de aquella época.

Sonrió de pronto el coronel, rogándole le excusara por hablar de un asunto enojoso, cuando tantas otras cosas amenas podían discutirse.

Clifton llevó la conversación a un terreno que temía un poco.

—¿Qué impresión tuvo usted de mis amigos Benedito y su mujer?

—Excelente —contestó Antoinette—. Insistieron en que me hospedara allí, cuando supieron que no vivía en Montreal, sino aquí. Estuve allí tres días. Estoy enamorada de Joe y de Bim, y creo que los adoptaré.

—¿Adoptarlos? —murmuró Clifton, sorprendido.

—Sí, adoptarlos —contestó ella, con la mayor tranquilidad—. Necesitan cariño de madre, y Clara tiene bastante con sus dos hijos. Yo le dije que me traería a Joe a Quebec, pero la señora Aldous no consintió que Joe saliera de su casa sin estar decentemente equipado. Es la mujer más buena que conozco. Pocas hay como ella en

el mundo. ¡Tiene mucha suerte Aldous!

Al pronunciar las últimas palabras, sus ojos encontraron los de Clifton. Fue como si éste recibiera una puñalada.

—Claro está que no lo haría sin consultar con usted, y a menos de que no tenga reparo alguno en confiarme a Joe y Bim; pero todo esto lo podremos discutir mañana, capitán Brant, cuando estén los dos. Llegarán por la mañana.

—Pero Joe... él... —balbuceó Clifton.

—Sí, le gusto, y se alegrará de venir —sonrió Antoinette—. Al principio le asusté sin duda por la doctrina que usted le enseñó, señor Brant. Parece tenerle un horror misterioso al pelo corto. Cuando me vio, tenía los rizos recogidos y él, creyendo que tenía el pelo corto, se echó atrás como si fuese yo una plaga. Luego logré atraérmelo diciéndole que no siempre iban juntos el pelo corto y los artistas de cine. ¿No quiere más café, capitán?

Clifton estaba nerviosísimo, de lo cual Antoinette se daba exacta cuenta. Le sirvió más café y se dirigió al coronel Denis y le habló de la nueva ópera francesa, como para desvanecer el efecto de las indirectas que dirigió a Clifton.

—«Venus y las tres Gracias», bonito nombre —decía—. «Las tres Gracias», Eufrosina, Aglaia y Thalia, todas son muy modernas. Llevan coronas de uvas negras al estilo griego y tienen el pelo a la romana. ¿Le gusta a usted el pelo a la romana, capitán Brant? —continuó despiadadamente.

—Yo... si... algunas veces —murmuró el capitán sin saber a qué santo encomendarse—. Me gusta mucho una hermosa cabellera —añadió.

En la voz de Antoinette hubo un dejo de sentimiento.

—Siempre he deseado tener el pelo como Amalia de Repentigny —dijo—. El libro de historia de las monjas nos cuenta que tenía el cabello más hermoso de todas las mujeres de Quebec, y Sor Migeon de la Nativité, la superiora, sollozó cuando sus tijeras cortaron las hermosas trenzas. Pero tanta fortuna no ha sido para mí, y nunca he tenido más que esto... —añadió, acariciando uno de sus bucles.

Clifton comprendió que había adivinado la verdad y que los rizos de Antoinette, sueltos, cubrirían sus hombros.

Gaspard se echó a reír con risa ahogada.

—Mi hermana sabe que tiene el pelo más bonito de Quebec, como lo fue en su tiempo el de Amalia de Repentigny, o no llamaría nuestra atención sobre sus bucles.

Las mejillas de Antoinette se colorearon hasta los ojos. Clifton hubiera abrazado al torpe de Gaspard por su inconsciente torpeza.

—No lo dije en ese sentido, Gaspard —le reprochó su hermana.

—Ni lo tomé en ese sentido tampoco, señorita —dijo Clifton con énfasis—. Aunque la verdad es que tiene usted un cabello lindísimo, señorita. ¿Ha visto usted algo más bonito, coronel Denis?

—Nunca —contestó el coronel, mientras miraba el reloj de pared con disimulo.

Antoinette lo advirtió a pesar de su azoramiento y unos minutos después estaban

todos en la habitación contigua.

En los ademanes del coronel ya no había ninguna vacilación. Se le veía francamente deseoso de hablar a solas con Clifton. En cuanto a Antoinette, les dijo que se acercaba una hora suprema y que ésta tenía mucha importancia para ella. John Denis se adelantó un poco con Gaspard. Clifton comprendió su intención de dejarle a solas unos minutos con Antoinette.

Nunca olvidaría la dignidad y belleza de aquella mujer cuando le tendió la mano y le miró con sus hermosos ojos llenos de súplica.

—El coronel le dirá todo, capitán Brant —dijo—. Ruego a Dios que sea usted el hombre que he juzgado, el único a quien me confiaría como me confío y que nos pueda ayudar en una hora de amargura como puede hacerlo usted. Qué motivos tengo para creerlo así, no lo sé, pero así es. Aquella hora en el cuarto de Iván Hurd me dio una fe sin límites en usted... como luchador.

—¿Y en otro sentido, señorita... como hombre sin corazón ni alma ni romanticismo...?

—Perdóneme, se lo ruego. Usted lo tiene todo. Afirmé lo contrario en un momento de perverso capricho.

—Entonces ¿no me desprecia por aquello...?

—¿El qué? —preguntó ella, distraída un momento.

—Por aquel atrevimiento que me hizo depositar mi vida a sus pies y confesarle que mi corazón le pertenecía por completo, que la amo...

—¡*Monsieur!* —exclamó ella.

Clifton se inclinó sobre Antoinette, pero no la miró a los ojos.

—Si mi vida puede aligerar el peso que oprime la suya, señorita, tenga por seguro que haré cuanto sea menester —dijo suavemente.

Y al salir a la pequeña y oscura calle saboreaba el placer de haber sentido los dedos de ella oprimir un poco más los suyos.

Capítulo XI

DENIS y St. Ives estaban esperándole, pero al llegar al final de la calle, Gaspard se despidió de ellos y regresó a su casa.

Un cuarto de hora después entraban en la oficina particular del coronel, la que se hallaba en el pequeño edificio ocupado por la razón social «Laurentian Pulp & Paper Company». Clifton tuvo la impresión de que penetraba en su hogar. Era la misma oficina, con la misma mesa de nogal, de cuya gaveta John Denis y él habían sacado los dos últimos cigarros que fumaran juntos antes de alistarse en la guerra, diez años atrás. Los mismos mapas y dibujos adornaban las paredes. Había en todo el ambiente de aquella habitación un agradable bienestar, tal como suele rodear a aquellos ingleses cuyo objeto en la vida es algo más que la acumulación de fortunas. En los mismos puestos de antes estaban en la pared los retratos al óleo de *Sir William Denis* y del honorable Cecil Stanford, fundadores de la Compañía fabricante de papel y pasta de papel, dos hombres bien conocidos entre las principales figuras de la gran industria de Quebec. Entre ellos pendía el retrato del abuelo del coronel, hombre de rostro tosco y ojos hundidos. Éste era el primer John Denis, cuyos servicios habían sido valiosísimos al gobierno de la provincia, dados los conocimientos que poseía de los inmensos recursos madereros en las azuas de los ríos Mistassini, Peribonka y Ashuapmouchan. Otros retratos completaban aquella colección. Todas las personas allí representadas habían contribuido a la creación y estabilización de unas de las fortunas más antiguas del Canadá. Sobre la mesa de roble había un pequeño marco tallado en madera por el mismo *Sir William*, en el cual podían leerse las palabras, ya borrosas: «Dios antes que nada. El honor antes que el dólar».

Clifton, fijándose en aquellas palabras, que había leído muchos años antes, volvió a leerlas en voz alta, y añadió:

—La máxima de oro de *Sir William* ha quedado grabada en mi corazón. Siento no haberme sujetado más a ella. Aquí nada ha cambiado. Flota aún en este ambiente el espíritu de honor y caballerosidad que siempre fueron norma de la casa, convirtiéndola en guía y ejemplo de la industria de Quebec.

—Y, sin embargo... esta noche, todo está muerto —dijo John Denis, con una nota de desesperación en la voz Siéntate, Clifton, y enciende un cigarro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Clifton—. ¿Es posible que esté muerto todo esto, mirándote *Sir William* desde un marco con la bondad de un ángel guardián, y el abuelo Denis con tan fiero y valiente semblante que parece querer dominar una horda de indios? Explícate... —Daría diez años de mi vida si el abuelo Denis pudiera bajar, de su marco y ponerse en mi lugar, aunque no fuera más que por seis meses, Clifton.

Por lo menos daría cuenta de su presencia, aunque por ello volviese a morir, pero en la cárcel. Era el hombre para circunstancias como las actuales.

—Ningún hombre de la tierra, ni siquiera tu abuelo Denis, podría luchar más por Antoinette St. Ives de lo que yo estoy dispuesto a hacerlo. Estoy dispuesto a todo. ¿Qué sucede?

—Lo mismo que le pasó a tu padre —dijo John Denis con la voz apagada—. Por eso tu aparición, vivo y sano, en aquella hora inolvidable de tu encuentro con Hurd, me, ha parecido providencial. Antoinette, más aún que yo, cree ver en ello la mano de Dios. Si no, ¿por qué de todos los hombres de la tierra has aparecido como un fantasma salido de la tumba en este preciso momento, cuando la señorita St. Ives se ve en el trance de vender su alma a Iván Hurd? ¡Hay algo extraño en todo ello, Clifton!

Esta vez Clifton se puso en pie.

—Hasta ahora he tenido paciencia, Denis. En nombre del cielo, ¿quieres decirme de una vez qué es lo que pasa? ¿Qué relación tiene la señorita St. Ives con Iván Hurd?

—Y conmigo, puedes añadir —dijo Denis, encogiéndose de hombros—. Quisiera contártelo todo en un abrir y cerrar de ojos, pero es imposible. Has estado ausente muchos años, y preciso es comenzar por el principio. De otro modo, podrías sentir ganas de reírte de mí. Empezaré por decirte, como preludeo, que a menos de que algo extraño e inesperado ocurra, la «Laurentian Pulp & Paper Company» desaparecerá sin remedio, hundiéndose en la más vergonzosa quiebra. Y con ello desaparecerá también el alma y el corazón de Antoinette y de su hermano. Si escuchas con paciencia, comprenderás por qué esos dos están tan íntimamente asociados a mi ruina. Para ellos no se trata tanto de la pérdida material, sino de aquello que más profundamente afecta a sus corazones. Yo hago frente a la ruina, por mi parte, como quien piensa en los dólares, centavos y pérdida de orgullo, pero nada más. Antoinette se enfrenta con algo más grave. ¿Conoces a Iván Hurd, no como era hace años, sino tal y como es hoy?

—Solamente por mi encuentro con él en su despacho. Benedito me dijo que era un hombre poderoso y que constituía una fuerza política en la provincia. Le Taureau creo me dijo Benedito que le llamaban. ¡El toro! ¡Un canalla empedernido, digo yo, con muchos amigos que le ayudan!

—Es preciso que sepas quién es Hurd, antes de que puedas entender todo lo demás. Sabes cómo arruinó a tu padre, y la obra que tu padre había empezado. Iván Hurd en aquel tiempo no era nadie. Ahora es un gigante. No quiero darte a entender que nuestros legisladores sean un montón de hombres poco escrupulosos. Tengo la seguridad de que muchos de ellos desean el aniquilamiento de Iván Hurd. Pero los que no son sus partidarios, le temen. Muchos se han levantado contra su poderío, pero siempre han pagado con la ruina, no solamente política, sino económica. Hurd ya no se conforma con arruinar. Es capaz de llegar hasta el crimen. Tal es el hombre que humillaste convirtiéndole en tu más mortal enemigo.

John Denis hablaba secamente y con firmeza, como en un sus días de guerra. Le brillaban los ojos, y mientras hablaba daba grandes pasos delante de Clifton, con los puños cerrados.

—Debí matarle —dijo Clifton—. Pero vive todavía, y aún es tiempo.

Pensaba en Antoinette y le latía el corazón a impulsos de su ansiedad por conocer la relación que la muchacha podía tener con Hurd. Mas se contuvo por no hacer preguntas. Esperó.

El coronel abrió sobre la mesa un mapa y continuó:

—Eso creo que hubiera sido mejor. No sería mucho mayor el peligro en que te hallarías que el de ahora. Hurd veía en ti una amenaza seria, allá en Haipoong, o no te hubiera mandado asesinar. Antoinette me repitió el relato de todo, tal como lo había oído de los labios de Benedito, y Hurd sabe que ahora eres una amenaza aún mayor. Obedeció a un arrebato de ira al poner la policía sobre tu pista, creyendo que podía mandarte a presidio por veinte años por tu tentativa de asesinato. Pero Antoinette, que ha sido testigo de aquella escena, estropeó su intento. No era fácil mandarte a presidio cuando había una St. Ives que declaraba a favor tuyo. De modo que intentará otros procedimientos. Y si aceptas mi invitación y tomas parte en lo que parece una lucha estéril contra él, te odiará más que a ningún hombre sobre la faz de la tierra, y no descansará hasta aniquilarte por completo. En otra época, teniendo el poder que ahora tiene, te hubiera hecho quemar vivo.

—Es muy interesante todo esto —asintió Clifton—. Tenme desde luego por partícipe en la lucha. Ya he dado mi promesa a la señorita St. Ives, ahora te la doy a ti. Pero lo que yo he de hacer, eso permanece para mí aún en el misterio, y mientras no te expliques con más claridad seguiré sudando de ansiedad. Si quisieras ser más explícito en lo tocante a la señorita St. Ives...

—Mira este mapa —le interrumpió Denis—. A eso voy ahora.

Clifton se inclinó sobre el mapa.

—Aquí está tu viejo amigo, el río Mistassini —continuo el coronel con voz más serena—. Las concesiones de la «Laurentian Pulp & Paper Company» están marcadas en rojo; se trata de dos mil millas cuadradas, a un coste aproximado de mil dólares por milla cuadrada. Nuestros límites, como podrás ver en la escala, alcanzan cuarenta millas al Este y Oeste, con unas cincuenta millas sobre el río, Cada afluente que trae la madera de nuestro territorio vuelca su mercancía en el Mistassini. Este río es el único acceso al Lago Saint John y a nuestras fábricas, que hasta hace tres años producían más de cien mil toneladas de papel al año. Cerrar las aguas del Mistassini es como parar la circulación de nuestra sangre, ¡nos morimos!

—Empiezo a entender dijo Clifton El mismo sistema, John, que aquel que emplearon con mi padre, aunque en este caso no se trataba más que de un arroyuelo, casi seco excepto durante las inundaciones. Hurd tuvo poca dificultad en quitarnos este medio de vida. Pero el Mistassini, el más grande de los ríos del Norte...

—Tiene una capacidad de transporte limitada a cinco millones de troncos, y ni

uno más —dijo Denis—. Nuestras fábricas requieren ciento cincuenta mil cuerdas de pulpa anuales para dar el ochenta y cinco por ciento de su rendimiento y, como tú sabes, ciento cincuenta mil cuerdas de pulpa a cuatro pies de anchura dan justos los cinco millones de troncos. Utilizando cada gota de agua y trabajando día y noche en los meses de corriente, no podemos dar un rendimiento mayor del ochenta y cinco por ciento. Con un poco de dinero, un poco de política y menos de aquel Honor y aquel Dios de que tanto hablaba *Sir William*, podríamos haber conseguido otras concesiones, o por lo menos habernos asegurado cierta protección. Pero estamos en el Mistassini sin ella, con una inversión de capital de cuatro millones de dólares, y ese Iván Hurd ha ido poco a poco sacando la sangre y la vida a nuestra empresa. La explosión final llegará en la primavera, en la temporada de las fuertes corrientes, y a menos que suceda algún milagro, la «*Laurentian Pulp & Paper Company*» morirá, para caer en manos de Iván Hurd y de su odiosa banda.

—Te olvidas de Antoinette St. Ives —le recordó Clifton.

El coronel Denis señaló una mancha negra en el centro del mapa. Eran las concesiones de la *Laurentian*, cerca del río.

—Durante más de un cuarto de siglo, Gautier St. Ives, el padre de Antoinette y de Gaspard, fue el apoderado y el sostén de *Sir William* en sus trabajos en el bosque. Era idéntico a *Sir William*, hombre práctico, pero al mismo tiempo soñador, caballero y hombre de negocios, fruto de la vieja escuela cuyos ideales han sido heredados por sus hijos. Su mujer, Antoinette, murió cuando la niña tenía seis años y Gaspard catorce. Nunca he visto una pesadumbre mayor que la de aquel hombre. La pena lo mató día por día, a pesar del cariño que profesaba a sus hijos. Murió dos años después que su mujer. Antes de morir suplicó que Gaspard entrara en la carrera eclesiástica si le atraía la profesión, y que Antoinette se educara en el convento de las Ursulinas.

»Hicimos lo posible por cumplir sus deseos. Gaspard demostró ser apto para todo, excepto para religioso. Algunos años antes de morir Gautier St. Ives, *Sir William* y su socio debieron obsequiarle, como prueba de gratitud y estimación, con una subconcesión de cien millas cuadradas, que es ésta que ves aquí marcada con lápiz. Representa una fortuna, mas los directores de la *Laurentian* pertenecían a ese grupo escaso de jefes que se complacen en recompensar los servicios que merecen gratitud. Sabía *Sir William* que Gaspard, como su padre, pertenecía por temperamento a los bosques. De aquí que Gaspard se encargó de la concesión como medio de vida para él y para su hermana. Explotaba terrenos que hace un año necesitaban más de cien hombres, y toda su producción de pulpa la compraba la *Laurentian Company*.

»Gracias a esta concesión, Gaspard y su hermana disfrutaban de una renta anual de diez a quince mil dólares, y eso que la explotación se hacía en pequeña escala, porque Gaspard ama los árboles y sólo consiente cortarlos cuando están muy viejos, deformes o estropeados por el fuego, lo cual encarece mucho sus operaciones. Pero ha seguido prácticamente el único sistema de cosecha y de conservación que puede

salvar nuestra producción de madera en el porvenir, sistema que la Laurentian también observaba desde el principio, si bien con menos rigidez. Ahora comprenderás una de las razones (la menos temible) por la que Antoinette está mezclada en esta lucha de vida o muerte. Antes de explicarte lo demás, y el peligro que más la amenaza, tengo que explicarte la situación tal como es hoy día. ¿Te queda paciencia?».

—Soy todo oídos —contestó Clifton—. ¡Continúa!

—Recordarás que Hurd y sus asociados fueron los que primero iniciaron el sistema de colonización parcial en nuestras tierras —continuó Denis—. Durante tu ausencia, este sistema ha tomado tales proporciones que es una de las mayores amenazas a nuestra industria del papel y de la pulpa. Según nuestros convenios con el Gobierno Provincial, en cualquier momento pueden apartar cierta porción de nuestras concesiones para lo que llaman «la colonización». Con un poco de influencia política, el mismo corazón de una concesión que representa una inversión de millones de dólares puede ser dedicado al objeto que ellos llaman «colonizador», y como tú bien sabes, es poco posible que un «colonista» se gane la vida en nuestros bosques cuando cada colono no puede legalmente cortar más de cinco fanegas de madera al año. El gobierno, sin embargo, permite al «colonista» cortar toda la floresta quemada, sea en su tierra o en la del gobierno, y así estos *non bona fide*^[2] colonistas, protegidos de Hurd, se dedican a incendiar los bosques, y a las cuarenta y ocho horas tienen un extenso terreno quemado donde poder trabajar, según autoriza la ley. Son los piratas de nuestros bosques, y no solamente dan a un canalla como Hurd ocasión para comprar la pulpa, sino que causan daños incalculables como incendiarios.

»Todo esto lo sabes, Clifton. Cuando primero nos dimos cuenta de que Hurd y sus partidarios tenían puestos los ojos en las propiedades de la Laurentian fue cuando nos informaron, hace cuatro años, que doscientas millas cuadradas de nuestros límites habían sido destinadas para “colonización”. Vinieron los “colonistas” pagados por Hurd, siguieron los incendios, y la Compañía Hurd-Foy compró la pulpa, a pesar de ofrecer nosotros (como consta a todos) cincuenta centavos más por cuerda que ellos. Como consecuencia de todo esto, Hurd transportó en el Mistassini, aquel año, más de doscientos mil troncos, que naturalmente impidieron el transporte de otros tantos nuestros.

»Casi simultáneamente vino el verdadero golpe para nosotros. Teníamos opción sobre ochocientas millas de floresta más abajo del Mistassini, y otras en Rivière-aux-Rats. El gobierno se quedó con estas opciones aun antes de expirar el plazo y se las vendió a Hurd. Fue la mayor canallada política que se conoce en la historia de la provincia. Aquella primavera, hace de esto tres años, Hurd y sus satélites transportaron un millón y medio de troncos por el río dejándonos agua suficiente tan sólo para tres millones y medio de los nuestros. Esto tuvo por efecto reducir nuestra producción de pulpa y papel en un treinta por ciento, a pesar de todos nuestros esfuerzos. Fue entonces cuando Hurd nos ofreció... ¿qué dirás que nos ofreció?: pues

medio millón de dólares por nuestras concesiones, cuando valían seis veces más».

La voz del coronel temblaba, y en su cara no había gota de sangre. Seguía paseándose por la habitación, sin mirar a Clifton.

—Claro está, preferimos la guerra y la ruina antes que avenirnos a semejante trato continuó El resultado fue que dos años después tuvimos que reducir nuestra producción normal en un cincuenta por ciento. Tuvimos pérdidas enormes, y tuvimos que anular nuestro más antiguo y más importante contrato con una editorial de Nueva York, la de un periódico que empleaba setenta acres de bosque en cada edición de domingo. Buscamos protección, pero ni aun nuestros mejores amigos podían nada contra el caciquismo de Hurd. Por otra parte, los gastos se lo comían todo. Adoptamos la única solución posible. Borrarnos millón y cuarto de nuestro activo, cerramos la fábrica principal, y nos ajustamos a una producción secundaria de dos millones de troncos al año. ¡Gracias que esto ha sucedido después de muerto *Sir William*, porque le hubiera destrozado el corazón! Pero así y todo... ¡aún queda lo peor!

Hubo un momento de silencio. La mano del coronel temblaba al encender su cigarro. Clifton se puso en pie.

—Acaba, John —dijo con calma—. Si no te molesta, me pasearé un poco mientras me cuentas el resto.

Decía esto abriendo y cerrando los puños. Estaba tan pálido como el hijo de *Sir William*. Denis lanzó una carcajada nerviosa.

—No te pongas nervioso, Clifton, por lo menos aún no. Como te he dicho antes, aún no hemos llegado a lo peor, a lo que a mí me ha destrozado, física y moralmente. Una vez más te digo que no me preocupa la cuestión económica. Es el insulto, la humillación, la ruina de la obra de mi padre, y... es Antoinette. Daría la mitad de mi vida por poseer algo de la fe que a ella la sostiene. ¡Dios la bendiga!

—Lo mismo digo —añadió Clifton—. Pero no te pongas sentimental, John. Hasta ahora lleva las de ganar ese hombre, pero aún no has tenido que capitular. Anímate un poco, paséate mientras hablas, silba también de cuando en cuando... y oigamos el resto.

Denis estaba a punto de contestar cuando sonó el timbre del teléfono.

—¡A esta hora! ¡Sólo Antoinette St. Ives sabe que estoy aquí!

Cogió el auricular. Clifton vio que cambiaba la expresión de su rostro. Oía vagamente una voz femenina al otro lado del hilo, y durante los dos o tres minutos que siguieron el coronel interrumpió solamente unas seis veces con monosílabos. Sus mejillas se habían coloreado, y por su frente corrían gotas de sudor. Cuando terminó, se volvió hacia Clifton. Sonreía, pero tenía un rictus de dureza en los labios.

—Era Antoinette St. Ives —dijo—. Iván Hurd está en la ciudad y le ha mandado aviso. Dentro de media hora irá a verla. Ése será el momento culminante, Clifton. Hurd viene con un ultimátum y Antoinette está dispuesta a oírle. Y después... ¡la catástrofe!

Capítulo XII

EL coronel parecía haberse animado con la conversación por el teléfono. Había desaparecido su tensión nerviosa y al mirar a Clifton lo hacía con ojos sonrientes.

—Lo inesperado —dijo— ha sucedido, pero lo prefiero así. Hurd quiere terminar el asunto. Después de esta noche, no nos quedará más que un camino, pero prefiero saber a qué atenerme de una vez; nunca me han gustado los caminos desconocidos. Mejor es ver de frente lo que haya de ser, que recibir un golpe por la espalda.

«Es curioso que haya llamado Antoinette cuando precisamente te iba a hablar de ella. Quizá sea una buena señal. Tiene esa chiquilla una fe maravillosa que la sostiene en todos los trances. A veces casi llego a creer que saldremos de todo esto, y se me figura que Hurd tiene en Antoinette una antagonista, moralmente tan fuerte como él. Perdóname. Vuelvo al punto en que nos interrumpió el teléfono. Después comprenderás lo que puede suceder esta noche en la casa de la calle de Notre Dame».

Volvió a señalar con el índice la mancha negra del mapa.

—Cuando nos decidimos a reducir nuestro capital como te he dicho, y a aceptar lo inevitable, con una producción de dos millones de troncos en lugar de cinco Hurd perdió el equilibrio. No creyó que nos atreviéramos a hacer eso; se había figurado que nos dejaríamos arruinar. Nuestra decisión nos dejaba un negocio pequeño, pero estable. Hurd no podía apoderarse de nuestras concesiones hasta que estuviéramos en la ruina total. Buscó otros medios, y dio con las subconcesiones de Saint Ives. Sabía que si podía apoderarse de éstas, ya no tendríamos remedio, pues ocuparía el centro mismo de nuestra propiedad.

«Ofreció a Gaspard St. Ives por sus doscientas millas cuadradas tanto como nos había ofrecido a nosotros por nuestras dos mil. ¡Un cuarto de millón de dólares! Fíjate: ¡dos mil quinientos dólares por milla!, es decir, más de lo que podría sacar de producción en toda su vida. Claro está que rechazaron la oferta. Entonces fue cuando Iván Hurd vio a Antoinette. Ya podrás adivinar lo que pasó. Desde aquel momento la bestia fue poseída de una pasión tal, que dominaba a todas sus ambiciones. Fue lo bastante astuto para insinuarse con cierta decencia, si una oferta de matrimonio al cabo de quince días puede llamarse decente...».

Clifton sonrió.

—Perdón que te interrumpa, Denis. Estoy ardiendo, estoy loco, estoy dispuesto en este mismo momento hogar a ese hombre con mis manos, pero... debo llamar tu atención sobre el hecho de que yo no esperé ni dos semanas para decir a la señorita Saint Ives lo que también le dijo Hurd. Creo que se lo dije a la hora de conocerla. Si Hurd no obró con decencia, según opinas, ¿cómo me calificarás a mí?

—Pues de bastante indiscreto —contestó Denis—. Antoinette ha de tener de ti una opinión excelente, cuando no te ha hecho pagar caro tu atrevimiento. Hurd era para ella un reptil, bien claro le dijo que lo despreciaba. Hurd —siguió hablando Denis— no es de la clase de hombres que sueltan una presa en la que tienen puestos los ojos. Está en su naturaleza el vencer los obstáculos como los tanques aplastan la maleza, derriban los árboles y entran en las trincheras. El desprecio de Antoinette no ha servido sino para estimular sus deseos. Lo que menos le importa es que ella le quiera. Lo que busca es su cuerpo y su belleza, y creo que ahora mismo daría media fortuna por poseerlos. Además de sus millones y su nombre, le ofreció renunciar a la lucha contra la Laurentian Company, y devolverle, sin condiciones, todo el terreno robado. Esta oferta me la hizo a mí directamente, con la esperanza de que yo influyera en Antoinette. Cuando comprendió que nada conseguiría, volvió a convertirse en lo que es: una fiera. Nos había arruinado y trataba de arruinarla a ella. Si no podía comprarla, la tomaría a la fuerza y la obligaría a darle su cuerpo sin que su corazón y su alma tuvieran en ello la menor parte. Para conseguirlo echó mano de una de las leyes más censurables que rigen en esta provincia.

«Tú sabes cómo Antoinette y su hermano respetan los recuerdos y las ruinas de aquellos días pretéritos en que los colonos de la Nueva Francia crearon aquí un mundo. Para ellos, esto es casi una religión. Si ambicionan dinero es sólo con el deseo de salvar algunas reliquias que están a punto de desaparecer. Hurd, sabiéndolo, procuró seducir a Antoinette con la visión de lo que podía conseguir con su dinero, pero ni aun con este cebo logró conquistar el alma de la muchacha. Un día Antoinette me dijo que daría gustosamente su vida por poder salvar algunas de aquellas reliquias tan queridas, pero que su alma no le pertenecía, y que no podía sacrificarla a una condenación eterna. Entonces Hurd, es decir, la fiera, colocó la primera trampa para Antoinette como antaño lo hiciera con la Laurentian Company. Sus agentes trabajaron con la perversidad de los zorros. Compró propiedades por valor de un millón de dólares, dentro de Quebec y en los alrededores, abarcando con ello casi todos los rincones históricos; y por su influencia política condenó a la desaparición las calles de Notre Dame, Little Champlain y Cul de Sac, que ya son totalmente tuyas. En el plan de mejoramiento de la ciudad, que es proyecto suyo, entra la casa de los St. Ives, que desaparece como las otras. Con ella y con las calles desaparecidas, irán el corazón y la felicidad de Antoinette. No hay más que un modo de salvarla: entregarse a Iván Hurd».

Cesó de hablar, y sus ojos se encontraron con los de Clifton. Cada uno supo leer lo que había tras la mirada fría e intensa del otro.

—Ya sabes concluyó Denis al cabo de un momento por qué no se trata ya de una lucha exclusiva por la salvación de la «Laurentian Pulp & Company». Se trata de salvar el prestigio de doscientos años. La felicidad y el honor de una mujer hermosa, de...

—¿Qué más?

John Denis abría y cerraba los puños con nerviosidad.

—Si sucede como Hurd lo tiene planeado, Antoinette Saint Ives será otra Amalia de Repentigny. Porque Gaspard Saint Ives matará a Iván Hurd, y su hermana ofrecerá su vida por la salvación de su alma, haciéndose monja.

—¡Vive Dios! —exclamó Clifton—. ¿Eso haría?

—Con su hermano por testigo lo ha jurado ante el crucifijo de Adelaide Marrolet. Eso es lo único que hasta ahora ha impedido a Gaspard matar a ese hombre. A no ser por el juramento de Antoinette, Iván Hurd podría darse por muerto, y Gaspard huiría para siempre a los bosques del Norte, o por lo menos hasta que su cariño fraternal le impulsara a volver a los sitios donde sería fácil prenderlo. Esto es lo que me aterra. St. Ives es un hombre que tiene el alma de sus antepasados de hace dos siglos. Sus ideales acerca del honor están arraigados en su corazón, y si vence Iván Hurd y se ceba en nuestra ruina y hace derrumbar la casa de Notre Dame, creo que ni el juramento de su hermana le impediría acabar con él.

«También ella lo teme, y no porque le inspire horror la idea de hacerse monja, aunque ama la vida. Se trata de una hermosa renunciación como la de Amalia de Repentigny. Por eso Fray Alfonso no se separa nunca de Gaspard. Hoy creíste que se había separado de nosotros a la entrada de la calle de Notre Dame, pero estaba de regreso antes de que llegases a la casa de los St. Ives. No se aparta de Gaspard para evitar su encuentro con Hurd».

Clifton se paseaba de nuevo por la habitación. Sus pensamientos bullían más que la sangre que circulaba por sus venas.

—¿Si St. Ives mata a Hurd, crees que Antoinette cumplirá su promesa?

—Sólo la muerte se lo impediría.

—¿Y St. Ives lo sabe?

—Sí, lo sabe.

Clifton murmuró algo ininteligible para el coronel.

—¿Y sabiéndolo mataría a Hurd? —preguntó con ira—. ¿Sería capaz de permitir que su hermana se encierre por su culpa entre las paredes de un convento, sólo para que él satisfaga una venganza?

El coronel Denis sonrió.

—No por satisfacer una venganza, Clifton. Eso no. Sencillamente por ajustar un agravio, ése es su punto de vista. Es la sangre de sus antecesores, algo de aquella bravura que les hacía ajustar las ofensas con la caballería de aquel tiempo. Pero Gaspard hace ya meses que se domina. Días y semanas enteras los ha pasado andando por los caminos para desfogarse. De rodillas ha suplicado a su hermana que retire su voto y le permita saldar cuentas con Hurd como entiende que debe hacerlo un hombre. Eso mismo es causa, además, de la desgracia de una encantadora muchacha que vive en Saint Felicien, Ángeles Fanchon. Gaspard la ama, y ella también ha hecho voto de casarse con un tal Ajax Trappier si aquél hace el menor daño a Iván Hurd.

—John —interrumpió Clifton—. Ya empiezo a ver más claro en este asunto. No veo más que una salida posible de todo este enredo.

—¿Cuál es?

—Seré yo quien matará a Hurd. Rió con una risa nerviosa y casi alegre.

—Hace tiempo, Clifton, que deseaba oír una voz como la tuya, la voz de un hombre, y no de un hombre vencido como lo soy yo ahora. Tú sabes, tanto como yo, que no matarás a Iván Hurd a menos que la necesidad y la justicia te obliguen a ello. Desde que sé que vives, me anima una nueva fe. El Canadá no ha tenido otro hombre avezado en asuntos de bosques como tú y mi abuelo Denis. Teniéndote a ti en los bosques de la Laurentian, con tu experiencia y tus conocimientos, con la habilidad que tienes para hacer que los hombres a tus órdenes te amen y te respeten, todo ello combinado contra Iván Hurd y sus acólitos, vislumbro la posibilidad de triunfar en la lucha que hasta ahora no ha sido más que tragedia y ruina para nosotros.

«Gaspard St. Ives ya no es hombre con quien se pueda contar para tamaña empresa, y no conozco a nadie más que a ti que pueda acometerla. Yo no puedo, ni tengo salud para ello, ni suficiente influencia sobre mis hombres. Porque es todo eso lo que ganará la batalla, si algo puede ganarla. Pues el ataque final de Hurd, que empezará en el invierno y llegará a su apoteosis en la primavera, no consistirá más que en una serie de robos, crímenes y piraterías. Fue Antoinette la que descubrió sus planes y ya empezamos a sentir sus resultados».

»Gracias a las gestiones de Hurd, tenemos dificultades con los obreros en las fábricas. Se las ha arreglado de modo que pueda sembrar la discordia entre hombres que están a nuestro servicio desde hace años. Desde los Estados Unidos y de otras partes de la provincia trae hombres que son poco menos que bandidos. Además no cesa en sus esfuerzos por convencer a las órdenes religiosas, intentando comprar la influencia de ciertos sacerdotes por medio de obsequios y promesas y extensa propaganda de mentiras acerca de nosotros. Ha empezado la construcción de unas presas para inundar nuestros terrenos, y deliberadamente prende fuego a nuestros bosques.

»Durante el próximo invierno y la primavera tendremos que afrontar una situación terrible. Hurd dará trabajo a quinientos hombres de la peor calaña, ¡y nosotros tendremos que utilizar las mismas carreteras, los mismos puentes y los mismos medios de transporte que los de esos bandidos! No hay más remedio que darle la cara, hombre a hombre, bala por bala si es preciso. Tenemos la ley y la justicia a nuestro lado, pero Iván Hurd tiene a influencia y fuerza política, y...».

Se interrumpió, como para dar más fuerza a sus próximas palabras.

—Te extrañará lo que voy a decirte, Clifton. Antoinette asegura que la solución de todo no está en manos de un hombre, sino en las de una mujer. En nuestras últimas horas de lucha con Hurd serán las ideas de ella, sus proyectos y su espíritu lo que guiará nuestros pasos. Por eso fue ella a ver a Iván Hurd en Montreal, y no yo. Hurd, con toda intención, había hecho circular el rumor de que se marchaba a Europa,

creyendo poder hacernos ceder así más pronto. Antoinette hizo un último esfuerzo por llegar a la paz. Hurd le suplicó que esperase en un salón mientras te recibía a ti, y así fue testigo de cuanto sucediera. El resultado es que Antoinette desea que la acompañes en cierta misión de vida o muerte. Saldrá de la ciudad de Quebec para el Norte pasado mañana, temprano. ¿Qué te parece, Brant? Ahora ya sabes toda la historia. ¿Quieres luchar al lado de nuestra moderna Juana de Arco?

—Hasta la muerte —contestó Clifton—. ¡Hasta la muerte! —repitió con energía.

Se había puesto el sombrero y, mirando el reloj, tendió la mano al coronel Denis.

—Si Iván Hurd ha sido puntual, ya lleva un cuarto de hora de entrevista con la señorita St. Ives —dijo fríamente—. Quisiera ir por allí, coronel, pasar por delante de la casa dos o tres veces durante esa conferencia, y encontrarme cara a cara con él en la calle de Notre Dame. ¡Buenas noches!

—Buenas noches —contestó el coronel.

Capítulo XIII

IMPULSADO por un gran deseo de hacer algo y por miedo de que algo grave pudiera acontecer en la casa de la calle de Notre Dame, Clifton se halló bien pronto en la parte baja de la ciudad. Se sentía nervioso y lleno de agilidad a pesar de la enorme distancia recorrida aquel día.

La orquesta de Frontenac tocaba su último número en la terraza, y Clifton se detuvo un momento para escuchar la música, mientras contemplaba la altura inverosímil a que se hallaba con respecto a la ciudad baja. Imaginó de pronto que había salido de la tierra para entrar en un reino desconocido y demasiado hermoso para que el sueño durara mucho tiempo; que había llegado a una tierra de promisión, a un paraíso, poblado de bellas visiones y hermosas fantasías. Oía la música suave que parecía flotar entre la tierra y el cielo. Medio mundo estaba a sus pies y sus luces brillaban con una luz tenue, algunas tan lejanas que parecían estrellas.

Veía las antiguas y estrechas calles debajo de él, tan cerca que podía tirar una piedra a sus tejados. Las luces que se reflejaban, partiendo de algunas ventanas, rompían la oscuridad y hacían aún más profundas las sombras en las calles. Las llamaradas de luz fulguraban en el río. Un buque de guerra francés había echado sus anclas, allí donde trescientos noventa y un años antes hizo lo mismo la barca de Cartier. Las linternas de un destructor británico brillaban en el sitio donde Champlain había puesto sus plantas en nombre de Dios y del Rey de Francia. Alguien cantaba a distancia. Era la voz de una mujer, que se alzaba hacia las estrellas. Éstas eran legiones, y nunca le parecieron a Clifton tan brillantes ni tan llenas de gloria y promesa.

Bajó por Mountain Hill y Juego por las escaleras de Break Neck, dejando atrás la música que se extinguía a medida que avanzaba. La realidad le decía que un cambio extraordinario acababa de operarse en él, Se hallaba en un mundo nuevo y maravilloso, que le llenaba de optimismo y alegría, comunicando vibraciones inefables a su alma y a su corazón.

Se rió ante el descubrimiento y se acordó de Benedito y Clara Aldous, y pensó en la inutilidad del hombre mientras no se hiciera en él el milagro del amor. Porque era indudable, él amaba a Antoinette St. Ives. Lo repetía su corazón como una canción sin palabras. Era más que amor. Era una especie de adoración. Era algo que nunca creyó pudiera invadir el alma de un hombre. Era algo distinto de todo lo que conociera. Al repetirse esta confesión, le parecía que se hallaba en un mundo encantado. Pensó que Benedito debió de sentir lo mismo, y así Clara Aldous y Amalia de Repentigny en años pretéritos.

Volvió a pensar en la realidad y se encaminó rápidamente a la calle de Notre Dame.

Pasó por delante de la casa de Antoinette, en cuya ventana brillaba aún la luz. Hurd estaría allí. Vaciló un momento. ¿Qué pasaría si ahora entrase? Le ardía la sangre con el deseo de encontrarse cara a cara con aquel hombre odiado, y decirle que la lucha entablada era a muerte, porque había asesinado a su padre. Se dominó y se dirigió hasta el otro extremo de la calle. Empezó a sentirse poseído de una calma fría. Sentía la necesidad de ser prudente y acallar sus impulsos.

Tenía la seguridad de que vencería a Iván Hurd. Ni por un instante le asaltó la duda. Aunque ocurriese lo peor, él tenía en sus manos la solución final. Hurd le debía la vida a cambio de la de su padre, y no sería tan difícil cobrar esa deuda, mucho más cuando de ello dependía la felicidad de Antoinette St. Ives. Pasó una y otra vez ante las ventanas, con precaución para que no se oyeran sus pasos. Se preguntó qué proyectos tendría Antoinette para emprender aquel viaje al Norte. Quizá se lo hubiera explicado Denis si él hubiera tenido paciencia. ¡Una empresa de mujer! Se acordó de Clara Aldous y sonrió. Las dos tenían el mismo valor, más fuerte y más hermoso que el de los hombres. Pronunció estas palabras casi en voz alta, y fueron una revelación para su espíritu sumido en tinieblas.

Se fijó en una sombra que surgió en el otro extremo de la calle. Cada vez que él se acercaba, la sombra desaparecía. La observó por tercera vez, y otra vez desapareció, como si las paredes se abriesen para tragarla. Era muy tarde, y casi todo el mundo dormía. Algunas luces brillaban aún en las ventanas, mas la ciudad baja yacía tranquila y reposaba en la noche. Clifton pensó que nadie se dedicaría a aquel juego peligroso como no fuese un espía o un mal intencionado. Recordó lo que dijo el coronel Denis respecto a Fray Alfonso, y se preguntó si aquella sombra misteriosa no sería la del extraño religioso.

El silencio de la noche fue interrumpido de pronto por una puerta que se abrió y se cerró rápidamente. Fue un ruido seco, como de estampido de disparo de revólver, y resultaba algo dramático en las sombras. Era la puerta de Saint Ives. Clifton se arrimó contra la pared, donde se consideraba bien situado. La luz que desde el otro extremo de la calle se reflejaba sobre la acera donde se hallaba Clifton permitiría a Hurd reconocer a aquél en cuanto saliera a su encuentro.

Ya oía los pasos de Hurd, pesados como los de un elefante. Por ellos y por la violencia con que cerrara la puerta, comprendió que Hurd estaba presa de ira. De pronto Clifton salió de la sombra, y los dos hombres se encontraron cara a cara, a una distancia de medio metro.

En el rostro de Hurd había una expresión extraña. Sus ojos echaban lumbre. Tenía la boca entreabierta y respiraba como si estuviese fatigado. Parecía presa, más que de una pasión, de una ráfaga de locura. En cuanto reconoció a Clifton, se llevó la mano a la pistolera. Clifton le miró a los ojos, sonriente.

—Aún no estamos en el bosque, Hurd. Mejor será que no tires. Deja eso para tus

asesinos pagados, aunque te aconsejo que en adelante los escojas más listos que los de Haipoong... —Hurd iba a hablar, pero Clifton le atajó—. Te he estado esperando aquí —continuó—. Allá, en Montreal, fui un estúpido cuando no te maté. Me debes tu vida y me la darás. Esta vez no es cosa de broma. Te mataré, pero no aquí. Antes te ofreceré una oportunidad para que te salves. Si no la aceptas no te salvará ni todo tu poderío político. ¡Entiéndelo bien Hurd! Te mataré sea donde sea, en el bosque, en, la calle, en tu casa, a cualquier hora, si continúas en tú campaña contra la Laurentian Company y contra Antoinette Saint Ives.

Su voz era glacial, pero Hurd había recobrado su calma. Sonrió como un chacal, con ensañamiento salvaje. En aquel momento era Le Taureau, el verdadero toro, pronto a embestir contra sus enemigos.

—¡Idiota! —masculló—. No, no dispararé. Esperaré. Te destrozaré a pedazos. Me alegro de que no te haya la policía, porque así la venganza será mía... —La tensión nerviosa le hizo castañetear los dientes—. ¡Miserable bufón! —terminó.

Quiso pasar adelante, pero Clifton se interpuso.

—¿No sientes curiosidad alguna, Hurd? —le preguntó. ¿Tan desmoralizado estás, después de tu entrevista con la señorita Saint Ives, que no te preocupa saber por qué quiero matarte si no renuncias a tu endemoniada, campaña contra ellos y a tu esperanza de obligarla a ser tuya?

El asombro se asomó a los ojos de Hurd.

—¿Tú qué sabes?

—¡Lo sé todo! ¿Cómo no había de saberlo, si tengo intención de hacerla mi mujer? Ahora comprenderás por qué es tan sencillo para mí matarte.

Y con estas palabras se alejó.

La sangre ardía en sus venas al dirigirse de nuevo a la calle de Notre Dame. No pudo impedir que aquellas palabras salieran de sus labios. Quería que Hurd lo supiese, y se alegraba de haberlas pronunciado y, sin embargo, su corazón y su alma temblaban al acercarse a la puerta de Antoinette.

Iván Hurd le siguió con la vista un momento y luego se marchó rápidamente.

Fray Alfonso salió de su escondite, que estaba a poca distancia del lugar donde los dos hombres se habían encontrado. Doblándose mucho y pegándose aún más a la pared, siguió los pasos de Iván Hurd.

Clifton tuvo un momento de vacilación al hallarse ante la puerta de la casa de la señorita St. Ives. Por fin se decidió a llamar y entró en el pequeño recibimiento. Volvió llamar a la segunda puerta y esperó. Oyó pasos ligeros, después hízose un silencio tan hondo, que creyó oír los latidos de su propio corazón.

—Es el capitán Brant quien llama, señorita —exclamo Clifton para tranquilizarla.

La puerta se abrió despacio.

Después de la visita de Hurd, Clifton creyó encontrar a Antoinette con los ojos en llamas y las mejillas arrojadas. La creía poseída de aquella energía que da fuerza para preferir la muerte antes que enarbolar la bandera blanca del miedo ante el

enemigo. Pero su aspecto le desconcertó y le sorprendió dolorosamente. Estaba pálida como la muerte, y la riqueza ondulada de su cabello parecía pesar como si fuera de metal sobre su frente y mejillas descoloridas. Sus ojos tenían un brillo extraño que no había visto hasta entonces, y en su garganta de mármol se podían contar los latidos de sus venas. Le pareció a Clifton más hermosa con aquella palidez que el día en que la vio por vez primera en lo alto de la escalera. En aquella belleza había algo temible. Era como si de pronto se hubiese convertido en nieve.

Clifton procuró que el color volviera a aquellas mejillas pálidas tratando de dar a su voz un tono de optimismo de buen humor.

—Perdóneme, señorita, que me haya atrevido a entrar aunque sea tarde, pero no podía retirarme sin verla. Creo que el coronel Denis me ha contado casi toda la historia. Está muy abatido y, sobre todo, se preocupa mucho por usted. Por eso he vuelto. He visto a Hurd en la calle y tuvimos un rato de conversación bastante agradable. Es un verdadero idiota, y además un canalla empedernido ¿verdad? Muchos de su tipo encontré en la guerra. Todos siguen el mismo procedimiento, sea en sociedad, sea con el fusil en la mano. No hay más que un medio de manejarlo, y lo conozco. De modo que no se preocupe usted, señorita Antoinette.

Se atrevió a pronunciar este nombre, y al hacerlo tembló su voz. Notó que ya no estaba tan pálida.

—Se lo agradezco, capitán Brant. ¿Está usted seguro de saberlo todo por boca del coronel Denis?

—Seguro... con excepción de los motivos que la impulsan a usted a emprender un viaje hacia el Norte, pues no esperé a que me diera los detalles. Aparte eso, creo que me lo dijo todo; hasta me contó lo de su voto de consagrarse a Dios si su hermano matara a Iván Hurd. Eso no será necesario, señorita. Desde esta noche, Iván Hurd me pertenece. Así se lo dije hace minutos, y estoy muy satisfecho de que lo sepa.

Se dispuso a salir. Bastábale haberla vuelto a ver. Mas Antoinette posó su mano sobre el brazo de Clifton con la pereza de una mariposa. Sus ojos brillaban con la suavidad de la aurora que rompe el rocío de la mañana. Sin darse cuenta de lo que hacía, Clifton a su vez colocó su mano sobre la de Antoinette. Ésta retiró la suya.

—Perdóneme —exclamó Clifton—, era preciso hacerlo o hubiera tocado su pelo.

Ella pareció no oírle. Clifton contemplaba aquel cabello tan lustroso que era de una tentadora belleza.

—¿Usted también mataría a Ivan Hurd?

—Si de ello dependen su vida y su felicidad, sí.

—¡Pero no es necesario! —exclamó ella, exaltada—. No temo a Iván Hurd. Puede aniquilarnos, puede destrozarnos nuestro hogar, puede hacer todo lo peor y, sin embargo aún nos queda la vida. Por quien temo es por mi hermano Gaspard; hay en él una locura que me asusta. Si Hurd continúa su obra, sé lo que pasará. Acabará por...

—Lo sé —contestó Clifton—. También me lo dijo John Denis, pero no acabará todo como usted teme, y, ahora hablo haciéndome responsable por su hermano. Vamos al Norte, y apuesto veinte contra uno que venceremos a Hurd. En cuanto a su hermano, yo le garantizo a usted que no pondrá sus manos sobre ese hombre odioso.

El rostro de Antoinette se iluminó. Le había comunicado su optimismo y su fe. Una gran sensación de alivio le invadió. De pronto el fantasma de la tragedia se desvaneció. Para Clifton el mundo era una gloria de esperanza y con la sonrisa de sus ojos transmitió a la joven su optimismo, su fe y su felicidad de tal modo, que una vez más volvió a las mejillas de ella el delicado tinte rosa.

—Esa bestia la habrá asustado a usted, ¿verdad?

—No era agradable la entrevista.

—Pero... ¿decisiva?

—Sí, decisiva.

—Pues entonces es preciso animarse, *cara sposa*. Permítame que le diga esta palabra hindú, pues se aplica a las personas que están llenas de valentía y tienen fe en las oraciones. Es una frase completamente formal y espero que no le importará a usted que se la diga. ¡*Cara sposa*! Es casi tan bonito como Antoinette, y ¡significa tanto! Los hindúes de la casta superior creen que no deja nunca de traer buena suerte cuando se aplica a una persona con verdadera sinceridad. Como usted ve, soy algo supersticioso. De modo que si quiere ahora retirarse a descansar y soñar con nuestro éxito, y quizás un poco conmigo...

El buen humor de sus ojos se comunicó a los de Antoinette. Ésta sonrió también. Su hermosa cabeza casi rozó la de Clifton cuando se despidieron.

—¡Cuánto me alegro de que haya usted venido! —le dijo.

Y Clifton se separó de ella repitiendo esta frase tantas veces hasta que le pareció no haber oído otras palabras desde que se creó el mundo.

Cuando Clifton desapareció en la estrecha calle, una figura encogida y silenciosa que le había vigilado surgió de la sombra. Era Fray Alfonso. Segundos después se halló bajo la luz del portal de los St. Ives. Un extraño rictus de amargura reflejóse en su apretada boca, y en sus ojos una mirada de tristeza. Con un esfuerzo se irguió y forzó una sonrisa a sus pálidos labios.

—¡Hágase tu voluntad, Señor! —murmuró, y como una sombra desapareció por la puerta que unos minutos antes Antoinette cerrara tras Clifton.

Era más de medianoche cuando Clifton encontró acomodo en un hotel, pero a pesar de la hora avanzada no pensaba acostarse en seguida. Compró periódicos y cigarros y dio una explicación plausible al encargado del hotel acerca de la falta de equipaje. La ausencia de su mochila, de la cual Gaspard se había apoderado con un propósito que no se realizó, era prueba evidente de los cambios que había sufrido el universo entero, mirado desde el punto de vista de Clifton.

El que la mochila se hallara en casa de los St. Ives de mostraba que Gaspard y su hermana habían pensado ofrecerle hospitalidad aunque nada le dijera sobre esto el coronel Denis. Naturalmente, la inesperada visita de Iván Hurd había hecho olvidar a los dos hermanos sus propósitos acerca de él, y bien mirado, después de lo ocurrido entre él y Antoinette, ésta no debía de sentir deseos de tenerlo como huésped en su casa. Hasta se olvidó de que la mochila de Clifton se hallaba en su casa cuando éste partió en busca de alojamiento.

Pero Clifton no lo sentía. Se hallaba en un estado de gran exaltación, considerábase feliz y se alegraba de haber dicho la verdad, aunque fuese atrevida. Que Antoinette le juzgase impertinente, considerando, como seguramente haría, su acción con indulgencia, no le importaba. Fuese como fuese, se alegraba mucho de haber dicho lo que sentía. Creía firmemente que, con la ayuda de Dios, llegaría pronto la hora en que ella comprendiera que entre los dos había un lazo común y que se conocían desde los años remotos en que el alma de ella estaba encarnada en la encantadora Adelaide y la de él en Crepin Marrolet.

Tan penetrante fue este pensamiento, que una exclamación brotó de sus labios. ¿Por qué no? ¿Por qué no sería él aquel Crepin Marrolet que murió en un duelo, y por qué no sería Antoinette aquella Adelaide que había sollozado sobre el cadáver de aquél y que se murió de pena tres años después? Todo era posible. Si él pudiera decírselo, ¡si él pudiera hacerle comprender que él era Crepin Marrolet, vuelto a la vida para luchar por ella, y que se habían amado ya tantos años atrás!

Movido por un rápido impulso, sacó papel de un cajón y empezó a escribir, no a Antoinette St. Ives, sino a Adelaide Marrolet. Derramó en las cuartillas toda su alma, todo su amor, toda su fe, su creencia y su religión. No leyó la carta una vez terminada. El rostro le ardía a causa de la fiebre de sus pensamientos, como si el firmamento y sus estrellas y la muda gloria de la Naturaleza hubiese experimentado el milagro de una revelación. Sabía que habían tratado en vano de inspirarle la llama del amor durante muchos años. Había andado siempre en busca de lo desconocido, y al fin había encontrado aquel tesoro que perdiera momentáneamente en un duelo a muerte, hacía dos siglos y medio, y era preciso que Antoinette St. Ives lo supiera.

Bajó al vestíbulo en busca de un recadero; después volvió a su habitación y se paseó nerviosamente contando los minutos con el reloj en la mano, hasta que calculó que la carta había llegado a su destino.

De ningún modo creía que hizo una locura. Quiso recordar lo que había escrito y no pudo. Ella, desde luego, se sorprendería, creería en los primeros momentos que estaba loco, y acaso se enfadase, pero no podría negar nunca que aquellas páginas eran una revelación de la verdad. A aquella hora Antoinette estaría leyendo las cuartillas, trató de evocar la imagen de ella: la veía milagrosamente blanca y vaporosa, con sus hermosos rizos que le resbalaban sobre los hombros. ¿Qué sucedería si le creyese loco? Esta posibilidad le causó malestar.

Había sufrido los efectos del gas durante la guerra, su sistema nervioso sufrió

mucho a causa del ruido ensordecedor de las batallas y, por tanto, no era de extrañar que se hubiese convertido en un ser hipocondríaco, eso sí, pero nunca un loco. Era una lástima no haberlo recordado a tiempo, porque al hablar a la joven un poco de lo que había tenido que sufrir en la guerra la hubiese convencido fácilmente de que aún gozaba de sano juicio. Ya eran las tres de la mañana cuando se echó, medio vestido, sobre el lecho. No pensaba dormir más que un rato, Joe y Bim llegarían a las siete y media de la mañana; probablemente iría Antoinette a la estación a esperarlos y él pensaba ir también. Ésta sería una buena ocasión para invitarlos a todos a desayunar. Cerró los ojos y se durmió con el firme propósito de despertar a las cinco. Por lo general, cuando se hacía la idea de despertarse a tiempo, no fallaba nunca. Pero aquella vez se equivocó, pues ya eran las diez de la mañana cuando abrió los ojos. El sol entraba de lleno en su habitación y un vendedor de periódicos pregona la edición de la mañana. Saltó de la cama llena de pánico. Y dieron las once cuando, afeitado y arreglado, salió para ir a la calle de Notre Dame. Decíase que daría como excusa por su visita su deseo de ver a Joe y a Bim, y Antoinette lo comprendería así.

Al llamar a la puerta pensó que hubiera hecho bien de tomar un té o un poco de café. Seguramente lo necesitaría para hallarse seguro en presencia de ella, después de aquella carta. Estaba nerviosísimo, y el corazón le latía con fuerza desacostumbrada. Tenía miedo, le abandonaba la confianza en sí mismo, pero hizo un esfuerzo para dominarse. Su llamada no obtuvo contestación. Fue a la otra puerta y obtuvo el mismo éxito negativo. Sin saber qué hacer, bajó al mercado, y allí pasó media hora. Volvió a la casa y tampoco esta vez obtuvo contestación. Por fin se dirigió a un teléfono, y trató de comunicar con la casa de los St. Ives, mas sin resultado.

Eran cerca de las doce cuando llegó a la oficina del coronel. Éste sin duda debió de estarle esperando con alguna intranquilidad, pues al verle se iluminó su rostro.

—Creí que te había pasado algo —le dijo—. Estoy deshecho. Mis nervios no me obedecen, y me siento intranquilo. ¡Gracias a Dios que has venido! Ahí está tu mochila y dos cartas para ti, una de Antoinette y la otra de Gaspard. ¡Demonio!, ¿pues no llegué a creer que Hurd te había hecho algo?

Clifton procuró dominar su intranquilidad.

—Dormí hasta las diez —explicó—. Luego fui a Notre Dame, pero allí no encontré a nadie.

—Se han ido —dijo el coronel, encogiéndose de hombros—. Nunca se sabe de antemano lo que Antoinette piensa hacer. Hoy ha resuelto tomar una decisión inesperada. Esta mañana salió en el tren para Metabetchewan, a orillas del Lago St. John. No sé a qué impulso habrá obedecido, pero como va acompañada del fraile, de su hermano, de Joe y del perro, no me preocupa mucho. Fíjate, va el perro también. ¿Qué te parece?

—¿Dices que tienes cartas para mí?

Denis le entregó dos sobres. Uno era muy pequeño e iba sellado con lacre. Clifton lo abrió en seguida. La escritura era muy fina, como no podía ser menos viniendo de

Antoinette.

Si no fuera porque necesito un hombre de su experiencia y edad, le suplicaría que no nos siguiese a Metabetchewan. Pero sus años piden indulgencia para la audacia de su carta, que aún no he tenido tiempo de leer despacio, y dudo de que pueda disponer de una hora para descifrar tantas palabras sin sentido. Creo que estaremos en Metabetchewan un día o dos, antes de salir para la expedición de la cual le dará detalles el coronel. Por su bien, le aconsejo que se haga examinar por un especialista en enfermedades nerviosas, aunque me alegraré de que no necesite tratamiento.

Le deseo buena salud,

Antoinette. St. Ives.

Clifton, confundido, se volvió hacia el coronel.

—No dice nada —murmuró.

Luego abrió la carta de Gaspard.

Mi querida hermana nos trae a todos locos con la inesperada marcha. Me permito recordarle, señor, que ha prometido ser mi testigo cuando le rompa los huesos a Ajax Trappier. Si quiere usted venir a Metabetchewan, haremos allí inmediatamente nuestros planes.

Clifton se sintió aliviado al leer tan divertida epístola.

—He de salir en el primer tren. ¿Cuándo sale?

—Pasado mañana —contestó Denis.

El corazón de Clifton dio un vuelco.

—¿Tanto hay que esperar? ¿No hay otro medio de salir antes?

—No. A menos que prefieras recorrer a pie muchas leguas de parajes selváticos.

De pronto Denis tuvo una idea.

—Espérate —dijo— Lucien Jeannot acaba de telefonarme. Es uno de los aviadores del Gobierno que recorren, en misión geográfica, las tierras madereras del Norte. Su estación está en Roberval, a orillas del Lago St. John, y emprenderá el vuelo de regreso esta tarde. ¿Si quieres...?

—¿Que si quiero? —Clifton casi gritaba—. ¡En nombre de Dios, busca a tu amigo! Daría un millón de dólares por estar en la estación de Metabetchewan cuando nuestros amigos desciendan del tren. ¿Dónde está Jeannot? ¿Puedes comunicar con él? ¿Tú crees que me llevará? Denis había descolgado el aparato y no escuchaba.

A los diez minutos de telefonar a todas partes supo que su amigo estaba en las oficinas del Gobierno y lo Barrió.

Jeannot contestó que tendría mucho gusto en llevar a Brant, pero que no podría

llevar más que a él. Saldría a las dos, añadió.

Clifton, con un gruñido de alegría, se dejó caer en una silla.

—No te extrañe esta emoción mía —dijo—. Tengo verdadera ansiedad por encontrarme en el campo de batalla, y tengo la confianza, Denis, de que venceremos a Hurd. En mi vida estuve tan seguro de una cosa. Hasta las dos tenemos tiempo suficiente para que me cuentes todo lo que necesito saber. En primer lugar, ¿cuáles son los planes de la señorita St. Ives?

El coronel se había preparado para la explicación. Sobre la mesa había mapas, papeles y dibujos, y empezó allí donde Clifton le había interrumpido la noche antes. Primero señaló los diques, puentes, caminos y campamentos. Era como si se preparara a librar una batalla, y Clifton comprendía todo lo dramático de la situación. No solamente trabajaban a orillas del mismo río que sus enemigos, hombro a hombro con ellos, sino que en muchos sitios tenían que utilizar los mismos medios de transporte.

—Mucho hemos luchado juntos en Francia, Clifton —dijo el coronel Denis—, y con el campo de batalla a la vista hemos de saber apreciar la posibilidad de salvación que nos queda. Según veo, la victoria o la ruina dependen más que nada de nuestra fuerza, más moral que numérica. Hurd tiene todas las ventajas. Sus fuerzas están organizadas, se mueven regularmente, no por la lealtad o el afecto que le tengan sus hombres, sino sencillamente por el dinero que reparte a manos llenas. Nuevas fuerzas, por el contrario, están desparramadas por efecto de la obra de sus agentes, su propaganda y su promesa de repartir dividendos a los que le siguen. Hurd es un ateo, y en el fondo odia al catolicismo, pero esto no le ha impedido hacer donativos espléndidos a varias parroquias ni mandar construir doce capillas en la región del Lago Saint John, donde reclutamos nuestros hombres. Si el elemento eclesiástico pudiera convencerse de los propósitos de ese hombre y de su maldad, seguramente rechazaría sus donativos y su influencia, pero cuando lo descubran será tarde porque Hurd habrá alcanzado ya sus fines. Por eso Antoinette St. Ives se ha adelantado, como una nueva Juana de Arco, para afrontar la situación.

«Ella cree que las mujeres ven la verdad donde no la ven los hombres, y lo que necesitamos, sobre todo en los bosques, son muchos amigos. Sale hacia el Norte con la misión de hablar a las mujeres y a los nidos de los obreros, convivir con ellos y sembrar la verdad y la lealtad allí donde Hurd y sus hombres han sembrado el vicio y el veneno. Y no creas que obra por egoísmo. Adora a aquellas gentes. Es una obra de amor y de justicia la que realiza, y sirviendo a Dios, no piensa en sí misma. Tiene, además, la misión de impedir que su hermano mate a Iván Hurd si éste lleva a cabo sus infames proyectos».

Clifton vio que el coronel vacilaba.

—¿Y eso es todo? —preguntó.

—No —contestó Denis—. Varios de los hombres saldrán de sus casas para los bosques a fines de este mes. Los más irán en septiembre y octubre. Antoinette piensa

pasar el invierno con ellos en el campamento, y quedarse allí hasta que termine la época del transporte de la madera después de las corrientes primaverales. Mucho he tardado en darle mi consentimiento, pero al fin tuve que ceder, pues estaba decidida a la aventura, con mi permiso o sin él. Todo es peligroso, además, porque Hurd conoce sus intenciones. Los hombres que le rodean a él son los más brutos del país, y ese grupo salvaje empeorará cada vez más al avanzar el invierno. Pero ella está decidida. No he podido impedirlo. Piensa dar la cara a los rufianes de Hurd en sus propios campamentos, predicarles los domingos, cantarles canciones y hacerles avergonzarse de pelear contra una mujer. Es un programa de una valentía que asusta, ¿verdad? ¡Nada menos que destrozar a Hurd y su pandilla a fuerza de respeto y de hacer vibrar los buenos sentimientos en los corazones de aquellos grupos! Puede que tenga éxito y puede que no. Si es esto último, quiero que tú intervengas. A esta intervención tuya ha dado Antoinette su consentimiento, con la condición muy clara de que no tendrás derecho «sobre ella» —y al decir esto, el coronel se reía y alzó los hombros—. Aparte esto, Clifton, tú puedes seguir, tus propias iniciativas. Confieso que yo estoy vencido. Te traspaso la responsabilidad entera de mi organización y no solamente el destino de la Laurentian Company, sino el de Antoinette St. Ives y su hermano. Es una misión grave, pero en ella hay una recompensa gloriosa... Antoinette St. Ives. No te faltará motivo de inspiración.

—No —aprobo Clifton—, no me faltará.

Hasta las doce y media los dos hombres se dieron al estudio de pequeños detalles, y luego comieron rápidamente. Eran las dos menos cuarto cuando llegaron a la lancha que había de conducirlos al hidroplano. Jeannot les esperaba ya. Era éste un francés muy delgado, de ojos verdes y una sombra de bigote rubio. Sonrió al recibir a Clifton con una cordialidad que al momento les hizo buenos camaradas.

Clifton se acordó de pronto de una cosa.

—¿Hay por aquí una oficina de telégrafos? —preguntó.

—Sí, allá arriba —y Jeannot le señaló el sitio, añadiendo que sobraba tiempo.

Diez minutos más tarde, Clifton leyó el mensaje que mandaba a Antoinette, para que se lo entregasen en el tren que la conducía. Lo recibiría una hora después. Decía el parte:

He visto un médico alienista. Dice que mentalmente estoy bien, pero que necesito muchos cuidados y cariño.

Suyo,

Clifton.

Un momento después, el coronel Denis saludaba al hidroplano, mientras éste se levantaba del agua como un pájaro y emprendía su vuelo majestuoso hacia el Norte.

Capítulo XIV

ESTO es una novedad muy grande para mí —dijo Clifton mientras se ponía el casco y los auriculares, un poco antes de que Jeannot pusiera en marcha el motor—. He volado antes, pero en Europa, y hasta ahora no he tenido ocasión de contemplar mis bosques desde las alturas. No usábamos máquinas volantes en estos parajes en el año catorce. Sólo los idiotas y los locos empezaban a pensar en ello.

—Algunos aún nos tienen en ese concepto —contestó Jeannot, riendo—. Destrozamos muchos aparatos, es cierto, pero también alguno de nosotros paga con su vida esta audacia. Y es que nuestra única salvación está en el agua. Si algo sucede, lo primero que tenemos que buscar es algún lago o algún río bastante profundo donde amarar. Por eso usamos hidroaviones; a pesar de todo, hacemos algunos mapas y fotografías de nuevas regiones, apagamos algunos incendios y conseguimos ensanchar el conocimiento acerca de nuestro país.

Contemplando la ciudad unos momentos después desde la altura en que estaban, Clifton quedóse en suspenso. Su primer pensamiento fue para Antoinette St. Ives, en aquel tren tan lento que la llevaba a través de los bosques. Sería capaz de cualquier sacrificio, con tal de que ella pudiera contemplar con él aquel paraíso que se extendía abajo. Jeannot le hablaba valiéndose del transmisor; pero Clifton apenas escuchaba lo que le decía, y ni el ruido del motor podía abstraerle de la admiración que invadía sus sentidos.

Había volado sobre Bélgica, Alsacia y parte de Francia. Había visto, desde lo alto, las calles de París y las de Londres. Una vez había volado sobre Hong-Kong y otra, con un aviador inglés, sobre Bombay, pero ningún espectáculo le había parecido tan maravilloso como aquella ciudad de Quebec y el terreno que la rodeaba. Volaban sus pensamientos tan rápidos como sus visiones, y pensó que Cartier, Champlain y Roberval hubieron de tener en sus tiempos algún poder sobrenatural que les permitiera contemplar desde lo alto aquella espléndida tierra para escogerla como el corazón del Nuevo Mundo.

En otros lugares, Clifton había contemplado con curiosidad e interés la obra del hombre. Aquí reinaba el triunfo supremo de la Naturaleza. Vio el castillo de Frontenac como un juguete erigido sobre un abismo. Admiró las iglesias con sus amplios frontales, las antiguas fortificaciones y los muros grises de conventos y monasterios.

Pasaron por encima del valle de Abraham y del campo de batalla de Sainte Foy, del parque de Victoria, donde Wolfe y sus hombres hubieron de salir de noche a dar la batalla. Más tarde estos detalles se esfumaron y quedaron relegados al olvido ante

el vasto y maravilloso panorama que se ampliaba cada vez más a sus ojos.

Al Este y al Oeste corría el caudaloso Saint Lawrence y, extendiéndose como un brazo protector para encerrar la ciudad de Quebec en la especie de cuna formada por el río, estaba el Saint Charles. Por todas partes brillaba el agua azul de los ríos con reflejos de plata. La Isla de Orleáns sobresalía entre el campo exuberante, y al Norte, el río Montmorency se perdía en los bosques que eran cual oscuras alfombras extendidas sobre la tierra. Veía Clifton veinte ríos y lagos a la vez, y entre ellos, antiguas aldeas y pueblos que de pronto surgían en los valles escondidos o entre los rincones del paisaje, para volver a desaparecer inesperadamente como si fuesen seres vivos. Y según Jeannot iba elevándose, la tierra se ensanchaba bajo ellos hasta esfumarse el paisaje en una masa confusa e intangible.

Clifton fue volviendo poco a poco a la realidad. Ahora veía el señorial castillo de Frontenac como un castillo de naipes. Quebec se disolvía en una nube gris y blanca. El Saint Lawrence parecía más estrecho.

—Tenemos una atmósfera limpísima —le gritó Jeannot—. Se ve casi todo el señorío de la Cote y treinta millas o más de los Laurentides. Ahora nos dirigimos hacia Fief Hubert y el Lago Baliscan. Con ayuda del viento llegaremos a Metabetchewan dos horas, antes que el tren en que van sus amigos.

Clifton se acercó a la boca del transmisor.

—¿Veremos el tren? —preguntó.

—Después de cruzar el Lago Baliscan seguiré la vía férrea —repitió Jeannot—. Alcanzaremos a sus amigos a eso de las cuatro.

Un júbilo inmenso se apoderó de Clifton.

—¡Si consigue usted que nos vean! —exclamó le hago un regalo en Roberval.

Jeannot sonrió al ver la expresión del rostro de Clifton. Denis le había dicho lo bastante para que comprendiera los deseos de Clifton, y se prometió llevar la aventura a buen fin.

—Haré que se asomen todos a las ventanillas —prometió a su amigo.

Clifton miró al reloj. Eran la dos y media. A las tres pasarían sobre los reciales que empezaban en las espesuras de Fief Hubert. Con Lago Croche y Lago Sainte Anne como punto central, Clifton contó cuarenta lagos en un radio de treinta millas, con el Lago Baliscan, que llegaba del Norte al Oeste y que semejava una enorme esmeralda guardada en el estuche de una vegetación exuberante. Media hora más tarde, Jeannot y Clifton veían la vía férrea que rompía la monotonía del paisaje como un hilo interminable. Jeannot descendió hasta que pudieron ver claramente los raíles que brillaban al sol.

Pasaron un pequeño tren de mercancías. Parecía inmóvil, y sus vagones semejaban diminutos juguetes. Jeannot hablaba a Clifton de los terrenos foréstaes de Quebec y la destrucción que los amenazaba, pero Clifton no apartaba los ojos de la vía férrea.

—No se trata de lo que «cortan» los leñadores —continuó Jeannot con un ademán

que podía abarcar una enorme extensión de terreno—. Eso podría continuar eternamente con una siembra adecuada y con la conservación de los bosques en lugar de dejar imperar el caciquismo. Los políticos nada saben de los gusanos, setas y demás enfermedades que padecen los árboles, y mientras sus protegidos puedan desempeñar altos cargos en el servicio forestal continuaremos sufriendo estas plagas. Mire usted aquello. Eso es lo que los hidroplanos y fotógrafos aéreos muestran al público. Esa extensión de diez millas cuadradas se quemó el año pasado. Y dentro de poco pasaremos los diez millones de dólares en abetos y pinos podridos, atacados por los gusanos y otros parásitos.

«Ésos son los problemas que tenemos que afrontar, sin que hasta la fecha haya intervenido la ciencia. La destrucción amenaza toda la vieja y la nueva parte de Quebec, y hasta ahora el Gobierno no ha visto nada. Si no fuera por la inteligencia y la habilidad técnica que prestan algunos de los concesionarios, yo no tendría esperanza alguna. Tal como están las cosas, creo que el caciquismo, la incapacidad, general y el robo acabarán con nuestros bosques, a menos que algún valiente quiera...».

—Yo quiero —gritó Clifton—. Por eso me dirijo al Norte, para ayudar en la empresa. ¿Conoce usted a Iván Hurd?

Jeannot se encogió de hombros con un ademán elocuente.

—Sí, a él y a toda su tropa —contestó—. Si pudiéramos llevar a la guillotina una docena de hombres de su calaña, nos quedaría un Parlamento decente. ¿Notes uno de los problemas más extraños de nuestra época el ver cómo unos cuantos canallas se las arreglan para seducir y convencer a otros hombres y los llevan al robo y a la piratería, cuando en el fondo son unos infelices, con más deseos de ser honrados y conservadores que otra cosa? Es la antigua historia del líder y su rebaño. Uno sólo de esos cabecillas vale por cien de sus seguidores, y si ese cabecilla resulta ser un bribón, ¡Dios nos coja confesados!

—¿Qué pasaría —preguntó Clifton— si a alguien se le ocurriera destrozar el poder y la influencia política de Iván Hurd?

—Sería el principio del fin de la corrupción —contestó Jeannot, moderando la marcha un momento—. Y a los cinco años tendríamos el dominio de nuestros bosques y los cuidaríamos como un ranchero cuida de su hacienda y un horticultor de sus flores. Tendríamos especialistas en el servicio forestal, técnicos capacitados, una vigilancia eficaz para combatir los incendios, una administración adecuada y una fuente de ingresos honesta para dedicarla al cuidado de los árboles. Se estudiarían los remedios contra los gusanos y la destrucción de los parásitos. La protección de los bosques y su siembra se convertirían en una verdadera ciencia, tan exacta como la medicina y la química.

«Pero antes de poder deshacernos de hombres como Hurd y sus acólitos, es preciso que el pueblo comprenda que sus vidas dependen en absoluto del campo y de los bosques. Sin estos elementos, se extinguiría nuestra raza. Sin madera no

tendríamos agricultura, ni fabricación, ni comercio, y la civilización, tal y como nosotros la conocemos, desaparecería. Ésta es la verdad que debemos enseñar a las masas, y cuando lo comprendan así, los políticos tendrán que retirarse y sus puestos serán ocupados por hombres capacitados para hacer lo que debe hacerse a fin de evitar la catástrofe».

En su entusiasmo, Jeannot había perdido de vista la vía férrea. Volvió a acercarse a ella y, de pronto, señaló una columna de humo blanco que se veía ante ellos.

—¡Humo! —exclamó—. Quizás usted no lo vea. Es difícil distinguir el humo desde un hidroplano. Es preciso tener la costumbre de verlo. Pero aquél es el tren, y nos lleva diez millas.

Clifton no distinguía aún el humo, pero la aparición de esa señal había cambiado la fisonomía del aviador. Había una tensión penetrante en sus ojos al inclinarse sobre el volante, y su boca se abría en una sonrisa misteriosa.

—Espero que no se mareará usted si doy alguna voltereta —dijo—. Es la mejor manera de hacer que se asomen a las ventanillas, y si quiere ver a la señorita Antoinette...

—¡Ya lo creo! —contestó Clifton.

No tenía por qué callarlo, y más bien le pareció agradable expansionarse con alguien.

—Lo que quiero es casarme con ella —añadió.

—¡*Par Dieu!* ¡Le deseo buena suerte! —exclamó Jeannot—. ¿Sabe ella que está usted en el aparato?

—No.

Clifton se reía para sus adentros. Se sentía invadido de un buen humor que le electrizaba todo el cuerpo. ¿Qué diría Antoinette Saint Ives, y qué pensaría, si supiese que él iba en el aparato y que de pronto alcanzaría el tren? ¿Y cuál sería su actitud al recibirle en la pequeña estación de Metabetchewan? Ya se figuraba su sorpresa. Si Jeannot conociese los trucos de los aviadores lo bastante para escribir su nombre en el aire, su alegría no tendría límites. Clifton sabía que algo por el estilo podía hacerse. Era un atrevimiento, pero deseaba arriesgarlo, y así se lo indicó al aviador.

Jeannot se encogió de hombros y no contestó. A los pocos minutos divisaron el tren. Parecía correr a una velocidad ridícula por lo lenta, y Jeannot volaba encima de él a trescientos metros de altura. Veían a lo lejos, a su derecha, en línea paralela con el rail, el lago de Kiskisink. Después de hacer algunas observaciones, Jeannot dio un círculo y volvió al lado del tren. Los viajeros ya se habían fijado en el hidroplano. El maquinista los saludó con estridentes sonidos de la locomotora. Aparecieron cabezas en las ventanillas. Clifton saludó con la mano y después con su pañuelo. Gritó, olvidándose de que el ruido del motor tragaba su voz. Se sentía alegre como un niño. Deseaba saltar, agitar los brazos en el aire y gritar a pleno pulmón.

Y de pronto sobrevino el caos y el delirio de la locura y de la inconsciencia.

Dando un grito de aviso a Clifton, Jeannot se había elevado de pronto a una gran

altura sobre el lago. Qué sucedió después, la imaginación de Clifton no pudo comprenderlo. Ante todo era un hombre de tierra firme, y siéndolo tanto, viose de pronto sometido a una pesadilla de buceos y revueltas y saltos en el aire, que paralizaron sus sentidos, mezclando éstos y sus órganos vitales en una masa anestesiada. Lo único que pudo discurrir en medio de la semiinconsciencia en que se hallaba era que Jeannot se había vuelto loco y que los dos caían en el espacio en un descenso interminable, dando vueltas el aparato tres o cuatro veces por segundo.

Veía trenes, muchos trenes. Ora estaban encima de él, ora debajo, a veces parecía que se escapaban y otras que avanzaban hacia ellos, pero nunca marchaban normalmente. Cuánto tiempo pasó antes de que el aparato moderase su locura vertiginosa, y oyera Clifton el rumor del agua y después sintiera una ondulación suave y reposada, Clifton no podía calcularlo. Podía ser un minuto, cinco, quince o una semana. Sea como fuese, el caso era que ese loco de Jeannot no le había matado y el hidroplano corría veloz sobre las aguas del lago.

—¡Mire usted, capitán Brant! No hay una persona que no esté en la ventanilla, y si no es Gaspard St. Ives aquel del tercer coche, con su hermana al lado, pierdo el regalo que me iba usted a hacer.

Clifton tardó algo en recuperar sus cinco sentidos. Antes de que pudiera distinguir el tercer vagón del cuarto o quinto, un trozo de bosque obligó al hidroplano a ir algo adentro. Dos o tres minutos después, volaban de nuevo muy alto, dejando tras de ellos la columna de humo de la locomotora.

El aviador sonreía con buen humor.

—¿Los vio usted, capitán?

Clifton sonrió.

—Supongamos que sí —dijo—. Todo lo vi, desde principios del mundo hasta nuestros días. ¿Dónde demonios aprendió usted a manejar el aparato así?

—Allá en la guerra. Casi siempre en el Somme, en Verdún y en Ypres.

Clifton le tendió la mano. Los dos hombres se las estrecharon cordial y efusivamente.

—No lo sabía —dijo Clifton—. El coronel Denis no me dijo que hubiese estado usted en la guerra. Tres veces tomé parte en lo de Ypres, también estuve en Courcellette y en Vimy Ridge. Quizá nos hayamos visto allí. Las luchas aéreas eran soberbias.

—Sí, era muy interesante todo aquello —concluyó Jeannot.

En el apeadero de Saint André, el hidroplano se separó de la vía férrea y se dirigió un poco hacia el Este. Media hora después descansaba sobre la superficie tranquila del Lago Saint John, a cien metros de la costa de Metabetchewan. Una lancha se dirigió hacia ellos.

—Tenemos línea telegráfica del Gobierno hasta el apeadero de Mistassini y Rivière-aux-Rats —dijo Jeannot al apearse—. Si alguna vez me necesita, llámeme a Roberval. Sobre todo en caso de accidentes. En una hora puedo estar a su lado. ¡Ah, y

le perdono el regalo!

Ya rugía el motor. Jeannot volvió a elevarse en el aire, y saludó con la mano a Clifton. Éste le despedía desde la lancha. Cuando Clifton desembarcó, el aparato de Jeannot era sólo una leve mancha en el horizonte.

Ajustándose la mochila al hombro, Clifton pasó la antigua fábrica de aserrar, cuya enorme chimenea no humeaba ya. Cruzó la vía férrea y paseó un rato por las calles de la ciudad, que tan bien recordaba. Entró en uno de los principales almacenes, y por boca del encargado supo que algunos hombres salían ya para los bosques. La mayoría de ellos añadió el buen hombre eran colonos. Se llamaba Tremblay, y Clifton se preguntó si esta familia, como otras que recordaba, seguían haciéndose la competencia en el número de hijos.

Preguntó al azar por el recién nacido, y Tremblay le dijo que era padre de dos gemelos, nacidos tres meses antes, con los que tenía catorce chicos, todos ellos sanos y fuertes. Con el tiempo, Felipe Tremblay esperaba tener una familia bastante numerosa de la que poder estar orgulloso. Además, había prometido al cura de la parroquia adoptar a dos hijos' del primer hombre que muriera en los bosques aquel año, cuya acción le traería, seguramente, suerte y recompensa. Clifton se admiró del optimismo y buen humor de aquel hombre, y cuando la señora Tremblay entró a los pocos minutos, quedóse sorprendido ante la frescura de su rostro y el aspecto de felicidad y de buena salud de que gozaba, Catorce chicos no habían apagado el brillo de sus ojos negros ni borrado el rubor de sus mejillas.

Tal eran esas gentes del antiguo Quebec. Aceptaban los hijos como bendiciones, y las madres de tres en un solo parto eran más envidiadas que las de gemelos. Saludar a un extraño con la frase: «¿Qué tal el recién nacido?», era casi siempre un acierto y una prueba de interés y amistad. Clifton se preguntó por qué milagro se conservaban las mujeres tan bellas y frescas como la señora Tremblay, cuyo cutis, dientes y ojos hubieran avergonzado a la ficticia belleza de las jóvenes de la ciudad.

Los Tremblay le invitaron a cenar, diciéndole que tenía tiempo de terminar antes de que llegara el tren, por lo que aceptó. Los catorce niños presentáronse tan limpios como lo estaban los suelos de la casa. Los ojos de Felipe Tremblay sonreían de orgullo. Dijo que en una reunión celebrada poco antes por su padre, únicamente los Tremblay de más de sesenta años pudieron comer en las mesas de la casa, mientras que todos los demás Tremblay de menos edad tuvieron que comer al aire libre. Todos ellos tenían parentesco, y el más lejano era de primos segundos.

Le entusiasmaba su trabajo, pero no acababa de tranquilizarle el estado de las cosas de aquel año. Decía que los hombres seguían fieles a sus jefes, pero que había cierto resentimiento y agitación entre ellos que no le gustaban. Los más competentes se alistaban fácilmente, pero no así los de segunda categoría. Temía que los contratistas que se habían comprometido a cortar de 25 000 a 30 000 troncos no pudiesen cumplir con su compromiso.

Uno de los motivos a que se debía la escasez de hombres era que la «Hurd-Foy

Company» abría nuevos distritos en el Norte y prometía participación en las ganancias y mejores pagas, dando al traste con las costumbres establecidas hasta entonces. La que más sufría era la Laurentian Company, porque sus hombres venían casi todos de las costas del Este y del Norte del Lago St. John, entre Saint Prime y Peribonka, mientras que la Compañía Price tenía la ventaja de traer sus hombres de las ciudades y aldeas al Sur y Este de Metabetchewan.

—Se talaron ciento quince millones de pies de troncos el año pasado —declaró con orgullo—. Y los Hermanos Price están construyendo otra fábrica de papel, y esperan: cortar la mitad más este año. ¡Y lo haremos, vaya si lo haremos!

Animado por la charla de aquel hombre, Clifton se dirigió a la estación. El espíritu que dominaba en aquella tierra se le había metido en las venas. Una tierra como aquélla, tan sana y tan libre, no podía consentir ser minada por Iván Hurd. Contempló el Lago St. John en el atardecer. A veinte millas de distancia, los cuatro ríos más poderosos del Norte desembocaban en él; eran éstos el Pequeño y el Gran Peribonka, el Mistassini y Ashuapmouchan. Parecíale que oía ya el rumor del agua al brotar de los bosques, limpia, fuerte y llena, de orilla a orilla, de la potencia que daban aquellas profundidades de los parajes silvestres en que el hombre apenas había empezado a penetrar.

Clifton había conocido a Luis Hémon, el escritor de alma sensible y cuerpo frágil, y se preguntó si la anciana pareja Samuel Bedard y su mujer María, que Hémon había pintado en su novela, viviría aún en la pequeña aldea de Peribonka. Recordó una noche de otoño, de tormentosa lluvia, cuando María Chapdelaine le había frito unos huevos y le diera café, y él conversara luego largo rato, con el viejo Samuel, contándose cuentos y fumando en pipa. Tenía la seguridad de que los hombres de aquellas regiones le ayudarían en la lucha contra Hurd. Llegó al apeadero con treinta minutos de adelanto. Se paseó por el andén vacío, fumando. Inició proyectos que: el viaje en el hidropilano no le había permitido hilvanar hasta entonces. Pero cada minuto que pasaba se ponía más nervioso, hasta que no pudo seguir el hilo de sus proyectos. Al fin, sólo se fijaba en la manecilla del reloj. Nunca había sentido una sensación tan extraña y tan: agradable a la vez. Sólo faltaba un cuarto de hora y vería a Antoinette St. Ives, si no traía retraso el tren. El encargado le había dicho que venía puntual, y Clifton brincaba de nerviosidad.

Era aquél el acontecimiento más grande de su vida, el haber llegado a Metabetchewan antes que ella. ¡Qué triunfo cuando le viera! El primer efecto no podría menos de ser soberbio. Clifton decidió saludarla como si nada hubiese ocurrido. Haría como si no viese su sorpresa. Sería una escena emocionante, Gaspard, el fraile y pequeño Joe mirándole con los ojos fuera de las órbitas. Repitió la palabra: ¡emocionante!

Parecía un niño con zapatos nuevos; Antoinette se alegraría de verle, a pesar de la acidez de su carta. Volvió a leerla mientras esperaba oír de un momento a otro el silbido de la locomotora. Esforzándose por leer entre líneas algo que suavizara el

tono de la carta, se imaginó a Antoinette escribiéndola, con una sonrisa de malicia en los labios. Tan grande era su optimismo, que no creía equivocarse mucho. Por fin oyó el silbido. Habíase reunido alguna gente en el andén, y él se quedó rezagado. Preguntó a un mozo hacia dónde pararía el tercer vagón, y en qué lado de la estación bajarían los viajeros. El mozo, que ostentaba unos enormes bigotes, le miró con ojos llenos de sorpresa y le contestó como si Clifton fuera un niño:

—El tren se para aquí en toda la estación, señor, y los viajeros bajan por ambos lados —y luego añadió, sarcástico—: ¡La locomotora va delante, señor!

Estaba precisamente cerca del tercer vagón cuando paró el tren. Su corazón dio un vuelco cuando los viajeros empezaron a apearse. Primero bajó una mujer gorda, con tres chicos agarrados a sus faldas. Luego un anciano con un cesto de huevos, y unos leñadores con sus herramientas; luego un perro que tiraba de su correa al asomar el morro por entre las piernas de los humanos. ¡Era Bim! Clifton casi gritó cuando lo vio bajar al andén, con el pequeño Joe haciendo esfuerzos sobrehumanos para sujetarlo. Después de ellos, bajó un paquete inmenso, y tras él Gaspard St. Ives, gruñendo y sudando a causa del paquete, y detrás de él, Fray Alfonso, con las manos vacías, pero dando consejos con liberalidad.

Clifton suspendió el aliento en espera de ver a Antoinette. Ésta apareció al fin, detrás de su hermano. Durante un segundo quedóse parada en el último peldaño del coche, como una diosa esbelta y arrogante en su traje de amazona con pantalones bombachos y un sombrero de fieltro inclinado con coquetería a un lado y adornado con una pluma. Clifton quiso acudir para ayudarla a bajar, pero sus piernas se negaron a obedecerle.

El aspecto de Antoinette, tan distinto de aquella suavidad aristocrática que luciera en el castillo de St. Ives le paralizaba. Ante aquélla, su fortaleza y su optimismo no le habían abandonado. Pero en la Antoinette St. Ives que se le presentaba ahora había algo adorable a la par que temible; desde las puntas de sus diminutos pies encerrados en botas altas, hasta los bucles que asomaban, dorados, bajo el sombrero, todo irradiaba una fuerza nueva que Clifton veía por primera vez. Nunca hubiera soñado que un cambio de indumentaria pudiera causar en él un efecto tan aniquilador.

Dio un paso hacia ella, haciendo esfuerzos por coordinar sus ideas y seguir el plan que se había trazado. El fraile había dado la mano a Antoinette. Gaspard le miraba con ojos incrédulos por encima de su enorme paquete. Bim dio un ladrido de alegría y le asaltó con tanta fuerza que le tiró el sombrero, el cual fue a parar a los pies del anciano con el cesto de huevos. Apenas repuesto del recibimiento que tributaron Joe y su perro a Clifton, Saint Ives le cogía las manos y se las sacudía efusivamente. Su enorme cuerpo tapaba la figura adorable de la amazona.

Y para colmar el fracaso de aquella hora, sobre la que Clifton se había hecho tantas ilusiones, la misma señorita Saint Ives cogió el sombrero de manos de Joe, lo limpió con su pañuelo y se lo entregó sin un temblor de sorpresa en la voz, al decirle:

—Un poco de bencina hará desaparecer la mancha de aceite, señor Clifton; así

está muy mal. Y sin más palabras de bienvenida, volvióse hacia el mozo de los bigotes y le siguió hacia el carruaje que los esperaba.

Capítulo XV

¡ESTO es maravilloso! —exclamó St. Ives—. ¿De modo que estaba usted en el aparato conducido por Jeannot, un verdadero loco en el aire? ¡Y mi hermana, la muy, pillá, no dijo una palabra, mientras nosotros nos rompíamos los sesos queriendo averiguar quién compartía con Jeannot aquellos saltos mortales! Pero pude haberlo adivinado por la palidez de ella y la manera que temblaba cuando todo acabó. ¡Hubo un momento en que no dábamos un ápice por su vida, amigo!

—Pues si estaba pálida y temblaba, sería por Jeannot, porque no sabía que yo estuviera en el aparato dijo Clifton.

El fraile sonrió.

—Nuestra querida Antoinette no es tan torpe como su hermano —dijo, y le pareció a Clifton que estaba más pálido que de costumbre—. Creo que sí que lo sabía, señor, y no olvide usted que la mancha de aceite de su sombrero, con un poco de bencina se quita. —Y con esta observación, siguió los pasos de Antoinette.

Clifton se colocó al lado de St. Ives. Ya no tenía proyectos. Se sentía desmoralizado. Creyó que su odisea, hubiese producido otra impresión sobre la mujer que la había inspirado. Creyó que sus efectos serían sensacionales, pero sobre todo había tratado de darle una prueba contundente de su afecto y de su sinceridad, de su determinación de luchar por ella con la misma energía indómita que empleaba para defenderse a sí mismo. Saber que había fracasado, por algún motivo que no acertaba a explicarse, derrumbaba todas sus ilusiones. Comparó aquel alarde suyo con una escena de ópera cómica, y la llave del ridículo había sido la mancha de aceite en el sombrero. Sintió deseos de ahogar a Gaspard, al fraile y sobre todo al inocente Bim.

Antoinette había tomado asiento en el coche. Joe estaba a su lado. Ambos reían de Bim, cuyo cuerpo esquelético estaba tendido a sus pies.

El mozo de los bigotes se ocupaba del paquete de Gaspard. Le pareció a Clifton que era todo bigotes, ahora que se fijaba en él. Era el dueño del coche, y miraba a Clifton con ojos burlones, como si comprendiese ahora por qué le había preguntado aquellas necedades, Antoinette hablaba con Fray Alfonso y sonreía. Al ver a Clifton hizo un ademán de soberbia y la pluma de su sombrero se mecía en el aire. Clifton subió ayudado por Gaspard. Antoinette le miró fríamente.

Luego, como animada por una idea repentina, dijo a su hermano:

—Hazme el favor de encargarte de Joe y Bim, Gaspard. Yo conduciré y el capitán se sentará a mi lado. Tengo que hablar con él a solas.

A Clifton le dio un vuelco el corazón. Ayudó a Joe a bajar, y le preguntó por su escopeta.

—Yo quisiera tener ahora la lechuga disecada, la de la buena suerte, Joe, que me va a hacer falta —le dijo en voz bastante alta para que Antoinette le oyese.

Ésta le miraba con sus claros y serenos ojos. Gaspard le daba explicaciones.

—Mi hermana odia las posadas y las habitaciones cerradas —le dijo—, de modo que instalamos nuestra tienda y vivimos al aire libre. Nuestro cocinero y Barnabé ya nos tienen preparada la cena en las orillas del lago, Suba usted y *bon voyage*. Ya pueden ustedes trotar para alcanzarnos, pues tengo el estómago vacío como un tambor.

Clifton ocupó el asiento al lado de Antoinette. Ésta se había acurrucado, dejando el mayor espacio posible entre los dos. Clifton lo vio y después la miró.

—Hay sitio para la lechuga, si la tuviese —dijo con tristeza.

Barnabé, el hombre de los bigotes, colocaba el último paquete en el vehículo. St. Ives le miraba.

—¿Dónde está su equipaje? —preguntó a Clifton.

—En el almacén de Tos Price.

—Entonces puede usted pasar a recogerlo.

—El capitán no lo necesitará —le dijo Antoinette— porque no le retendré más que unos minutos.

Puso los caballos al trote. Clifton la miró. No podía verle los ojos, pues se los tapaba el sombrero, que llevaba inclinado a un lado.

—Lo siento —murmuró.

Ella estaba muy erguida, casi rígida. Sus manitas agarraban las riendas con más fuerza de lo que era preciso.

—¿Qué es lo que siente usted? —preguntó—. ¿El no ser más caballero?

—No. Siento no haberme sentado al otro lado, para poder contemplar su cabello. De este lado sólo veo la barbilla y un poco de la nariz, y ambas cosas tienen un aspecto tan feroz que tengo un poco de miedo. ¿Me permite cambiar de lado?

—Si usted lo desea, hágalo.

Lo inesperado de su permiso le hizo sentirse algo ridículo. Por muchos esfuerzos que hiciera, no podía impedir que la sangre se le subiera al rostro. La frialdad de Antoinette y la sonrisa de compasión que asomaba a sus labios aumentó su nerviosidad. Estaba hermosísima. Los últimos rayos del sol poniente daban a su cabello reflejos radiantes. Sus labios eran rosas encarnadas. Mas sus ojos, tan dulces por lo general, mirábanle con frío desdén. La joven hizo correr los caballos al trote. Pasaron el almacén de Price, y, sin detenerse, subieron la cuesta desde cuya cima pudieron contemplar la hermosa tierra de Lago St. John. Las aguas del lago brillaban con suaves destellos en el glorioso atardecer del mes de agosto. En aquel paraíso, que se hallaba en una depresión de terreno dentro de los montes Laurentinos, la vegetación ofrecía, aun a fines del verano, un fresco verdor. Por su aspecto, hubiérase juzgado que era primavera. Soplaba una brisa fresca y agradable, abundaban las flores, cantaban los pájaros; el cielo parecía una inmensa turquesa. Y frente a ellos

estaba el antiguo camino, la carretera rudimentaria que dos siglos antes construyeran los pieles rojas y que luego recorrieron miles y miles de hatos de ganado, contribuyendo con el incesante apisonar de sus pezuñas a endurecer aquella maravillosa obra, convirtiéndola en lo que ahora era: una carretera limpia, de suelo firme, una carretera que no estaba sometida a las leyes del catastro y que, atravesando aquella apacible comarca, corría, ora en línea recta, ora en sinuosas curvas, hasta perderse en la lontananza de los bosques selváticos del Norte.

Clifton, mirando de reojo a Antoinette, vio sus mejillas coloreadas y sus ojos animados por una nueva luz, ante aquel soberbio espectáculo.

—Esto es hermoso —dijo—. Y esta carretera es muy antigua.

—No hace falta que me lo diga, pues lo sabía —contestó ella secamente.

Y se separó aún más de él.

—Hágame el favor, capitán Brant, de olvidarse un momento del paisaje y hablar de otra cosa añadió a poco Usted se cree un hombre excepcional. Los que se exhiben como usted lo ha hecho, tienen esa manía, Ha hecho usted el ridículo, y es usted insoportable. Me divertiría, si no me hubiera escogido a mí como blanco de sus excentricidades. Cuando digo excentricidades, soy Indulgente. Otros lo llamarían locura y aconsejarían que se le vigilase. Pero como sé que estuvo usted en la guerra, quiero suponer que ha quedado resentido su cerebro por efecto de las explosiones, o...

Vaciló buscando palabras.

—Siga, siga —suplicó Clifton—. Los alemanes nunca me hicieron tanto daño. Dentro de poco sus ataques acabarán conmigo. ¡Y todo porque soy tan loco que la amo, que adoro hasta el suelo que pisa!

—¡Amor! —respondió Antoinette con mirada despectiva—. ¿Acaso es amor lo que no se manifiesta sino en insultos como de los que me ha colmado usted?

—¡Cuidado advirtió Clifton de pronto que nos lleva usted a la cuneta!

Ella se irguió y tiró de las riendas.

—¡Conteste usted!

—¿Qué me decía? —preguntó Clifton estúpidamente—. Me pone usted nervioso con su modo de llevar las riendas. Si quiere dejármelas a mí...

Se las entregó con un gesto de furor. Su ira daba mayor realce a su hermosura. Clifton la miraba de reojo.

—Me cortaría una mano, me mataría, antes que insultarla a sabiendas —dijo—. ¿Cómo he podido hacerlo?

—¿Que cómo? —contestó Antoinette, muy asombrada—. Capitán Brant, no tiene usted la menor idea de lo que exige la cortesía más elemental... ¡y no sé con qué palabras expresarle lo que siento!

—Es que no existen esas palabras —le dijo él con buen humor—. Aquí se nos presenta una bifurcación en la carretera, señorita. ¿Cuál tomamos?

—La derecha, claro está. ¿No es ése el lado del lago?

—No lo sé, estoy tan atolondrado... No acierto con nada, ni aun con el camino. ¿Cómo habré podido ofenderla? Si me lo dice usted, me echaré al agua y me ahogaré ante sus ojos. ¿No le he ofrecido mi vida?

—Ahora mismo me está usted insultando.

—¡Que Dios me perdone, pues no es ésa mi intención!

Ella le miró tan de frente como se lo permitía su postura. Tenía las mejillas encendidas. Sus ojos centelleaban.

—Empezó usted aquella noche en mi casa dijo y le perdoné, hasta le consentí repetir el insulto más tarde, después de que hablara con Hurd. Quise suponer que obedecía usted a un impulso que le avergonzaría más tarde y del cual se arrepentiría.

—No me avergüenzo de amarla —contestó Clifton suavemente. Es la primera vez que esa gloria inunda mi alma.

—Y aquella misma noche —continuó ella, con las mejillas más coloreadas— tuvo usted la impertinencia y la audacia de decirle a Iván Hurd que yo sería su mujer.

—Y lo será usted si Dios me ayuda afirmó Clifton, ya sin rodeos Eso no es un insulto, Antoinette. Eso es comprobar un hecho que en mi corazón tiene más raíces que la vida misma. Si fracaso, si no llego a hacerla mi mujer, no me importa seguir viviendo.

—¡Oh, si estuviese aquí Gaspard! —sollozó la muchacha, mirando hacia el camino—. ¡Se atreve usted a llamarme Antoinette! ¡Me está usted insultando! Y también me llamó *cara sposa*, frase que no tiene nada de hindú, sino que es italiana, y que no quiere decir lo que me dijo, sino...

—Mujer, novia o amante, es decir todo lo que es querido y precioso en el amor de un alma humana. Le pido a usted perdón, pero no he de negar que cuanto digo lo siento.

—Y luego su telegrama al tren, más tarde el hidroplano, y ahora esto. O está usted loco, o no comprendo lo que le pasa. Y eso que tiene usted edad para saber lo que hace. Tiene usted tantos años, que casi pudiera ser mi padre...

Aquel golpe mortal le llegó al alma. Ella hizo un ademán para apoderarse de las riendas, y él se las entregó sin resistencia y bajó la cabeza, Y en aquel momento el alma buena de Antoinette se arrepintió. Miró a la cara de su compañero y al verle tan cabizbajo le habló con voz temblorosa que no recordaba el tono de reproche de antes.

—¡Oh, Dios mío! Perdone que haya dicho eso —exclamó—. He sido una estúpida y una ingrata, y no supe lo que dije. Pero yo necesitaba herirle de alguna manera. ¡Me ha dicho usted cosas tan extrañas y tan... repentinas! Ahora, váyase... se lo ruego.

Antoinette detuvo el coche.

Despacio, como si sintiese sobre sus hombros el peso de aquellos años que le habían echado en cara, Clifton se apeó. Y una vez en tierra se quedó mirándola. Parecía haber envejecido de pronto. Sus ojos tenían una mirada de cansancio.

—La amo, Antoinette —dijo con voz que era un murmullo—. Yo soy Crepin

Marrolet, que vuelve a resucitar al cabo de dos siglos y medio para dar la vida por usted. Soy..., en efecto —y una sonrisa de amargura asomó a sus labios—, más viejo que Crepin. Debe de haber ocurrido alguna equivocación en el transcurso de los siglos.

Antoinette pegó al caballo negro con el extremo suelto de las riendas.

—Es usted más joven que lo fue nunca Crepin Marrolet —dijo, con una dulzura en la mirada que paralizó momentáneamente el corazón de Clifton.

Y desapareció en la carretera, sin volver la vista una sola vez, mientras Clifton la seguía con el corazón y con los ojos.

Brant regresó lentamente. Se había puesto el sol y sombras azuladas se tendían sobre el lago. Un último rayo de la luz solar, cual hermoso pájaro que descansara, iluminaba la punta de una cruz blanca enclavada en la cima de un monte. Semejaba una bendición consoladora que surgía de las sombras del atardecer. Clifton creyó oír una voz divina. Y la voz decía: «Los hombres me buscan, lloran por mí y no me hallan, miran muy lejos y estoy muy cerca. Tan lejos miran que no ven que estoy a su lado esperándolos. Cuando al fin me vean y me comprendan, habrán descubierto el tesoro más grande: el tesoro de la fe y la esperanza».

La voz le consoló; sintióse más tranquilo, y aun le pareció que un poco de alegría invadía su corazón. Creyó ver a Antoinette al pie de la cruz, el dulce rostro inclinado en silenciosa oración, pero allí, en aquella antigua región que aún conservaba su fe y sus creencias; moraban la paz de Dios y la buena voluntad de las gentes, y esto a pesar de que se trajese desde otro mundo agitado veneno de la burla acerca de aquellas sanas costumbres religiosas cimentadas en dos siglos de fe y honradez acrisoladas.

No había sentido nunca el espíritu de religión, y, sin embargo, aquella sencilla cruz y las meditaciones que aquel símbolo le sugiriera afirmaron su confianza. Sabía que aquel pueblo fuerte y justo y los sacerdotes de las iglesias rurales le apoyarían en la lucha que iba a emprender contra el enemigo común.

Al esfumarse en el suave gris del cielo la cruz del monte, oyó voces ruidosas que cantaban, y un momento después vio a St. Ives, al hombre de los bigotes, al fraile, a loe y Bim, que iban un poco rezagados. Clifton no pudo evitar una sensación de depresión moral. Estáble vedado ser camarada de ellos. Antoinette le había dado a entender claramente que no necesitaban su compañía. Mas al ver a Ice y a Bim, tuvo un rayo de esperanza y su antigua determinación volvió a reanimarle. No se los llevaría ella dejándole a él solo en el mundo. No podía quitárselos; suyos eran y suyos serían.

Saint Ives llevaba una mochila.

—Es la de usted dijo, deteniéndose en el camino y dejando pasar a los demás.

Cuando los otros estuvieron a bastante distancia, St. Ives preguntó a Clifton.

—¿Ella le ha mandado regresar?

—Sí, a lo poco que queda de mí.

Saint Ives lanzó una carcajada y se quitó el sombrero para disfrutar de la fresca brisa de la noche.

—¡*Mon Dieu!* —dijo—; ella es una pequeña tirana cuando le da por ahí, pero me gusta por eso mismo. Me he traído su mochila —agregó— porque sabía que se repetiría luego de todo. ¿Qué ha pasado, amigo?

Clifton miró a St. Ives frente a frente.

—Creo que lo mejor será confesarlo —dijo—. Usted su hermano y... también un poco su padre. Yo amo su hermana. Ella lo sabe, y se ha enfadado. La amo más que a mi vida; ¡nunca mujer alguna sobre la faz de la tierra fue amada como yo la amo!

Gaspard frunció el entrecejo.

—Eso no es cierto, señor mío —gritó—. ¡Ésa es una vil mentira! Ninguna mujer ha sido amada como yo amo a Ángeles Fanchon. Y si dice usted lo contrario...

—Entonces comprenderá usted muy bien lo que yo siento, Gaspard. Sin ella no puedo vivir.

Saint Ives se encogió de hombros.

—¿Eso es todo? —exclamó—. Pues yo le diré a usted que sin Ángeles no quiero vivir. Ésa es la diferencia entre nosotros. Usted se conforma con no desear la vida, y yo estoy decidido a no vivir. ¿Le basta esto como prueba o quiere usted que lo decidamos de una vez aquí mismo, donde el césped es blando y suave, y no sentirá usted demasiado la violencia de los golpes?

Clifton le miró extrañadísimo.

—Pero ¿está usted loco como afirma Fray Alfonso? ¿No ha oído usted que amo a su hermana? Porque se lo he dicho, ella está furiosa conmigo y en cambio a usted no le sorprende mi declaración. ¿No le indigna mi atrevimiento? Rómpame la cabeza si quiere, le prometo no alzar una mano para defenderme.

El incomprendible St. Ives se frotó las manos y se rió como si se tratara de una broma muy grande.

—Nada me ha dicho usted que pueda ofenderme —dijo—. Es natural que se haya enamorado de mi hermana. Sería usted sordo y ciego y tonto si así no fuese. Tampoco ha sido un secreto para mí, Mi hermana, con las prisas del viaje, se dejó la carta de usted sobre la cama, y empecé a leerla, y después seguí leyendo hasta que el mismo diablo no hubiese impedido llegar hasta el fin. Pero Antoinette no lo sabe, y le juro por San Pedro y San Pablo que daría cinco años de mi vida por poder escribir a Ángeles una carta como la suya.

—¿Y no se ofende usted porque la haya escrito?

—¡*Maudit, no!* Mi respeto por usted aumenta de día en día. Escribir una carta como ésa es una virtud y no un crimen. Además, no conozco hombre alguno por quien haya sentido tanta amistad como por usted. Ahora, que debe usted rectificar lo de Ángeles Fanchon y pedirle perdón por mi mediación. —Y diciendo esto, Gaspard dio un terrible empujón a la mochila de Clifton.

—No he dicho nada de ella.

—Pero significaba mucho lo que dijo, que no es tan hermosa y tan buena que merezca ser amada como lo es mi hermana.

—Pido perdón si tal he dicho. Y, ahora, hágame el favor de darme la mochila.

—Yo se la llevaré, hermano.

—Pero es que voy por otro camino.

—Usted viene por este camino dijo Gaspard con energía, echando a andar a buen paso en la dirección en que le habían precedido el fraile, Joe y Barnabé, el criado.

—Pero si es que ella me ha mandado volverme —insistió Clifton—. Está ofendida.

—Y lo estará aún más si cumple la orden declaró tajante Saint Ives.

Recorrieron largo trayecto en silencio.

Era un anochecer tranquilo, aún había luz, a pesar de que eran ya cerca de las ocho. Aumentaban las sombras y las distancias se borraban en el horizonte. Cantaban los grillos en la paz del camino. Parecía que una mano acariciadora mandaba a la tierra reposar. Clifton miró a St. Ives. En su rostro leíase también la revelación del milagro.

—En esta tierra es donde quiero vivir y morir —dijo.

—Y yo —contestó Clifton, acercándose tanto a su compañero que sus codos se rozaban.

A los dos animaba el mismo pensamiento.

—Si logramos vencer en esta lucha...

—¡Lo lograremos! —Y la mano de Clifton, al decirlo, apoyóse cordialmente sobre el brazo de su amigo. Evocó la voz del coronel Denis cuando éste le contó la tragedia de St. Ives, el demonio de la venganza que le mordía el corazón y acechaba la hora decisiva en que había de morir Hurd—. ¡Lo lograremos! —repitió en voz baja si me deja usted Iván Hurd a mí.

—¿Y si fracasa usted?

—No puedo fracasar.

—¿Entonces he de deducir que si todo lo demás fracasa, hará usted lo que yo determiné hacer... antes que usted pensara en ello?

—Quizá tengamos el mismo pensamiento. Pero yo no tengo una hermana, ni una Ángeles Fanchon que me ame.

Saint Ives respiró profundamente.

—Si no fuera por ellas, ya hubiera terminado todo. ¡Sabe Dios que matar a Hurd sería un acto de justicia!

—Pero ¿y la cuestión de Ajax Trappier? Ángeles Fanchon ha hecho un voto, el mismo que la hermana de usted, y ambas harán el sacrificio si usted matase a Hurd. ¿No es ésta la verdad, Gaspard? ¿Por qué no es usted franco?

—Sí, es verdad —asintió St. Ives—. Y Ajax Trappier, aunque desconoce los

hechos, abusa de mi ausencia, que el voto de Ángeles ha hecho necesaria, para cortejarla. ¡Por eso le voy a romper los huesos!

—Con eso estoy de acuerdo —replicó Clifton—. Pero respecto a lo otro, ¿qué conseguiría al matar a Hurd?

—¡Librar al mundo de un monstruo, de una bestia que quiere a mi hermana, que quiere comprarla, mejor dicho, arruinarla, destrozar su felicidad, hacer cualquier cosa con tal de poseerla, y que la ha insultado, de la modo que sólo puede ser vengado por mí!

—Y al matar a Hurd, sólo conseguiría usted que su hermana se convirtiese en otra Amalia de Repentigny.

—Habré hecho justicia.

—Como se juzgaba hace doscientos años, quizá. Pero al hacerlo también destrozaría usted otro corazón... de Ángeles Fanchon. ¡St. Ives, no sea usted atolondrado!

—Quizá lo sea, señor.

—Y además se colocaría usted fuera de la ley y sería ahorcado si le echara mano la policía. ¡Vaya una ventaja! Le repito que es usted tonto.

—Tal vez tenga usted razón.

—Y Ángeles se casada con Trappier.

—Ése es su voto, hecho sin pensar. Pero no quedará nada de Trappier cuando salga de mis manos. Y...

—¿Qué?

—Hurd vendrá a los bosques y pasará allí el otoño y el invierno con sus hombres. Le mataré cuando esté solo y nadie lo sabrá: Así lo espero.

Clifton dio un suspiro de desesperación.

—Deliberadamente cometería usted un crimen, y luego mentiría a su hermana y a Ángeles. Creo que Fray Alfonso tiene razón. Usted ha vendido su alma.

—¿Y usted, señor? Si mata a Hurd en mi lugar, ¿no arderá su alma lo mismo que yo, y no le ahorcarán lo mismo que a mí...?

—Yo no tengo ni hermana ni novia.

—Pero tiene usted una Antoinette.

En la voz de St. Ives había un ligero temblor que parecía querer traicionar algún secreto. Pero Clifton, a pesar de que sintió un estremecimiento, trató de reír despectivamente.

—Lo olvidaba —dijo—. Ya debemos de estar cerca del campamento. Si quiere darme la mochila...

—No pesa nada, *monsieur*.

—Pero es que quiero volver allá de donde he venido.

—No. Usted se viene conmigo —insistió Gaspard con testarudez—. Sería usted un cobarde si se volviera atrás. Además, mi hermana le espera...

—¡Qué va a esperarme! —exclamó Clifton—. Un poco más, y creo que me cruza

la cara con el látigo.

—Es posible, y después hubiera llorado toda la noche. ¡Poco conoce usted a las mujeres!

—¿Y usted por qué cree que... me espera? —balbuceó Clifton, dudando aún—. Temo que...

—¡Bah! Yo sé lo que digo. Ella volvió a leer su carta el tren, procurando esconderla entre las hojas de una vista. Y cuando llegó el telegrama y le dije que me lo enseñara, se puso colorada y creí que iba a llorar. Además, juraría que sabía que estaba usted en el aeroplano. Cuando dieron ustedes aquellas volteretas, se puso tan pálida que parecía que iba a desmayarse. ¡Maudit!, tendría que ser muy vivo el que acertara cuál de nosotros dos es el más torpe, usted o yo... Acaso lo seamos los dos. Un momento después doblaron un recodo de la carretera. Cerca del lago, y rodeada de árboles, había una pequeña pradera por la que corría un fresco arroyo, y ella estaban instaladas dos tiendas. Entre éstas chisporroteaba alegremente una hoguera de la que se elevaba una delgada columna de humo. En el ambiente flotaba el dulce aroma de madera de pino quemada. Un hombre iba y venía manipulando cacerolas y otros utensilios culinarios.

Saint Ives olfateó el aire.

—Apuesto a que hay pato, pato asado con cebollas dijo En toda la región del lago no hay cocinero que sepa asar un pato como Napoleón Planté, ni freír el pescado o solomillo como él lo hace. Con el apetito que tengo se me está haciendo la boca agua.

Clifton se detuvo. Veía entre los árboles, detrás de las tiendas, el caballo negro que estaba paciendo, y el coche cerca de aquéllas. Desde el arroyo, del que oía el murmullo de la corriente, Barnabé venía con un cubo de agua. El cocinero silbaba. Pero no había señales de la presencia de Antoinette, ni de Joe, ni de Bim.

—Creo que es mejor que me vuelva atrás. Si quiere darme la mochila... —dijo Clifton.

Desde las orillas en la sombra del lago oyóse de pronto el ladrido de un perro.

—Allá bajo está dijo St. Ives, y dio súbitamente un grito que retumbó en el aire. Una voz femenina le contestó. Joe y Bim aparecieron corriendo por entre los árboles.

—¡Anímese y sea feliz, *mon ami!* ¡Vamos!

Al avanzar, Clifton divisó una gentil figura de mujer que venía hacia ellos desde el lago. Joe y Bim se abalanzaron de pronto sobre él, y mientras los abrazaba, sus ojos no se apartaban de ella. De pronto se sintió animado de su antiguo optimismo. Aquella noche espléndida, con toda su paz y su gloria, vería quizás el derrumbamiento de sus ilusiones, pero aún podía levantar la cabeza y reírse aparentando una indiferencia que estaba lejos de sentir. Por lo menos tenía una buena excusa para justificar su presencia. Necesitaba saber qué planes tenía Antoinette respecto a Joe y Bim, los protegidos que él adoptara y de quienes era responsable. Si fuese necesario, pediría a Antoinette una explicación, pues ése era su deber y su derecho.

Antoinette se había quitado el sombrero, y sus bucles le caían en masa por la nuca y los hombros. No hizo esfuerzo alguno para atárselos, a pesar de que la distancia entre ellos iba acortándose rápidamente. «Es una niña, una niña muy hermosa», pensó Clifton, y le sorprendió que la muchacha no dejara de sonreír cuando le vio al lado de su hermano. Clifton guardó silencio y aparentó indiferencia, Tenía la mano de Joe entre la suya y hacía esfuerzos por dominarse. Ella saludó primero a su hermano y, después, se volvió hacia Clifton.

—Han tardado ustedes tanto en llegar que estoy muerta de hambre —exclamó—. Joe, Bim y Barnabé llegaron hace un cuarto de hora, y Alfonso aún antes que ellos. Casi no puedo creer que sean ustedes dos tan excelentes andarines como pretenden, señor Clifton.

Y diciendo esto, se apartó de ellos.

¿Había oído mal, o le había llamado, en efecto, Clifton? ¿Y hubo en realidad en sus ojos aquella expresión extraña, dulce, que creyera percibir, o eran las sombras de la noche las que excitaban su imaginación?

Durante la cena, ella se sentó frente a él en la pequeña cesa campestre, sobre la que Barnabé había suspendido una lámpara de petróleo. A su lado estaba Joe, y, en ambas cabeceras, el fraile y Gaspard. Y la lámpara estaba colocada de tal modo que la luz arrancaba cálidos destellos de la hermosa cabellera de Antoinette. Clifton la miró, y sin poder disimular su admiración, exclamó:

—¡Qué cabello más hermoso tiene usted, señorita! ¡Cuánto envidio al viento!

Y esta vez Clifton advirtió claramente que ella había pronunciado su nombre con franca premeditación.

Capítulo XVI

BARNABÉ había encendido cerca de la mesa una buena hoguera, y, más tarde, al amparo de su resplandor, Antoinette St. Ives se peinó los bucles, sin recordar, al parecer, la presencia de Clifton o interesándose tan sólo por Joe y Bim. El perro descansaba a sus pies mientras Joe, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, la contemplaba y la escuchaba.

El fraile había desaparecido. En la mesa, debajo de la Gaspard discutía con Barnabé acerca de las cualidades del hermoso caballo negro. El cocinero ocupábase en limpiar los cacharros. Clifton sentíase solo; durante la cena le había pasado lo mismo. Después de los primeros momentos en que la joven lo llamara por su nombre, ella había dedicado toda su atención a Joe. Le agradó que Gaspard le obligara a tomar parte en la conversación acerca de los caballos, pues esto le permitía mirar de cuando en cuando a Antoinette y al muchacho. Ella hablaba con éste y le decía cosas de las cuales Clifton podía coger alguna palabra suelta. Antoinette, en aquella ingenua conversación que sostenía con el muchacho, le parecía a Clifton casi tan joven como Joe, mientras que él, Clifton, por el contrario, sentíase anonadado bajo el peso de aquellos años que ella le había echado en cara. Ciertamente era que le había pedido perdón por la ofensa, pero en realidad era viejo, y así lo comprendía al contemplar a los dos seres jóvenes que se hallaban sentados frente a frente ante la hoguera. Antoinette empezó a cepillar el pelo de Joe, para dominar un mechón rebelde; cuando hubo terminado le dio un beso y miró a Clifton de reojo. Nunca hubiera creído éste que Antoinette pudiera parecer tan niña como decía en aquel momento su aspecto, su alegría infantil y aquellos bucles que le rodeaban sus dulces facciones y caían sobre sus hombros.

Luego oyó que dijo al niño:

—Vete a acostar, ya es hora. Dale un beso a tu tío Clifton y, cuando estés listo, iré a taparte.

Joe obedeció, acercándose un poco remiso a su protector.

—Dice que le dé un beso, tío —le dijo como pidiendo perdón, y cuando Clifton se inclinó, añadió en voz baja—: Me hace ponerme de rodillas y rezar. ¡Esto no me gusta!

—¡Ya te gustará con el tiempo! —le contestó Clifton—. Lo que ella te mande, Joe, hazlo, que siempre estará bien hecho.

Condujo al niño a la tienda destinada a los hombres. Cuando regresó, Gaspard y Barnabé se habían marchado, y Antoinette seguía alisándose el cabello, canturreando al mismo tiempo: Ella alzó los ojos cuando Clifton se detuvo a su lado.

—La he estado contemplando y me ha parecido usted una niña muy hermosa —dijo—. ¿Me permite que se lo diga así con el sentimiento más paternal del mundo?

—No me gusta contestó Antoinette, —atendiendo de nuevo a su tarea—. No tengo confianza en los sentimientos paternales de hombres como usted, ni en los sentimientos paternales de nadie.

—He venido a darle las buenas noches.

—Lo pudo usted haber hecho antes, capitán Brant.

—Hace un momento me llamó usted Clifton, ahora me llama capitán Brant. ¿Por qué?

—Antes estaba usted en mi mesa. Ahora va usted a regresar a Metabetchewan.

—No voy a Metabetchewan —dijo él.

Antoinette permaneció callada, pero su cepillo atacó con más rapidez el pelo. Clifton insistió:

—Como quien tiene muchos más años que usted y que ha llegado a esa edad madura en que se puede hablar a una mujer con un interés absolutamente paternal, le pido permiso para tocar con la punta de mis dedos uno de sus bucles antes de darle las buenas noches.

Ella se levantó airada y le miró frente a frente.

—Hace usted mal en zaherirme de ese modo. Le he pedido perdón por unas palabras pronunciadas en un momento de arrebató. Si tuviera usted un poco de la caballerosidad de Crepin Marrolet, no me las recordaría.

—No. Pero Crepin era un hombre de acción. Hubiese empezado por tocar su pelo y luego le hubiera pedido permiso. Ahora la cosa varía. Crepin era joven, mientras que yo, con más de cuarenta años...

—Posee usted una sensibilidad insoportable —terminó la señorita Saint Ives—. Buenas noches, capitán Brant. Me retiro a mi tienda.

—No sin que hayamos arreglado el asunto de Joe y Bim —contestó Clifton fríamente—. Los dos me pertenecen. Pagué doscientos dólares por ellos, y con ellos me quedaré a menos que usted y yo nos pongamos de acuerdo. Primero dígame por qué quiere quedarse con Joe.

—Le necesito, capitán Brant —contestó Antoinette sin vacilación—. En verdad se lo digo. Necesito mostrar cariño a alguien, y quiero al chico. Además, ocupa mi imaginación y me la aparta de otras cosas...

—Entonces debe usted devolverme lo que me ha costado, señorita, o darme un equivalente. Prefiero el equivalente.

—¿Quiere usted decir... que es preciso que pague?

—Eso es.

—¿Cómo? ¿Cuánto?

—Si le vendo a Joe, con Bim de propina, ha de ser a cambio de uno de esos bucles que no me permite tocar con la punta de los dedos. Es el único pago que exijo.

Clifton tenía la convicción de que estaba jugando con fuego junto a un explosivo,

pero no pudo impedir que las palabras brotaran de sus labios. El mismo diablillo que continuamente le hacía ganarse las iras de Antoinette le dominaba ahora, y parecíale que le causaba cierta satisfacción obedecer sus mandatos. En los ojos de ella vio un fulgor que no le era desconocido, pero que no le asustaba. Estaba desesperado, y ya que había llevado el asunto a una situación imprevista, su espíritu de aventura le impulsaba a continuar del mismo modo.

Antoinette se había apartado de él. A la luz de la hoguera sus ojos parecían despedir rayos.

—¿Tiene usted una navaja? —preguntó secamente.

Clifton sacó una del bolsillo y abrió la hoja.

—Es pequeña, pero está muy afilada. Tenga mucho cuidado al usarla.

Brilló el acero en la noche. Antoinette apoyó el lado afilado sobre uno de sus bucles.

—¡No lo haga! —gritó Clifton—. ¡No lo corte, se lo suplico! Lo mismo puede ser mío estando donde está, y le cedo igualmente a Joe y Bim. ¡Preferiría que me cortara usted un dedo!

—¡Pues considérelo cortado, señor Brant!

¡Ya estaba hecho! Oyó el ruido seco del corte, a pesar de que al mismo tiempo lanzaba otra exclamación de protesta. Ella le tiró el bucle y la navaja a los pies, con una mirada de desprecio que le hizo estremecerse.

—Su dedo, capitán Brant —repitió, volviéndole la espalda y desapareciendo en la tienda, mientras él quedó como anonadado en el mismo sitio.

A sus pies brillaba el acero; junto a la navaja estaba el mechón de pelo que aquélla cortara. Clifton se inclinó lentamente, recogió ambas cosas y se las puso en el bolsillo. Despidióse de St. Ives diciéndole que dormiría en la playa, y con esta explicación, ajustándose la mochila al hombro, se separó de ellos. Bajó a la orilla del lago y empezó a pasear sobre la arena fresca y blanca. La noche estaba serena, algo más oscura que de costumbre en aquella región, pero no tanto que fuera un obstáculo para, encontrar el camino. La arena de la playa parecía reflejar algo de la luz del día, a pesar de que el cielo estaba encapotado. En un hueco entre las rocas dejó la mochila para poder asearse con más comodidad.

Había andado un cuarto de milla, cuando descubrió que no estaba solo.

El fiel Bim le seguía Clifton lo esperó y lo acarició. Siguió andando, el perro iba tras él como una sombra. Cuando por fin se decidió a regresar, había andado muchas millas. Las doce daban cuando llegó al sitio donde había dejado la mochila. Cubrió el suelo con su manta y se sentó encima de ella con la espalda apoyada en una roca.

La tensión de la atmósfera sobre el lago hacía presentir la tormenta. Bim mostrábase inquieto. Se agitaba nerviosamente, en el hoyo que practicara en la arena. Aullaba de cuando en cuando, y con los ojos intranquilos miraba a Clifton o trataba de penetrar el misterio de la luz y de la sombra entre las grandes rocas.

Y fue Bim el que avisó a Clifton de algo que apareció a orilla del lago. Un tenue

rayo de luna iluminó un instante la figura de un hombre que avanzaba cabizbajo y a paso lento: Era Alfonso el fraile. Con la barbilla hundida en el pecho y las manos en la espalda, pasó delante de Clifton y desapareció en la oscuridad. Hasta tal punto parecía presa de un sentimiento extraño, que Clifton no pronunció las palabras de bienvenida que de otro modo hubiera dicho.

De pronto se iluminó el cielo. La masa de nubes había sido dispersada por los vientos precursores de la tormenta, y el lago a la luz: de la luna parecía de plata. Clifton vio, otra vez al fraile que regresaba en aquel instante, y que a unos cien pasos de distancia se detuvo. Con la cabeza cada vez más inclinada, Fray Alfonso paseábase arriba y abajo hasta que sus pisadas formaron profundas huellas en la blanca arena; Bim rompió al fin el silencio con un aullido. Fray Alfonso no pareció haberlo oído, pero luego se volvió hacia la roca y entonces vio a Clifton.

Clifton se levantó, y al encontrarse ambos bajo un rayo de luz que atravesaba las nubes de nuevo aglomeradas, el rostro del fraile semejava el de la muerte que surgiera de las tinieblas. El brillo de sus ojos le sorprendió. Tenían un fulgor tan fuerte, que era perceptible aun en la oscuridad. Mas la voz del fraile era dulce y baja y el contraste con la expresión de sus ojos era tan grande que parecía indicio de un ataque de locura.

—Perdone usted, señor, que le haya molestado —dijo—. Es una noche de intranquilidad y, de tormenta, y no puedo dormir.

—Me pasa lo mismo —respondió Clifton—. Pronto estallará la tempestad. Los dos hombres se miraron. El fraile sonrió, sin que desapareciera la extraña expresión de sus ojos... En el rostro de Clifton había observado algo que le impulsó a asirle afectuosamente del brazo.

—La hora y el lugar se prestan a la meditación —dijo—. Yo he meditado. Y usted también. ¿A qué conclusión ha llegado usted, amigo?

—A la de que soy un estúpido y mucho más insignificante de lo que yo me figuraba —contestó Clifton—. ¿Y usted?

—Vayamos andando —fue la respuesta del monje.

Juntos subieron por la costa mientras a su alrededor la oscuridad se hacía cada vez más profunda: Al cabo de un momento, Fray Alfonso contestó a la pregunta de Clifton.

—Yo he descubierto que soy un hombre —dijo, y en su voz había una nota de tragedia—. Y ya que soy eso y nada más, debo volver al monasterio cuando hayamos terminado nuestra obra aquí. ¡Esto es lo que esta noche me ha revelado!

Clifton tardó en contestar. Miró al cielo, cargado de espesos nubarrones, y sintió que su espíritu se unía con extraña simpatía al de su compañero.

Por fin dijo:

—Mañana por la mañana dejo a los St. Ives, con objeto de llegar cuanto antes al Norte. Quizá no vuelva a verle a usted en mucho tiempo.

—¿Va usted a los depósitos y los bosques?

—Sí, de eso me he encargado.

—¿Y sale usted más pronto de lo que había pensado?

—Sí, un poco. Pero me encontraré con Gaspard en St. Felicien el día que él designe para su lucha con Ajax Trappier. Se lo he prometido.

—Sí... sí, St. Felicien y Ajax Trappier —murmuró el monje—. Allí volverán a verse, pero algo le impulsa a usted a marcharse antes de tiempo, amigo. Lo que sucedió en la carretera esta tarde, lo que pasó en el campamento esta noche... —y su voz se ahogó de pronto en la garganta.

—¿Usted sabe?...

—Ella me contó lo que le había dicho a usted al encontrármela llorando. Y lo que sucedió después, por la noche, lo vi y lo oí. Usted huye de Antoinette St. Ives.

—Ella será tanto más feliz por ello.

—¡Ciego! —murmuró el fraile, como hablándose a sí mismo. ¡Ciego! ¡Y yo que lo veo tan claro! Antoinette pudo haberle cruzado la cara, pero no lo hizo. En cambio le dio lo que usted pidió. Si eso lo hubiese hecho conmigo, yo hubiera dado gracias a Dios toda mi vida, aunque me lo hubiese tirado a los pies como hizo con usted.

—Era el precio de Joe y Bim —contestó Clifton, haciendo esfuerzos por distinguir en la oscuridad las facciones de su compañero.

—Y. con ello le dio a usted su corazón.

La mano del fraile se posó sobre la de Clifton, y su frialdad parecióle a éste la de una cosa sin vida.

—Conozco a Antoinette St. Ives desde niña —dijo con dulzura—. Ella le ama a Usted.

—¡Imposible! —exclamó Clifton—. Tan seguro estoy de ello que le ruego se guarde esto... —y sacó de su cartera el bucle, que colocó en la mano helada del fraile.

Un relámpago rasgó de pronto el cielo, seguido del sordo ruido del trueno. Siguió un silencio, tan profundo, que ni el murmullo intranquilo de la marejada logró turbarlo. En aquel silencio, Clifton comprendió que había adivinado la verdad. Había sentido la mano de su compañero cerrarle apasionadamente sobre el bucle, paralizándose la respiración de su pecho. Parecía un hombre muerto. La oscuridad envolvía con sus sombras aquella escena de tragedia. La mano de Clifton se posó consoladora sobre el hombro del fraile.

—Usted también... ¿la ama? —preguntó; en voz baja.

—Más que a la vida, más que a Dios —contestó el fraile, cuya voz fría parecía llegar de ultratumba—. La amaba de niña, cuando, al salvarla, me rompí la espina dorsal en el Mistassini, y la amo ahora como mujer. ¡Que Dios me perdone y limpie mi alma del pecado!

—No es pecado afirmó Clifton. El fraile se apartó de él; cuando Clifton le llamó no obtuvo contestación. Alargó la mano en la oscuridad y volvió a llamarle, pero con resultado negativo.

Bim olfateaba la arena, pero el monje, si estaba cerca, permanecía callado. Volvió a iluminarse el cielo con el resplandor de un relámpago. El ruido del viento en las alturas semejaba el estruendo que produce una catarata. Clifton comprendió que aquella noche la tormenta sería muy fuerte.

—Pronto empezará la tormenta; vámonos a la tienda de Gaspard —exclamó.

Mas Bim le contestó sólo con un aullido. Clifton subió por la costa para cortar camino. Pronto vio la luz de la tienda de Gaspard. Una vez más esperó al fraile; esforzándose por distinguirlo en las tinieblas. Sintió en la mano una gota de agua, y después otra en el rostro. Oía claramente el rumor distante de la lluvia y del viento que avanzaban, y echó a correr. La tienda de Antoinette, sin luz, no era visible en la oscuridad. Probablemente Antoinette estaría durmiendo ya, se dijo Clifton, y se preguntó si Joe estaría con ella, y también si tendría miedo a la tormenta.

Entró en la tienda de Gaspard. Era ésta amplia y holgada, capaz de alojar a doce hombres. La linterna alumbrábala escasamente, sólo lo bastante para distinguir que Saint' Ives dormía y qué Barnabé y el cocinero roncaban. Joe estaba tendido sobre un montón de mantas, junto a la entrada. Había otra cama, que sin duda se destinaba a Fray Alfonso, pues estaba vacía.

Las gotas de lluvia empezaron a caer con fuerza sobre la lona. Luego vino el diluvio. Clifton se sentó apoyándose en un cajón para estar más cómodo, y se acordó del fraile, preguntándose dónde habría encontrado refugio.

Se acordó de una noche como aquella a orillas del Lago Saint John, y durante la que, por poco, se hubiera ahogado en el fango. Aún recordaba el sabor arcilloso y a veces lo sentía por todo el cuerpo, como si fuese un cáustico. Ni aun en Flandes encontró arcilla como aquella de la costa Este, ni lluvias como las que le hundieron en ella.

Pero la lluvia de aquella noche era peor, era una enorme sábana de agua. La tienda temblaba, y Clifton se preguntó cómo podrían dormir aquellos hombres con el estruendo de los truenos. La tromba de agua pasó por el lago impelida por el viento, con acompañamiento tal de granizo y de ruidos espantosos, que Clifton se puso en pie.

Despertó a St. Ives. Éste abrió los ojos y se incorporó buscando su ropa.

—¿Qué demonios es esto? —dijo al oír el tumulto.

—Tenemos huracán —contestó Clifton, sacando de su mochila una linterna portátil—. Las tiendas no lo resistirán. Más vale que vaya al lado de su hermana.

Saint Ives saltó en el acto del lecho y se quitó su traje de noche. Media desnudo buscaba sus ropas, y aún no las había hallado cuando todo el ímpetu del huracán cayó sobre la tienda. Clifton vio a Joe, a Barnabé y al cocinero saltar como si les hubiesen dado latigazos. A Joe se le saltaban los ojos de las órbitas. El estruendo era apocalíptico, algo monstruoso, parecía querer destrozar la tierra y el cielo.

De pronto las cuerdas de la tienda se rompieron. Fue cosa de unos segundos, y en ellos vio Clifton a St. Ives, desnudo; haciendo esfuerzos frenéticos por encontrar su

ropa. Cayó la lámpara hecha pedazos, y la tienda se derrumbó, envolviéndolos como si fuese un monstruo.

Clifton, después de darle un grito a Joe diciéndole que no tuviera miedo, y que se quedara quieto bajo la lona, se había echado de bruces a tierra, sosteniendo en alto la linterna de bolsillo. Oía a Saint Ives echar maldiciones porque le ocurría esto sin tener ropa puesta. Gritando a todo pulmón, consiguió que Gaspard le oyera.

Yo me ocuparé de Antoinette —le gritó—. Quédese con Joe.

Empezó a deslizarse por el suelo, pero a poco se encontró cogido en un repliegue que formaba la lona en uno de los lados. El ruido de la tempestad se había atenuado alejándose hacia el Este, pero semejábase aún a los mugidos de un toro gigantesco. Arreció el chaparrón que caía a plomo del cielo, cubriéndolo todo como una espesa cortina, El lago gemía, y gemía el aire; sin embargo, el viento había desaparecido. Ni brisa siquiera se notaba.

Guiándose con la luz, Clifton corrió hacia la tienda de la señorita St. Ives. Antoinette se había caído también, y yacía debajo de la lona inundada por el agua. Oyó su voz débil.

—¡Gaspard! —decía—. ¡Gaspard!

—¡Aquí estoy! —gritó Clifton—. ¡No tenga miedo!

Nunca creyó que la lona pudiera ofrecer tanta resistencia. Clifton tiraba de ella a un lado y otro con, todas sus fuerzas, sin éxito. De cuando en cuando oía un gemido de Antoinette, llamando a su hermano. No se le pasó por la imaginación sacarla del error, ni aun cuando al fin pudo rodear con sus brazos el cuerpo convulsa de la joven. Tuvo serenidad para agarrar al paso una manta y envolver en ella el cuerpo esbelto, de ella. La recogió en sus brazos, y recordó que a algunas millas de distancia había una posada en la carretera.

—La llevaré allí —gritó, informándola de su proyecto—. En la otra tienda todos están bien.

Antoinette creía que era Gaspard quien la salvaba. La lluvia arreciaba, el tumulto de los gemidos del viento seguía. La joven hundió, asustada, la cabeza en la manta.

Clifton, rodeó aquel cuerpo querido con sus brazos y lo atrajo contra su pecho, y ella le rodeó el cuello con los suyos. Clifton sintió el calor de su cara suave y húmedo. Sus labios estaban tan cerca de los de ella que los besó, y tan dulce y grata fue la emoción que sintió, que volvió a besarlos.

—No hay para qué tener miedo —le dijo, sin elevar demasiado la voz.

Ella apoyó el rostro contra la mejilla de él cuando emprendían la caminata. De haber poseído dos vidas, Clifton hubiese dado una a cambio de que aquel camino en la oscuridad y, la tormenta no se acabaran nunca. Con los labios rozó el pelo dorado, y luego lo besó, como también los ojos.

—¡Querido Gaspard! —murmuró Antoinette.

A Clifton el corazón parecía saltarle del pecho; la sangre le ardía. Antoinette le acarició una mejilla con la mano y le preguntó por Joe, por Fray Alfonso, y por...

Clifton Brant. Al pronunciar este nombre, la mano de Antoinette se apoyó con más fuerza sobre la mejilla del que creía su hermano, Clifton agachó la cabeza para no perder una palabra.

—Espero que no volverá nunca —dijo Antoinette—. Mas si vuelve es preciso que le despidas, Gaspard, porque le odio.

Él la estrechó más contra sí y no contestó. La lluvia se había aplacado, pero de pronto volvió a caer en un chaparrón copioso. Entonces se atrevió a hablar otra vez, dando a la voz el tono profundo de la de Gaspard:

—No volverás a verle después de esta noche. Se va a marchar... para siempre.

Sintió que su precioso fardo se estremecía. Hubo un silencio, que duró por lo menos medio minuto. Clifton avanzaba lentamente por entre el barro y los enormes charcos de agua; pero sabía que ella le había oído.

—Es un canalla —añadió él con la amargura de una verdad odiosa—. Es lástima que te ame.

La manta, la lluvia, el gemido del viento y sus recias pisadas sobre los charcos le ayudaron a guardar su secreto. Echó a andar más de prisa, acercando su cara al pelo de la amada, y acariciándolo con los labios. Ella advertía, agradecida, tan tierno afecto, y de nuevo su mano acariciadora pasó por la mejilla del joven Clifton.

Poca distancia quedaba para llegar a la casa del colono. Unos minutos más y todo habría terminado. Pasarían años y años, durante los que viviría del recuerdo de aquella noche. ¡Cómo se había equivocado Fray Alfonso! ¿Amarle ella a él? Le odiaba con todas sus fuerzas; pero nunca podría robarle el recuerdo de aquella marcha en la tormenta con una carga tan preciosa. Antoinette sabría la verdad, quizás aquella misma noche, y entonces, seguramente, le despreciaría tanto como a Iván Hurd.

En las tinieblas distinguió al fin la luz del caserío. La lluvia y el viento volvieron a arreciar con furia y Clifton arrojó a Antoinette en la manta, dejando sólo un hueco por donde pudiera respira. Le oyó decir que la soltara porque deseaba andar, pero en lugar de contestar, la apretó con más fuerza. Por fin llegó a la puerta de la casa. Tiró del picaporte y entró, sofocado y medio ahogado. No había nadie en el vestíbulo y Clifton dio una voz para despertarla los dueños de la casa.

Había entrado resueltamente, pues en su espíritu se obraba un cambio repentino. Ahora que todo terminaba, no se ocultaría. Sería cobarde esperar al siguiente día para revelar su hipócrita acción... Había robado: un momento de felicidad, pero no huiría con tan dulce recuerdo como si fuera un ladrón vulgar.

La habitación estaba alumbrada tenuemente. Antoinette seguía envuelta en la manta, y el agua caía a chorros de la ropa, formando pequeños charcos sobre la madera blanca de la habitación. Un hombre y una mujer se asomaron extrañados por la puerta de una estancia contigua.

Clifton no habló. La situación, de todos modos, tenía que despejarse en un instante, y él estimó mejor que ella le pidiese explicaciones. En la habitación había un

sofá, y en él la colocó. Vio los pies desnudos de Antoinette bajo la manta. Ésta cayó a un lado y descubrió un brazo blanco, tembloroso por el frío. Estaba toda anegada en agua. Clifton sintió deseos de arrodillarse ante ella, pero esperó, rígido, bajo la luz., chorreando también. Antoinette sonreía en aquel momento porque le pareció divertido el estrago de la tormenta Mas, de pronto, sus ojos se fijaron en Clifton, y el mayor asombro se pintó en su rostro.

—¡Usted! —dijo casi sin aliento.

No vio a los dueños de la casa que se acercaban a ella. Se cubrió el brazo desnudo. Sus dedos agarraron la manta y volvió a ocultarse bajo ella. Si las miradas pudiesen matar, Clifton hubiese muerto allí mismo. Tal era la que ella le proyectó. Clifton se dio cuenta de todo y se dirigió a la puerta. Considerábase como hombre perdido, y su rostro adquirió la palidez de la muerte. Antoinette permanecía silenciosa Al abrir la puerta, Clifton no se volvió, pero quiso despedirse.

—Buenas noches, señorita —dijo.

La tormenta y la oscuridad le recibieron. Una vez en la carretera se acordó de Fray Alfonso y conoció toda la amargura de un corazón sin esperanza y de un alma muerta, Y a pesar de todo lo ocurrido, sonrió, porque ningún poder de la tierra o del cielo podrían borrar de su mente la dulzura y el calor de los labios y los párpados que había besado.

Capítulo XVII

CESÓ el viento. Una llovizna cálida siguió al diluvio. Luego despejóse el cielo, cantaron los gallos y por fin apareció la aurora.

Con la primera luz del día volvieron a levantar la tienda. Clifton habló a St. Ives con resolución:

—Antoinette y usted necesitarán por lo menos dos semanas para terminar su obra aquí y en Saint Methode. Su hermana ha de conocer a todos los habitantes del valle, mientras yo trabajo en el Mistassini. Iré desde Roberval. De hoy en veinte días le encontraré a usted en Saint Felicien, y le ayudaré a que arregle usted sus asuntos con Trappier. Había en su voz un tono tal de seguridad que no permitía la réplica. St. Ives se dio cuenta del cambio.

—Me encuentro con el mismo ánimo que cuando vestía el uniforme —añadió Brant a guisa de explicación—; hasta ahora no ha pasado de ser una aventura agradable, pero desde hoy empieza la tarea. Si Jeannot y su hidroplano están en Roberval, por la noche amararemos en las concesiones de la Laurentian.

El fraile no había vuelto. Clifton le escribió y entregó la carta a Gaspard en un sobre cerrado. Habló con Joe unos momentos, y le dio una palmada en el hombro, como sí se tratase de un camarada. Luego le abrazó y le besó la carita llena de pecas.

—Dile a Antoinette que lo siento, que lo siento muchísimo —le dijo.

Aún era muy de mañana cuando llegó a Metabetchewan. Despertó a Tremblay, y juntos salieron en busca de un automóvil de alquiler. La aurora había dado reflejos escarlatas al cielo cuando entraron en la carretera.

Pasaron el campamento inundado de los St. Ives. Barnabé y el cocinero se esforzaban por encender una hoguera con la leña húmeda. La tienda de Antoinette ya estaba en pie otra vez. Gaspard colgaba las prendas mojadas en una cuerda. No había señales de Joe ni del fraile.

Clifton, al pasar, saludó con la mano a Gaspard y oyó su grito de despedida.

Llegaron a la granja de un colono, y Clifton pidió al chófer que moderara la marcha para poder contemplarla un momento. La pasión del campesino francés por el color y las flores se revelaba por todas partes. La casita estaba rodeada de plantas que trepaban por la verja. Tratábase de un edificio rústico, blanqueado, con las puertas pintadas de un verde fuerte y las chimeneas de rojo. El corral estaba también blanqueado y la puerta pintada de encarnado con franjas verdes. De la chimenea salía humo, y también de un gran horno al aire libre, lo bastante grande para cocer en él una hornada entera. Reanudaron la marcha y quedó atrás la casita. El chófer empezó a hablar a Clifton de los dueños de la granja.

—Él y su mujer —dijo— no poseían, entre los dos, más de un dólar y medio cuando se casaron. Ahora casi son ricos y tienen diez chicos. Y yo tengo quince —añadió con orgullo—. ¿Por qué no? Sobra aire, y el agua cuesta poco... —Y diciendo esto reía estrepitosamente.

Clifton miró hacia atrás hasta perder de vista el caserío. Luego miró a su compañero. Indudablemente el hombre era feliz. En su rostro se reflejaban el buen humor y la conformidad con su condición. Aunque nunca hubiese salido de su pueblo ni supiese otra cosa del mundo que lo que le habían mal enseñado, contábale a Clifton cómo, habiéndose negado un día a confesar, el cura pronunció unas palabras que le dejaron clavado en un banco un día y una noche enteros sin poder moverse; hasta que el mismo sacerdote tuvo que deshacer el encantamiento. En otra ocasión el mismo cura trazó una cruz sobre las aguas de un arroyo y aquéllas tomaron otro cauce. Eran milagros que probaban que el demonio no tenía entrada en aquella tierra.

Al levantarse el sol en el cielo, aquella sencillez e ingenuidad, y el aroma de la tierra refrescada por la reciente lluvia, dieron al espíritu de Clifton una paz que ningún dolor físico o moral hubiera podido borrar.

En todo el trayecto no había aglomeraciones de casas. Las granjas estaban muy distantes unas de otras; hallábanse esparcidas por aquella tierra fecunda del valle. Las aldeas, teniendo por única calle la carretera antigua, parecían arrancadas de algún cuadro medieval. Clifton tuvo la sensación de que el ruido del automóvil y el olor de la bencina profanaban aquel delicioso ambiente.

Díjose que las pequeñas parroquias y sus sacerdotes habían llevado a cabo una obra benéfica, lejos de la inmoralidad y del vértigo del mundo exterior. En este pequeño mundo que se mecía como un paraíso a orillas del lago St. John estaban la paz, el amor y la buena voluntad hacia los hombres de bien. ¿Podía dar más el mismo Dios? Aunque todos los fanáticos del mundo alzaran sus voces agudas en un grito contra estos métodos y predicaciones, ¿qué conseguirían?

Clifton veía a su alrededor los símbolos de la palabra divina. La siembra, la luz, las gentes humildes que utilizaban carros de bueyes en lugar de tractores, y caballos en lugar de automóviles, el aire fresco y limpio, el sol y los verdes árboles en lugar de las chimeneas arrogantes de las fábricas, y una iglesia que llamaba a los niños. No eran éstas, en opinión de Clifton, señales de un retroceso de las almas. Alexis, el chófer, creería en los fantasmas y en los milagros y nunca había estado en Quebec ni en otra ciudad alguna; pero Alexis creía, además, en Dios.

Llegados que hubieron a Roberval, no encontró Clifton a Jeannot. Mas, como el barco de Peribonka salía a las doce, decidió embarcarse en él y esto le daba tiempo suficiente para comprar algunas cosas que necesitaba. A las cuatro de aquella tarde emprendió el camino, montado en un carricoche guiado por Samuel Chapdelaine, con el que atravesó los llanos, y por la noche cenó en el depósito de la Compañía, sobre el Mistassini.

Se sorprendió al advertir el cambio que se había operado en él durante el día. Ni

por un momento se había apartado de su mente la imagen de Antoinette, pero a pesar de ello notaba al mismo tiempo una fuerte reacción. Por lo menos él así lo creía. Su actitud en adelante, se dijo, sería la que él se trazara. Procuraría ver a la señorita St. Ives lo menos posible. Aceptaba fríamente los hechos y la idea de que su comportamiento le hubiese valido el desprecio y la mala opinión de Antoinette. Creyó, que ella llegaría a compararle con Iván Hurd. Esta posibilidad le angustiaba y al mismo tiempo aumentaba en el deseo de enfrentarse con Hurd. Su éxito tendría un doble efecto: el de redimirse ante los ojos de la muchacha a la que había ofendido, y el de vengar la muerte de su padre. Creíase Clifton poseído del deseo de la venganza, como correspondía a su carácter enérgico y viril.

Bolduc, el director del depósito de Mistassini, tenía preparados para él varios mapas, dibujos e informes, que aclaraban mucho los detalles que el coronel Denis le había dado en Quebec. Bolduc y Clifton estudiaron la situación hasta pasada la medianoche. Los agentes de Hurd trabajaban desde principios de junio, y hasta la fecha habían establecido diecisiete campamentos nuevos. En las facciones de Eugenio Bolduc se marcaron profundas arrugas cuando señalaba sobre el mapa los sitios donde dichos campamentos estaban instalados. La semana anterior, su hermano Delphis, al que estaba encomendada la vigilancia de los bosques, había descubierto que todos aquellos campamentos tenían comunicación telefónica con el depósito principal de Hurd, el cual se hallaba en la linde de las concesiones de la Laurentian. Esto no tenía precedente en la historia de aquellos parajes. Bien estaba que existiese comunicación telefónica entre los depósitos; pero en una línea de diecisiete campamentos obreros, ¿a qué objeto podría servir? La contestación no era dudosa, y al pensar en ella Eugenio cerraba los puños como si quisiera boxear con alguien.

—La instalación de teléfonos no tiene más que una explicación —dijo—. Una compañía no gasta su dinero para que se diviertan sus obreros. Delphis ha recorrido todos sus campamentos y sabe lo que pueden hacer las piernas y los teléfonos. En los ayuntamientos hay trescientos hombres, y a los quince minutos de aviso, sea de día o de noche, esos trescientos hombres pueden ser movilizados a una señal de Hurd, si éste los quiere reunir con algún fin. No tiene otra explicación.

Eugenio creía que la situación era desesperada. Al hablar, las venas de la frente se le hinchaban y parecía que iban a estallar. Desde el Lago St. John, ambas compañías se veían obligadas a utilizar los mismos medios de transporte en una distancia de sesenta millas. Entre Eugenio y Delphis habían contado los obreros que se alistaban bajo los contratos de Hurd. Hasta entonces eran 114 y, sin embargo, en los bosques había más de doscientos cincuenta, lo que quería decir que Hurd tenía a su disposición hombres de las montañas, con siniestros propósitos. Estaba organizando un verdadero ejército, y lo disimulaba ante la gente de la Laurentian. Con este objeto tenía patrullas en los límites de las concesiones, y nadie, sin un permiso escrito, podía penetrar en ellas. Se obedecían estas órdenes con tanto rigor, que Delphis sólo había podido conseguir su información de noche. Desde el Norte habían llevado una

enorme cantidad de material para la Compañía de Hurd. Toneladas de dinamita, entre otras cosas. Vagones enteros de comestibles. Trabajaban treinta caballos en los campamentos, utilizados en el transporte. Seis de los contratistas eran hombres que la Laurentian Company había empleado el año anterior.

Gruesas gotas de sudor resbalaban por la frente de Eugenio mientras contaba estos detalles. Pero aún no había dicho lo peor. Como consecuencia de aquella actividad por parte del enemigo, los campamentos de la Laurentian estaban paralizados. No tenían más de cuarenta y dos hombres trabajando en los bosques, incluyendo los bomberos y seis ingenieros, mientras que Hurd contaba con doscientos cincuenta obreros en total.

Apenas había comenzado la temporada y ya seis de sus mejores contratistas habían firmado contratos con Hurd, atraídos por la promesa de dividendos.

De los doscientos cincuenta hombres de Hurd, cuarenta por lo menos eran hombres que el año anterior habían trabajado para la Laurentian. Los que venían de las montañas y por otros caminos eran extraños a la región. Delphis no conocía a ninguno de ellos. Eran hombres fuertes, algunos de ellos franceses, la mayoría de Ontario. Delphis había oído decir que otros llegarían más tarde por el Maine. Eugenio no disimulaba su desesperación. Dudaba de que la Laurentian pudiese tener cien hombres a sus órdenes para la temporada de las nieves, mientras que al paso que iba la «Hurd-Foy Company» dispondría de unos quinientos. Con semejante enemigo y cercados por todas partes como lo estaban, ¿cómo podrían trabajar en la primavera?

Opinaba que, a menos de hacerse algo, y pronto, la «Laurentian Company» tendría que quemar sus campamentos y renunciar a la lucha.

La frialdad glacial con que Clifton escuchaba el alarmante relato desconcertó a Eugenio. Cuando hubo terminado, Clifton escribió al coronel Denis lo siguiente:

Eugenio Bolduc me ha explicado, claramente la situación. Es interesante. Me gusta. Venceremos a Hurd.

Enseñó la carta a Eugenio. Éste le miró sorprendido.

Luego, con una exclamación de alegría, le apretó la mano.

—¡*Par Dieu!* ¡Eso es lo que hasta ahora hemos venido diciendo Delphis y yo! — dijo—. Quizá nos hemos acobardado un poco, pero si usted nos ayuda, ése será nuestro lema para siempre. ¡Por los santos, señor, estoy convencido de que venceremos a ese animal de Hurd!

Al día siguiente, Clifton y Eugenio emprendieron su camino hacia el Norte. En el primer campamento les encontró Delphis. Cada día constituyó para Clifton una fuente de nueva información. Desde un principio hizo vida común con los demás hombres, pues comió y durmió como ellos, rechazando todo privilegio que los demás pudieran disfrutar. Éstos le tomaron afecto. La primera impresión no tardó en convertirse en una amistad sincera, y no había finalizado la semana cuando ya

empezaba Clifton a entrever la posibilidad de una organización en la que podría depositar su confianza.

Fue franco con los hombres. Individual y colectivamente les señaló los motivos que guiaban a Hurd, así como la lucha a vida y muerte que la Laurentian tenía que afrontar. Al anoecer de la décima noche organizó un mitin en el depósito principal y con mapas y dibujos les mostró los procedimientos adoptados por la Hurd-Foy para echarlos de los bosques. No disimuló la gravedad de la situación. Apeló no solamente al orgullo y al honor de aquellos hombres, sino al instinto de lucha que se albergaba en el pecho de todos los nacidos en aquellos bosques. Delphis dijo lo que sabía de los forasteros que Hurd alistaba, y el desprecio que éstos sentían hacia los leñadores franceses.

—¡*Les canailles!* —exclamó—. ¿Permitiremos que nos compren, y, si no lo consiguen, consentiremos que nos echen? ¡No!

Un clamor de entusiasmo le contestó.

Había cuarenta hombres en la habitación de almacenaje, elegidos como más aptos para comprender la situación. Clifton estaba más que satisfecho. Estos hombres, que habían permanecido fieles aun a pesar de los ofrecimientos del enemigo, le apoyarían hasta lo último. Tenía la certeza de ello. No era más que un puñado de hombres, cuarenta contra seis veces su número, pero ¡qué cuarenta hombres! Miró sus rostros bronceados, desde los jóvenes hasta los de barba canosa, y le pareció oír el latido de aquellos corazones, los cuales eran: tan sinceros como el suyo. Estos cuarenta serían su máquina de guerra. Su entusiasmo aumentaba cada vez que les explicaba sus proyectos. Luego les pidió su opinión, uno por uno. Uno de los que se levantaron para hablar era tan corpulento como Saint Ives. Tenía una barba enorme, color de fuego, y exclamó con voz de trueno que vendería su alma al diablo si le llegara el día de huir de los forasteros que llegaban desde St. Maurice y el Estado de Maine.

Este hombre se llamaba Romeo Lesage. Al día siguiente, Clifton y los Bolduc le hicieron tomar parte en sus conciliábulos particulares, nombrándole jefe de los demás. Por indicación de Romeo, al día siguiente, Clifton escribió al coronel Denis pidiéndole que inmediatamente mandara, entre otras cosas, cien «palos para el juego de pelota».

Durante toda la semana siguiente Clifton no durmió arriba de seis horas, y cada día iba notando los progresos de su organización. Empezaron a llegar hombres. Samuel Chapdelaine mandó dos familias, incluso seis hombres de Peribonka. De la oficina de Roberval llegaron los primeros contratos firmados por Antoinette. Saint Ives. Constituyeron para Clifton una agradable sorpresa. Llegaron mujeres y niños. Cada capataz tenía de dos a seis niños. Uno tenía siete. Los Bolduc no salían de su asombro. Clifton se alarmaba y se sorprendía a la vez. De todos los años, éste era el menos indicado para tener mujeres y niños en los bosques. Sería un invierno lleno de disturbios y luchas, y probablemente sobrevendría alguna tragedia.

A principios de septiembre llegaron dos lindas muchachas al depósito de

Mistassini. Una de ellas entregó a Clifton una carta dirigida a él. Era muy breve. La firmaba Antoinette St. Ives.

Muy señor mío —decía—. Necesitamos que haya mujeres y niños en los bosques este invierno. Su presencia estorbará los manejos del enemigo y será una inspiración para nuestros hombres. Allí donde están su mujer y sus hijos, está el hogar de todo hombre. Cada capataz tendrá su campamento, y en él de seis a doce hombres. Las mujeres y niños de estos campamentos serán nuestros principales aliados. Así, pues, firmo con preferencia contratos con aquellos capataces que tengan familias numerosas.

Las dos jóvenes que le entregarán esta carta son dos buenas amigas mías de Quebec. Son maestras de escuela. Observará usted que la nueva cláusula en los contratos de empleo promete la instalación de cuatro escuelas en los principales sitios, y que se darán clases a los niños tres veces a la semana. Le ruego se ocupe de la instalación de estas escuelas cuanto antes, haciéndolas bastante amplias para poder dar además conciertos, recitales, y servicios religiosos. Déles igualmente a las señoritas Clamart y Gervais, que así se llaman mis amigas, todas las facilidades para que conozcan a las madres y a los niños. Me permito indicar la conveniencia de poner a su disposición dos caballos y, hasta que se familiaricen con los caminos, guías competentes.

Clifton leyó la carta dos veces, sin atreverse a mirar más que de soslayo a las señoritas Claman y Gervais. Se preguntó si habría visto en su vida unos dientes tan bonitos como aquellos que le sonreían. Había que decirlo: ¡Antoinette tenía muy buen gusto en la elección de sus amigas!

—Yo soy Ana Gervais —dijo una.

—Yo soy Catalina Clamart —añadió la otra, con voz angelical.

—Y tanto hemos oído hablar de usted, señor Clifton, que tengo un poco de miedo —dijo la que se llamaba Ana, cuyos ojos negros eran como risueños lagos.

—Yo también —asintió la otra, inclinando la cabeza rabia.

—Por el coronel Denis sabemos todo eso, naturalmente —dijo Ana.

—Sí, por el coronel Denis —repitió la otra como un loro.

—¿Quieren ustedes decir —preguntó Clifton— que la señorita Saint Ives las ha puesto en guardia contra mí?

—Nuestro honor nos obliga a guardar el secreto, aunque sí sabemos que es usted un hombre muy atrevido —dijo Ana, y sus largas pestañas negras taparon sus hermosos ojos un instante.

Le pareció a Clifton que, después de Antoinette ella era la mujer más bonita que había visto. La sangre le subió a la cara.

—A pesar de todo lo cual mandaré instalar las escuelas —dijo.

Ana levantó los ojos y se quitó el sombrero, dejando al descubierto su hermosa

cabellera negra. Clifton las acompañó a una cabaña especialmente construida para los huéspedes del campamento. Catalina también se quitó el sombrero, y Clifton tuvo que admirar, como todo hombre lo hubiera hecho, aquellas lindas cabezas, con reflejos de negro azulado, y la otra de oro apagado. Ana, mirándole de pronto, sorprendió su mirada de admiración, aunque él hizo esfuerzos por disimularla.

Las dejó en la cabaña, y dio órdenes al encargado para que nada les faltara.

Luego se dirigió a la oficina del director y encontró, allí a Eugenio, acurrucado su enorme cuerpo en un sillón ante el chaparrón de palabras que sobre él desparramaba un individuo misterioso que, al parecer, le amenazaba.

—Y que el diablo te llevé si te atreves a abrir la boca sobre todo eso... y además...

Al entrar Clifton, el que hablaba volvió la cabeza.

Era Alfonso, el fraile.

Al instante su faz cadavérica se iluminó con una sonrisa al ver a Clifton y le tendió ambas manos: Estaba aún más delgados que cuando Clifton le había visto la última vez. Sus ropas estaban rotas y le había crecido el pelo desigual, el cual le caía sobre las orejas.

—Perdóneme, querido Clifton, por molestar sus oídos con denuestos de un pobre pecador —dijo—. Me tomó por un vagabundo y le estoy dando lo que se merece.

Clifton le estrechó las manos, y en su sorpresa, sus primeras palabras fueron:

—¿Usted ha venido con ellas?

—¿Con quiénes?

—Con las señoritas Gervais y Clamart.

—¡Las dos lindas jóvenes que vi por la ventana! ¡No lo quiera Dios! En mi opinión es peligroso viajar con la linda morena, a menos de llevar consigo una poción contra los maleficios de las pestañas negras y los pozos sin fondo que cubren.

—Mucho la ha observado usted —gruñó Clifton.

—Mucho —dijo Alfonso sin inmutarse—. Apenas me he fijado en la otra. Si Antoinette St. Ives supiera que la otra, la de las pestañas largas, viene con ella...

—Ella las mandó —interrumpió Clifton, entregándole la carta de Antoinette.

Alfonso leyó la carta despacio, sin disimular su extrañeza. Cuando hubo terminado, quedóse pensativo y con la mirada fija.

—Puede ser que tenga razón, señor —dijo—. Difícil es que los hombres por sí solos consigan algo. Lo sé, porque he permanecido diez días en los campamentos de Philistines, con la humilde misión del sacerdote que lleva la palabra de Dios entre la plebe de Iván Hurd, y mis ojos y oídos han permanecido alerta día y noche.

De pronto sus ojos tuvieron una luz cavernosa y pasó por ellos un relámpago de comprensión y entusiasmo.

—¡*Cher Dieu!* —exclamó—, creo comprender lo que Antoinette St. Ives ha previsto antes que nosotros. Este año habrá bandidaje, en los bosques, se llegará a la lucha y posiblemente a más. Vendrán las autoridades, harán la investigación. Por un

lado encontrarán a Hurd, a su influencia política y a sus forasteros de Ontario, y Maine. Y por otro lado hallarán mujeres, niños, escuelas y música y la palabra de Dios. ¡Por Santa Ana, que ha dado en el clavo! ¡Será preciso que hagan justicia allí donde hay mujeres y niños y todas esas cosas... la pesar de todo el poderío de Iván Hurd!

El breve intervalo de silencio fue interrumpido por unas carcajadas y ruido de pasos.

Por la puerta abierta entró. Ana Gervais. Tenía las mejillas arreboladas y los labios tan rojos que parecían pintados.

—¡Pardon! —exclamó Mais—, *Monsieur...*

Y luego sus ojos dieron con el fraile. Le miró sorprendida. Éste inclinaba la calva cabeza ante ella.

Luego la miró con calma.

—Es a mí a quien ha de perdonar usted —dijo con afabilidad—. Veo que se sorprende de ver a un sacerdote con semejantes vestiduras, pero el señor Brant le explicara que acabo de llegar de una ardua empresa realizada en el bosque. ¿Es usted... Ana... o Catalina? —le preguntó avanzando hacia ella y tendiéndole la mano, inclinando aún más sus hombros deformes en su saludo.

—Soy Ana dijo ella en voz baja, como si se hubiese librado de un peso. Perdóneme, Padre. ¿No quiere usted venir a nuestra cabaña? Tenemos toallas, agua y jabón, y le serviremos con el mayor gusto.

—Iré —contestó el fraile, y volviéndose añadió—: Señor Clifton, usted me perdonará, pues no puedo despreciar tan grato ofrecimiento. ¡Con qué gusto colocaría yo a esta linda Ana en el calendario de los santos! Y al marcharse con Ana Gervais, sin aguardar la contestación de, Clifton, volvió la cabeza y añadió en voz baja:

—¡Recuerde, señor, que éste es el decimoctavo día!

Capítulo XVIII

CLIFTON se volvió hacia Eugenio y vio que estaba mirando por la ventana.

—Me da escalofríos ese hombre. Me hace el efecto de un fantasma —dijo Eugenio sin volverse—. ¡Y vaya las maldiciones que me hubiese echado si llego a soltar la lengua! Me pone los pelos de punta: ¿Qué quiso decir con lo del «decimoctavo día»?

—Era para recordarme que tengo el compromiso de encontrarme con Gaspard St. Ives en Saint Pelicien los veinte días de mi salida de Metabetchewan exclamó Clifton.

—Ahora está hablando con mucho entusiasmo con la señorita Gervais —gruñó Eugenio de pronto.

—No me extraña —contestó Clifton—. Y se han apartado del sendero que conduce a la cabaña, y se dirigen hacia las grandes rocas que hay a orillas del río.

—Lo que prueba que, además de fraile, es hombre, Eugenio.

Éste se volvió, encogiéndose de hombros.

—Ha envejecido diez años desde que le vi hace seis meses —dijo—. Por eso le tomé por un vagabundo como él le ha dicho a usted. Parece un cadáver, ¡uh! —añadió, estremeciéndose.

—No es usted buen embustero, Eugenio —le contestó Clifton riendo Pero no soy curioso y no quiero hacer preguntas. Estoy muy excitado con los acontecimientos, y con todo lo que para nosotros significan: ¿Cuánto tardaremos en instalar las escuelas? Se harán con troncos, desde luego, y les daremos una amplitud de unos veinte por cuarenta pies al interior.

Eugenio tomó apuntes en un papel.

—Setenta y dos troncos, en cada una, paredes de nueve pies, sin contar el suelo y el techo dijo al cabo de un momento Seis hombres, por cada instalación, un día para traer los troncos, tres para colocación y tres para construir el techo y el suelo. Siete días en total, o sea un mes para la construcción de las cuatro.

—¡Bien! —aprobo Clifton—. Escoja usted los seis hombres, Eugenio, los más hábiles en el manejo del hacha que usted conozca. A la hora de la cena le daré los planos y escogeremos los sitios, y le daré una nota para que compre las cuatro más bonitas campanillas de escuela que se encuentren en Quebec o Montreal.

Experimentó una amplia sensación de optimismo al marchar a su cuarto, instalado en un extremo del edificio dónde estaban los almacenes y las oficinas. Era más que optimismo. Era la convicción de que algo había sucedido que cambiaba por completo su situación en la próxima lucha con Hurd. Había temido cierta crisis, mas ahora

esperaba impaciente la llegada de aquello que más le había preocupado, la investigación del Gobierno, que forzosamente seguiría a los disturbios en el bosque, y cuyo castigo no podría menos que alcanzar a alguien. Los bandidos de Hurd podrían vencer a los hombres de la Laurentian por la fuerza numérica, pero no podrían echar de los bosques, ni hacerles daño, a las mujeres y a los niños, y por lo tanto tampoco a Antoinette St. Ives, Ana Gervais, ni a Catalina Clamart. ¡Y las campanas de las escuelas tocarían a vuelo al llegar los inspectores del Gobierno! Al principio achacó esta nueva fase de la situación que preveía al estado de su ánimo. Pero mientras se afeitaba, otro factor empezó a deslizarse en su imaginación, a pesar de una protesta mental que quedó anulada, antes aún de que hubiese terminado un lado de la cara. Este factor era Ana Gervais y, después, Antoinette Saint Ives. Algo de Antoinette parecía haber venido al bosque con Ana. Esta habíale mirado con aquellos ojos embrujadores de un modo singular. Había algo en la altanería de su linda cabeza que le recordaba a Antoinette... su pelo, aunque de distinto color, la esbeltez de su cuerpo... y otros detalles impalpables que no podía definir y que no encontraba en Catalina, de una belleza más reposada y quizá más perfecta. Clifton se vistió con un esmero inusitado en él. Terminado de arreglarse, se dedicó a estudiar planos y sitios para la instalación de las escuelas. Después se dirigió a la cabaña.

El fraile se había marchado. Ana y Catalina habíanse cambiado de ropa. Ana era la que más atraía los ojos de Clifton, aunque éste lo disimulaba. Quizá mirase con más frecuencia a Catalina, pero lo hizo con más atención cuando se fijaba en Ana. Ésta se había puesto una blusa blanca sobre la que llevaba una corbata negra. Su pelo, partido por medio, alisado sobre la frente y recogido en la nuca con un gracioso nudo, le hizo pensar a Clifton que, de haber sido artista, le hubiese inspirado un retrato de la Virgen.

Mientras estudiaban los planos de las escuelas, el rostro de Ana se iluminaba con la bondad y la sinceridad del de un ángel.

Pero cuando, un cuarto de hora antes de la cena, paseábase sola con Clifton a orillas del río, el demonio de la travesura asomó a sus ojos, los que le miraban por debajo de sus largas y sedosas pestañas.

—Como todos los hombres que la conocen, supongo que se habrá usted enamorado de Antoinette St. Ives —dijo, apoyándose en su brazo aparentemente para no tropezar con las rocas.

—La admiro —contestó Clifton.

Ana sonrió. Clifton no vio más que el brillo de su pelo y el rubor de sus mejillas.

—Espero que llegue a casarse con el coronel Denis Hace años que deseo arreglar esa boda. Pero me parece.

—¿Qué? —preguntó Clifton sin poder contenerse.

—Que quiere a otro hombre —dijo Ana.

El corazón de Clifton dejó de latir, sus nervios adquirieron la tensión del acero.

—Y lo malo es que precisamente ese hombre no la quiere a ella —siguió Ana—.

¿Qué tonto, verdad? —Sin darle tiempo a contestar, Ana continuó, preguntándole—:
¿Conoce usted a Gaspard St. Ives?

—Sí, mucho —dijo Clifton—. Pasado mañana le veré.

Pareció que la mano de ella se apoyaba con más fuerza sobre su brazo.

—¿Dónde? —preguntó.

—En Roberval, creo —mintió Clifton, fiel a la promesa hecha a su amigo.

Hubo un momento de silencio. Miró su reloj.

—La cena ya estará... —dijo Clifton.

Regresaron...

—Gaspard St. Ives es... un hombre excepcional —persistió Ana.

—Un príncipe entre ellos —agregó Clifton, llevándole la corriente—. ¿Usted le ama, señorita?

—¿Qué dice usted? —exclamó Ana, indignada.

Sus ojos brillaron, irritados; sus mejillas estaban encendidas, Clifton sonrió. ¡Qué pestañas tan bonitas tenía! Ocultaban por completo los hermosos ojos de Ana.

—¿Bueno, y qué? —continuó ésta—. ¿He de, avergonzarme de ello, o morir de tristeza porque él no me quiere? —Se reía, luciendo sus blanquísimos dientes, y su mano volvió a posarse sobre el brazo de Clifton—. Pero siempre hay esperanza —añadió cuando llegaron al comedor, donde Eugenio, Catalina y uno de los ingenieros les esperaban—. Acuérdesse usted de eso, señor Clifton, cuando sueñe con Antoinette St. Ives: siempre hay esperanza.

Y desde entonces hasta la hora de retirarse, Ana no le volvió a dar ocasión para hablar a solas con ella.

Pero a la mañana siguiente, cuando se preparaba Clifton a salir con Alfonso en dirección a Saint Felicien, Ana le entregó una carta y, con cierta ira en la voz que no era más que un murmullo, le dijo.

—Si no fuera por esa odiosa Ángeles Fanchon de Saint Felicien, yo podría casarme con Gaspard St. Ives. ¿Quiere usted ayudarme, señor Clifton?

Clifton sintió honda simpatía hacia ella. ¡Qué estúpido era Gaspard! ¿Sería capaz de no hacer caso de un ángel como Ana Gervais por causa de aquella testaruda campesina de Ángeles Fanchon, por mucha tierra, muchas vacas y muchos caballos que poseyera?

—¡Sí que la ayudaré, con toda mi alma! —le contestó.

—Entonces dele usted esta carta —dijo Ana, colocando un sobre pequeño en su mano, y añadió—: Ángeles Fanchon se ha portado tan mal con él, que ahora no se lo merece, y no comprendo por qué Gaspard le es tan fiel. ¡Merece que le peguen!

—Eso mismo pienso yo —asintió Clifton—. Estoy bastante enterado para tener esa misma opinión.

Ana le echó una rápida mirada.

—¿Por quién lo sabe usted? —le preguntó.

—Por Gaspard St. Ives, naturalmente, y por Fray Alfonso.

—¡Oh! —dijo Ana—. ¡Mala opinión deben tener de Ángeles Fanchon, la muy pícara!

—Así es —contestó Clifton—. Una opinión muy decidida; Espero que esa carta le quitará a Gaspard la venda de los ojos y le traerá a los brazos de usted.

—Así lo espero —contestó Ana con voz apagada—. Adiós, señor Clifton.

—Adiós, Señorita.

Desde la cumbre de la cuesta miró hacia atrás y vio a Ana en el mismo sitio donde la había dejado. Ella saludó con el pañuelo, y él contestó. Alfonso sonreía.

—Bonita mujer —dijo—, y tiene unos ojos que harían perder el sentido al mismo demonio. Debería haber un mandato de la Iglesia prohibiendo pestañas tan largas como las suyas; no tiene derecho a perturbar con ellas la vida de los hombres —añadió riéndose.

—Creo que Gaspard ha perdido todo el sentido común —dijo Clifton—. Es adorable, esa mujer.

—Un hermoso triunvirato, señor Clifton, contando a Antoinette. Los niños las amarán. Y también las mujeres, y cuando haya baile o alguna tontería semejante en las escuelas, éstas estarán repletas. ¡Ahora sí que lucharán nuestros hombres, descuide usted! Y ¡gracias a Dios que así sea, pues traigo noticias de los campamentos de la Hurd-Foy que le harán a usted sudar! Entre otras, la de que Hurd está allí en persona.

—¡Caracoles! —exclamó Clifton.

—Vino tres días antes de que yo saliera de los campamentos, y, con él, media docena de individuos que tienen la misma fisonomía perruna que la de su amo. Tres de ellos son miembros del Parlamento, que vienen a echar una mirada sobre las actividades de Hurd. Los otros dos no sé quiénes son. El quinto es el abogado de, Hurd en Montreal.

Clifton moderó el galope del caballo.

—Cuentan tener seiscientos hombres piará mediados de enero —continuó el fraile—, de los cuales por lo menos cuatrocientos serán americanos o ingleses del Canadá, gente desconocida de Ontario y Maine. Por mucho que hagamos, nuestra Iglesia tendrá poca influencia sobre ellos. Y para contrarrestar la baja en los salarios, Hurd ha aumentado las tarifas del año pasado en un veinte por ciento, prometiendo además una bonificación de cien dólares al que siga trabajando hasta pasada la primavera. Lo que significa una bonificación en total de sesenta mil dólares, más cuarenta y cinco mil dólares de aumento en salarios. Y contra todo esto tenemos nosotros...

—Tres muchachas y cuatro escuelas —terminó Clifton—. Y con buena suerte, unos doscientos hombres. ¡*Avance donc!* —dijo al caballo, volviendo a ponerlo al trote.

Por tercera vez Alfonso sonrió.

—Tiene usted razón de ser optimista, amigo Clifton. ¿Por qué pensar en cosas

malas cuando pueden suceder otras mejores? —añadió filosofando—. Por ejemplo, la lucha de mañana entre Gaspard St. Ives y Ajax Trappier será un acontecimiento interesante en extremo.

—No sucederá, como yo pueda impedirlo —dijo Clifton.

Alfonso dio un salto en su silla.

—¿Que usted lo impedirá?

—Si puedo, sí.

—Pues ¡qué le duelan a usted las muelas eternamente si logra su deseo! —le dijo el fraile, muy enfadado—. ¡Pero, hijo, si será un combate más interesante aún que el episodio de Sansón irrumpiendo entre los filisteos con la quijada de asno! Será la lucha más grande...

—Que dos asnos puedan llevar a cabo —terminó Clifton—. Pero creo que cuando le diga a nuestro amigo lo de Ana Gervais, y que le ha escrito una carta, renunciará a la lucha.

—¿Le ha escrito una carta?

—La tengo en mi bolsillo.

—Si se estropea esta lucha, no creeré nunca más en la virtud de la oración —dijo el fraile irguiéndose.

Ya más avanzado el día, en el calor de la tarde y cuando Clifton se quitó la americana, Alfonso tuvo ocasión de robar la carta y esconderla entre los pliegues de su hábito.

Desde aquel momento se mostró cada vez más alegre, hasta que entraron en la pequeña aldea de St. Methode, distante unas tres horas a caballo de St. Felicien. Apenas habían pasado la casa del párroco, la pequeña iglesia rústica y la antigua posada donde paraba un viajero una o dos veces a la semana, oyeron una estruendosa voz que les daba la bienvenida. Era Gaspard St. Ives. Avanzaba hacia ellos acompañado de un hermoso perro, ejemplar de Terranova. Abrazó a Clifton antes de que acabara de apearse, y apretó las manos del fraile hasta parecerle a éste que le rompía los huesos.

—¡*Bon Dieu!* —exclamó Gaspard—. Les he esperado a ustedes desde la mañana, sabiendo que vendrían por esta carretera. Dejé a mi hermana en Normandin ayer, y no he cerrado los ojos desde entonces, temiendo que olvidara usted su promesa. Pero esta noche voy a dormir como un niño, y soñaré con los huesos rotos de Ajax Trappier. ¿Hay sitio en este calesín para tres, señor Clifton, dos hombres enormes como usted y yo y esta sombra de fraile?

—Para la distancia que nos falta, sí. Suba usted.

El calesín salió de la ciudad a paso lento, abrumado por el peso.

—¿Qué quiere usted? —preguntó Gaspard, haciendo sitio para el fraile, que quedó aplastado entre los dos.

—Durante veinte días no he hecho más que pensar dijo Clifton por toda contestación.

—Una labor extraordinaria añadió el fraile con sarcasmo.

—He pensado —siguió Clifton— y he llegado a la conclusión de que será usted el hombre más estúpido de Quebec si llega a luchar con ese hombre en St. Felicien.

—¿Cree usted que podrá vencerme?

—No, no es eso. Pero Ángeles Fanchon, si es el ángel que usted dice, tendrá de usted una opinión muy pobre si se realiza la lucha, y si, al contrario, se enorgullece de ello, será una criatura muy vulgar, que no merece que se piense en ella. ¿Cómo puede usted serle tan fiel, teniendo a un ángel como Ana Gervais enamorada de usted?...

—¡Ana Gervais! —exclamó el otro.

—Sí, la maestra de escuela que su hermana ha mandado al campamento con Catalina Clamart.

—¡Qué, esa delgaducha, cuyos ojos me dan frío cada vez que me miran! ¿La compara usted con mi hermosa Ángeles Fanchon, señor Brant? ¡Usted está loco!

—Más loco que una cabra añadió el fraile.

—Eso es monstruoso:

—Es muy linda dijo Clifton, saliendo a la defensa de la muchacha El mismo Alfonso lo dijo, y habrá de la hechicería de sus pestañas.

—Porque me parecen cosa del infierno —interrumpió el fraile—. No le haga caso, Gaspard. No se puede comparar a Ángeles Fanchon con la señorita Gervais, como no se puede comparar a la luna con una vela. Y en cuanto a la lucha, si te vuelves atrás ahora... aunque estés un poco nervioso...

—¿Nervioso yo? —gritó St. Ives—. ¡Será de impaciente! No me sentiré hombre hasta que haya destrozado a ese monstruo, criado entre caballos, ante los propios ojos de Ángeles Fanchon. Ése es mi plan, señores, ¡pegarle, delante de Ángeles! De modo que a ver si nos damos prisa, señor Clifton. Estoy deseando llegar. ¡Mañana es domingo, día entre todos los días para clamar que caiga la venganza del Señor sobre Ajax Trappier!

—Dulces son los pensamientos que producen placer —murmuró el fraile—. Ya no le quedan argumentos, señor Clifton. Sólo la carta de la señorita Gervais. ¡Désela! ¡Procedamos ante todo con lealtad!

Clifton empezó a buscar en sus bolsillos.

—¿Dice usted que Ana Gervais le ha dado una carta para mí? —preguntó St. Ives, incrédulo.

—Sí, una carta de amor.

—¡Pues que Dios me libre de ella! —exclamó Gaspard.

—La he perdido —dijo Clifton, sorprendido—. No me lo perdonaré nunca.

—Sin duda cayó en la carretera cuando puso usted la americana detrás del asiento dijo Fray Alfonso.

—No le importe —dijo Gaspard, con un suspiro de alivio—. Me alegro de que se haya perdido. ¿Quiere darme las riendas, amigo Clifton? Me moriré de impaciencia si no vamos un poco más de prisa.

—Téngalas dijo Clifton, —alargándoselas—. Haga lo que quiera. Pero lo que sí le digo es que, por mi parte, no cambiaría una Ana Gervais por cien Ángeles Fanchon de St. Felicien. Y para gran sorpresa suya, el fraile murmuró a su oído:

—Ni yo tampoco, señor Clifton, pero, por esta sola vez, dejaremos que el diablo se salga con la suya.

Capítulo XIX

UNA emoción más profunda que la expectativa de la próxima lucha entristecía a Clifton. Quería saber algo de Antoinette Saint Ives, aunque este deseo implicaba debilidad por su parte, y esperaba que Gaspard le dijese algo. Su tristeza había aumentado desde que conociera a Ana.

Había momentos en que sus pensamientos le llevaban muy lejos de la charla de Gaspard y del fraile. Se preguntó por qué la señorita Gervais había vuelto a reanimar la chispa de esperanza que con tantos esfuerzos trató de apagar en su pecho durante las últimas tres semanas. Nada había dicho que pudiera hacer renacer su optimismo. Pero de ella emanaba esa influencia, y tan viva era la impresión, que le pareció haber conocido desde hacía años a la joven. Pensó que cualquier hombre podía enamorarse de Ana Gervais, y el que su amor por Gaspard fuese menospreciado era una cosa absurda e incomprensible. Llegó a pensar en ella con afecto. Ni la misma Antoinette era mucho más dulce y adorable. Si no existiese Antoinette...

De pronto despertó de sus meditaciones al oír el nombre de ésta en boca de su hermano.

—Ha cambiado de una manera extraña desde aquella noche de la tempestad —decía Gaspard—. Quizá sea la preocupación de este asunto con Hurd. Cuando no está ocupada entre los obreros, está ensimismada. Lee muchos libros y se dedica a la enseñanza de Joe. Pero la encuentro demasiado quieta, no me acaba de gustar.

—La tranquilidad tiene su virtud —dijo el fraile, a guisa de consuelo.

Clifton sintió una depresión. Había cambiado, decía Saint Ives, desde la noche de la tormenta. Sin duda Gaspard no sabía lo que sucedió aquella noche, sin lo cual le echaría seguramente del calesín. Ahora que miraba hacia atrás, comprendía la gravedad de su ofensa. Su atrevimiento tenía que haberla herido en lo más hondo de su alma. Clifton se odió a sí mismo por su torpeza, y escuchó a St. Ives, quien refería la admirable obra de las mujeres.

Día y noche, incluso los domingos, trabajaban. Gaspard creía que no había casa entre Point Bleu y Saint Felicien que no hubiesen visitado. Antoinette y Joe habían pasado cinco días en Saint Felicien, en casa de Ángeles, desde luego. Pero él había ido a Normandin. Por nada en este mundo se presentaría ante Ángeles sin haberle roto las costillas a Ajax Trappier.

Ángeles había ayudado mucho a su hermana, y entre ambas habían alistado veinte hombres, entre ellos cuatro contratistas. ¡Y nada tenía eso de extraño! ¡Cómo no se habían de dejar seducir aquellos hombres teniendo que hablar con las más lindas muchachas de Quebec! Habían ido juntos a la pequeña aldea de Saint Felicien y

habían conseguido alistar bajo su bandera a otros siete hombres, incluso al dueño de la posada, el herrero y un veterinario que vivía cerca de la casa del párroco. Hasta éste las había ayudado. Por todas partes los sacerdotes prestaban su apoyo a Antoinette, porque ni aun ellos podían resistirla. ¡Tan bonita y encantadora era!

Mientras seguían el camino, Gaspard continuaba su charla, y sus palabras caían como gotas de aceite hirviendo en la herida de Clifton. Le contó lo que hacían todos los días, las noches y los domingos, y añadió que cada hora se encontraba más orgulloso de su hermana. Creía, como Clifton, que vencerían forzosamente a Hurd, pues aumentaba el número de mujeres, hombres y niños que entraban a los bosques, y todos amaban a Antoinette. La idea de la escuela era magnífica, pero no comprendía por qué Antoinette y Ángeles habían escogido a Ana Gervais como una de las maestras.

—Es una buena profesora —admitió St. Ives—. Pero no tiene ningún atractivo, ni siquiera es simpática.

Era pequeño el calesín para los tres hombres, por muy delgado que fuese el fraile, y Clifton se alegró cuando vio aparecer las torres de la iglesia de Saint Felicien. Desde que salieron de Saint Methode deseaba Clifton hallarse de nuevo en el Mistassini, pues la empresa le parecía cada vez más inútil. Antoinette le despreciaba, y le despreciaría más aún si supiese que en aquel momento acompañaba a su hermano para ver cómo luchaba con otro hombre. Deseaba que terminase todo aquello muy pronto.

A medida que Clifton iba entristeciéndose, los otros dos hombres se animaban. Parecía que Gaspard iba a alguna fiesta. El fraile, de una manera misteriosa, se las había arreglado para asegurar el alojamiento de los tres en una granja distante unas dos millas de la casa: de los Fanchon, y otras dos de la de Ajax Trappier. Los dueños guardarían el secreto de su presencia. Se apartaron de la ciudad y llegaron a la casa de Adrián Clamart, que así se llamaba el granjero.

Clifton tuvo allí una agradable sorpresa. Adrián, hombre alto, delgado y con los ojos azules, era hermano de Catalina Clamart, que acompañaba a Ana Gervais en su misión en el Mistassini. Adrián estaba enamorado de su mujer y de su hermana. Pero en lo tocante a Ana Gervais, tenía la misma opinión que St. Ives.

—Es desagradable y se ha hecho muy antipática, señor Clifton. Comprendo la actitud de Gaspard —dijo—. Compadezco a mi hermana si tienen que estar mucho tiempo juntas.

Solo en su cuarto aquella noche, Clifton meditó: ¿Acaso él no veía a Ana con la luz de la realidad? Todo se presentaba como un rompecabezas. Se durmió pensando en los hermosos ojos de Ana, sus largas pestañas y su pelo sedoso, que parecía suplicar su apoyo.

Le despertó, temprano, por la mañana, un golpe en su puerta. Eran las siete

cuando terminó de desayunarse. Subió a un calesín con Gaspard y el fraile; Adrián, que guiaba, llevó el calesín a campo traviesa, y su mujer procuraba disimular la ansiedad que se leía en sus ojos. Había intranquilidad en el ambiente, y el mismo Clifton la sentía. Fue el fraile el primero en hablar, cuando ya estaban a alguna distancia.

—La Providencia nos ayuda —dijo—. El señor y la señora Fanchon salarán a oír misa a las nueve menos cuarto, pero Ángeles, que ha recibido mi aviso que la informaba de que Antoinette vendrá a las diez, se quedará en casa. Se alegra mucho, amigo Gaspard, de recibir la visita tan inesperada de tu hermana. Yo me ocupé de lo de la noticia, escrita por mi propia mano, con letra de mujer inmejorable, te lo aseguro. Se la mandé a Ajax Trappier anoche. A las nueve y media se presentará en todo su esplendor para llevarla de paseo en coche, como ella le pedía. ¿Pudo el mismo taimado Richelieu haberlo hecho mejor, amigo Gaspard?

—¡Vales un Potosí, Alfonso!

—Quizá tengas otra opinión de mí a las diez y media —contestó el fraile—, cuando estés molido a golpes. Menudos músculos tiene Ajax Trappier.

—¡También los tengo yo! —contestó Gaspard con orgullo.

Clifton sentía a la vez repugnancia y expectación. Se trataba de una lucha excepcional entre dos gigantes, y a no ser por el asomo de trampa que había en la preparación, hubiera simpatizado por el entusiasmo de Fray Alfonso. No pudo menos de preguntar:

—¿Y cómo han conseguido que la señorita Fanchon presencie el espectáculo?

—Yo me encargaré de eso —contestó el fraile—. El campo de batalla será un solar detrás de la casa. Sobre él, a unos cincuenta pasos, hay una gran ventana llena de flores. Y entre ellas estará el lindo rostro de Ángeles, para que los ojos de Gaspard puedan contemplar hasta que Ajax le deje sin vista. ¡Oh, eso es lo de menos, hacer que la señorita Ángeles presencie cómo su bueno de Gaspard es destrozado por los dientes feroces de ese tigre!

Llegaron a un bosque y penetraron en él, dejando el caballo atado a un árbol. Anduvieron bastante tiempo, hasta presentarse ante su vista extensas praderas verdes, interrumpidas aquí y allá por árboles y espesas malezas. Era la granja de los Fanchon. Atravesaron otro pequeño bosque, pasado el cual vieron las cuadras y la finca. Llegados a cierta distancia de la casa, St. Ives y Clifton se escondieron entre unas malezas y fumaron para pasar el tiempo. A las nueve menos veinte en punto, el señor y la señora Fanchon salieron en un pomposo calesín con las ruedas de goma, cuyo caballo negro lucía su limpia y sedosa piel al sol. Apenas habían: desaparecido en la carretera, cuando Alfonso saltó de su escondite como un conejo.

—Espérense veinte minutos —dijo—. Yo estaré con Ángeles en la casa. Después, vengan por detrás de la cuadra más pequeña y entonces te prepararás, Gaspard, Dentro de unos veinte minutos, Ajax Trappier vendrá por la carretera. Cuando llegue, señor Clifton, usted le saludará y le dirá que un caballero le espera detrás de la casa y

que tiene mucha impaciencia por hablar a solas con él. De este modo le llevará usted al solar que le he dicho y Gaspard se adelantará desde la cuadra, de modo que los dos se encuentren ante la ventana de las flores. Y juro que si lleva a cabo mis instrucciones, Ángeles podrá presenciar el combate desde que empiece.

Veinte minutos después salían del bosque y entraban en el pajar por una puerta trasera. Sin esperar más, Gaspard empezó a prepararse para la contienda. Primero vació sus bolsillos y colocó los objetos encima de un barril. Luego se quitó la ropa, hasta que su enorme cuerpo quedó desnudo cintura arriba. Después respiró a pleno pulmón y agitó los brazos para darles agilidad.

A Clifton empezaba a divertirse aquello. Se preguntó qué debería hacer si Ajax venciera a su amigo. ¿Tendría valor para ver al hermano de la mujer amada destrozado por su rival, ante los ojos de su novia? Era un problema.

De pronto vieron una nube de polvo en la carretera. Clifton se adelantó rápidamente y llegó al sitio del encuentro en el momento en que Ajax lo alcanzaba. El calesín se detuvo. Clifton, con los ojos muy abiertos, contemplaba al rival de su amigo.

Nunca había visto hombre más fornido en su vida. Era anchísimo de espaldas, aún más que Gaspard; lo cual no le impidió saltar de su calesín con extraordinaria agilidad. Ató el caballo a un árbol, dándose en todo ello más importancia que un Mayordomo real.

Su esplendor no se reducía solamente a su enorme cuerpo, a su fiero bigote y a su cara brillante, sino que hacía un importante papel la corbata, de un amarillo vivo. Su vestimenta era una fiesta para los ojos. Llevaba pantalones a rayas, americana a cuadros blancos y negros, y los zapatos brillaban más que el esmalte. Los rayos del sol le hacían deslumbrante, se reflejaban en una enorme piedra que lucía en la corbata, sobre dos enormes sortijas y sobre los eslabones de una gruesa cadena de reloj que se apoyaba con todo su peso sobre el abdomen.

—¡Buenos días! —saludó alegremente, con una sonrisa que reveló a Clifton los dientes más largos, más blancos y más fuertes que hubiese visto en su vida.

—Buenos días —contestó Clifton, y luego se adelantó—. *Pardon, Monsieur*, hay un caballero que desea hablarle y le agradeceré que vaya a verle un momento. Está ahí detrás de la casa.

—¡Ah! —exclamó Ajax—. ¡Con mucho gusto! —y siguió a Clifton, mirando de reojo para ver si Ángeles le observaba desde la ventana.

Y, como el fraile había dicho, los dos hombres se encontraron cara a cara en el solar.

A Clifton el corazón le dio un vuelco cuando vio, a través de las flores y cristales de la ventana; un rostro femenino, pues aunque estaba oculto tras el visillo, comprendió que era Ángeles por la mirada de triunfo de Gaspard. Éste, después de Trappier, miró a la ventana. Ajax también miró hacia arriba y comprendió.

Saludó a la muchacha con la mano:

—La señorita Fanchon —dijo.

—Sí, la señorita Fanchon —repitió St. Ives.

Le sorprendió a Clifton que se cruzasen entre ellos tan pocas palabras. Sin duda se comprendían aquellos dos hombres. A pesar de su fidelidad hacia Gaspard, Clifton empezaba a admirar a Ajax. La sonrisa de éste era una maravilla. Era una sonrisa perpetua, que dejaba al descubierto sus feroces armas: los dientes. Mirando con calma a su alrededor, empezó a cortar algunas flores. Luego colocó el ramo a cierta distancia sobre la hierba.

—Las pondré en sus manos cuando hayamos concluido —dijo a St. Ives sonriendo.

Ajax se fue al pajar para desnudarse, mientras Gaspard se paseaba de arriba abajo, aparentando olvidar la cara pálida que le miraba a través de los cristales.

Cuando Ajax volvió, seguía con su amplia sonrisa y animación. Sólo había conservado puestos los pantalones y los zapatos, brillantes como el esmalte. Se veía claramente que su *gaieté de coeur*^[3] no se interrumpía en modo alguno por el inesperado accidente. Atusóse el bigote al avanzar, y volvió a saludar a la muchacha. Gaspard se mordía los labios para disimular su rabia. Nada podía enfurecerle más que la aparente calma de su rival.

Clifton estaba tan absorto que le sobresaltó la risa de complacencia del fraile.

—¿Verdad que es todo un hombre ese Ajax Trappier? ¡Y mire usted a nuestro Gaspard! ¡Está tan lleno de rabia que estallaría como un balón si se le pinchara con un alfiler! ¡Pero fíjese en los dientes del otro! Dice que pueden partir en dos la pierna de un hombre, y cuando agarra la oreja de quien sea, ¡pobre de él, porque se queda sin ella!

Los dos combatientes se hallaban cara a cara. Empezaron a moverse el uno frente al otro, como dos gansos en mutua observación. Luego, como gorilas, con los brazos caídos y las cabezas agachadas, continuaron su movimiento circular uno tras otro.

Éstos eran los preliminares de la lucha.

—¿De modo que ha venido usted a romperme los huesos, señor Saint Ives? —preguntó Ajax sonriendo sin un temblor en la voz.

—Ya que estoy aquí, haré más que eso —contestóle Gaspard—. En presencia de Ángeles, que nos mira, voy a arrancarte ese bigote tan hermoso.

Era una estocada, pues el bigote de Ajax constituía su principal orgullo. Por un instante desapareció la sonrisa de su rostro.

—Un bigote puede crecer dijo exhibiendo de nuevo su enorme dentadura Pero, ¿qué vas a hacer tú sin dientes, sin nariz, sin orejas y sin ojos? Te dejaré sin todo eso, para que la gente diga que he sido yo, Ajax Trappier, el que te ha puesto en tal estado. ¡Y cuando termine cantaré el Alouette sobre tus despojos!

El insulto fue demasiado para Gaspard; acortó la distancia que media entre ellos, y Ajax hizo lo propio.

El fraile se puso a rezar. Luego, con un impulso terrible, ambos combatientes

chocaron en una terrible colisión acompañada de gruñidos y de gritos. Según veía Clifton, ninguno de ellos pegaba con los puños. Trabajaban con los pies, y Clifton comprendió por qué no se habían quitado los Zapatos. Al poco rato, una patada que dio Trappier a Gaspard en el estómago hizo dar a éste un grito tan fuerte, que bien podía haber sido oído al otro extremo de la finca. Al oír aquel grito, Adrián Clamart, que estaba escondido en el segundo pajar, asomó la cabeza por entre una brecha y no la volvió a retirar hasta terminado el combate.

Desde aquel momento la lucha fue tan rápida que Clifton apenas si podía seguir sus fases, Los dos gigantes rodaron sobre la hierba, entrelazadas sus piernas y brazos, ahora uno encima y luego el otro, revolviéndose a veces como una espiral, tal como a Clifton le gustaba revolcarse cuando era niño. Sabía que sucedían cosas terribles, pero sólo por las manifestaciones vocales de los combatientes podía darse cuenta de ellas.

De pronto, un aullido de Gaspard le heló la sangre. Los dientes de Ajax empezaban a hacer de las suyas, y otro aullido, algo distinto en diapasón, le hizo comprender que por su parte Gaspard no se quedaba atrás. El trozo de césped sobre el cual luchaban los dos rivales no tardó en semejar un trozo de tierra removida por cerdos, Saltaron al aire pedazos de hierba y de tierra y se elevaban nubes de polvo. Los combatientes gemían, respiraban con fuerza, rechinaban. Ninguno de los dos estaba hecho a sufrir en silencio, y a cada herida, cada ventaja ganada momentáneamente, se anunciaba con el tono de triunfo o de rabia correspondiente.

Gaspard era el que más ruido hacía. Y no todo lo inspiraba el triunfo. De lo más hondo de su ser salían gruñidos y lamentos. Clifton pudo verle un momento la cara. Su rival se la había frotado en la tierra donde ningún césped podía suavizar el contacto. Tenía la boca abierta y los ojos salientes, y escupía tierra. Luego los gladiadores volvieron a agarrarse en informe masa, y de nuevo Clifton perdió de vista a su amigo.

Pero lo más terrible en esa lucha singular eran los dientes de Ajax. Estaban a descubierto siempre. Relucían al sol. Le pareció a Clifton que aquel hombre no dejaba de sonreír un solo momento bajo su fiero bigote negro.

Luego sucedieron tres cosas una tras otra, cada una de las cuales parecía anunciar la terminación del combate. Gaspard recibió su *coup de grace*. Ajax le tenía boca abajo, sujetándole la nuca con sus manazas. Clifton se estremeció. Un solo golpe del poderoso puño de Ajax bastaría para matar a su enemigo. Pero los colonos de Quebec no utilizaban los puños. Siguiendo las costumbres de aquellas tierras, Ajax empezó a destrozar el físico de Gaspard frotándolo ferozmente en la tierra. El fraile daba vueltas alrededor de los dos, agitando los brazos en el aire y olvidando sus oraciones para dar gritos de terror y de aviso a Gaspard. Éste parecía haber perdido la batalla, pues tan en contacto estaba su cara con el suelo que ni aun sus gruñidos y quejas se oían.

En aquel momento de horror Clifton miró hacia la ventana. Era imposible

concebir que Ángeles presenciase impasible aquel espectáculo. ¡Sintió ira y repugnancia cuando vio su rostro pálido entre las flores!

Y en aquel instante sucedió lo inesperado. Como en un acceso de agonía, Gaspard hizo una contorsión tan extraordinaria que sus piernas se encontraron abrazadas al cuello de Ajax, agarrándolo como dos brazos poderosos de hierro. Alfonso dio un grito de alegría. Ajax, con una mano, quiso deshacer el lazo, sosteniendo con la otra la cabeza de Gaspard. Falló en su tentativa y soltó la otra mano, lo cual le permitió a Gaspard volver la cabeza y aspirar un poco de aire fresco. Las piernas apretáronse más. De la garganta de Ajax salió un quejido, que acabó en una especie de estertor. Pero en cuanto a su apariencia exterior, éste seguía sonriendo. «Es el efecto de esos dientes —pensó Clifton—. Este hombre morirá sonriendo. Y cuando esté muerto descansará sonriendo en su ataúd».

Clifton creyó llegado el último momento. Ajax miraba al cielo, como fijándose en una sola estrella. Su bigote apuntaba para arriba. Sus ojos se alzaron también, fuera de las órbitas. Sus extraordinarios dientes parecieron alargarse. Todo él miraba hacia arriba. Le pareció a Clifton que el alma de Ajax se desprendía de su cuerpo. Nunca sintió tanta admiración hacia Ajax Trappier. El estoicismo con que esperaba la muerte era admirable. No podría durar arriba de un minuto o dos.

Se preparaba a separar las piernas de Gaspard antes de que ahogaran a Ajax, cuando un tercer acontecimiento siguió al primero y al segundo. Ajax había soltado las manos y buscaba algo a tientas. Era el tobillo de Gaspard. Vio la pierna de éste inclinarse despacio, pero con seguridad, hacia los enormes dientes blancos. Clifton se quedó sin aliento. ¡Sería capaz! Y lo fue. Ajax, después de apartar el pantalón y el calcetín de Gaspard, hundió los dientes en la carne de su rival.

Clifton había oído, en las trincheras, el grito de guerra de sus compañeros, hombres enloquecidos por el odio y el deseo de matar, pero jamás grito alguno hirió sus oídos como el que lanzó Gaspard en aquel momento. Era un aullido prolongado y profundo, tal como Clifton no hubiese creído que saliese de garganta humana. Las piernas de Gaspard se aflojaron y los ojos de Ajax volvieron a recobrar su posición normal. Con la mayor frialdad continuó su boca mordiendo despacio y con fuerza la carne blanca de Gaspard.

El pobre fraile casi sollozaba de desesperación. Su amigo estaba vencido, destrozado. Ajax seguiría su obra destructora hasta que se le rompieran los dientes, pues las piernas de Gaspard estaban tan entrelazadas que no podían escapar a la tortura. Clifton miró a la ventana, impulsado por una fuerza invisible. Vio tras el visillo la figura de Ángeles Fanchon; pero no hacía ningún movimiento, a pesar de los gemidos de Gaspard.

Era evidente que Gaspard ni se acordaba de su Dulcinea. No así Ajax. En aquel instante sus ojos miraron a la ventana, con el vivísimo deseo de que Ángeles estuviese presenciando su victoria. Para mirar de frente a la ventana, hizo un movimiento que libró algo la pierna izquierda de Gaspard. El error fue fatal. Con un

esfuerzo poderoso, Gaspard se retorció, dobló la pierna y volvió a proyectarla con un ímpetu desesperado. El golpe dio a Ajax de tal modo que se vio lanzado por el aire como si fuera un saco de trigo. Cayó a tierra como una masa sin vida, con los brazos y las piernas abiertas, los ojos cerrados, los dientes exhibiéndose en su eterna sonrisa y brillándole el bigote al sol.

El fraile se inclinó sobre el cuerpo inanimado de Ajax. Luego, con misteriosa rapidez, se dirigió a la verja, y medio minuto después volaba por la carretera en el calesín de Trappier.

¿Era posible que Ajax estuviese muerto? Clifton se inclinó sobre él, temeroso. Respiraba despacio y le rechinaban los dientes. Gaspard se puso en pie. Con aire de triunfo miró hacia la ventana. Clifton atendía a Ajax, cuando de pronto oyó un grito de St. Ives, distinto de los anteriores. Mirando por encima del hombro le vio correr como un hico hacia la cocina.

Le siguió rápido. Seguramente los golpes recibidos le habían vuelto loco. Clifton penetró detrás de su amigo en la habitación de la ventana florida. Amarrada a una silla con grandes cuerdas, y colocada ante la ventana de modo que no perdiera de vista el combate, había una mujer joven. Estaba terriblemente pálida y respiraba con dificultad. Su cuerpo voluminoso ocupaba toda la silla. Si ésta era su linda Ángeles...

El grito que dio Gaspar retumbó en la habitación. Quiso hablar, pero no pudo. Por entre la masa de barro con que Ajax le había embadurnado la cara, sus ojos resaltaban llenos de sorpresa. Por fin pudo balbucear en voz baja, como un moribundo:

—No es... Ángeles.

La muchacha pudo hablar al fin. Sollozando y quejumbrosa, empezó una larga y apasionada explicación. Entre otras cosas dijo que el fraile había amenazado su alma con la maldición eterna si se negaba a representar aquel papel en la ventana, y para asegurarse más de ello la había amarrado con la cuerda. No era Ángeles Fanchon, ni quería pasar por tal. ¡Era la cocinera! El fraile le había dicho que iba a presenciar una lucha de gallos en el solar, y que quería que ella fuese testigo por si hacían alguna trampa. ¡Y la había amenazado con la maldición eterna si no le obedecía!

En su excitación dejó caer una carta al suelo. Clifton la recogió. Se la entregó a St. Ives.

—Ésta es la carta que le escribió Ana Gervais. Se conoce que Alfonso me la quitó del bolsillo. ¡Léala!

Clifton se ocupaba en soltar los nudos que amarraban a la pobre mujer.

Los dedos de Gaspard, torpes, abrían el sobre. Al leer la carta, la mayor sorpresa se reflejó en su semblante, La cocinera se había refugiado ya en la cocina como un conejo perseguido. Saint Ives hallábase presa de gran emoción. Continuó leyendo la carta, y de pronto, sin previo aviso, salió del cuarto, cojeando.

Clifton le siguió. Encontró a la joven echada en el suelo de la cocina, presa de un espasmo histérico. Procuró aliviarla. Cuando salió, vio a Ajax incorporado en el suelo; Gaspard le estrechaba la mano con fuerza. Después St. Ives echó a andar hacia

el pajar, mientras Ajax permanecía en la misma postura. Meneaba la cabeza de un lado a otro, mareado aún por efecto de los golpes. Sus dientes seguían luciendo en una sonrisa, y en sus ojos empezaba a percibirse el brillo de la inteligencia. Clifton le dio la mano lo mismo que lo hizo Gaspard, y le pareció que la sonrisa se ensanchaba aún más.

Al dirigirse a la puerta trasera del pajar, con sus ropas bajo el brazo, St. Ives alargó la carta a Clifton. Se leía en su cara, a pesar de la capa de barro que le cubría, una gran satisfacción.

—¡Lea usted esto! —dijo—. Yo voy entre tanto al río a bañarme. Clifton leyó:

Mi querido Gaspard Antoinette me hizo prometer que no te dijera que estoy aquí, pero no resisto a la tentación. Cree Antoinette que si sabes que estoy aquí, entorpecerás mi labor junto a ella, y más aún si te digo que me arrepiento de mi actitud y que te quiero más que nunca, y que estoy decidida a hacer cuanto tú quieras, casarme contigo, trabajar contigo y quererte hasta la muerte. El señor Brant te dirá lo que estoy haciendo aquí. Es muy bueno, y siento de veras que Antoinette le tenga tanto rencor. Pero, en verdad, creo que no es sincera y que le quiere.

Y luego venía una firma que le hizo saltar el corazón en el pecho. ¡Ana Gervais, la que él conocía y que estaba en el Mistassini, no era sino Ángeles Fanchon!

Capítulo XX

CLIFTON, lo mismo que Gaspard había hecho, leyó la carta repetidas veces. Poco a poco substituyó a la primera impresión de sorpresa una sensación infinita de felicidad, producida por las últimas líneas... Escritas aquellas palabras por otra persona cualquiera no le hubieran causado tanto efecto, pero escritas por Ángeles Fanchon derrumbaban las firmes decisiones que se había trazado. Desde un principio, Ángeles le había inspirado la mayor admiración y confianza. Ahora seguía pensando en ella cómo en Ana Gervais, puesto que con este nombre la conoció y era ésta la que había escrito aquellas palabras llenas de convicción y de duda: de duda de que Antoinette le odiase, y de convicción de lo contrario.

Por muy imposible que le pareciese tal esperanza, se asía a ella con una tenacidad desconcertante. Era como si respirase aire puro después de larga permanencia en un ambiente insoportable, y su corazón pareció resurgir a una nueva vida.

Siguió el camino que había tomado Gaspard, con la carta en la mano. Cuando llegó a un sitio donde podía ver a St. Ives que se bailaba en el río, esperó a que éste terminara y se vistiera. Le sorprendía algo la calma de Gaspard. Éste no parecía tener prisa. Cuando acabó, quedóse un rato contemplando el agua, hasta que Clifton se decidió a acercarse a él. Tenía la cara muy colorada y con señales en algunos sitios. Había algo de vaguedad feliz en su mirada. Cogió la carta nuevamente con gran delicadeza, y de nuevo volvieron sus ojos a posarse en cada palabra, extasiándose en su lectura.

—No merezco tanto —murmuró al fin, sin levantar la mirada—. Creo que he sido un poco loco. Pero ya estoy cuerdo. Hace un momento tenía grandes deseos de destrozar a Ajax ante los ojos de Ángeles. Ahora pido a Dios que ni mi hermana ni mi novia se enteren de esa estupidez mía. ¿Quiere usted guardarme el secreto?

—Si puede ser, sí. Pero acuérdesese de los otros testigos: la joven en la ventana, Adrián y Alfonso, y de Ajax.

—Voy a volver —le interrumpió St. Ives—. Tengo por fuerza que decirle a Ajax lo que siento. Con todo, es un buen chico, y no querrá que esa historia corra de boca en boca. Entre los dos lo arreglaremos con la cocinera y Adrián, y soltaremos algunos marranos para que se explique el estado del solar. Si puede usted encontrar a Alfonso y decirle que se calle...

—Se escapó en el calesín de Trappier, sin duda para que no le pegara usted por la trampa que hizo. ¿Quién viene por ahí?

—¡Es Ajax! —exclamó St. Ives—. Voy a su encuentro. Adiós, amigo mío. Ya sabe usted lo que siento. Le ruego se lo diga a. Ángeles, y también que volveré a su

lado como el hombre más feliz del mundo en cuanto mi hermana y yo terminemos nuestra obra. Iría ahora mismo, pero sé que ello no sería de su agrado. Y si puede usted alcanzar a Alfonso, pues sin duda teme sufrir la muerte a mis manos y se halla ya camino del bosque...

—¿Está usted seguro de que no empezará otra lucha con Ajax?

—Segurísimo.

—Mejor será que le acompañe.

Gaspard sonrió.

—Sería para mí una humillación que oyera las excusas que voy a dar a Ajax. — Los hombres se estrecharon la mano. ¿Tiene usted algún recado para mi hermana, Clifton?

—Mis mejores cortesías.

Siguió con la vista a St. Ives cuando éste atravesaba, cojeando, la pradera. Ajax venía muy despacio, y, al ver a St. Ives, se detuvo, sin duda en espera de más hostilidades. Gaspard le hizo una señal amistosa con la mano, y Ajax se acercó con franca sonrisa. Juntos se dirigieron a la granja de los Fanchon. Gaspard saludó a Clifton con la mano dos veces. La tercera fue Ajax el que saludó. Clifton sonrió. La paloma de la paz les había llevado el ramo de olivo.

Volvió solo al bosque, donde encontró el calesín y lo utilizó para regresar a los bosques de Mistassini y... adonde estaba Ana Gervais. Sentíase deseoso de permanecer solo, celebraba la ausencia de St. Ives y del fraile. Quería meditar. Allí, en la carretera solitaria, con el caballo caminando al trote, a su antojo, sin ninguna prisa, podía dejar volar sus ilusiones, podía soñar, esperar, volver a levantar los castillos fantásticos de su ilusión.

Era Ana Gervais la que le inspiraba aquella confianza en el porvenir. Su espíritu parecía acompañarle, murmurando en sus oídos las palabras escritas en su carta. ¿Era posible que el corazón de Antoinette aún sintiese algo por él, aunque no fuese amor? Permitted que este pensamiento, y aun la misma palabra ocupasen su alma, y aun que se repetía con tenacidad que aquello era imposible, temblaba su corazón de esperanza. Y recordó aquella noche de tempestad en que el fraile Alfonso le había dicho lo mismo que ahora Ana.

Hizo un esfuerzo para no pensar más en ello. Decíase que era una locura, y una locura que dejaría amargas huellas en su vida. Antoinette le despreciaba. A él le constaba, mientras que los demás sólo podían juzgar por las apariencias. Y, no obstante, el recuerdo del optimismo de Ana le perseguía. Le acompañaba, estaba a su lado, oíalo en el piar de los pájaros y lo veía en las flores del camino. Daba un azul más intenso al cielo y dulcificaba los rayos del sol. Clifton empezó a cantar en voz baja y a hablar al caballo. Sentíase renacer. La soledad y la tristeza que le habían acompañado últimamente habían desaparecido.

Se preguntó por qué Ángeles habría ido a los bosques bajo el nombre de Ana Gervais y no con el suyo. Algún motivo tendría para ello. En todo aquello tenían su

parte Antoinette y el fraile, sin duda alguna. Éste parecía ser el ángel inspirador, o demonio, de cuanto sucedía. ¿Por qué había hecho aquella jugarreta a Saint Ives? ¿Por qué había organizado la lucha y animado a Gaspard a ella, sabiendo que Ángeles estaba en el Mistassini? Una pregunta se sucedía a la otra, hasta que Clifton renunció a explicarse los acontecimientos.

Había llegado a una bifurcación de la carretera, cuando de pronto un hombre escondido tras la maleza saltó a su encuentro. ¡Era Alfonso!

Estaba lleno de polvo y el sudor le corría por la frente. Sus ojos examinaban nerviosos la carretera. Clifton tiró de las riendas. El fraile sonrió, pero Clifton no pudo corresponder. Empezaba a sentir sospechas respecto al fraile, y en su rostro se reflejó la sorpresa desagradable que le causara su repentina aparición en aquel lugar y en aquella forma. No disimuló lo que sentía. Pero Alfonso, sin darse por aludido, saltó al calesín riéndose.

Clifton experimentaba una sensación extraña. Había algo en la fisonomía y en la actitud del fraile que no acababa de tranquilizarle. Éste miraba fijamente hacia delante. Sus dedos se crispaban nerviosamente sobre las rodillas. Parecía temblar, y Clifton vio que sus labios se movían despacio. Parecía haber envejecido; estaba delgadísimo, y su cara tenía la palidez de la muerte. Parecía más bien enfermedad que miedo lo que padecía.

Siguieron largo tiempo en silencio. Clifton, al pensar que su amigo acaso pudiera estar loco, sintió pegársele la lengua al paladar. Luego pareció Alfonso volver en sí, poco a poco y con gran esfuerzo. Miró a Clifton y se echó a reír. Pero no había alegría en su risa.

—¿Dónde está nuestro amigo Gaspard? —preguntó.

—Presentando sus excusas a Ajax Trappier —contestó Clifton—. Son ya muy amigos, y ambos desean que el rumor de la tontería que han hecho no llegue a oídos de las mujeres. Yo le he prometido el secreto. ¿He hecho bien?

—Muy bien —asintió el fraile—. No tengo motivo alguno para decírselo a Ángeles, y en cuanto a Antoinette, no espero volver a verla.

Estas palabras, pronunciadas con firmeza, fueron una sorpresa para Clifton.

—Creo que mi obra se está terminando —añadió el fraile con voz extraña—. Y usted, de todos los hombres de la tierra, es el que debe saber algo de todo esto, porque hay algo entre nosotros, señor Clifton, que a pesar de mi fealdad y mi aparente locura, nos une, y es... que los dos amamos a Antoinette. Mi amor morirá conmigo; El suyo vivirá. Y no estoy loco como usted cree y como Gaspard supone a veces. Lo que sucede es que veo demasiado lejos, con demasiada claridad y muy profundamente, aquellas cosas que otros no ven. Por eso organicé la lucha entre aquellos dos hombres y coloqué a la joven en la ventana. Sabía que mientras no estallara el rencor entre Gaspard y Ajax no habría paz y, por contra, sólo la idea de haber dado lugar a un espectáculo ridículo les haría amigos.

«De modo que cuando me enteré del proyecto de Antoinette acerca de las

escuelas, la convencí de que nombrase a Ángeles como una de las maestras. La señorita Fanchon no conocía mi papel en el proyecto, así es que, por poco, se traicionó allá en el Mistassini cuando nos encontramos. Ahora bien, desconozco los motivos que la hayan hecho cambiar de nombre, Ése es su secreto y el de Antoinette. Ana Gervais es un bonito nombre, pero es el de una vieja solterona de Quebec que persigue al pobre Gaspard con su adoración. En fin, sea cual sea el motivo de Ángeles, el caso es que a mí me ha sido muy útil. Aún me queda otra cosa que hacer, y luego...».

—¿Qué? —preguntó Clifton, observando la vacilación del fraile.

—Habré terminado. Aquéllos a los que quiero más que a mi propia vida sabrán comprender. Y Antoinette, que Dios bendiga eternamente, será feliz. Y usted también, señor Clifton; se lo digo para que algún día se acuerde de mis palabras y no me desprecie. ¡Oh, no estoy loco! Al contrario, estoy muy cuerdo. ¡Demasiado! Cuando haya terminado mi obra, quiero que sepa algo de la verdad para que aquéllos a quienes quiero sean tan buenos que recen alguna vez por mi alma, esa alma que antes inspiró un servidor de Dios y que ahora lucha débilmente en el cuerpo de un pecador. Señor Clifton, hay un pequeño arroyo de agua aquí cerca. ¿Usted tiene sed?

—No, yo no, pero le esperaré —dijo Clifton, deteniendo el caballo.

Por un momento le dominó un impulso irresistible. No acostumbraba sentir tanta amistad hacia los hombres que se permitiera un gesto de afecto, a excepción de Benedito. Pero en aquel instante una extraña emoción le hizo sentir deseos de rodear con su brazo el cuello del monje, como lo hubiera hecho para consolar a Joe. Dominó su impulso. El fraile, ya apeado, miró a Clifton y quiso sonreír. Luego Clifton siguió con la vista su figura diminuta al entrar en el bosque, y de pronto sintió su corazón lleno de compasión y simpatía.

Esperó. En el sitio por donde había desaparecido el monje cantaba un pájaro. Una ardilla corrió por la tapia que cercaba el bosque. Por entre sus espesuras veía Clifton arroyos de agua cristalina que brillaba al sol con reflejos de plata. Entre ellos había desaparecido el fraile. Clifton tendió el oído, pero no oyó pasos. Percibió los golpes de hacha de un leñador.

«El fraile tarda mucho», pensó Clifton.

Se apeó del calesín y ató el caballo a un tronco. Saltó la tapia y siguió un arroyuelo durante unos cien pasos, hasta llegar a su cuna, la fuente.

Allí no estaba el fraile, ni se veían sus huellas en la arena que rodeaba la fuente. Clifton le llamó y la única contestación fue el murmullo de la Naturaleza.

Quedóse suspenso mientras la luz de la verdad se abría paso en su cerebro.

El fraile no había ido allí a beber agua, se había alejado para no volver más.

A pesar de creer haber adivinado la verdad, Clifton esperó media hora junto a la fuente, acechando por entre los árboles para ver si distinguía algún movimiento.

Cansado de esperar, volvió a subir al calesín y se dirigió hacia Saint Methode. Invadió la tranquilidad del camino, de pronto, una caravana de colonos. Venían de oír

misa. Los más jóvenes pasaron primero, esmerándose cada uno de ellos en demostrar sus habilidades en la equitación mientras iban solos. Pero al acercarse a ellos una linda doncella de coloradas mejillas, tipo clásico de aquellas tierras, su enamorado galán permaneció recto y arrogante sobre su cabalgadura, pues sabía que los ojos criticones de ella le miraban.

Pasaron todos en desfile, primero los jóvenes y después a caravana de carros con los niños, llevando algunos dos o tres familias por carro. Los novios quedábanse un tanto rezagados, deseosos de apartarse algo de las miradas inquietas de los padres. Algunos reíanse ante la calma con que andaba el caballo de Clifton.

Éste, a pesar de todo, se sentía triste, parecía que algo le faltaba. No podía apartar de su imaginación la figura del fraile, ni lo extraño de su desaparición, y tras la alegría y felicidad de los colonos que se habían cruzado en su camino, su preocupación aumentaba según iba avanzando el día. Eran más de las doce de la noche cuando llegó al Mistassini.

Solo en su cuarto, permaneció despierto. Más de media docena de veces miró hacia la cabaña sin luz donde reposaban Ángeles Fanchon y Catalina Clamart. Si hubiese sido otra, o si hubiese notado algún movimiento dentro de la cabaña, no hubiera vacilado en llamar, pues lo justificaba el grado de amistad y confianza que le unía a Ángeles Fanchon.

Ella era la que había despertado aquellas esperanzas en su corazón; ella sabía que Gaspard le daría a leer la parta que le escribió, hablando también de Antoinette y con toda intención, Este pensamiento le impidió conciliar el sueño. Esperaba la aurora con impaciencia, para preguntarle el significado de aquellas palabras, y el recado que para ella traía de parte de Gaspard sería motivo suficiente para que ella, satisfecha, le dijese la verdad, aunque para ello faltase a la promesa hecha a Antoinette.

Cuando fue a desayunarse, había dormido sólo tres horas, y no salió de la cabaña hasta que vio salir de la suya a Ángeles y Catalina, las dos vestidas con trajes de montar y llevando pequeñas mochilas a la espalda. Le agradó el traje de Ana, hecho a propósito para resistir todas las intemperancias; las botas eran de gruesa piel y hechas para resistir el agua y el barro. Catalina tenía recogido el pelo en una hermosa trenza que brillaba al sol como el oro. Clifton se fijó en ese y otros detalles, aunque sus ojos parecían no apartarse de Ángeles. La vio algo preocupada, lo que atribuyó a su deseo de saber cómo había recibido St. Ives su carta y cuál era su contestación. Terminado el desayuno, Clifton le dijo que deseaba hablar a solas con ella, a lo que ella accedió.

Juntos se dirigieron al río, dejando a Catalina con el ingeniero, que había preparado los caballos para ellas y que demostraba mucha alegría de poder acompañarlas en su primer viaje por los campamentos.

—Habíamos proyectado salir una hora antes —dijo Ángeles a Clifton—. Pero Catalina no acababa nunca de peinarse. No me extraña que se deleite en ello, es una hermosura de cabello. Está enamoradísima, y también lo está de ella el joven Vicente, aunque ambos procuran disimularlo hasta que pase un poco de tiempo, como

imponen las conveniencias. Ayer nos encontró Vicente a ambas mientras nos habíamos soltado el cabello al sol, en un sitio donde creíamos que nadie nos vería. Si no estoy allí, creo que Vicente hubiese caído de rodillas. Desde entonces Catalina no hace más que arreglarse la cabeza. ¿Verdad que es una tontería que un hombre se vuelva tan loco? —Y al decir esto le miró rápidamente, como si esperase de él que no diese una contestación afirmativa.

—Quizá —contestó Clifton, haciéndose el desentendido ante aquella mirada—. Pero así sucede. Los hombres siempre hacen el ridículo, de un modo o de otro. Ahí tiene a Gaspard St. Ives, por ejemplo. Desde el primer día que le vi, empezó a desvariar hablando del cabello de una muchacha de pueblo (Ángeles Fanchon me parece, que se llama...), y cuando me vio sonreír quiso pegarme. Pero nunca en mi vida le he oído decir una palabra sobre Ana Gervais.

—He sido una tonta —murmuró Ángeles.

—Verdad —asintió Clifton.

—¿Le dio usted... la carta?

—Cuando le dije que traía una carta de Ana Gervais, no quiso recibirla.

—¿Qué?

—Pero le obligué a leerla.

Ana respiró.

—Luego, señor Clifton, ¿usted está bromeando conmigo? Si es así, si cree que es muy divertido tenerme en esta ansiedad... —y un relámpago de ira cruzó por sus hermosos ojos.

—¿Bromear yo a su costa? —dijo Clifton, riéndose—. Sólo porque soy feliz en su felicidad, amiga mía. Creo que nunca conocí bien a St. Ives hasta que leyó aquella carta. Fue como una llama que iluminara su alma. Aquella carta le hizo volver a la vida. Poco dijo, pero sus palabras me demostraron su sinceridad: «Dígale usted que iré a ella como el hombre más feliz de la tierra en cuanto mi hermana y yo hayamos terminado nuestra obra. Iría ahora mismo, pero temo enojarla». Y, además, ¡me hizo leer la carta!

Sintió temblar la mano de Ángeles sobre su hombro.

—Me dio a leer la carta —repitió.

—Sí, comprendo —contestó Ángeles; con la cabeza tan baja que Clifton no podía verle las facciones.

—Hablaba usted de mí en esa carta, y le agradezco infinito su buena opinión. Y si en verdad cree usted que Antoinette no me guarda rencor, si cree eso, seré casi tan feliz como Gaspard Saint Ives. Pero si escribió usted aquellas palabras sin meditarlas...

—No, señor contestó ella, pareciéndole a Clifton que aquellas palabras le hacían el efecto de una corriente eléctrica que hiciera vibrar todos los nervios de su cuerpo. Tengo la certeza de ello, ahora más aún que cuando escribía la carta. Usted ha hecho algo muy terrible, Clifton y Antoinette quiere castigarle por ello, como yo quise

castigar a Gaspard, y tanto le duele a ella como usted. Si eso no fuese verdad, por qué...

—Siga usted —le dijo Clifton, viendo que vacilaba.

—¿Por qué tiene ella los ojos rojos de llorar? —preguntó Ángeles—. También los tuve yo así con frecuencia, pues, aun cuando amaba a Gaspard, me empeñaba en hacerle creer lo contrario.

—Quizá llore por causa de las maquinaciones de Iván Hurd indicó Clifton, con una voz que sonó metálica en sus propios oídos.

—No, cuando habla de Iván Hurd hay una llama en sus ojos. Es por la noche cuando llora.

—¿Usted lo sabe?

—Sí. Dos veces lo he advertido, puesto que duermo con ella.

—Será por alguna otra causa.

—Además, la he oído hablar con Joe respecto a usted. A mí me dice que le odia, y lo repite con demasiada frecuencia para que pueda ser verdad. En secreto, le dice a Joe que es usted el hombre más valiente de la tierra, y que debe procurar imitarle cuando sea mayor. Confieso que escuché una vez, y oí estas mismas palabras.

—Como es tan buena, no quiere que Joe tenga mala opinión de mí.

—¿Tanto la ofendió usted, Clifton? —preguntó Ángeles.

—Le dije que la amaba.

—Pues no es un gran pecado.

—Pero se lo dije la primera vez que la vi, la misma noche, en su casa.

—¡Oh! —dijo Ángeles, estremeciéndose.

Y se lo volví a repetir todos los días. La tercera noche, durante la tempestad sobre el Lago St. John, de la cual algo le habrá contado a usted, la llevé en brazos hasta la casa de un colono y la besé varias veces en el trayecto.

—¿Y ella lo consintió?

—Creía que era su hermano.

Ángeles hizo como que gritaba.

—¡Eso es terrible! —exclamó—. Pero si Gaspard me hubiese hecho lo mismo a mí, quizá no le odiarla tanto por ello. A menos que...

¿Qué?

—Que cometiera una terrible torpeza después. Por ejemplo, ¿sabe usted si Antoinette, efectivamente, creyó que era Gaspard? Es muy posible que supiera que era usted, y fue feliz hasta el momento en que cometió usted la torpeza de, revelar su identidad en la casa de los colonos. Sí, me contó lo de la tempestad y que la había llevado en brazos, pero nada dijo, como es natural, de je, de los besos. Y cuando la dejó usted sin una pizca de orgullo tras el que esconder su rubor, ¿cómo no había de tomarle odio? Por menos de eso he hecho lo indecible por odiar a Gaspard durante más de seis meses.

—Pues creí obrar como un hombre decente.

—Y fue lo más estúpido que pudo haber hecho. Si ella sentía alguna vergüenza, y usted obró sin tacto alguno, veo difícil que vuelva nunca a sus brazos. Pero le ama. De eso estoy segura. Ahí vienen Catalina y Vicente. ¡Observe cómo él se rezaga un paso o dos, mientras ella se desliza por las rocas, sólo por saturarse los ojos con aquella trenza! ¡Oh, todas tenemos nuestras coqueterías, Clifton, y es un sacrilegio descubrirlas!

—Siempre pensaré en usted como en el ángel de mi vida —dijo Clifton, con gratitud—. Me ha hecho usted feliz. Y siempre, cuando con más afecto piense en usted, será bajo el nombre de Ana Gervais.

—Otra pequeña hipocresía —suspiró Ángeles, al acercarse los otros dos—. Todos somos, hipócritas, Clifton. Le pido perdón. La verdadera Ana Gervais iba a venir, cuando tropezó en su camino con un pobre viudo que necesitaba el cariño de una mujer, y se casaron sin más aviso. Gaspard se alegrará. Y cuando tomé su puesto y pedí a Catalina que viniera conmigo, me dio el capricho de adoptar el nombre de Ana. Gervais. Fue una broma. Quizás, además, fuese un poco violento para Ángeles Fanchon encontrar a Clifton Brant en aquellas circunstancias.

Sonreía a Catalina y Vicente mientras avanzaban hacia ellos, pero sus dedos hicieron leve presión en el brazo de Clifton.

—Antoinette vendrá dentro de diez o, quince días —agregó—. Y entonces, si tiene usted el oído y la vista alerta, ya verá.

Media hora después Clifton les seguía con la vista, mientras las dos jóvenes galopaban por la carretera, Vicente en medio de ellas.

Capítulo XXI

CLIFTON volvió al trabajo con un entusiasmo que no sintiera durante años. Ángeles Fanchon había hecho desvanecer la nube de pesimismo que le oprimió, y ahora le inspiraba entusiasmo y deseos de terminar la obra emprendida, muy distintos de las sombrías resoluciones que hasta entonces le animaran. ¡Antoinette no le odiaba! Es más, hablaba bien de él al pequeño Joe. Su imaginación soñaba y se llenaba de ilusiones, Se sentía con fuerzas para afrontar cuantos Iván. Hurd se le interpusieran en el camino...

Hundióse en el trabajo con una energía violenta que le recordaba ciertos días de batalla en Bélgica. El tercer día, después de su llegada, vino el coronel Denis en el barco desde Roberval. Y el amigo vio que la confianza de Clifton tenía la solidez de una roca inaccesible a los efectos de la dinamita. Recorrieron los campamentos. No pasaba una hora sin que Clifton explicase a su amigo alguna nueva razón por la cual vencerían a Hurd. Durante su estancia de cinco días en los bosques, el coronel Denis rejuveneció diez años. Viéronse también sorprendidos por la compañía de Ángeles Fanchon y Catalina Clamart, y éstas estaban tan animadas como sus compañeros.

Una de las escuelas estaba casi terminada. Las otras estaban construyéndose. Las jóvenes se dedicaban a organizar los programas y las clases. Habían conseguido entusiasmar a las familias con la promesa de dar clases de inglés, con gran Sorpresa de Clifton y John Denis. Ningún adulto entre ellos dejaba de comprender la utilidad que reportarla el saber aquel idioma, puesto que las compañías explotadoras; de los bosques eran casi todas inglesas.

—Con semejante entusiasmo para sostenernos; no demos perder —decía Clifton por centésima vez al coronel Denis—. Si conseguimos cortar la madera, nada de lo que haga Hurd impedirá que llegue hasta las factorías. A usted le toca ahora ocuparse de que vengan los inspectores del Gobierno a enterarse de lo que aquí sucede. Lo que estamos haciendo será del agrado del primer ministro. Es un conservador y odia a Hurd.

«Haga usted que vengan aquí sus partidarios, que oigan las campanas de las escuelas y vean lo que hacen los nuestros, y ya verá como Hurd no se atreve a soltar su horda para realizar el plan criminal que tiene trazado. ¡Si fracasamos, es que no existen en el mundo las palabras honra y justicia!».

Clifton revelábase cada vez más entusiasta, y sólo Ángeles Fanchon sabía de cierto cuál era la llama que le inspiraba.

—¡Voy a cortar dos millones de troncos, y los haré llegar a la fábrica! —concluyó Clifton.

Al día siguiente de la llegada del coronel Denis, Clifton volvió a ver a Ángeles Fanchon.

—Puesto que el arzobispo ha prohibido el baile entre los católicos en la provincia, hemos decidido dar conciertos semanales en cada escuela dijo Ángeles Necesitaremos cuatro pianos.

Clifton hizo cursar el pedido inmediatamente.

Desde entonces hasta mediados de septiembre, Clifton no tuvo noticias de Antoinette ni de Gaspard St. Ives, ni directamente ni por Ángeles. Pero los leñadores seguían alistándose. Para el 15 habría en el bosque ciento ochenta hombres, cuarenta mujeres y sesenta niños. El 17 de septiembre se oyó por primera vez la campana de una escuela en aquellos parajes del Norte.

El 18 de septiembre recibió Clifton un breve y frío aviso de Antoinette, con el que le anunciaba su llegada y la de su hermano para el día 20.

Éste fue el mismo día en que llegó Delphis Bolduc con nuevos informes sobre las actividades de Hurd. Ya habían empezado a cortar madera a lo largo de los ríos, y más abajo de las concesiones de la Laurentian. Su objeto, al cortar tan pronto y esperar después la riada, era muy explicable. Entre otras cosas, quería tener listos cuantos troncos pudiera para cuando subiera el agua del Mistassini, y como la madera estaba situada más abajo de las concesiones de la Laurentian, lo más probable era que el río se bloquease por completo.

Éste era el propósito de Hurd, arruinar la Laurentian dejándola sin medios de transporte para su madera.

Pero Delphis no se sentía pesimista. Había meditado mucho en el bosque, y creía en la posibilidad de vencer a Hurd, A unas cuarenta millas río arriba, contadas desde su último campo de operaciones, había un lago oculto en una hondonada de la montaña. Su desagüe en el Mistassini lo constituía un arroyo que corría entre estrechas paredes de roca. Sería fácil construir un dique y levantar el agua del lago unos cuarenta pies. Claro estaba que sería preciso observar la mayor cautela para evitar que Hurd se enterase, sin lo cual no podrían realizar la obra. Pero si lo conseguían, la Laurentian podía echar los troncos al río antes que Hurd, y después hacer saltar el dique con dinamita. Antes de que Hurd se diera cuenta de lo que pasaba, el repentino golpe de agua llevaría los troncos de la Laurentian río abajo, más allá de donde estaban los de Hurd, y por añadidura podrían aprovechar las ventajas de las riadas en la primavera.

La idea era inmensa. Si podía llevarse a cabo el plan de Bolduc, Hurd no solamente sería vencido, sino que la, mitad de su producción se secaría y quedaría inservible una vez pasadas las inundaciones de la primavera. Deis decía la verdad al asegurar que el Mistassini tenía capacidad para el transporte de cinco millones de troncos, y ni uno más, durante la riada.

En compañía de Vicente, el joven ingeniero, y de Bolduc, que le servía de guía, Clifton salió para las alturas del Mistassini el mismo día de la llegada de Delphis. Dejó escritas unas breves líneas para Antoinette explicándole que perdonara su ausencia el día de su llegada.

En el primer depósito sobre el río tuvo unos momentos de conversación con Ángeles Fanchon.

—Usted estará allí para recibirlos —le dijo a Ángeles.

—¡Claro que no! —contestó ella con calor—. ¿Cree usted que voy a correr detrás de Gaspard? Él es quien ha de buscarme, esté donde esté.

—Pero ¿y Antoinette? —protestó Clifton—. Alguien ha de recibirla...

—¡Y usted se marcha! —contestó Ángeles, mirándole a los ojos.

—Tengo necesidad de ir hacia el Norte.

—No será tan urgente que no pueda esperar otros tres días.

A Clifton le subió la sangre a la cara.

—¡Usted lo que tiene es miedo! —le dijo Ángeles.

—Lo confieso, sí, un poco. Sí, quizás haya aprovechado la ocasión para poder alejarme. Eso le permitirá a Antoinette enterarse de cómo va el trabajo por lo que le digan los demás. Yo no quiero molestarla más con mi presencia. Francamente, si antes fui un atrevido, ahora soy un cobarde.

Ángeles se echó a reír. Daba gloria ver el brillo de sus ojos y los colores de sus mejillas.

—Ahora es usted razonable, señor Clifton —asintió—. Una mujer, para amar a un hombre, necesita saber que le inspira miedo. Claro que no sabrá que usted se escapa, a menos que se lo diga yo. Pero antes de decirle la verdad, le contaré tales alabanzas de usted que quizás ella a su vez le tema. Quizá le convenga a ella saber lo que Catalina y yo pensamos de usted antes de que se vuelvan a encontrar. ¡De modo que váyase y no vuelva en algunos días!

Y Clifton prosiguió su camino, más feliz aún que cuando lo había emprendido.

Se sentía más que nunca lleno de optimismo. Delphis Bolduc tenía razón. Y a Vicente le temblaba la voz cuando explicaba cómo se podía convertir el lago en un magnífico pantano. El dique podía construirse, principalmente, de madera y de roca, con suficientes refuerzos de cemento y acero para impedir filtraciones. Tres o cuatro cargas de dinamita lo destrozarían por completo cuando llegase la hora, y se precipitarían al Mistassini unos cinco millones de pies cúbicos de agua si la superficie del lago podía alzarse unos veinte pies.

El arroyuelo entre las rocas tenía poco menos que sesenta pies. Vicente trazó planos sobre la arena. Se comprometía a realizar la obra en diez días con ayuda de veinte hombres, pero como era esencial guardar el mayor secreto, recomendó seis hombres nada más, comprometiéndose a la construcción del dique en un mes. Antes

de terminar el día había eliminado el cemento y el acero casi por completo de sus proyectos.

—Es preciso empezar el trabajo inmediatamente —dijo, después que hubieron examinado las orillas del lago y cada uno de los riachuelos que afluían en él—. No habrá más lluvias, y, por consiguiente, entra poca agua en el lago durante los meses de invierno. En condiciones normales el lago caerá otro pie de aquí a enero. Es importante no perder tiempo. —Y añadió, dirigiéndose a Clifton, con segunda intención—: ¡Ya se dará usted cuenta de lo solitaria que va a ser mi vida aquí!

Clifton apoyó su mano sobre el brazo de Vicente con afecto.

—Es posible, pero la inspirará una hermosa trenza de oro —le contestó a guisa de consuelo.

Al día siguiente emprendieron el regreso. Era jueves, y Antoinette había llegado al primer depósito el miércoles. Gaspard, como era natural, se dedicaría a buscar a Ángeles en el acto. A Clifton se le saltaba el corazón en el pecho cuando pensó en tantos acontecimientos felices. Sin embargo, no se daba prisa: al contrario, con una excusa cualquiera se detenía a examinar las orillas del río. La imagen de Antoinette no se apartaba de su imaginación.

Aquella noche pasaron muchas horas antes de que pudiera conciliar el sueño. Su sangre ardía. Su imaginación se empeñaba en levantar castillos en el aire hasta que su esperanza constituyó su felicidad.

A la hora de la cena del segundo día llegaron al depósito inferior. Le agradó el momento a Clifton, porque le daría tiempo para vestirse un poco y dominar sus nervios excitados. Acompañado de Vicente, llegó a la puerta de su cabaña disimuladamente.

Vicente dirigió sus ojos en el acto hacia la cabaña de las mujeres. De pronto lanzó una exclamación de alegría.

—¡Ahí está Catalina!

Clifton la vio. Allí estaba, esperándole..., sabiendo que había de llegar, visible el adorno de su magnífica trenza de oro que Vicente adoraba.

Vicente corrió hacia ella olvidándose de su cara sucia, y Clifton oyó la exclamación de alegría de Catalina. Chitan esperaba la llegada de Gaspard, pero éste no venía. Nadie vino. Ya se había vestido y afeitado cuando Eugenio Bolduc llamó a su puerta.

—Quise darle tiempo para vestirse dijo al entrar.

—¿Están aquí los St. Ives? —preguntó Clifton.

—Llegaron anteayer. También han venido cuarenta hombres y veinte mujeres, y algunos niños, durante los dos últimos días añadió Eugenio Esperamos esta semana otros cincuenta.

—¡Magnífico! —exclamó Clifton—. ¿Y St. Ives, dónde está?

—Ha salido para el depósito número tres con la señorita Fanchon, por la mañana.

—¿Estaba aquí la señorita Fanchon cuando llegaron los Saint Ives?

—Estaba la señorita Clamart. La señorita Fanchon se hallaba en el depósito número dos, y St. Ives fue a buscarla.

Eugenio guiñó los ojos y alzó los hombros con expresión significativa.

—Vaya una broma que le ha gastado haciéndose pasar por Ana Gervais —añadió.

Demonio de hombre, ¿por qué no le hablaría de Antoinette?

—¿Y su hermana está bien? —se aventuró a preguntar Clifton, mientras se ataba la corbata.

Eugenio miró por la ventana.

—Ahí está —dijo—. Acaba de cenar. Se dirige a la cabaña.

Clifton dio un salto hacia la ventana. Allí estaba la adorable figura de Antoinette, con el pelo dorado que lanzaba destellos intensificados por los últimos rayos del sol.

El corazón le dio un vuelco. Parecía que iba a ahogarle. Pero no sentía temor alguno. Dio un brinco hacia la puerta y la alcanzó antes de que Antoinette llegara a la suya. Ésta no volvió el rostro hasta que llegó a la cabaña, y luego, como por casualidad, sus ojos se fijaron en Clifton. El entusiasmo de éste se reflejaba en su cara y en sus ojos. Temblaba su voz al hablar:

—¡Sabe Dios cuánto he ansiado el momento de verla aquí! —dijo—. He contado las horas y los días...

Los hermosos ojos grises le miraron fijamente. No había en ellos ningún rayo de alegría. La mano de Antoinette se posó sobre el picaporte.

—Gracias, señor Brant —le dijo con voz tranquila y falta de emoción—. Mi llegada nada podrá añadir al espléndido resultado de su obra.

Abrió la puerta unos centímetros, y algo pareció helarse en el corazón de Clifton. Guardó silencio. Durante un momento Antoinette vaciló y al fin dijo:

—Quizá le vea a usted mañana, pero esta noche estoy muy cansada. A propósito, he mandado a Joe al colegio con la señorita Fanchon, y con Bim y su escopeta, naturalmente.

No le ofreció la mano. Ningún calor de amistad se traslucía en aquella voz fría. Entró en la cabaña. Clifton no esperó a que cerrase la puerta. Dio media vuelta y se dirigió a su alojamiento. Tenía el corazón muerto, insensible. La sangre se le había helado en las venas y sentía un frío glacial. Al cabo de un rato se hizo servir algo de cena. Le dijeron que Vicente no había regresado para cenar, y esto le hizo sonreír con amargura. Catalina sabía llenar las ansias de un hombre hambriento. El amor era un milagro cuando hacía feliz.

Al regresar a su cuarto empezó a preparar su equipaje con más atención que otras veces, metiendo en la mochila las cosas que había de necesitar en un largo viaje. Hasta las doce estuvo conferenciando con Eugenio. Vicente salía a la mañana siguiente para los depósitos altos, y desde entonces estaría siempre en el terreno, dejando el depósito número uno en manos de Bolduc. Había de ir con sus hombres y

los materiales al lago cuanto antes, y Clifton prometió que se agregaría a ellos muy pronto. La gran tarea de Vicente debía ser la construcción y guardia de aquel dique, mientras que Clifton se ocupaba de que se cortaran dos millones de troncos.

Antes del amanecer de la mañana siguiente, Clifton, embarcado en una pequeña canoa, se dirigió al Norte. Al segundo día, en el depósito número tres, encontró a Ángeles Fanchon. Se alegró de que Gaspard estuviese ausente, ocupado en la vigilancia de las primeras operaciones en compañía del capataz de aquel depósito. Ángeles estaba ocupada en la escuela cuando la llamó. Era feliz, su rostro lo decía, y parecía más hermosa que nunca. Pero cuando vio a Clifton, una nube de tristeza ensombreció sus ojos.

—Hay algo..., terrible... en usted —dijo—. Algo le ha pasado. Lo sé, lo sé. Y yo tengo la culpa de todo ello. He sido una estúpida.

—¿Por qué ha tenido usted la culpa, amiga mía? —preguntó Clifton.

—Porque he cometido una imperdonable torpeza, Clifton. Cuando Antoinette llegó, yo sabía que quería verle a usted. No lo podía disimular, ni tampoco el disgusto que sentía al ver que no estaba. ¡Y aquella noche, la primera, todo lo eché a perder! Sentía yo tanta alegría ante lo que creía una realidad, que le dije cuánto le ama usted, y que en todo lo que usted hacía, tenía por inspiración su imagen. De no haber ido más allá, bien estaba, pero no pude callarme, seguí diciéndole que ella también le amaba a usted, y que sólo por orgullo no se lo daba a entender. ¡Dios mío, cómo se puso! Estaba furiosa. Me dijo que usted y yo nos entendíamos para conspirar contra ella, y que éste era otro juego deshonesto por parte de usted para ganar sus favores.

«¡Cómo nos puso a los dos, Clifton! Me dijo que no me mezclase más en sus asuntos. Yo veía, sin embargo, que hacía esfuerzos por no llorar delante de mí, pues tiene el corazón destrozado con tanta lucha entre su orgullo y su amor. Después lloró. Dijo que era la mayor humillación la que yo le había hecho sufrir. Pero aquél no era el motivo. ¡Lloraba porque ya no le queda orgullo, y porque le necesita a usted tanto!».

Clifton sonreía, pero con una sonrisa que Ángeles no había visto antes en su rostro.

—Querida amiga, ha sido usted muy buena conmigo, y para la felicidad suya y de Gaspard lucharé hasta el último de mis días. Pero en todo cuanto ha dicho se ha equivocado. De ello no tengo la menor duda. He venido a saludarla para saber si todo estaba bien entre usted y Gaspard. Y veo que sí, gracias a Dios. Gaspard es un excelente muchacho, y usted un ángel. No tengo deseos de ver a Joe, no le diga que estoy aquí. ¿Y la escuela, qué tal?

—Divinamente —contestó Ángeles, con lágrimas en los lindos ojos.

—¡Adiós!

—¡Adiós, Clifton!

Pero antes de que éste se hubiese separado de ella, murmuró a su oído, con los ojos encendidos:

—¡Pero recuerde usted, Clifton, doquiera que vaya, que Antoinette St. Ives le ama!

Clifton se dirigió aún más hacia el Norte, a las posesiones más altas. Desde entonces, día tras día, tomó parte activa en los trabajos, pasando de campamento a campamento y de capataz a capataz, apuntando los nuevos alistados, inspeccionando los recién llegados y animándolos, y para el 10 de noviembre tenía a sus órdenes trescientos veinticinco hombres.

Durante estas seis semanas vio dos veces a Gaspard y a Ángeles Fanchon una sola vez. Evitaba los encuentros con Antoinette, y hasta mediados de noviembre pudo arreglar sus idas y venidas para conseguir este resultado sin parecer que lo hacía a propósito. Pero llegó el día en que, según Buldoc, todo el equipo de la Laurentian trabajaba ya como una máquina bien engrasada. Con más seguridad que nunca, Clifton escribió al coronel Denis, diciéndole que se arrojarían al río dos millones de troncos en la época de la riada.

Vicente terminó el dique, y tres hombres de confianza fueron escogidos para su vigilancia de día y de noche, armados con fusiles, y turnando por jornadas de ocho horas cada uno. Clifton tenía la seguridad de que Hurd ignoraba lo que habían hecho.

Los Bolduc le tenían bien al corriente sobre los movimientos de Hurd. La actitud de éste extrañaba a Eugenio y a Delphis. No parecía sentir la menor contrariedad por los progresos de la Laurentian. Delphis creía que había cambiado sus planes por completo, y que en lugar de actuar por la fuerza bruta, como fue su primera intención, Hurd tenía algún proyecto más eficaz, y esperaba ponerlo en vigor con una tranquilidad y una confianza que sorprendía y no dejaba de alarmar. Hurd estaba constantemente presente en los bosques. Había amonestado a sus hombres en forma tal, que no se originaba el menor disturbio entre éstos y los de la Laurentian, pero amontonaban madera en cantidad enorme.

Los Bolduc no estaban tranquilos con este estado de cosas. Clifton tuvo sospechas. No podía concebir que Hurd renunciase a la lucha. Lo creyó aún más al recibir una carta de éste, felicitándole sobre la implantación de sus nuevas y progresivas ideas en su organización y asegurándole la simpatía y amistad de sus vecinos, la «Hurd-Foy Company», a pesar de «las previas diferencias que hayan podido existir entre ambas Compañías». Clifton comprendió que esta carta la habían redactado los abogados de Hurd. Sería una prueba de su amistosa actitud en el caso de alguna acción entre los tribunales o de una campaña de prensa.

Entre el 15 de noviembre y el primero de diciembre, Hurd dio dos golpes sensacionales.

Sin anunciar su visita, se presentó en dos de las cuatro escuelas durante la hora de clase, acompañado de varias personas, y habló extensamente con las señoritas Fanchon y Clamart, diciéndoles que si las escuelas daban el resultado apetecido —y de ello no abrigaba la menor duda—, adoptaría la misma magnífica idea al año siguiente en sus propias concesiones.

Su segundo golpe fue una carta que simultáneamente dirigió a Antoinette St. Ives y a Clifton. En esta carta Hurd les pedía autorización para mandar algunos hijos de sus obreros a las escuelas de la Laurentian. «La excelente idea dará ánimos a mis trabajadores», decía, añadiendo: «Pagaré gustoso parte de sus gastos relacionados con el sostenimiento de las escuelas para obtener tal privilegio y autorización de ustedes».

Esta carta hizo necesaria la celebración de una entrevista entre el coronel Denis, Antoinette St. Ives y Clifton para el día primero de diciembre.

Quedó convenido que se reunirían en la oficina de Bolduc en el Mistassini, a las nueve de la mañana.

Dos meses y medio habían pasado desde que Clifton viera a Antoinette. Otros habían observado el cambio que se había operado en él durante ese tiempo. Ángeles Fanchon se había asustado ante este cambio. Parecía que algo se había interpuesto entre la amistad de ambos.

Las tres veces que Clifton vio a Joe le había costado trabajo hablarle con la camaradería de antaño. No había nada que le diera motivo de sonreír, y continuaba su trabajo con testarudez, cuyos efectos se reflejaban ahora en sus facciones. Profundas arrugas surcaban la boca y los ojos. Había dureza en su actitud, en su mirada y en la mandíbula cuadrada y firme.

Con este cambio físico habíase operado otro, el de la insensibilidad. La idea de volver a ver a Antoinette no le producía nerviosidad alguna. Sabía que el encuentro sería desagradable, pero confiaba en que la necesidad de la entrevista sería suficiente excusa ante los ojos de Antoinette para ponerse de nuevo en presencia suya.

Llegó al Mistassini a las ocho y se dirigió directamente a la oficina de Bolduc. A las nueve menos cuarto, terminado el desayuno, se presentaron Antoinette y el coronel Denis.

Levantóse para saludarlos con la rigidez de un piel roja. Nunca lo había parecido tanto como ahora, mientras saludaba a Antoinette sin que una sonrisa iluminara su rostro y daba la mano a Denis. Había envejecido mucho.

Los ojos de Antoinette se nublaron; estaba palidísima. ¡Aquél no era Clifton Brant! ¡El padre adoptivo de Joe y Bim, el que se había pegado por su hermano, el que amaba todas las cosas y que tanto la había ofendido! Era un verdadero salvaje. Se fijó en su ropa, que estaba llena de manchas, rota en algunos sitios; en sus manos callosas y duras, su pelo desgredado. Antoinette sintió deseos de llorar, y para disimular su emoción se acercó a la ventana. No quería que la traicionaran sus lágrimas ante el hombre que un día la había amado.

Clifton no comprendió la emoción de Antoinette. Habló de lo que allí los traía sin más dilación. Tenía mucha prisa, dijo, y deseaba regresar cuanto antes al depósito número dos. Dijo lo que pensaba de la actitud de Hurd, y rechazó con brusquedad la opinión del coronel y de Antoinette. Éstos creían que Hurd, al fin, se decidía por el camino de la paz.

—Su cambio de opinión en lo que afecta a Hurd me extraña —dijo a Antoinette

—. Con la llegada de la primavera, tendremos algún disgusto serio, y yo me apercibo para entonces. Nadie sabe quién será la persona a la que alcanzará la tragedia, pero confío en que no será usted, señorita.

El mismo Denis se fijó en la emoción que Antoinette quería disimular.

—Y además —añadió Clifton—, deben ustedes comprender que yo tengo mi pleito personal con ese hombre. A usted la amenaza en cierto modo, señorita, y a usted en otro, coronel Denis, pero... él mató a mi padre. ¡Pueden aceptar la paz si así lo desean, pero no he venido yo desde la China para no cobrarme la deuda que a mí me debe ese hombre... y que me pagará!

«Sin embargo, no por ello he de perjudicar los intereses de ustedes. Esperaré que termine el trabajo en la primavera; entonces terminará, necesariamente, mi asociación en la Compañía. Realmente no era necesario que yo asistiera a esta entrevista, pues el que Hurd mande o no niños a la escuela en nada cambiará la situación. Personalmente, creo que se burla de nosotros con esa carta. Lo que quiere es acumular pruebas escritas para, en el caso necesario, demostrar su actitud amistosa hacia nosotros. Les aconsejo que le permitan mandar los niños si tienen sitio. Nada se pierde con ello, y a los niños les hará mucho bien».

A las nueve y media se levantó para marcharse.

—¿Pero no te marcharás sin esperar la hora de la comida? —le preguntó Denis, extrañadísimo.

—Sí, me voy, inmediatamente —contestó Clifton.

Dio la mano al coronel y se inclinó ante Antoinette sin dar un paso para disminuir la distancia entre ellos. No vio el ademán de ella, adelantándose hacia él. No vio tampoco la palidez de sus mejillas, y si la vio, lo achacó a la molestia que sentía ante el encuentro con él. Se dirigió a la canoa sin mirar hacia atrás.

Sorprendido, el coronel Denis se volvió a Antoinette.

—¡En nombre de Dios! ¿Qué le pasa a Clifton Brant? —preguntó.

Hasta entonces no se había dado cuenta de la palidez de Antoinette, y ahora vio sus ojos llenarse de lágrimas.

Los ojos del coronel pasaron de ella a la figura lejana de Clifton.

—Antoinette, ¡usted! —exclamó.

—Sí, coronel Denis, así lo temo.

Había un temblor en su voz y a duras penas contuvo un sollozo.

Clifton se alejaba en su canoa. El coronel le siguió con la vista.

—¡Caramba! Pues no creí eso en Clifton. No pensé que una mujer pudiera hacerle tanto daño. Pero precisa mente por eso ha sentido más la herida, porque no creo que hasta conocerla a usted, Antoinette, Clifton haya mirado a una mujer en su vida. ¡Lo siento de veras!

—Yo también —murmuró Antoinette, pero el coronel no la oyó, porque había ido a la puerta para enviar un último saludo al amigo.

Durante las tres semanas siguientes, Clifton vivió con sus hombres. Los troncos

se amontonaron en los campamentos con rapidez sorprendente. Vio a Gaspard dos veces, y en dos ocasiones Joe y Bim pasaron con él un domingo. Pero no vio a Antoinette, ni a Ángeles, ni a Catalina, aunque sabía dónde se hallaban. Antoinette trabajaba con las otras dos, y por intermedio de los Bolduc, uno de los cuales le acompañaba siempre, ayudó en los preparativos para las fiestas de Navidad que habían planeado.

Aquella semana quedaría grabada para siempre en la memoria de los trabajadores de la Laurentian. Se dieron varios conciertos y comedias en las escuelas. En cada una de ellas se levantó un árbol de Navidad cuajado de luces y de regalos. Clifton visitó, acompañado de Vicente, el colegio a cargo de Catalina Clamart. Al día siguiente del de Navidad salió para Quebec, donde quería descansar quince días, Mandó una tarjeta de felicitación a cada una de las jóvenes y una gran cantidad de regalos a Joe.

Cuando regresó de Quebec, sus hombres ya habían vuelto al trabajo. Y, esperándole, encontró una carta de Antoinette St. Ives.

Era muy distinta de las anteriores que le había escrito. No había orgullo en aquellas líneas. Le daba las gracias por su amable felicitación, y luego, en varias páginas, se desahogaba acerca de un asunto que la preocupaba mucho. ¿Dónde estaba Alfonso? ¿Por qué había desaparecido? ¿Por qué no volvía? ¿Sabía algo Clifton que pudiera tranquilizarla? Gaspard poco había podido decirle, sino que corrían rumores de que Alfonso andaba predicando por los campamentos de Hurd. Le dio las gracias de nuevo por el espléndido trabajo que llevaba a cabo, y le aseguró que nada podría nunca recompensarle como se merecía.

Clifton sonrió al leer estas últimas palabras. Antoinette quería reírse a su costa, seguramente, se dijo.

Le contestó largamente. Pero su carta tampoco se parecía a nada de lo que antes le hubiera escrito. No ponía su alma entre las líneas. Le decía que hacía mucho tiempo que deseaba hablarle del fraile, pero que, le había faltado tiempo y ocasión.

Sin aludir para nada a la lucha entre Ajax y Gaspard, cuyo secreto había prometido guardar, contó a Antoinette su último encuentro con Alfonso y la forma en que éste había desaparecido. Sabía que Alfonso predicaba en los campamentos de Hurd, donde su amistad con los Saint Ives era ignorada. También le habían hablado de cierto misionero que andaba por el Este, el cual muy bien pudiera ser el fraile. Francamente, no creía que Alfonso volviera hasta terminar cierta misión que se había impuesto. Y quizá tampoco entonces. Ella misma podía juzgar de ello por las últimas palabras del monje, que le repitió.

Luego le dio las gracias a su vez por su amable apreciación de lo poco que había hecho por la causa. Tenía la seguridad, sin embargo, de que la parte principal del éxito se debería a las excelentes ideas que ella había puesto en práctica. La inspiración suya sería siempre una guía para él y le ayudaría mucho también en una tarea algo difícil que tendría que abordar en la primavera, al hacerse nuevamente cargo de la repoblación forestal en China en nombre de aquel gobierno.

Antoinette se hallaba en el depósito número dos cuando recibió esta carta, y al día siguiente, al dirigirse al Norte, Clifton pasó por este depósito sin detenerse y durmió en el depósito número tres.

Con la llegada de las nieves, el invierno pasó rápidamente para Clifton. Tenía ya cuatrocientos hombres a sus órdenes, y los campamentos parecían verdaderos hormigueros a causa de la actividad que en ellos se desarrollaba. Muchos detalles, aparte el corte de la madera, ocupaban su imaginación y su tiempo, Miles de troncos en series tenían que arrastrarse por la nieve hasta orillas de los ríos, y como el dique en el lago superior levantaría el agua sólo en el Mistassini, quedaba por resolver el problema del transporte. Aunque había conseguido llevar un sesenta por ciento de la madera a orillas del Mistassini, necesitaba unas veinte yuntas para mediados de enero.

Era un hermoso invierno canadiense, frío y claro, con una capa de nieve dura y no muy profunda. Algunas veces veía Clifton a Ángeles y a Catalina, y se alegraba de su entusiasmo y creciente afecto a los bosques. No querían salir de ellos, declararon. Con cara radiante, confesó Vicente a Clifton su secreto. La hermosa Catalina y él se casarían en la primavera. Estaban decididos a vivir siempre en el bosque, ocupado él en su trabajo, que tanto amaba, y que Catalina había aprendido a amar. Dios había sido muy bueno con él, pues cuando un hombre poseía el amor de una mujer como Catalina, era preciso creer que ello era obra de Dios.

Ángeles marchó a su casa en enero y no volvió hasta principios de marzo, lo cual aumentó el trabajo de Antoinette y de Catalina. El mes de febrero, Clifton vio a Antoinette dos veces, pero no demostró deseos de hablar a solas con ella. Una tercera vez, en marzo vio a las tres jóvenes durante un concierto de música y canto organizado por ellas. Felicitó a las tres a un tiempo.

Sus ojos nada revelaron cuando miraban a Antoinette; felicitándola por la velada, y le dijo que los obreros estaban entusiasmados. Coloreáronse las mejillas de ésta al acercarse Clifton a ella, pero cuando, poco después, la saludó de aquel modo tan frío que ya tenía por costumbre y se alejó entre los obreros, quedóse Antoinette blanca como la cera.

Ángeles había observado los cambios sufridos por su amiga, y se dirigió a toda prisa tras Clifton en el momento en que éste se disponía a marcharse.

Por primera vez sus hermosos ojos le miraron llenos de ira.

—¡Ahora es usted el estúpido! —le dijo con cólera, pero en voz tan baja que sólo él pudiera oírla—. Antoinette ha cantado esta noche para usted, sólo para usted. Y usted huye otra vez. ¡Oh! —exclamó, y enojada golpeó el suelo con el pie.

—Era preciosa la canción contestó Clifton y Antoinette parecía un ángel. Pero ni una sola vez miró hacia mí mientras cantaba. Gracias, Ángeles, pero no sabe usted lo equivocada que está en lo tocante a los sentimientos de Antoinette.

El cuerpo pequeño y esbelto de Ángeles pareció crecer en su esfuerzo por ponerse al nivel de los ojos de Clifton.

—¡Es usted más tonto de lo que yo creía —dijo— cuando se trata de comprender a una mujer!

—Lo sé y me he portado siempre como un perfecto idiota.

Ángeles dio un suspiro de desesperación.

—¿Luego usted no cree que Antoinette le ama?

—Creo que si ella fuera hombre, me atacaría con los puños para demostrarme su enojo.

—¡Dios mío, ten piedad de él! —murmuró Ángeles, con ojos que devoraban a Clifton de rabia—. Pero, ¿por qué es usted tan estúpido que no vio el color que encendió las mejillas de Antoinette cuando se acercó a ella, ni la palidez que las invadió al despedirse?

—Otras emociones que el amor producen estos efectos: el odio, por ejemplo.

Ángeles se dio por vencida.

—Es inútil —declaró—. Nada puedo conseguir de ella, y nada puedo conseguir de usted, y eso que sé que ambos sufren el uno por el otro. ¡Cuándo pienso que alguna vez me porté así con Gaspard me estremezco! Si tuvieran ustedes el sentido común que tienen Vicente y Catalina, si... pero ahí viene Gaspard. ¡Clifton, Antoinette sale para Quebec mañana temprano!

Unos minutos después Clifton estaba camino del depósito número cuatro, que se hallaba a ocho millas río arriba. Era una hermosa noche de luna, espléndida para galopar sobre la pista que las pisadas de las yuntas de bueyes habían señalado en la blanda nieve.

Durante la tarde, Bolduc llamó por teléfono a Clifton desde el Mistassini y le dijo que Antoinette había llegado y que la llevarían por el lago hasta Roberval a la mañana siguiente.

Aquel día era jueves. Clifton se preparó a trabajar con el alma llena de tristeza. Antoinette St. Ives había desaparecido de su vida, sin duda para siempre. Ahora era preciso concentrar toda su voluntad en liquidar sus asuntos con Hurd. Con la marcha de Antoinette había desaparecido su alegría, su sol, parte de su alma. Y en, su lugar sólo quedábale la pesadumbre de su soledad.

Capítulo XXII

CLIFTON empezó los preparativos para la primavera. Todos trabajaban, sintiendo pesar sobre sus hombros la enorme responsabilidad del éxito o del fracaso. Hurd había acumulado su madera en enormes cantidades a orillas del Mistassini, y Clifton no podía ya disimular los trabajos que realizaba para que se llevara a orillas del río su producción, con objeto de estar listos para la competencia cuando llegase el momento oportuno.

El primero de abril los Bolduc informaron a Clifton que la línea divisoria entre las concesiones de la Laurentian y la Hurd-Foy era recorrida de día y de noche por una patrulla. Delphis añadió que Hurd se había reído al enterarse de que Clifton llevaba la madera a orillas del Mistassini, sin esperar que las aguas de la primavera inundaran los arroyos y cañadas e hicieran el trabajo de arrastre.

—Hurd trama algo. No sé lo que será, pero es mucha confianza la suya.

Clifton vigiló personalmente los arroyos y observó con atención el principio del deshielo

Un día, Romeo Lesage le habló de los palos de *baseball*.

—Los pondré en sitios estratégicos, cerca del río. Cuando llegue el momento de tener que utilizarlos, no habrá tiempo que perder. Puede que no tardemos mucho en tener que echar mano de ellos.

El 10 de abril se fundió la primera nieve y empezó a correr agua. El coronel Denis se presentó entonces en el depósito número cuatro.

Los hombres estaban nerviosos. Su intranquilidad se reflejaba también en la voz de las mujeres. Había desasosiego en el ambiente. Flotaba en el aire la sombra negra de la incertidumbre.

El 15 de abril, Ángeles Fanchon llamó a Clifton por teléfono desde el depósito número tres.

—Antoinette está en Roberval —dijo—. Acaba de llamarme. Llegará al Mistassini mañana. Dice que quiere estar aquí durante la riada, con usted y sus hombres. Dijo «con usted». Y me preguntó por usted, dónde estaba, que si se encontraba bien...

Clifton no supo qué contestar.

—¿Me oye usted? —le preguntó Ángeles.

—Sí, la oigo.

—¿Y no se alegra?

—Sí, me alegro.

Una risa de triunfo acogió las últimas palabras.

—Pues eso es lo que quiero, Clifton. Eso quería que me dijera usted para repetírselo a Antoinette. Quizás aún pueda conseguir algo. ¡Adiós!

Luego Delphis Bolduc le trajo una noticia que aumentó la emoción que le causara la llamada de Ángeles. Decía que Alfonso estaba en los campamentos de Hurd.

No había duda de ello. Delphis, actuando de espía, disfrazado de indio, le había visto. Ya le habían dicho que el extraño fraile se hallaba con frecuencia en compañía de Hurd.

¿Qué querría decir todo aquello?, se preguntó Clifton.

Clifton se limitó a dormir cinco o seis horas de las veinticuatro. Subió hasta el dique con Vicente. El lago estaba lleno; el agua, una vez libre, se precipitaría, imponente, por el río.

Habían instalado un teléfono entre el lago y el campamento de los ingenieros a tres millas de distancia. Allí permanecería Vicente, esperando la orden de hacer volar el dique.

Cuando Clifton regresó, Antoinette estaba en el depósito número dos, muy cerca de las concesiones de Hurd. Éste sería el principal campo de batalla, si es que llegaba a estallar la lucha. Antoinette se había colocado en el sitio de más peligro. Con ella estaban Ángeles y Catalina.

¡El hielo se rompía! La noticia causó un estremecimiento eléctrico en todos los corazones. La primavera era siempre el terror de las mujeres, cuyos hombres arriesgaban sus vidas, pero este año era aún mayor el miedo que sentían. Los hombres se preparaban para la lucha: La sensación de algo inesperado y grande, como en las vísperas de una batalla, les dominaba.

La noche del 20 de abril se presentó calurosa, sin luna... Había estrellas y una luz mortecina en el cielo. Hasta el atardecer de aquel día, nadie, excepto Clifton, los Bolduc, Lesage, Gaspard y Vicente, supo que aquella noche era la del golpe terrible que preparaban a Hurd. Ni el mismo Denis sabía a qué hora acaecería exactamente.

Un poco más de medianoche sería cuando unos golpes dados en la puerta de la cabaña de las mujeres despertaron a éstas.

Una voz les dijo:

—El coronel Denis desea que se vistan ustedes y vayan a su cabaña.

Llenas de pánico, obedecieron. Los bucles de Antoinette caían desenvueltos sobre sus hombros. La trenza de Catalina estaba medio deshecha, pero no se entretuvo en arreglarla. Ángeles no acabó de quitarse de la cara la crema de belleza que se ponía por las noches.

Denis paseaba por su cuarto de arriba abajo cuando las tres llegaron. Sonrió al observar la rapidez con que le habían obedecido.

—No quería alarmarlas dijo Pero han sido ustedes tres grandes defensoras de la causa, y había prometido avisarlas cuando llegara la hora decisiva. —Miró al reloj de pared—. Desde las nueve de anoche, Clifton Brant y trescientos hombres están echando troncos al Mistassini —añadió con voz que temblaba de emoción.

—¡Dios bendiga a Clifton Brant! —murmuró Ángeles Fanchon.

Todos estaban pálidos. Los ojos de Antoinette St. Ives brillaban como estrellas.

—Sí, Dios le bendiga y le ayude —murmuró, y a la luz pálida de la lámpara su mano blanca trazó sobre su pecho la señal de la cruz.

Denis quiso aparentar calma.

—¡Dentro de un cuarto de hora, a las doce y media exactamente, Vicente hará volar el dique!

Catalina contuvo un sollozo y se tapó la cara con las manos.

—¡Dios le bendiga a él también! —dijo Ángeles, haciendo esfuerzos por sonreír—. ¿Y Gaspard, también está echando troncos al río?

—Está a la cabeza de cincuenta hombres, cuya obligación es vigilar la buena marcha de los troncos por el tío —dijo Denis—. ¿Quieren que salgamos a la puerta? La noche está hermosa, y quizás oigamos algo.

El campamento estaba dormido. No había luces en las cabañas. Todo estaba tranquilo. Brillaban algunas estrellas en el firmamento, y el murmullo del río y del bosque era el único ruido que se oía. El viento suave venía con buena dirección para traer los ruidos que vinieran del Norte.

Las muchachas se sentaron en grupo. No parecían respirar. Sus ojos brillaban en la luz de la noche. Tenían las caras tensas y pálidas. Denis encendió un cigarrillo y miró al reloj.

—Las doce y veintisiete dijo en voz baja.

Antoinette tenía cogida la mano de Ángeles. Catalina escuchaba, con la cabeza alta, llena de orgullo y fe.

—¡Oh Vicente! —murmuró—. ¡Hazlo, hazlo!

Denis oía el tictac de su reloj.

—¡Escuchad! —dijo de pronto—. ¡Es la hora!

Entonces todos los ruidos de la Naturaleza parecieron aumentar, el murmullo del agua y del bosque, el latir de los corazones, y al fin, algo se oyó que pareció un gemido ahogado que interrumpiera la paz de la noche durante un segundo o dos, hasta que su eco tembló en el aire, apagado, lejano... La sombra de un ruido que llegó y se esfumó en la quietud de la noche, dejando el ambiente más pesado que antes.

—¡Ya está hecho! —exclamó el coronel.

Un sollozo de triunfo salió del pecho de Catalina.

—¡Sabía que lo haría! ¡Lo sabía!

Volvieron a entrar en la cabaña. Le sorprendió a Denis el cambio que se había operado en Antoinette. Nunca había visto aquella mirada en sus ojos. Por sus mejillas corrían abundantes lágrimas. No hacía nada por disimularlas. En su rostro se reflejaba orgullo y felicidad, lo mismo que en el de Catalina Clamart, Ángeles vio aquella expresión de Antoinette y contuvo sus deseos de dar gritos de alegría en el bosque, anunciándole a Clifton su felicidad.

Denis volvió a mirar su reloj.

—Mejor harán ustedes en volver a la cama, pollitas les aconsejó paternalmente El dique ha sido volado, pero el agua tardará algunas horas en llegar hasta nosotros. Ahora dormirían ustedes ya a no ser por la promesa que les hice, y he de rogarles que vuelvan a reposar. Yo mismo voy a darles el ejemplo.

Media hora después había apagado su luz, pero Antoinette, mirando por la ventanilla de su cabaña, sabía que el coronel no dormía y que esperaba un recado telefónico con la llegada de la aurora.

—Es imposible dormir —declaró al fin Catalina—. Yo voy a terminar de hacerme la trenza. ¡Daría cualquier cosa por poder hablar con Vicente por teléfono!

—Y si yo pudiera estar con Gaspard, ayudándole a echar troncos al río, daría más que eso —murmuró Ángeles, mientras que el ruido que hacía al calzarse sus botas decía que, en lugar de acostarse, se vestía—. ¡Oh! —dijo estremeciéndose—. Trescientos hombres trabajando en la oscuridad, casi arriesgando sus vidas, trescientos de ellos; y luz en todos los hogares y las mujeres y los niños despiertos, escuchando y rezando. ¡Dios mío, casi es como una guerra!

—Eso pensaba yo dijo Antoinette, y un temblor en su voz hizo que Ángela interrumpiese su tarea Un día, cuando yo me paseaba en automóvil con el coronel Denis, me habló de otra noche parecida a ésta, en la que el capitán Brant y él, con trescientos hombres a sus órdenes, decidieron el curso de la batalla del día siguiente. Dijo que habían hecho lo que parecía imposible que pudieran realizar mil hombres, y ahora me acuerdo de aquello, Ángeles.

Hubo un momento de silencio, interrumpido sólo por Ángeles al vestirse y el cepillo de Catalina al pasar, suave, por su pelo.

—Fue en el invierno de 1915, cerca de St. Eloi —continuó Antoinette—. Era terrible la noche en las trincheras. Delante de ellas, el capitán Brant y sus trescientos héroes se arrastraban por la nieve, con las manos casi heladas y los cañones de los alemanes tirando sobre ellos en la oscuridad de la noche. ¡Pensando en aquello me dan ganas de salir a batallar con ellos esta noche!

—Con él, dirás murmuró Ángeles, pero sin que sus palabras llegaran a oídos de Antoinette.

Catalina, dejando de peinarse un momento, dijo:

—Vicente decía que todo dependería de esta noche.

—Sí, es cierto —contestó Antoinette Y, sin embargo...

—¿Qué?

—Nada, estaba pensando...

—Y yo también —dijo Ángeles—. Pensaba que si esta noche es un fracaso para nosotros, Dios quiera que vuelvan nuestros hombres. «Nuestros» he dicho, Antoinette, ¿te enteras?

Oyó una voz desmayada contestarle desde la ventana:

—Sí, te he oído.

En la oscuridad, el rostro de Ángeles se iluminó de alegría. Pero permaneció silenciosa. Se dirigió hacia donde estaba Antoinette y la abrazó. Las dos lloraban.

Permanecieron levantadas toda la noche, hablando. De cuando en cuando su risa llena de esperanza interrumpía el silencio.

Acercábase la aurora, cuando de pronto oyeron el galopar de un caballo. Se asomaron a la ventana y vieron pasar un jinete. Éste se detuvo ante la oficina del depósito. Luego oyeron que daba con los nudillos en la puerta. Un minuto después había luz en la cabaña del coronel Denis.

—Algo ocurre —dijo Catalina, llena de miedo—. ¡Galopaba en la oscuridad!

Antoinette fue la primera en asomarse a la puerta.

Ángeles, al cogerle la mano, la sintió fría como el hielo.

—Creo que si hubiese sucedido algo nos hubieran avisado por teléfono.

Pero estaban densamente pálidas cuando entraron en la oficina del coronel. Éste estaba hablando por teléfono, y les daba la espalda.

De nuevo parecía hallarse en las trincheras. Su voz era de mando, daba órdenes secas, rápidas.

—Habla el coronel Denis, depósito número dos. Dondequiera que esté el capitán Brant, búscadle inmediatamente. Decidle que es asunto de vida o muerte, y que tengo necesidad de hablar con él al instante. ¡Mandad todo hombre disponible en su busca! ¡Daos prisa!

Apenas había terminado, cuando un estruendo sordo hizo temblar la tierra. Al primer estruendo siguió otro, y otro. Las paredes de troncos se estremecieron, el ruido invadió la noche, levantándose hasta el cielo; haciendo temblar la tierra y desapareciendo en lo infinito como el estallido de mil truenos.

Se oyó un grito en la cabaña. En aquel instante apareció en la media luz una figura extraña, pálida como la cera y con ojos cavernosos que devoraban a Antoinette St. Ives, iluminada por la tenue luz de la pantalla.

Era Alfonso, el fraile.

Y antes de que pudiera reponerse de su sorpresa y tenderle las manos, Alfonso había desaparecido en la oscuridad de la noche. Antoinette le siguió y le llamó por su nombre. El caballo abandonado gimió. Los últimos estremecimientos de la convulsión que había hecho temblar la tierra se desvanecieron. Antoinette escuchó un momento, sin aliento, y al fin volvióse para confrontar el rostro palidísimo de John Denis.

Capítulo XXIII

¿QUÉ es ello? —preguntó Antoinette—. Esa manera de galopar de Alfonso, la explosión...

—Es Iván Hurd que juega su última carta —dijo Denis, cuya sonrisa de amargura permanecía sobre sus labios descoloridos—. Ha hecho saltar la cumbre del monte Sandstone, allí donde el Mistassini es más estrecho: y apenas si tiene doscientos pies de ancho. Alfonso supo esta noche que las minas estaban colocadas desde hace tres semanas. Tenían que haberlas volado durante la riada, y precisamente cuando nuestros troncos estuviesen en el río, pero Hurd se enteró de nuestros trabajos y ha arrojado un alud de roca al Mistassini en el momento, más crítico para nosotros. Si consigue lo que quiere, los troncos formarán un bloque nunca visto en el río. Y constituirán nuestros troncos un dique monstruo que sostendrá el agua de nuestro lago-tanque bastante tiempo para permitirle a Hurd llevar una gran cantidad de su madera al río. Buena combinación, ¿eh?

—¿Quiere usted decir que robará el agua que fue estancada gracias al dique construido por Vicente? —le preguntó Catalina, casi sin aliento.

—Eso es, cuando menos en parte. Y mientras hace eso, si su dinamita logra sus fines, nuestros troncos se enredarán de tal modo que será imposible darles curso libre aun en tiempo de riada. Fray Alfonso traerá las últimas noticias acerca de los efectos de la explosión de Hurd dentro de una hora o dos. Mientras tanto...

La llamada vibrante del teléfono le interrumpió. Denis cogió el auricular y, en contestación a su «¿quién, llama?», las muchachas oyeron una voz lejana al otro lado del hilo. Luego empezó a hablar el coronel, volviéndose hacia ellas.

—Gracias a Dios el capitán Brant ha llegado al depósito número cuatro. Van a llamarle... —Volvióse de nuevo al teléfono—. ¿Qué? Sí, el coronel Denis, depósito número dos. ¿Eres tú, Clifton? ¿Me oyes bien?

Las jóvenes apenas respiraban mientras Denis, con brevedad y calma, describía la nueva y siniestra situación que se había desarrollado a milla y media de distancia y dentro de los límites de la concesión Hurd-Foy. Cuando terminó de hablar, oyeron la voz de Clifton, seca y vibrante. Llegaron a sus oídos las palabras «dinamita, subida del agua, troncos río abajo, veinticuatro millas, tres o cuatro horas...» y ahí terminó.

Denis colgó el auricular.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Antoinette.

El coronel estaba algo nervioso.

—Dice que el agua del lago desbordado está pasando ahora al depósito número cuatro y que vienen troncos río abajo desde hace una hora y en gran cantidad. Que la

única manera de llegar hasta aquí dentro de tres o cuatro, horas es aventurándose en la corriente en una canoa. Si puede escapar de los troncos...

—¿Y usted se queda tan tranquilo, sin oponerse a semejante barbaridad? —gritó Antoinette, poniéndose de pie—. ¡Dios mío, si es la muerte! Lo sé, porque lo vi hace mucho tiempo; vi a los hombres aplastados entre la madera. ¡No puede ser, no sucederá! ¡No consentiría que lo hiciera Gaspard y tampoco consentiré que lo haga el capitán Brant!

Sin terminar de hablar había cogido el teléfono y llamó desesperadamente. Contestaron. Preguntó si estaba allí el capitán Brant, y cuando le dijeron que no, suplicó que hicieran lo posible por encontrarle.

Siguió un intervalo, que pareció interminable. Luego volvió la voz al otro extremo del hilo. Antoinette escuchó un momento, pero no contestó.

—¡Es tarde! —dijo, dirigiéndose al coronel Denis—. ¡Está arriesgando su vida para llegar hasta aquí y hacer lo que usted no es bastante hombre para arriesgar!

No paró mientes en Ángeles y Catalina al salir de la oficina, pálida como la muerte. El coronel quedó solo, abatidísimo. Luego la sombra de una sonrisa asomó a sus labios.

—¡Feliz Clifton! ¡Si supieras lo que te espera! —murmuró, y al abrir la puerta vio la aurora del nuevo día.

En el gris rosado de aquella aurora, Clifton, con Delphis Bolduc en la proa de su canoa, volaba río abajo. Media docena de veces afrontaron la muerte, y siempre lograron escapar. Dos veces los troncos estuvieron a punto de estrellarlos contra las rocas, con tal fuerza que sus cuernos hubiesen quedado deshechos como pulpa tensión nerviosa que sufrían reflejándose aún irás en el rostro de Delphis que en el de Clifton El primero estala palidísimo; parecía haber perdido toda esperanza.

Cuando al fin la canoa ancló en la playa frente al depósito número tres. Clifton se preguntó si tendría él tan mala cara como Delphis. Quiso reírse, y lo mismo hizo Delphis, pero ambos tenían la voz hueca. Nadie comprendería el infierno de aquel viaje, con millones de troncos que les amenazaban delante y detrás y corriendo a ambos lados de la canoa.

Le contrariaba a Clifton que su voz tuviese un temblor que no podía dominar. No estaba nervioso ni asustado. Por lo menos así quería creerlo. Apresuradamente engulleron café caliente y algún alimento mientras que uno de los empleados llamaba a Denis al teléfono. Clifton habló con el coronel. Los troncos aún no habían llegado al depósito número dos. Pero la combinación de Hurd era diabólica. La madera se amontonaría. Una enorme masa de piedra se había estancado en aquella parte estrecha del río, y, entre ella y las dos orillas, enormes peñas esperaban la madera, como diente de un dragón monstruoso. Clifton mandó a Denis que buscara dinamita y mandara todos los hombres disponibles al punto del estancamiento. Él y Delphis llegarían allí dentro de una hora y media, si nada sucedía.

Dos horas más tarde pasaron al depósito inferior, ya desierto, y vieron un grupo

de gente esperándoles sobre la roca, encima de Sandstone Mountain. La canoa estaba deshecha y se filtraba el agua. Tenían ambos hombres los rostros desencajados. Al desembarcar parecían despertar de una pesadilla horrenda, indescriptible. Los que los esperaban, mudos a causa de su propia emoción y terror, apenas podían hablar.

Clifton contempló aquel grupo. Un gruñido de Delphis le dijo que éste había hecho lo mismo. Había en total unas cuarenta personas, contando mujeres y niños. Todos los hombres más capaces habían sido alistados en el trabajo río arriba, y allí sólo quedaban leñadores, el cocinero y unos ayudantes.

Clifton vio a Antoinette St. Ives, a Ángeles Fanchon y Catalina Clamar a pocos pasos, pálidas y con los ojos muy abiertos, mirándoles a él y a Bolduc. Denis les estrechó las manos sin hablar. No había necesidad de palabras. Así lo comprendieron Clifton y Delphis.

Clifton volvió la espalda al pequeño grupo, y una sonrisa de amargura se dibujó en sus labios al darse cuenta de la obra nefasta de Hurd. Era una acción digna de un hombre como él. Era una trampa bien hecha, bien calculada, de resultados positivos. Recordó aquellos días de Langemarck, en este otro mes de abril, en el año 1915, cuando por primera vez el enemigo hizo uso de los gases asfixiantes. Veía aún a los soldados africanos y los mismos franceses de las colonias, al caer desvanecidos, retorciéndose en la agonía de aquella tortura misteriosa y luego los canadienses llenando aquel hueco trágico, que abrió el camino de Ypres, Calais y Canal de la Mancha, para rechazar a los alemanes. Muchos Iván Hurd eran los que empleaban los gases asfixiantes. Y allí había otro Iván Hurd que hizo lo que ningún hombre blanco del mundo pudiera imaginar.

Olvidábase del pequeño grupo de gente que le miraba, ansiosos todos. Pero no olvidaba a Antoinette St. Ives. Allí estaba ella mirándole. ¡Y qué desprecio no sentiría ante su fracaso, ante el de la Laurentian Company, de sus propios intereses, porque él no había tenido talento suficiente para sospechar el peligro que significaba la cumbre de Sandstone Mountain!

¡Bien vencidos estaban, tan seguro como que el sol se asomaba en aquel instante por el Este! Oyó a Bolduc murmurar las mismas palabras. Y además, lo veía con sus propios ojos.

Un rugido del torbellino de agua llenó el aire.

Donde antes estaba el canal sólo había un montón de troncos acumulados. Sobre esta masa, y a su alrededor, la catarata de agua del lago superior, acompañada de trozos de madera, se abalanzaba con violencia, lo que aumentaba la fuerza de minuto en minuto, y mientras los dos miraban aquel montón observaron de pronto un levantamiento en su centro que alzó la montaña de troncos unos doce pies en menos de treinta segundos.

Bolduc dio un grito. Su mano apretó el brazo de Clifton. Aquel alzamiento les revelaba la clave del lugar del estancamiento. Clifton miró a Delphis, y sus ojos expresaron lo que pensaba. Se alejaron ambos hasta estar unos cien pasos del grupo

de espectadores. Clifton no los consideraba como otra cosa en aquellos momentos críticos.

Los dos hombres se miraron en los ojos.

—Sí, es la masa de piedra en el centro —dijo Bolduc, adivinando el pensamiento de Clifton—. Una carga de dinamita en el sitio a propósito...

Vaciló, esperando que Clifton hablase. Éste tenía los labios apretados. No sentía miedo. Mas estaba pálido. Las arrugas en la cara de Bolduc se habían acentuado, y sus ojos miraban por entre los párpados medio cerrados.

—La corriente de agua representa en este momento una fuerza de veinte millones de caballos que se amontona detrás de esa roca —dijo Clifton—. Una carga de dinamita soltaría la pila central, una vez desprendida, aunque fuese poco. La masa de roca cedería forzosamente ante el empuje del agua y de los troncos.

—Sí, pero... —objetó Delphis.

—El que lo hiciera no saldría vivo.

—Es posible. Pero la madera correría libremente por el río.

—Sí, eso sí.

Bolduc lanzó una carcajada, pero su risa no era tan dura como lo había sido en otras ocasiones aquel día.

—No lo haría por Denis —dijo—. Ni por cualquier hombre sobre la faz de la tierra. Pero... ¡dejarnos vencer así!

Clifton habló también, con la mayor calma.

—Si quieres ir por la dinamita, Delphis, y decirles a Denis y a aquella gente que se aparten un poco, sobre todo ellas...

Nadie vio el apretón de manos que cambiaron los dos hombres. Bolduc no tardó más de un minuto en regresar. Clifton no apartaba sus ojos del sitio del atasco.

—Les he dicho que íbamos a hacer una prueba, y que debían alejarse —dijo Delphis—. Las cargas están listas, con mechas de dos minutos. Un cartucho para cada uno de nosotros es bastante.

Afrontaron el enorme calderón de troncos que hervía entre ellos y la masa de roca en medio del río. Era una trampa de muerte. Con precaución y un poco de suerte acaso podrían llegar a ella, pero volver otra vez, una vez prendidas las mechas...

—En el momento de estallar la carga, la masa empezará a moverse —dijo Delphis—, y esto dará más amplitud en el espacio que media entre nosotros y la pila principal. Una vez encendida la mecha, ¡ya podemos darnos prisa!

En aquel momento una fuerza instintiva hizo que Clifton buscara a Antoinette con los ojos. La joven estaba cerca del coronel Denis, un poco delante de los demás, y le miraba. Clifton se volvió otra vez.

—¿Vámonos? —dijo a Bolduc.

—Sí, derecho hacia aquella punta de roca. No me espere ni se ocupe de mí. Vaya derecho a la roca. Si cualquiera de nosotros resbala, el otro debe seguir solo, pase lo que pase.

Un agudo grito desgarró el aire cuando los dos hombres se echaron al agua. Clifton lo oyó y le penetró en el alma como un cuchillo. Oyó pronunciar su nombre, y luego todo sonido se apagó en el ruido y tumulto del agua y de los troncos. No vio a Bolduc. No levantó los ojos en aquella carrera de vida y muerte hacia la roca firme. Dos veces cayó de rodillas. Una se hundió en el agua hasta la cintura, pero pudo levantarse con sorprendente agilidad antes de que los enormes troncos lo aplastaran. Por fin llegó a la masa de roca. Le siguió Bolduc, pálido como la cera, tembloroso y chorreando agua.

Un minuto después encontraron un hueco en el montón de madera, casi directamente encima de la masa de roca y piedra que era causa de la obstrucción. Oían allí con más claridad aún la fuerza del agua a ambos lados de ellos. Habían calculado bien. Si conseguían hacer volar la roca, diez mil toneladas de madera se precipitarían con ímpetu sobre el atascamiento, obra de Hurd.

Delphis sacó del bolsillo la caja de cerillas impermeable. Clifton sostuvo la dinamita con las puntas de las dos mechas juntas. En el instante de encenderlas las echaría en una profunda grieta, en el fondo de la masa de roca allí acumulada.

Clifton, ocupado en encender las mechas con la cerilla que Bolduc sostenía entre el pulgar y el índice, no había visto que la mano de éste temblaba. Le miró. El rostro de Bolduc era toda una mueca de dolor.

Las mechas prendieron con rápido chisporroteo.

—¡Suéltelas!

La dinamita cayó de las manos de Clifton a las profundidades de la roca. De la grieta salió una nube de humo acre.

En menos de un segundo Clifton se apartó de la grieta y subía por la roca con la agilidad de un gato. Llegó a la cumbre y vio el grupo de gente que se había aproximado a la orilla. Vio a Denis. Después a Antoinette. Le extrañó la actitud de ella, porque se hallaba sola sobre la punta de una roca que sobresalía en la orilla, como si quisiera llegar hasta él. Ni Catalina ni Ángeles estaban a su lado, La veía extender los brazos y llamar a alguien, aunque no podía oír su voz.

Llegado al otro extremo de la masa de rocas, Clifton se volvió y buscó a Bolduc con los ojos. Delphis procedía con demasiada calma. Su cabeza y hombros salían en aquel instante del hueco. Y luego, al verle salir, un grito de horror y pena se ahogó en la garganta de Clifton. ¡Bolduc se arrastraba sobre las manos y rodillas!

Corrió hacia él, y entonces oyó el grito de espanto lanzado por el grupo de la orilla. Delphis cayó de bruces y luego hizo un esfuerzo por enderezarse, como un hombre borracho. Clifton le alcanzó y le rodeó con un brazo.

Delphis habló con extrema debilidad.

—Mi pierna —dijo—. No puedo andar. Se me ha roto...

Cayó como un peso muerto en aquellos instantes tan preciosos. Clifton lo levantó y se lo colocó sobre la espalda como si fuese un fardo. Sus ojos se apartaban de la orilla mientras se esforzaba por abrirse paso sobre la masa vacilante de los troncos.

Vio claramente por qué no podían socorrerles desde el canal. Éste se había abierto entre las tocas, y el rápido avanzar de la madera imposibilitaba todo intento. Mas al instante volvieron a atascarse, aunque nadie podía atravesar aquel hervidero.

Bolduc hizo esfuerzos por desprenderse de Clifton.

—Vaya usted solo —le dijo—. ¡No puede conmigo!

Clifton hundió los dedos en los brazos de su compañero para retenerlo. Ambos resbalaron. En aquel instante Clifton vio a Antoinette que estaba muy pálida y le sonrió. Debió de verle a él, pues horrorizada se cubría la cara con las manos. Mientras la miraba y hacía esfuerzos para sostener el peso de Bolduc, sobrevino la explosión, una, y luego otra, tan seguidas que casi no había intervalo entre ellas. Advirtióse un movimiento en la enorme masa, sonó un estallido que pareció penetrar en las entrañas del río, subió un poco la masa y en seguida sobrevino una erupción catastrófica en el centro de la pila, que hizo estremecer las montañas y la tierra.

Y entonces Clifton sintió como si una mano de gigante se apoderara de él: lo separó de Bolduc, lo echó sobre un montón de troncos, y cuando pudo darse cuenta de lo sucedido, el sitio donde un segundo antes había estado ya no existía. Ni Delphis. A su alrededor, las masas libres de madera movíanse con fuerza avasalladora. De la orilla llegó a sus oídos un grito tan agudo como no había oído otro en toda su vida.

Era el grito de la muchedumbre, un rugido de protesta de los hombres, un grito de horror y pena de las mujeres.

Y un grito más terrible brotó del pecho de Clifton.

No era porque afrontaba la muerte, una muerte tan horrible como la del pobre Delphis. Lo que vio en aquel momento era más espantoso aún que el espectáculo de la muerte de un hombre. ¡Antoinette St. Ives había saltado desde la punta de roca al torbellino furioso de troncos que hervía entre él y la orilla!

—¡Voy, voy! —gritaba la joven.

Un hombre se precipitó tras ella para sujetarla. Era Alfonso. Mas perdió pie, un tronco le echó hacia la orilla y allí le agarraron.

Desde la orilla nadie podía llegar hasta Antoinette. Un milagro, una divina intuición, sin embargo, guiaba sus pasos sobre el torbellino impetuoso de los troncos. Un resbalón, un paso en falso, significaban para ella la muerte sin remedio. Y ella no parecía advertir el peligro, ni ocuparse de nada; sólo miraba a Clifton.

El grito de éste se ahogó en su pecho. Saltó al agua para ir hacia ella; no le importaba lo que pudiera sucederle con tal de alcanzarla antes del momento fatal. No había esperanza para ninguno de los dos. Claramente lo advertía así, y lo veían también los de la costa. Todo el atasco de troncos se deshacía. La pared de agua rugía impetuosa tras ellos. Medio minuto más, veinte segundos, quizá menos...

Y se encontraron sobre un suelo de madera casi tan grande como el de una pequeña habitación. Al adelantarse Antoinette hacia él, destacándose su figura sobre la espuma de agua dorada por los rayos del sol, en el gesto de su rostro y la expresión

de sus ojos leíase la gloria de un alma para la que ha llegado la hora de un triunfo infinito, y que olvida las terribles garras de la muerte.

Quedábanles pocos momentos. Él la cogió en sus brazos cuando el esbelto cuerpo estaba a su alcance. Las manos blancas de ella acariciaron las mejillas de Clifton y sus brazos le rodearon el cuello. Fue ella la que habló en aquella hora de desesperación y de horror, en la que Dios le había privado a él del don del habla.

—¡Te amo —le decía—, te amo, te amo! ...

Los labios de Antoinette posáronse sobre los de él, no fríos con el frío del miedo y de la muerte, sino llenos de calor, más cálidos que lo fueran en aquella noche de tempestad...

—¡Te amo! ...

La muerte les rodeaba; rugía a su lado. Clifton la apretó contra su pecho y sus ojos buscaron la costa inaccesible. Y, sin embargo, hacia ella se dirigió, mientras iba desapareciendo bajo sus pies el suelo de madera.

Y la furia riada se precipitó sobre ellos. El mundo y la luz desaparecieron al sumergirse ambos en el caos. Mas él la tenía en sus brazos, tan cerca de él, que la muerte no les podía separar, Éste fue su pensamiento: ¡Ni la muerte los separaría!

Capítulo XXIV

CLIFTON, en el estruendo que le ensordecía, no sintió más que una necesidad: proteger con sus brazos el cuerpo de la que se había dado a él en el momento de la muerte.

Estaban bajo el agua. El estruendo a su alrededor era espantoso. Cogidos entre los troncos, serían deshechos como trozos de tela, y el primer impulso de Clifton fue el de salir a la superficie. Quería morir de una muerte más rápida que la producida por la asfixia o por el choque de la madera, pero no despiadadamente destrozados por el alud que les amenazaba debajo del agua.

Le sorprendió la rapidez con que la corriente los llevaba y la ausencia de toda obstrucción. Sintió de pronto sus nervios animarse de una nueva energía. Conservó el brazo izquierdo alrededor de Antoinette. Con el brazo derecho libre, y las piernas, se esforzó en subir a la superficie. La corriente le cogió y, retorciéndole, le empujó en rápido movimiento hacia arriba. Apenas el aire fresco llenó sus pulmones, sintió que un peso volvía a arrastrarles hacia abajo. Su brazo libre tropezó con un obstáculo. Era un tronco de abeto, no más de seis pulgadas de ancho y cuatro pies de largo, un mero lápiz en aquel torbellino, pero suficiente para que él intentara salvarse con su ayuda. Pudo sacar la cara fuera del agua lo mismo que la de Antoinette. Ésta estaba casi sin aliento, le faltaba aire, mas no tenía ninguna herida, y sus ojos abiertos miraban a él. Clifton dio las gracias a Dios, y por primera vez cruzó por su imaginación la idea de que aún podían vivir.

Y en aquel instante le auxilió la misma fuerza increíble que había empujado a Antoinette hacia él. Su mente se despejó, desaparecieron la vacilación y la duda, y a pesar de los torbellinos de la muerte en que se hallaban volvió a renacer en su espíritu la esperanza. ¡La vida les esperaba, la vida, con Antoinette por compañera! Ella le amaba, había venido a él en una hora de desesperación, para que pudiesen morir juntos en un estrecho abrazo.

¡Y ahora sabía que vivirían! No les aplastarían los troncos, ni les ahogaría la corriente. Los ojos de Antoinette le miraban, y en ellos leyó lo que sus labios habían pronunciado antes.

De pronto, bajo la masa de troncos, su mano tropezó con una cadena fuerte. Ésta sostenía una fila de troncos que formaban un espacio abierto en el que los dos habían hallado momentáneamente salvación. Vio lo próximo que había estado la muerte de ellos. Cualquier cambio en la corriente, una parte más profunda del río, un saliente de las rocas podía hacer que la enorme masa de madera los aplastara sin piedad.

Clifton meditó rápidamente. Su posición era insostenible. Agarrando la cadena, se

hizo camino entre los troncos. Antoinette, con la mano que tenía libre le ayudaba. Con inauditos esfuerzos pudo llegar al otro extremo de aquel claro entre los troncos, y se encaramó en ellos, para caer exhausto, porque ya no podía más. Pero tenía a Antoinette tan fuertemente asida en sus brazos, que la cabeza de ésta no podía apartarse de su pecho.

Durante un minuto no pudieron hablar ni moverse. Sus corazones latían el uno junto al otro. El rostro pálido sobre el pecho de Clifton alzóse hacia el suyo. Los brazos de Antoinette rodearon su cuello. Sus labios buscaron los de Clifton y le besó. Y aquella dulce boca no se apartó, sino que devolvió la caricia cuando Clifton la besó como lo hizo aquella noche de tormenta.

Clifton se puso en pie, sin soltar a Antoinette. Sandstone Mountain, con sus paredes perpendiculares destrozadas, había desaparecido tras ellos. Atrás quedaban también las cataratas que habían atravesado, la masa hirviente llena de troncos que saltaban y se hundían en el agua como peces. A ambos lados de ellos, las costas aparecían cubiertas de espesos bosques. El agua estaba más tranquila, pero la rápida bajada de la madera decía a Clifton que se hallaban en plena riada, y que la poderosa fuerza que les arrastraba sería aún mucho mayor y más impetuosa cuando llegaran a la próxima catarata. Al paso que iban, llegarían a este nuevo peligro en menos de doce minutos.

Su esperanza estaba en poder alcanzar la costa.

Antoinette miró de nuevo a Clifton. Ahora, con los ojos exentos de agua y humedad; vio que no era el mismo hombre que había salido de la canoa con Delphis Bolduc. Habían desaparecido las líneas de dureza que surcaban su boca. Sus ojos eran más brillantes. Reconoció en él a su antiguo amigo, el Clifton Brant cuyos ojos sonrientes la habían saludado por vez primera en la carretera de Brantford Town, el hombre que había adoptado a Joe y a Bim, el que con su gran optimismo se reía de todo lo que semejaba tristeza y melancolía. Clifton sonreía, y ella vio que le sostenía aquella confianza ciega en sí mismo que al principio la había ofendido tanto, pero que ahora le daba deseos de ponerse de rodillas y dar gracias a Dios por hacerla la merced de que pudiera vivir para él.

—¡Oh! —exclamó Antoinette—, te he amado desde el principio, desde aquella hora en que te vi en la oficina de Hurd. Y si me desprecias por lo que acabo de decirte, sólo te pido que me dejes morir aquí, rodeándome con tus brazos mientras nos vamos para siempre. ¡No, no tengo miedo!

Clifton, en la locura de su alegría, besó los labios y los ojos y el cabello húmedo de aquel rostro querido.

—¡Vamos a la costa! —le dijo, lleno de ánimos—. ¡Ven, *cara sposa*! —y en su inmensa alegría hizo que su voz resonara sobre el tumulto del agua y de los troncos—. ¡Ahora nos será fácil!

Mas sabía que mentía, y que la engañaba. Antoinette también lo sabía, mientras mano en mano afrontaban la fatalidad, con los corazones rebosantes de ventura. Sabía Clifton que no podían perder un segundo. De prisa se dirigieron al borde de la masa de los troncos flotantes en que se hallaban, y Antoinette nada le preguntó ni vaciló cuando el pedestal de madera que tenían bajo los pies se hundió en el agua... La presión de su mano y la luz de sus ojos eran toda la seguridad que necesitaba, y cuando se atrevió él a mirarla un instante, sus labios irrumpieron en una sonrisa y sus ojos estaban iluminados con el resplandor de su amor y de su fe.

—Iremos hasta donde podamos —le dijo, mientras los troncos resbalaban bajo sus pies—. Luego saltaremos al agua y llegaremos a nado a la costa. Antoinette se preguntó, por un momento, si en verdad era tan grande el peligro, porque nada lo indicaba cuando Clifton podía hablar así, con una sonrisa en los labios, teniendo una lucha a muerte por delante. Midió una vez más la distancia entre la costa y ellos. No era grande, no excedía de treinta o cuarenta metros. Pero era innegable que el peligro del torbellino era enorme. ¿Era posible que Clifton pensase vencer aquello?

Poco a poco, el agua iba subiendo hasta llegar a sus rodillas, luego a su cintura y por fin a sus hombros. Los leños pasaban junto a ellos, rápidos. Y Clifton conservaba su sonrisa de fe mientras hacía esfuerzos desesperados por apartarlos con el brazo derecho, sosteniéndola a ella con el izquierdo.

¡Les quedaban diez minutos, todo lo más! Su única salvación consistía en hacer que los troncos se acumulasen tras ellos y los empujaran hacia la costa. Era preciso abrirse paso, protegiendo el cuerpo de Antoinette con el suyo.

Y lo hizo. Destrozado, herido, el empuje de un tronco lo arrojó por fin sobre la costa, con Antoinette en brazos. Pero Clifton ya no sonreía. Su cara estaba desfigurada por el dolor. Tenía la impresión de que se habían roto todas sus costillas. Hizo un esfuerzo para reanimarse, pero cayó medio desvanecido.

—Antoinette, ¡qué poco ha faltado para que muriésemos los dos! —murmuró.

Era inútil querer sonreír; Antoinette, presa de terror, le cogió la cabeza entre las manos, viendo que perdía el conocimiento. Una mancha de sangre empezó a colorear su vestido roto y destrozado. Le llamó apasionadamente, y él quiso contestarle, pero no pudo. Su cabeza se inclinó sobre los brazos de la amada. Oyó su voz sollozante y sintió el calor de sus labios sobre los suyos.

Y entonces vino la oscuridad.

Mas, al parecer, la oscuridad duró muy poco. Mientras volvía a la vida, oía voces, muy distantes al principio, más cercanas después. Con la luz y el ruido recobró poco a poco sus sentidos. Muchos golpes, pensó, tenían que haberle asestado los troncos para que se desvaneciera de aquel modo tan ridículo, precisamente cuando más quería

consolar a Antoinette. Este pensamiento le hizo tratar de incorporarse, aun antes de que la oscuridad hubiera desaparecido del todo, y también quiso llamar a la joven. Mas algo le retuvo. Luego ella le contestó. Su voz sonaba muy cerca de él. Sintió la caricia de sus manos. Y tanto le alegró el saberla sana y salva a su lado, que suspiró profundamente y no hizo ningún esfuerzo para incorporarse en aquel momento.

Su estado de semiconsciente se prolongó bastante. Sentía las manos de ella acariciarle la frente y el rostro, pero, por mucho que hiciera, no podía hablar ni abrir los ojos, ni podía pronunciar siquiera el nombre de Antoinette, y lo deseaba por encima de todas las cosas.

Cuando por fin recobró todos los sentidos, se dio cuenta de que se hallaba en la cabaña de las mujeres del campamento número dos.

Tanto le extrañó aquello, que de momento no pudo pronunciar ninguna palabra. Notó que alguien se movía en otra parte de la habitación, y de pronto vio que Antoinette se hallaba arrodillada al lado de su cama. Al ver al enfermo con los ojos abiertos, ella lanzó una exclamación de alegría. Otra persona se aproximó al lecho. Era un hombre menudo, con una cara muy pálida y una cabeza monda, pero cuyos ojos irradiaban de alegría. Clifton lo reconoció al instante. «¿Por qué —se preguntó— habría ido el Padre José desde el monasterio del Mistassini al depósito número dos?». La luz de la verdad empezó a penetrar en su cerebro. El Padre José era licenciado de una facultad de medicina y cirugía. ¿Acaso sus heridas?...

Antoinette vio su lucha por penetrar la verdad y, a pesar de la presencia del Padre José, ella se inclinó y le besó en la frente. Al incorporarse de nuevo, parecía un ángel, tal era la expresión de gloria que animaba su rostro.

—Te hicieron daño los troncos —dijo—, y llamamos al monasterio para que viniera el Padre José, y vino en seguida. Y ahora ya estás bien, Clifton, y eres mío, mío. ¡Y, mientras viva, nunca olvidaré de dar gracias a la Virgen Santísima por lo que ha hecho por mí!

Sus ojos brillantes se llenaron de lágrimas, y lentamente se alejó de la cama y salió de la habitación. El Padre José se sentó al lado de Clifton y le tomó el pulso.

Clifton pudo hablar al fin.

—¿Qué hora es, Padre?

—Las cuatro de la tarde, hijo mío.

—¿Y el atascamiento aquel se rompió esta mañana?

—Sí, esta mañana.

—Y ¿fue coronado por el éxito?

En los labios del monje se dibujó una alegre sonrisa.

—Sí, hijo mío, por el éxito más lisonjero, según me ha contado tu mujer.

—¿Mi mujer?

—Sí. Esa hermosa niña que acaba de alejarse de aquí, y que hasta mi llegada, a las doce de la mañana de hoy, era la señorita Saint Ives. ¿No oíste decir: «Eres mío, mío»?

Clifton se quedó como petrificado, y miró al sacerdote con los ojos desmesuradamente abiertos. El Padre José se frotaba las manos y sonreía.

—Quizás haya hecho una cosa imperdonable explicó pues en realidad no te hallaste ni por un momento en peligro de muerte. Los troncos te hicieron mucho daño y perdiste efectivamente el conocimiento, pero tu estado se debía principalmente a un total agotamiento, más que a heridas, aunque creo que se te han roto un par de costillas que tardarán algún tiempo en curarse.

«Pero no podía hacérselo comprender así a la señorita Saint Ives. Ella creía que te morías, y me dijo que nunca más creería en Dios ni en nuestra Iglesia ni en el cielo si en aquel mismo momento no os convertía en marido y mujer. Y cuando le contesté que aquello era imposible, llamó a otras dos preciosas muchachas, tan empeñadas como ella, y entre las tres me obligaron a hacer una cosa que, fuerza es confesarlo, será muy romántica y muy sentimental, pero que no puede obligarte a nada si no quieres aceptarla por esposa, aunque bien sé que la señorita St. Ives, por su parte, hubiera vivido tino una verdadera viuda toda su vida si tú te hubieses muerto. Eso era lo que ella temía, que murieses antes de poder llamarla tu mujer. —De pronto el sacerdote se puso serio—. He conocido a Antoinette St. Ives durante muchos años, hijo mío —añadió—. Nuestra Madre Amantísima la ama, sin lo cual no hubiese hecho lo que hice, y pido la bendición de Dios, nuestro Señor, sobre vosotros dos... —y diciendo esto, inclinó la cabeza para rezar».

Clifton se incorporó, mudo de sorpresa. El sacerdote posó la mano sobre su cabeza. Oíanse voces suaves y pasos fuera de la cabaña.

—Sólo somos cinco los que lo sabemos —dijo el sacerdote— y, si es que no te satisface lo que he hecho...

—¿Pero me dice usted la verdad? —preguntó Clifton sin aliento—. ¿No es una broma, una burla, una mentira?

—¿Soy yo capaz de mentir, hijo mío?

—¿Y ella es... mi mujer?

—Sí, si así lo quieres.

—¡Luego Dios ha sido bueno conmigo! —suspiró Clifton, echándose otra vez—. Gracias, padre. Y si permite usted que venga a mi lado mi mujer... —Le temblaba la voz como a un niño.

—Sí, ahí fuera está.

El monje se levantó y recogió el manto y la capucha que había echado sobre una silla. Unos minutos después salió de la habitación, cerrando la puerta muy suavemente.

Antoinette apareció a la luz del sol que penetraba por la ventana, a pocos pasos de él. Vaciló un momento. Clifton le tendió los brazos. No podía pronunciar las dos palabras que pugnaban por brotar de sus labios. Antoinette se refugió en sus brazos.

Inclinó la cabeza sobre su pecho y sollozó de alegría. Mas él creyó advertir algo de tristeza en medio de su ventura.

Clifton supo, al caer la tarde, lo que era. Antoinette había salido, el coronel Denis estaba a su lado.

—El Padre José dice que te podrás levantar mañana, Clifton. Si algo te hubiese sucedido, a ti o a Antoinette, sabe Dios lo que yo hubiera hecho. Aun así y todo, hemos pagado un precio demasiado caro...

—¿Hablas de Bolduc? ¿Ha muerto?

—Sí, le aplastaron los troncos. Hemos vencido. Pero Delphis pagó con su vida.

Hubo un momento de silencio. Le pareció a Clifton que Denis no había dicho todo.

—¡Pobre Delphis! Le tenía yo mucho afecto, más que a otros hombres. Y me parece que Hurd tendrá que pagar otra deuda más...

—La ha pagado dijo Denis.

Sus ojos se encontraron con los de Clifton.

—¿Qué quieres decir...?

—Cuando tú y Antoinette os hundisteis entre los troncos, Alfonso, el fraile, se volvió loco y echó a correr hacia los bosques, gritando y riéndose a carcajadas. Después me llamaron al lugar del suceso como testigo. La cosa pasó en el cuarto de Hurd, y debió de ser terrible. Alfonso tenía un cuchillo y Hurd, sin armas, se agarró a cuanto encontró a mano. Los dos se destrozaron mutuamente. Ambos han muerto. Alfonso debió de ser el último. En su mano encontré un bucle de mujer, de color rubio, muy parecido al de Antoinette. Le cerré la mano que lo sostenía, Clifton, así le acompañará a la tumba.

Clifton se tapó los ojos con la mano.

—Se lo diré a Antoinette algún día —dijo—. Quiero que lo sepa. ¿Se ha enterado de todo esto?

—Sí. El rumor de la tragedia ya ha corrido por los campamentos. Llevaremos a Alfonso al depósito número uno y le enterraremos cerca del Monasterio. Antoinette y Gaspard han escogido el sitio, él mismo donde, hace años, Alfonso salvó a Antoinette cuando estaba a punto de ahogarse en el río. Acompañarán el cadáver mañana por la mañana.

—Yo también iré dijo Clifton Puedo ir a caballo, si no puedo andar, John.

Llegado el oscurecer, Clifton se hallaba sentado en la cama, apoyado en las almohadas, y en aquella oscuridad llegó Antoinette y se acercó a él.

Inclinó la cabeza sobre su pecho, de modo que pudiera besar su cabello y sus labios cuando alzara el rostro hacia el suyo. Y en aquel atardecer juntaron sus almas en una profunda comunión de tristeza y felicidad.

Y aparecieron las estrellas en el firmamento, y la gloria de Dios y su bendición

iluminó con su luz divina la pequeña cabaña perdida en la selva canadiense.



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el Detroit News-Tribune. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a Yukón y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan *El valor del Capitán Plum* (1908), *Los buscadores de oro* (1909), *El valle de los hombres silenciosos* (1911), *Kazán, perro lobo* (1914), *El bosque en llamas* (1921), *El cazador negro* (1926) y *Las llanuras de*

Abraham (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas *El Oso* (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.

Notas

[1] *der Tag*: el día (en alemán) (N. del Ed.) <<

[2] *non bona fide*: malintencionados. (N. del Ed.) <<

[3] *gaieté de coeur*: la alegría de vivir. (N. del Ed.) <<